MIGUEL MUÑOZ

UNA VEZ CADA MIL AÑOS

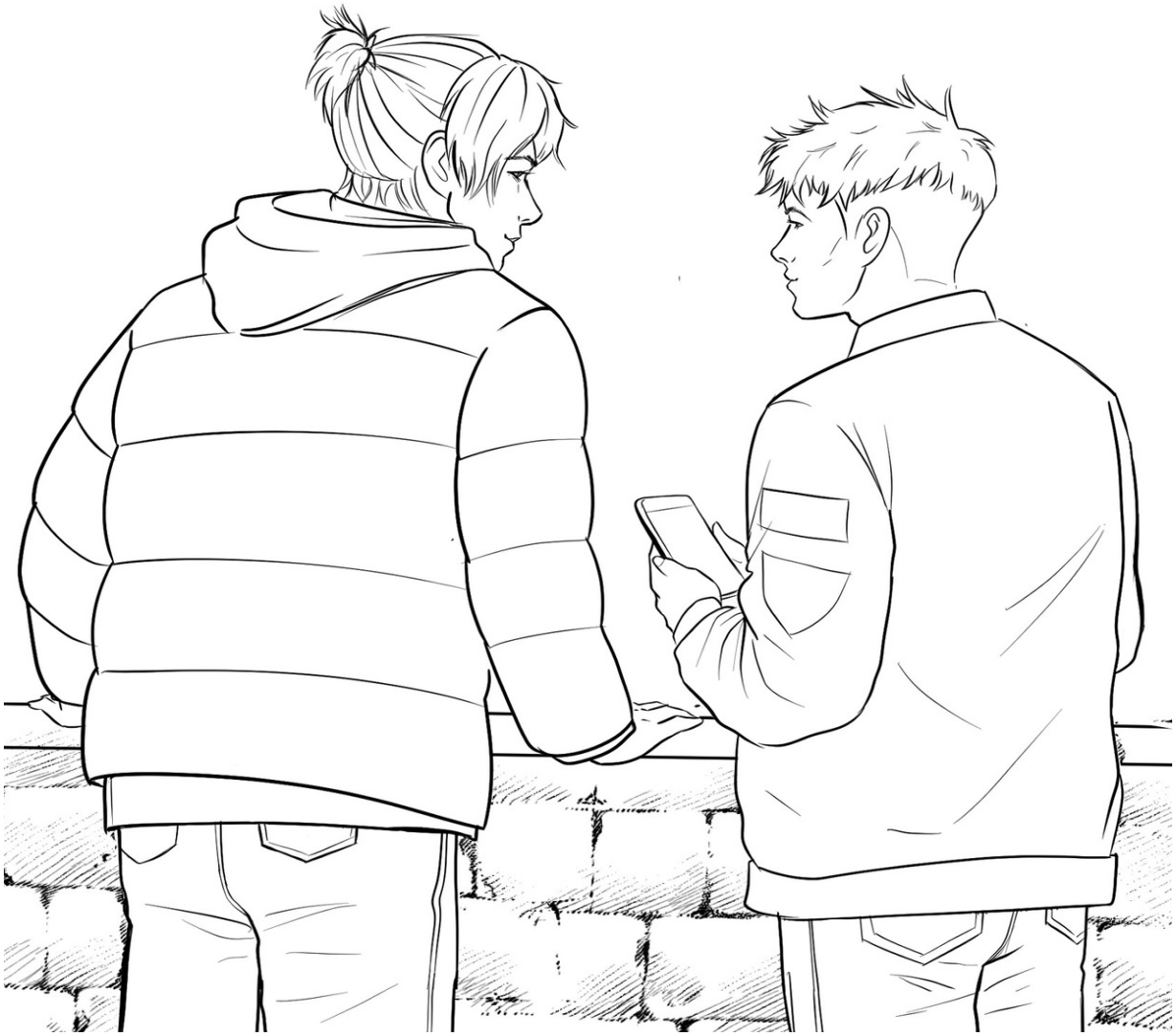


MIGUEL MUÑOZ

UNA VEZ CADA MIL AÑOS

MIGUEL MUÑOZ

UNA VEZ CADA MIL AÑOS



© 2025 Miguel Muñoz
Registro de la Propiedad Intelectual: 04/2025/790
Título: Una vez cada mil años
Número de depósito legal: CO 203-2026

Diseño de cubierta: Adela Aragón de Ediciones Bola Ocho
Maquetación: Miguel Muñoz y Pilar Muñoz Álamo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Queda prohibido de manera expresa cualquier uso no autorizado de este libro para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial generativa.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas o negocios reales es pura coincidencia.

A mi aniki, esa estrella
que alumbra los días oscuros

TABLA DE CONTENIDO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR

El primer día solo lloró,
el segundo, quizá fue igual
y cuando el tercero llegó
construyó un castillo inusual.

1
ÉDGAR

Esperar me pone de mala hostia.

No dejo de mirar el maldito reloj que cuelga de la pared, junto al mostrador de información. Parece que no avance. He perdido la cuenta del número de veces que he cruzado una pierna sobre la otra.

Me levanto y me pongo a dar vueltas de un lado a otro. Tampoco es que haya mucho camino por recorrer. Durante unos segundos, me fijo en la ventana. Fuera ya está oscuro, a pesar de que no son ni las siete de la tarde. Es la mierda del invierno.

Justo cuando vuelvo hacia mi asiento, lo veo aparecer a él. No sé si lo que ahogo es un suspiro o un resoplido. Viene acompañando a su padre, como siempre. Lo sostiene por el hombro, a pesar de que puede caminar él solo con las muletas. Por un momento, creo que los dos cruzamos una mirada. Luego, cada uno de vuelta a lo suyo.

Gilipollas.

No lo aguanto. O sea, ¿conozco a ese chaval? No. ¿Lo soporto? Tampoco.

Llevo un par de semanas coincidiendo a veces con él y estoy hasta los mismísimos de verlo ahí, sentado en la silla, mirando hacia abajo y suspirando como si tuviera la vida más desgraciada de todo el puñetero hemisferio. Es que no hay más que verle la postura, *bro*. Ese tío ha nacido para hacer de prota en una tragedia. No le hace falta ni estudiar interpretación, ya lo lleva en la sangre. ¡Venga ya! Qué tío más patético y más sobreactuado y más todo.

En fin.

Me siento de nuevo y me pongo a mirar el móvil. Todas las noticias hablan de lo mismo. En serio, ¿para qué sirve el botón de

«no me interesa»? ¿Para que te acribillen aún más? ¿Me han convertido en un reto personal? ¿Quieren volverme fan a la fuerza?

Mientras gruño para mis adentros, oigo un sonido. Levanto la mirada y me fijo en el chaval en cuestión, que se ha sentado en frente. Primer suspiro de la tarde. Genial. ¿Cuántos van a ser hoy? No es la primera vez que lo veo con ese tipo de sudadera, por cierto. No es la típica que te pondrías para irte a la calle con tus amigos o algo. Es la prenda que usarías para hacer deporte. Los pantalones que lleva, igual. Y ya ni hablemos de las zapatillas. Hasta tiene una mochila en la silla de al lado, por si quedaba alguna duda. ¿Y la cinta que lleva en la frente, por debajo del pelo castaño? Eso sí que me pone de los nervios. ¿Quién lleva cintas, tío?

Segundo suspiro de la tarde.

No puedo más.

Nuestros ojos se cruzan de nuevo mientras ojea su teléfono para guardarlo poco después. ¿Cuántos años tendrá? Veinte. Veintidós. Por ahí debe de rondar.

Vuelvo a mi móvil, pero me distrae un grito. Ahora soy yo el que suspira. Resoplo, más bien. Estoy seguro de que ha sido Irene. Qué novedad. Y eso hace que me hierva la sangre.

Mientras llaman a pasar al padre del chaval, me levanto otra vez para asomarme a la ventana. No se abre, pero al menos podré, yo qué sé, colocar la mano encima y sentir el fresco de fuera. Entonces, justo en ese instante…

Tercer suspiro de la tarde.

No sé qué se apodera de mí en este momento.

Me vuelvo hacia él y lo encaro con la mirada.

—¿Qué coño te pasa? —gruño—. ¿Crees que tienes la vida más triste del planeta o qué? Todo el día suspirando y cabizbajo. ¡Oh, pobrecito de mí! ¡Todos tenemos problemas, joder!

El corazón me va a estallar. El chaval se me queda mirando con los ojos como platos y los labios entreabiertos. Es obvio que no tiene ni la más remota idea de lo que está pasando. Yo tampoco, así que ya somos dos.

—¿Qué? —farfulla.

—Anda, si resulta que eres de los que hablan. ¡Eso no me lo esperaba!

Una vez pasa la sorpresa inicial, me dedica una mirada afilada. Vale, esto me gusta más, ¿ves? Suelta ya la puñetera corona de mártir.

—¿Qué…? —masculla de nuevo, pero se detiene. No, si ya me extrañaba a mí. Se ve que está a punto de sacar el móvil; yo reacciono antes de que lo haga.

—Nah, ahórratelo, anda. Que te den.

Sacudo la mano con un gesto rápido y me alejo hacia… ¿dónde? Yo qué sé. Qué más da.

—¿Qué coño te pasa a ti?

Me detengo al oír su voz. Ahora sí que estoy sorprendido. Me vuelvo para mirarlo. Se ha puesto de pie y tiene los puños apretados, el móvil dentro de uno de ellos. Sus ojos son los de un cazador, no los de ese pobrecito desamparado que enseña todos los días.

Alguien chista a callar desde mi espalda.

Ese otro sonido me desconcierta. Justo detrás de mí hay una anciana de al menos setecientos años (o setenta, no se me dan bien las edades) reprobándome con la mirada. Los estudio a ambos, por turnos, y no sé quién me cae peor de los dos. Que hagan un concurso o algo. Que me manden un SMS cuando tengan el resultado. Qué estupidez. ¿Quién usa ya los SMS?

Sin dedicarles una sola sílaba más, abandono la sala de espera.

Que se vayan a cagar.

Hoy, el mundo entero puede irse a tomar por culo.

Voy directo a la salida, a pesar de que no me importaría refrescarme la cara en el baño. Paso junto a la fuente y las sillas de ruedas. Una enfermera se despide de mí con una sonrisa. Yo ni siquiera la miro. Las puertas mecánicas se abren a mi paso, aunque avanzo tan deprisa que tengo que detenerme un momento para no estamparme contra el cristal. Noto enseguida el frío. Y me abrocho la chaqueta hasta arriba. Voy directo hacia la fuente (la que decora, no la potable) y subo un pie en el poyete de piedra que la bordea. No hay agua. Creo que nunca la hubo. Puede que la haya pronto,

eso sí, porque tiene pinta de que va a llover. Se huele en el ambiente. Como la peste a quemado.

Dios, ¿qué me pasa?

El corazón me va a estallar. Me lo noto palpitando en las muñecas, en el cuello y hasta en los muslos, justo por encima de las rodillas. Me siento en el poyete y me acaricio las piernas. No sirve de nada. Tengo la sensación de que el cielo se ilumina en la distancia. El trueno que sigue me confirma la visión. La tormenta aún está lejos.

Saco el móvil y le mando un mensaje a Fran. Algo escueto. Lo de siempre.

«¿Nos vemos hoy?».

Guardo el teléfono. Es probable que responda al instante (suele hacerlo), pero ahora mismo no puedo encajar un no por respuesta, así que más me vale esperar, por si acaso. Mientras tanto, puedo encomendarme a las respiraciones profundas y a todas esas movidas que están ahora tan de moda y que a mí nunca me han servido para nada.

Por suerte o por desgracia, Irene no tarda demasiado en salir. Nada más verme, me enfila con la mirada y se encoge de hombros a modo de pregunta, justo antes de recolocarse el cabestrillo.

—Necesitaba tomar el aire —explico.

Aunque hace un amago de fruncir el ceño tan pronto como me oye pronunciar esas palabras, no dice nada. ¿Qué va a decir? A veces tengo un sentido del humor que ni yo termino de creérmelo. Le hago un gesto con la mano para que me siga hasta el coche y echo a andar antes de saber si ella viene detrás. A mitad de camino, saco las llaves y meneo la anilla alrededor de mi dedo. El resplandor de los faros es como un relámpago más de la tormenta.

No, si encima me habré levantado hoy poeta.

Voy directo a mi asiento, aunque me aseguro, con la mirada, de que Irene sea capaz de abrir y cerrar su puerta con el brazo como lo tiene. Yo creo que le toca bastante los ovarios que no la ayude, pero a mí también me tocan bastante los ovarios muchas otras cosas, así que hoy hemos decidido tomárnoslo de sabático.

Aunque yo no tengo ovarios, claro.

Arranco y enseguida tengo que pisar el freno a fondo. Un capullo me pasa por delante tocando el claxon. O igual el capullo soy yo, que ni me he parado a mirar por los retrovisores antes de salir. Hoy no es el mejor día para conducir, la verdad. Una vez salgo del aparcamiento del hospital, sin embargo, la cosa mejora. Empiezo a sumirme en la cadencia de semáforos y pasos de cebra. Las nubes se iluminan en la distancia y me pregunto cuándo van a descargar lo que sea que se estén guardando. ¿Por qué tanto misterio?

Aprovechando un semáforo, me vuelvo hacia Irene y descubro que ella me mira fijamente y con el ceño fruncido, lo que implica que la he cagado en algo y quiere que lo sepa.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

Ella se limita a alzar el teléfono móvil y a tocar la pantalla con el dedo índice. En plan bestia. Que un poco más y la atraviesa con el llamado dedo-taladro, una técnica milenaria que me acabo de inventar y que Irene sería capaz de popularizar.

Suspiro.

Yo también lo hago a lo bestia.

¿Ves? Yo sí que puedo suspirar, porque estoy aquí, en la intimidad, en familia, acompañado solo de mi hermana. El tío del hospital estaba en un sitio público. ¡Guárdate toda esa miseria para cuando estés en tu casa y deja de restregármela a mí por la cara!

Solo de pensarlo me pongo de los nervios.

El caso es que saco el teléfono móvil, lo cual me sirve para comprobar que Fran no ha respondido aún. Cosa rara. Eso me crispa aún más los nervios, que se ve que es algo que hoy me hace falta. Irene me ha mandado cuatro o cinco mensajes, tochos de esos suyos que se digieren más o menos igual que una tarta de cemento y hormigón. Es tan perfeccionista que no se olvida ni de los signos de puntuación. Ha puesto hasta una diéresis en la *u* y yo no tengo ni idea de cómo se hace eso desde el móvil. Tampoco me importa. Los mensajes son todos sobre la sesión de esta tarde, claro. Me cuenta lo que le ha dicho el enfermero, se detiene a tirarle un poco de mierda por lo joven y poco profesional que es y acaba con el bombazo de que quiere cambiar de médico. Más problemas que sumar a la montaña. Ya tenemos aquí el Teide, como poco. Apenas

me da tiempo a leerlo todo de refilón antes de que el semáforo se ponga en verde, por lo que imagino que me he perdido más de un detalle. Lo bueno es que me da la excusa perfecta para no reaccionar por el momento:

—Ahora lo leo tranquilamente en casa —alego.

Ella frunce el ceño y suspira también. Los suyos son cortos y certeros. Los suspiros. Como un ratoncillo. Si el ratoncillo fuera una mujer de veinticuatro años recién cumplidos con un brazo roto y un máster en ponerme de los nervios.

No nos decimos nada en lo que queda de trayecto, ni en voz alta ni por escrito. Lo cual no sé si me alegra o no. Me deja demasiado tiempo para pensar, algo que hoy prefiero evitar. No dejo de acordarme de Fran y del mensaje que se niega a responder. Por suerte para mí, cuando ya estoy subiendo en el ascensor, suena el timbre de la esperanza.

«Sí». Una respuesta escueta por su parte. No necesito más. Menos mal, porque ya me veía bajando al trastero y aliviando mi frustración tirando de mi deporte favorito.

«A las diez, como muy tarde, estoy en tu casa», respondo yo. Él ya no escribe y se limita a reaccionar al mensaje con un dedo para arriba, algo que a mí me toca mucho los huevos cuando me lo hacen, pero de lo que luego peco sin darme cuenta. O igual es por venganza.

Yo qué sé.

Nada más entrar, Irene va directa a su dormitorio para cambiarse y yo me detengo en el salón, donde me encuentro a Enzo asomado al balcón. Avanzo deprisa y le doy una palmada fuerte en la muñeca; tanto que se le cae el cigarro que sostenía entre los dedos.

—¿Qué coño haces? —protesta, con su voz grave y ronca.

—¿Qué coño haces tú? —contraataco.

Enzo mira hacia abajo. Puedo ver las últimas brasas de la colilla centelleando en el recinto ajardinado de la urbanización.

—Vas a provocar un incendio —me reprende, con tono neutral y tranquilo. Porque mi hermano solo tiene un tono, así que todo es siempre neutral y tranquilo, por muy nervioso que esté.

—Dijiste que ibas a dejarlo —le recuerdo, apoyado en el marco de la ventana que da al balcón.

Enzo no responde. Sigue contemplando el puñetero cigarro. Si es que sigue ahí. Si es que no se lo ha comido un gato o se ha transformado en una sirena putrefacta. Mira, me da que hoy pensar no es lo mío.

—Creo que Alba y yo vamos a dejarlo —confiesa, al fin. Y digo «al fin» porque estaba bastante seguro de que había algo que confesar—. Dice que hablo mucho.

Me descojono.

En plan sarcástico, claro.

—La gilipollez más grande del día —afirmo—. ¿Tú? ¿Hablar mucho?

—En comparación con ella, supongo.

—Bueno, es que a Alba no la sacas del hola y el adiós. Creo que eso es lo único que la oí decir en voz alta las pocas veces que la he visto.

Enzo rebusca en su bolsillo y saca otro cigarro del paquete. Lo mira. Con deseo. Como la canción esa del moco que leí una vez en internet, supongo que de una época en la que cantar era un poco más frecuente. Lo vigilo de cerca para asegurarme de que no lo enciende. El cigarro, no el moco.

—Dice que tú hablas más que yo —añade, sin mirarme.

—Claro que hablo más que tú. A ti hay que sacarte las palabras a hostias.

—Dice que la pongo nerviosa.

—A mí también, pero no porque hables mucho. De hecho, es más bien al contrario.

Por fin, suspiro (porque hoy la cosa va de suspiros) y me apoyo en la baranda. Diría que está helada, pero no puedo sentirla por debajo de la gruesa chaqueta que llevo. Ni siquiera me he parado a quitármela.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, tornando mi voz un poco más seria.

—Quiero fumarme un cigarro.

—Aparte de eso.

—No sé —dice, contemplando el horizonte.

—Solo llevabais seis meses —le recuerdo.

—¿Seis meses ya?

—¿Se te han hecho largos?

—No sé.

Aprieto los dientes para contener una sonrisa. Es una costumbre que he adquirido últimamente. A veces lo hago cuando estoy con mis hermanos, no sé por qué. Como si mi propio cuerpo no quisiera verme sonreír. Paranoias mías.

—Y Alba dice que hablas mucho —comento, sarcástico—. A todo respondes lo mismo.

—Pues no sé.

—¿Eso ha sido a propósito?

—¿El qué? —cuestiona, mirándome por segunda vez desde que he salido al balcón.

Antes de que pueda responder, alguien chista a callar desde el interior del piso. No me hace falta mirar para saber que se trata de Irene; lo hago, de todas formas. También mi hermano. Luego Irene se pira a seguir con lo que sea que estuviera haciendo en su habitación.

—Cualquier día la tiro por la ventana —exagero, bajando la voz.

—Podríamos intentar no pasarnos cuando ella esté delante.

—Claro, hacemos eso con Irene y haces lo mismo con Alba y al final acabas no hablando con nadie. Tampoco es que Irene salga de casa.

—Cuando se recupere…

—Si es que se recupera —lo interrumpo—. El médico quiere que deje de usar el cabestrillo.

—¿Y ella qué dice?

—Que no, que le duele. Hasta quiere cambiar de médico.

—¿De médico o de enfermero?

—Yo qué sé.

—Déjala que vaya poco a poco. —Diría que lo suelta con tono conciliador, pero, en realidad, es su tono de siempre. El único que tiene. A ver cuándo se compra otro en la tienda. Seguro que en los ocho días de oro los encuentras a buen precio.

—Cómo se nota que tú no vas con ella —me quejo.

—Tengo que trabajar.

—Suelta el cigarro. Y ya sé que tienes que trabajar, solo digo que soy yo el que va y el que sabe cómo son las cosas. La oigo gritar desde la sala de espera.

—Porque le duele.

—Lo que tú digas. ¡Que dejes el puto cigarro! Hoy ni siquiera quería ir. Ni te imaginas la que he tenido que liar para convencerla. Hubo un momento en que cogió el despertador, el grandote, el de papá, y yo pensaba que iba a estampármelo en la cara.

Enzo no responde. Se habrá quedado sin pilas, supongo. Mucho he conseguido, todo sea dicho. Por lo menos ha guardado el cigarro y el paquete de tabaco de vuelta en el bolsillo. Antes los escondía en la maceta vacía que hay en una esquina del balcón, hasta que se dio cuenta de que yo los encontraba y se los confiscaba.

—¿Qué hay de cena? —pregunta mi hermano, contemplando una farola del recinto.

—Nada. Pensaba ir al *burger* a por algo.

—¿Otra vez? —protesta, volviéndose para mirarme solo a medias.

Y suspiro.

Cómo no.

—*Bro*, no he tenido tiempo de comprar ni preparar nada. Por la tarde, la rehabilitación de los cojones, y por la mañana tuve que llevar a Irene a lo de renovar el carné, primero a las fotos y luego a la comisaría. Porque ella no puede ir sola a ningún sitio, Dios la libre.

—No va a conducir así.

—Joder, no digo que conduzca, pero existe una cosa llamada transporte público, que te cuesta una miseria con la tarjetita esa que se recarga. El bonobús, por si no te suena.

—Yo quiero *nuggets* de pollo y una ensalada. Llévate paraguas, que está empezando a llover.

Imagino que se me nota que no puedo dejar de mirar a mi hermano mientras pienso en su capacidad para salirse por la tangente. Pues nada, allá que voy un día más a traer comida a una familia que mordisquearía el yeso de las paredes o el relleno de los

cojines si no fuera por mí. La cena transcurre como siempre: Enzo e Irene en el salón, devorando en silencio sus hamburguesas, sus *nuggets* y sus ensaladas; yo, en mi cuarto, porque no puedo soportar que no se dirijan la palabra ni un puñetero momento. Son las nueve y media cuando me meto en el baño para adecentarme un poco. Me lavo la cara y me embadurno en la colonia barata que le gusta a Fran. Me revuelvo el flequillo negro y me rehago la coleta que me recoge la parte de atrás del pelo. Solo la de atrás, como siempre; estoy demasiado orgulloso de mi flequillo como para renunciar a él. Justo cuando termino de atarla, me da un vuelco el corazón al oír unos golpecitos en el marco de la puerta.

Me doy la vuelta y veo a Irene con el móvil apuntando hacia mí.

Algún día me matará de un susto.

«¿Vas a salir?», ha escrito en su aplicación de notas.

—Voy a salir, sí —respondo.

Teclea rápidamente y me lo enseña otra vez:

«No hables mucho».

La carcajada sarcástica me sale sola.

—¿Yo? Qué va —respondo, irónico—. Ya sabes que yo apenas hablo, hermanita. Vamos, parece mentira que no me conozcas lo suficiente como para saber que yo no…

Mi hermana me tapa la boca con la palma de la mano y poco le falta para clavarme el codo en el proceso. Tiene los ojos húmedos. O enrojecidos. Abre la boca y, por un momento, parece que vaya a decir algo. Qué tontería. Al final, escribe una frase en su móvil y me la enseña:

«A veces te odio, Ed».

Vuelvo a reír.

¿Qué quiere que haga?

—Bueno, tendré que vivir con ello —repongo.

Irene se aparta de la puerta para que pueda salir y enfilo el pasillo hacia el salón.

Antes de perderme por completo, me giro un instante para verla ahí, plantada justo donde yo la he dejado.

«Tendré que vivir con ello», me repito.

2
BLAS

No consigo sacármelo de la cabeza.

No dejo de pensar en ese momento, de revivirlo una y otra vez, construyendo mejores maneras de reaccionar a un acontecimiento que ya no sigue a mi alcance. Estoy tan abstraído que hasta tengo que frenar en un semáforo; estaba a punto de saltármelo en rojo. Aprieto el volante con los dedos. Quiero llorar otra vez. Ya lo hice esta mañana, y esta tarde, en cuanto el chico de la chaqueta roja se marchó. No quiero hacerlo delante de mi padre. Lo observo de reojo. Tiene la mirada plantada en la ventanilla, como si no se estuviese enterando de nada. Como si viviese en otro mundo.

Es evidente.

Supongo que ha sido así desde hace… ¿cuánto?

Cuántos años, quiero decir.

Al llevar la vista al frente, descubro que está empezando a llover. Menuda gracia. Eso significa que no podré usar la pista exterior del polideportivo. Activo los limpiaparabrisas y dejo que su vaivén me meza en esta noche prematura. Tengo sueño. O estoy cansado, que no es lo mismo.

Un pitido me sobresalta desde atrás. El semáforo está en verde de nuevo y acelero calle arriba, surcando la penumbra bajo las luces de la ciudad.

—El médico dice que ya mismo estaré pintando otra vez.

La voz de mi padre me sobresalta aún más que el claxon de antes; por eso me apresuro a intervenir.

—Papá…

—Yo no lo tengo tan claro. No sé si me voy a quedar como antes. Y, de todas formas, ¿para qué? ¿Qué sentido…?

—¡Cállate!

Mi voz suena demasiado brusca. Lo sé. Por eso me vuelvo solo un instante hacia mi padre, con la disculpa en los ojos y en las cejas, aunque a él no parezca importarle. Ni esto ni nada. La calle luce más oscura que antes detrás del parabrisas. Más húmeda, también.

—Hablamos en casa —añado, fingiendo un ápice más de tranquilidad, por más que el corazón esté a punto de estallarme en la boca.

—¿Qué sentido tiene todo esto?

—Hablamos en casa —insisto.

—¿Hoy no ibas a entrenar?

—Sí, pero…

No continúo la frase. Tampoco él me concede una respuesta. Despacio, deja caer la cabeza contra la portezuela y cierra los ojos. El pie me falla en el acelerador y tengo que detenerme a un lado, en doble fila. Activo las luces de emergencia y me cubro la cara con las manos. Ni siquiera tengo que hacer esfuerzos para que salgan. Las lágrimas, quiero decir. Por suerte, los sollozos son inaudibles; o tal vez mi padre haya optado por ignorarlos. Todo es posible a estas alturas.

Para cuando aparco en nuestra calle, justo frente a la puerta de casa, en un espacio que parece reservado exclusivamente a nosotros, por la eternidad, son casi las ocho de la tarde. El interior del vehículo permanece en silencio. Fuera, la lluvia azota con algo más de fuerza.

«¿Quieres que suba contigo?», le digo a mi padre, en forma de mensaje de texto.

Él niega con la cabeza y se dispone a bajar.

Al final, poco importa lo que él quiera, porque acabo ayudándolo de todas formas por miedo a que las muletas resbalen en la acera mojada. Lo llevo hasta el ascensor y, no contento con ello, subo hasta el sexto piso con él, sujetándole el hombro. No me quedo tranquilo hasta que lo veo acoplado en el sofá, frente a un televisor apagado y con el enorme reloj de pie marcando los segundos con su envolvente tictac, el mismo que, desde hace años, se ocupa de llenar los silencios que nosotros nos afanamos en perpetuar. El

mando a distancia lo tiene a su vera, sobre uno de los cojines. No se molesta en hacerse con él.

«¿Necesitas algo?», pregunto, utilizando la pantalla de mi móvil como pizarra.

Él niega con la cabeza. Después, se inclina hacia delante y garabatea unas letras en el cuaderno que yace sobre la mesa de cristal.

«¿Vas a entrenar?».

Respondo con un asentimiento.

No tardo en regresar al móvil y teclear unas palabras:

«¿Te parece bien? Puedo quedarme, si quieres».

—No, no. Vete.

Su voz hace que me tiemble la garganta. Y los labios. Y el cuerpo al completo. Justo en ese instante, el reloj marca las ocho en punto con sus aplastantes campanadas. El eco de sus fauces impregna toda la habitación y, quizá también, las propias mentes que habitamos.

Tal vez mi padre me necesite aquí. Es difícil saber cuándo sí y cuándo no. Últimamente, parece que siempre sea un sí. Sin embargo, también yo necesito cosas de cuando en cuando: necesito huir, correr lo más rápido y lejos que pueda para evadir así los pensamientos que insisten en acompañarme. Puede que llegue un punto en que mi padre me necesite siempre, y no lo digo por la pierna, que imagino que pronto sanará. Hasta entonces, tengo que aprovechar las pocas plumas que me quedan en las alas.

Cuando vuelvo a la calle, cae sobre la tierra el diluvio del siglo. Entro en el coche con el pelo, la sudadera y los pantalones empapados, a pesar de que apenas he recorrido tres o cuatro metros, a lo sumo. No quiero conducir así. No *puedo* conducir así. Decido, pues, dejarme caer en el asiento y esperar a que la lluvia afloje. Cierro los ojos mientras la oigo embestir contra la carrocería, como si quisiera llevarme con ella, desconozco si a mejor o peor lugar. Al final, adormecido, saco el móvil del bolsillo y compruebo los mensajes. Me complace ver uno de Bea en lo más alto de la pantalla.

Bea
Vas a venir?

Lo leo un par de veces, conteniendo una sonrisa, antes de fijarme en el parabrisas y en la marea de agua que lo impregna.

Respondo enseguida.

Blas
Sí
Voy de camino

Bea
Guay!
Te espero :)

Saber que alguien celebrará mi llegada me da las fuerzas que me faltan. Aguardo durante cinco minutos, no más, antes de arrancar el coche y conducir en dirección al polideportivo. Las calles de la ciudad están atestadas, no solo de agua, sino también de coches, cuyos faros relucen como espectros en el paisaje de acuarela que pinta el parabrisas. Por suerte, el polideportivo, ubicado allí donde a la ciudad poco le falta para convertirse en campo, cuenta con un aparcamiento cubierto. Bajo del coche, mochila a la espalda y desprovisto de paraguas. Solo necesito una carrera de dos o tres segundos para pasar del aparcamiento a la entrada principal de la instalación; para llenarme las deportivas de tierra, también. Después de pasar la tarjeta por el lector, voy directo a la pista de atletismo. Tengo que contener un suspiro al ver el panorama.

Era evidente.

Esto es lo malo de los días de lluvia. Cuando hace bueno, los deportistas se distribuyen de forma más o menos equitativa entre la pista exterior y la interior; cuando toca agua, sin embargo, no queda más remedio que resguardarse. Casi parece que tengas que sacar número para darle un par de vueltas al circuito. Por suerte, no tardo en divisar a Bea, y supongo que esto hace que la terrible disposición que ha poseído mi rostro se relaje un tanto. Me sonríe en cuanto me ve. Y se acerca, jadeando y con la piel perlada de sudor. Lleva el pelo castaño recogido en una coleta, como siempre que entrena.

Tampoco es que lo tenga demasiado largo. Siempre he pensado que le quedaría bien dejárselo crecer un poco más.

Nos saludamos alzando la mano, primero, y con un cálido abrazo después. Acto seguido, ella se encoge de hombros, que, en nuestro código y en el de mucha otra gente, significa «¿cómo estás?». Respondo inclinando la cabeza a un lado, lo que implica que ha habido días mejores. Ella me sonríe de esa forma comprensiva que tanto la caracteriza.

«¿Y tú?», intento decirle, alzando las cejas y meneando la cabeza hacia adelante.

Bea se encoge de hombros y luego sonríe a la par que asiente.

Y así, sin más preámbulos, comenzamos a darle vueltas a la pista. No necesitamos más. A veces, siento que la mejor manera que tenemos Bea y yo de comunicarnos es a través del deporte; como si hablaran partes de nosotros mismos que ni siquiera afloran durante las conversaciones escritas. El problema es que, hoy, el deporte no va demasiado bien. En los primeros cinco minutos, estoy a punto de chocar dos veces y a la tercera me rozo con un tío con pinta de culturista que me dobla el tamaño. Chasqueo la lengua por doquier. Hay demasiada gente. El culmen de lo terrible llega cuando tengo que dar un giro de última hora para esquivar a una chica que corre con los cascos puestos y acabo haciéndome daño en el tobillo.

Genial.

Solo me faltaba acabar como mi padre.

En ese momento, desisto con un resoplido y, negando con la cabeza, me dirijo al único banco que hay libre en estos momentos. Bea, que corría algo rezagada (imagino que ya lleva cerca de una hora aquí) enseguida acude a mi encuentro. Se encoge de hombros para preguntarme qué ocurre. Yo niego con la cabeza. Solo pensar en dar una respuesta me llena los ojos de lágrimas. Supongo que Bea se da cuenta de ello; por eso toma asiento a mi lado y deja caer una mano sobre mi espalda.

Hora de sacar los móviles. En otras circunstancias, supongo que todos habríamos dejado los teléfonos en los vestuarios, junto a nuestras mochilas. En la época que nos ha tocado vivir, no queda

otra que tenerlo con nosotros en todo momento. Nunca sabes cuándo lo vas a necesitar.

Bea
Estás bien, chiqui?

Blas
Regular
Pensaba que venir aquí me animaría
Pero no estoy de humor para aguantar a tanta gente

Bea
Ya
Cuando yo vine estaba un poco más vacío
Tampoco mucho…
Te ha pasado algo?

Blas
Nada
Lo de siempre
Los días de rehabilitación son peores, ya lo sabes
Además, bueno…
Un tío me ha gritado en el hospital

Bea
Cómo?
Quién?

Blas
No sé
Lo había visto otras veces por allí, acompañando a una chica
Pero siempre me había parecido… normal
Hasta cierto punto, al menos
Hoy he debido de suspirar demasiado alto para su gusto y se ha puesto a gritarme
Ni siquiera te puedo asegurar lo que me ha dicho, porque me aturullé
Algo sobre que todos tenemos problemas

Bea
Flipo con la gente
Idiotas hay en todos lados

Blas
Algunos hasta son guapos

Noto que Bea sonríe a mi lado sin tener siquiera que mirarla.

Bea
Es guapo?

Blas
Era guapo
Ahora solo me parece idiota

Oír su risa dulce y afable me produce una inmensa satisfacción. Porque supongo que es lo más cerca que vamos a estar de compartir nuestras voces el uno con el otro.

Bea
Probamos a correr otra vez?
Yo voy delante y te abro camino ;)
Y después te invito a cenar como premio por el entreno
Nos comemos UN PEDAZO DE…
Ensalada!!!

Respondo a los mensajes con un «Jajaja» mal escrito, a pesar de que, en la vida real, y Bea puede comprobarlo, solo he esbozado una leve sonrisa. Me basta con esto. Porque, hablando con Bea, todo lo que me atormentaba parece ahora un poco más pequeño.

Y no hay nada que necesitara más en estos momentos.

3
ÉDGAR

Odio la lluvia.

Pero mucho.

Al menos, cuando tengo que salir.

Llegar a casa de Fran con el coche me lleva quince minutos, como máximo. El problema es aparcar. Porque pillar sitio cerca de donde vive el tío este ya es jodido de por sí, pero hoy, que la lluvia acompaña, estoy al borde del suicidio. Después de dar tres vueltas y media al mismo circuito de siempre, me meto por una calle lateral y acabo dejando el coche frente a un parque donde estoy seguro de que van todos los drogadictos a reunirse. Llámalo intuición masculina. Puesto que pensaba, optimista de mí, aparcar cerca de mi destino, ni siquiera he traído paraguas. Aunque si hay algo que odie más que la lluvia es abrir un paraguas cuando corre un viento como el que sopla hoy. Ha aparecido de la nada, encima. Si es que ya son ganas de tocar los cojones.

El caso es que cuando Fran abre la puerta, me encuentra calado hasta los huesos. Poco ha hecho la capucha de la chaqueta por protegerme del agua. Tengo las pestañas empapadas y la ropa para pasarle el secador por encima.

—Ni se te ocurra mencionar mi aspecto —le advierto, antes de saludar siquiera—, porque igual te llevas una hostia.

Fran sonríe. Siempre que lo hace, me fijo en la muela que le falta. Es una de las últimas y apenas se le nota. Desde que me lo dijo, eso sí, no me lo saco de la cabeza. Lleva más de un año ahorrando para el implante. Ni siquiera se lo ha dicho a su madre. A mí me parece que está mono así, pero muy práctico no será, no.

Se toma un momento para escribir en el móvil antes de pasarlo por la aplicación de texto a voz. La que suena no es la suya, claro,

sino la de un señor que perfectamente puede tener setenta años y un acento entre madrileño y argentino.

«Estás perfecta, amor mío», dice la voz, y yo exhalo el aire por toda carcajada. «Deja la chaqueta por ahí. ¿Has cenado?».

—He cenado, sí —respondo, ahogando un suspiro, al tiempo que me quito la chaqueta empapada y la tiro en el sofá.

«¿Estás bien?», añade. Ojalá pudiera escuchar la pregunta de sus labios y no de la puñetera máquina.

Sin decir nada, me vuelvo hacia él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Miento. Si lo abrazara con todas mis fuerzas, no creo que saliera vivo de aquí. Él, no yo. Por alguna razón, me encanta que me gane en altura. Se me hace cómodo a la hora de aferrarme a él, yo qué sé. Antes de separarme del todo, le beso los labios, conteniendo la pasión que prefiero dejar para luego.

—He tenido un día de mierda —admito entonces, dejándome caer en el sofá en plan peso muerto y aplastando la manga de mi chaqueta con el culo—. Y ya sé que últimamente siempre tengo días de mierda, pero este, en concreto, se lleva el oro.

Fran sisea con cuidado antes de tomar asiento en el sillón contiguo.

—No, Paquito, ni se te ocurra decirme que me calle porque salgo ahora mismo por la puerta. Ya bastante he tenido con mi hermana.

Él suspira. No, si está claro que hoy no salimos de los suspiros. ¿Qué tendrán, que todo el mundo quiere llevarse uno?

—¿Qué ha pasado? —pregunta, esta vez, con su voz. Su voz grave, pero dulce. Su voz experta. Y condescendiente. Porque siempre que Fran intenta abordar mis problemas, siento que lo hace desde la condescendencia. Como si él fuera más que yo. Como si mis problemas compusieran las migajas que alguien deja en el descansillo de la escalera o las peleas absurdas de las que uno se olvida tras dejar el instituto. Desventajas de que me saque cuatro años, supongo. Imagino que ese es el principal motivo de que lo nuestro esté destinado a ser una sucesión de polvos sin más. La condescendencia. El hecho de que él no me vea como un igual.

—¿Qué *no* ha pasado? —corrijo—. He estado todo el día haciéndole de chófer a Irene, le he gritado a un tío sin razón aparente y mi hermano me ha echado en cara que no he preparado nada para la cena. Joder, ¿cuándo quería que lo hiciera? Todavía no soy capaz de practicar la división de cuerpo. Estoy en ello, pero aún me falta.

Fran escucha con atención. Luego arruga el entrecejo en ese gesto tan suyo y recoge las manos en el regazo. Después, vuelta al móvil. Supongo que ya he escuchado bastante su voz. Tendré que conformarme con el madrileño-argentino que vive en su teléfono.

«¿Le has gritado a quién?», dice la voz.

—Yo qué sé. A un chaval que había en la sala de espera del hospital. Me ha tocado mucho los huevos. No dejaba de suspirar. Siempre suspira. Como si fuera el putísimo Jesucristo en la cruz.

«Has perdido los nervios. Le puede pasar a todo el mundo».

Gruño nada más escucharlo.

—Me la suda bastante haberle gritado a ese pavo. Esa no es la cuestión.

«¿Cuál es, entonces?».

Durante un par de segundos, tomo aire y lo suelto en una sola bocanada. Siento que tengo que sacar algo, vete a saber qué.

—No lo sé —respondo.

Fran teclea para que su teléfono diga:

«¿Cómo puedo ayudarte?».

—Ah, no —me opongo, levantándome al instante—. Por ahí sí que no paso. Ni se te ocurra poner en práctica las técnicas de tu madre conmigo.

Él hace un amago de sonreír.

«No son técnicas de mi madre», dice su teléfono.

—Lo parecen. Son palabras de psicólogo.

—Es que no sé qué hacer para ayudarte, Édgar. —Vuelve a ser su voz la que habla.

Otra cosa que odio de Fran: la forma en que pronuncia mi nombre. Me hace sentir como el culo. No sé por qué no puede llamarme Ed, como todo el mundo. Tampoco es que yo lo haya corregido nunca, así que igual tengo parte de culpa.

—No quiero que hagas nada —respondo—. Joder, Fran, solo quiero desahogarme, que me escuches y asientas con la cabeza y, yo qué sé, que me des la razón. O que me digas que soy un asco de persona por haberle gritado a un chaval al que no conozco.

Fran sonríe. Ahora sí que lo hace bien.

«Eso no hace falta que yo te lo diga», me recuerda su teléfono.

—A veces odio hablar contigo —confieso. Y puede que parezca una broma, pero lo digo en serio.

«Por eso no hablamos mucho».

—Supongo.

«Además, tú no has venido a que hablemos».

Fran y yo nos miramos y sé que ha llegado el momento.

Hoy, sin embargo, tengo la sensación de que ni siquiera el sexo aliviará el modo en que me siento.

4
BLAS

He decidido saltarme el entrenamiento.

Lo pensé antes de salir de casa, al asomarme a la ventana y ver que seguía lloviendo, después de toda una mañana sin parar. Teniendo en cuenta cómo acabé el viernes pasado, cuando me encontré el polideportivo hasta arriba de gente, no quiero tentar a la suerte. Más aún, sabiendo que Bea no va a estar. Lleva con un resfriado de los gordos desde el sábado por la tarde y, la verdad, no voy a negar que cuando me lo dijo temí que hubiese podido contagiarme el viernes, al vernos y abrazarnos. No por mí, aunque tampoco es que me venga bien pasar unos días en cama, sino por mi padre. Caer enfermo es lo que le falta para terminar de desmoronarse.

¿Cómo ha acabado así?

La vida. Mi padre.

Siempre lo consideré un hombre fuerte y ahora no dejo de verlo como un azucarillo cuando lo echas en el café. Un simple movimiento puede arrancar lo poco que queda de él.

La cuestión es que me tomaré el día de descanso. Rezaré a todos los dioses que se han engendrado en los últimos años para que nos bendigan con varios días seguidos de sol. Lo necesito. No solo por el entrenamiento, sino para no tener que estar preocupado por si las muletas de mi padre resbalan en el suelo. Todo es más difícil cuando llueve.

Todo.

Nada más entrar por la puerta, la enfermera del pelo corto nos saluda a mi padre y a mí con la cabeza, esbozando su más radiante sonrisa. Luce como una de esas sonrisas de verdad, no como las que esboza la gente que solo quiere agradar. Al recibirla, siento que estoy poniendo un pie en mi propio hogar. Un hogar que nunca pedí

y, aun así, se me dio. Un hogar al que tal vez, y solo tal vez, preferiría renunciar.

Recorremos el mismo pasillo que tantas otras veces y ocupamos las mismas sillas que los códigos de conducta no escritos ya nos han adjudicado por mera repetición. Son incómodas, pero familiares. A veces, hay algo agradable en lo familiar. Sin darme cuenta, acabo apretando los dedos en el interior de la mano izquierda, quizá demasiado, mientras pienso en que ojalá el enfermero salga y pregunte a mi padre, como ha hecho otras veces, si ha seguido practicando en casa. Así yo podría decir que no tanto como debería. O no tanto como a mí me gustaría. Porque apenas se ha movido del sofá en todo el fin de semana. A veces, el mal tiempo también es excusa.

Tras diez minutos aguardando en completo silencio, a excepción de la lluvia que repiquetea en las ventanas y las sillas de ruedas que giran, de manera esporádica, pasillo arriba y pasillo abajo, Fernando, el enfermero de siempre, sale a por mi padre. Le pregunta cómo está. Lo hace con su voz, aunque no es de los que dicen mucho más que eso. Mi padre se levanta, se encoge de hombros y emite un sonido con la boca que puede significar cualquier cosa. Cuando la puerta se cierra tras ellos, me quedo solo en la sala de espera.

Completamente solo.

Y eso hace que mi ansiedad crezca aún más.

Por mucho que intente engañarme, sé que hay algo que hoy me preocupa mucho más que los avances de mi padre, la lluvia o el resfriado de Bea. Y tal vez sea precisamente ese motivo el que me ha alterado el humor hasta el punto de querer saltarme el entrenamiento. Se trata, cómo no, del chico de la chaqueta roja. El que me gritó el otro día por razones que van más allá de mi entendimiento. No dejo de temer el momento en que aparezca por la sala de espera acompañado de esa otra joven que apenas será unos años mayor que él. Porque no es la primera vez que coincidimos y no tengo ni idea de cómo afrontar un posible encuentro con él. De vez en cuando, llevo la vista al pasillo y creo verlo en todas partes, en todos los rostros. Debería ser

inconfundible, con esa chaqueta roja de tipo acolchado que viste siempre. Es un color llamativo.

Mientras tanto, me dedico a matar el tiempo navegando por internet e intercambiando mensajes con Bea, que al parecer sigue pasando más tiempo en la cama que fuera de ella, y sin duda se la ve muy pero que muy aburrida. Lleva como tres días viendo una película tras otra, de las antiguas, de esas en las que los actores hablaban, en lugar de ser mudas o «dobladas» por una inteligencia artificial cuya entonación deja mucho que desear. Aún se hace alguna de ese tipo. No demasiadas. No tan expertas. Tras lo ocurrido, los actores de renombre prefirieron retirarse, teniendo en cuenta que ya habían acumulado riquezas para toda una vida o puede que hasta dos. Lo que más abunda son cortometrajes de tipo *indie*, vídeos que no duran más de veinte minutos. A veces me salta alguno en YouTube. El algoritmo se pone las botas con ellos por la cantidad de comentarios que deja la gente; discusiones que, al final, no dejan de ser debates constantes y más que trillados sobre el hablar o el abstenerse de hacerlo.

Lo de siempre.

Justo me está contando Bea algo sobre una película corta titulada *La cabina*, dirigida por un señor cuyo nombre no recuerda, cuando oigo unos pasos a mi lado. En cuanto alzo la mirada, me asalta el inconfundible color rojo.

El corazón se me para.

Nuestros ojos se cruzan durante solo unos segundos, suficiente para que quede patente la profunda incomodidad que, creo, nos acoge a ambos por igual. Se sientan justo enfrente: él y la joven que lo acompaña, la del brazo en el cabestrillo. Él enseguida se inclina hacia delante y se centra en su teléfono móvil. Yo intento hacer lo propio, mas el corazón me late tan fuerte que me hace daño en el pecho. Necesito agua. Necesito bajar el nudo que he engendrado en algún punto entre la tráquea y el estómago. Por eso me aclaro la garganta y voy en busca de la fuente, que se encuentra en el pasillo que conecta la entrada con nuestra sala de espera. La enfermera del pelo corto me saluda de nuevo, sonriente, mientras organiza material clínico y probablemente usado. Yo le devuelvo la sonrisa y

hundo la cabeza en la fuente. La boca, quiero decir. El agua está helada. Tanto que, de normal, me haría daño en las encías. Hoy, sin embargo, solo puedo pensar en el nudo, en que no puedo respirar, en que el corazón late y late y siento que jamás dejará de hacerlo con esta fuerza tan incontenible.

Respiro hondo.

Lo intento.

No sirve de nada.

Aunque ya no hay sed, no quiero volver a la sala de espera. No quiero tener que encontrármelo a él. No hay nada que desee más que regresar ahí y hallarme solo de nuevo. Alguna mujer con sus hijos o una pareja de ancianos, todo lo más. Sé que esa es una utopía mayor que la de que el mundo vuelva a ser como lo era hace quince años, cuando todo cambió a peor de un modo tan drástico como irreversible.

Me detengo a mirar la máquina expendedora que hay junto a la fuente. Botellas de agua, zumos de naranja y barritas de cereales y chocolate que sin duda no son más que una amalgama de azúcares y aditivos aplastados contra un molde. Algo no demasiado apropiado para vender allí donde ha de promoverse la salud, pero, bueno, no voy a negar que alguna vez se me ha antojado comprar algo. Aunque solo sea el zumo de piña que tomaba de pequeño y que mi dieta actual ya no admite.

Por un instante, llevo la vista a las puertas de cristal que dan al exterior y se me pasa por la cabeza la idea de esperar fuera; el problema es que sigue lloviendo con fuerza y hace frío. Mucho frío. Además, quiero que mi padre me vea al salir de la sesión. Quiero que los enfermeros o los médicos o quienes sean me vean también, en caso de que tengan que contarme algo sobre su evolución.

Al final, no me queda más remedio que retroceder sobre mis pasos.

Cuando vuelvo a la sala de espera, el chico está justo donde se encontraba, pero solo. Ni rastro de la joven. Ni rastro de nadie más. Tratando de no mirarlo a los ojos, me aclaro la garganta y planto el trasero en la misma silla en la que me encontraba antes. No tardo en sacar el móvil para fingir una ocupación extrema, pese a que no

hay nada en esta pantalla que me haga evadirme de la ansiedad y las palpitaciones. De vez en cuando, mi visión periférica capta un movimiento y todo mi cuerpo se tensa; al final, solo son las piernas del chico de la chaqueta roja, cruzándose una por encima de la otra o agitándose sin descanso utilizando la parte delantera del pie como punto de apoyo.

Entonces percibo algo más inconfundible aún que el rojo de su chaqueta.

Una voz.

—Oye.

Finjo que no la oigo. Supongo que es lo mejor. Toqueteo un poco la pantalla, como si estuviese inmerso en una tarea que requiere toda mi atención.

No sirve de nada.

El chico se pone de pie y, en esta ocasión, me habla mucho más cerca.

—Oye.

No me queda otra que sucumbir, mirarlo a los ojos y prestarle atención a la fuerza. Hoy no planeo usar mi voz, así que confío en que tome mi mirada por la respuesta que necesita.

Sea lo que sea que pretenda decirme, se hace de rogar. No deja de frotarse el cuello con la mano.

—Siento lo de la otra vez —expresa, al fin, casi a regañadientes—. Tenía un día de mierda y lo pagué contigo. Ya está. No tengo excusa.

Le sostengo la mirada durante cinco segundos, más o menos. Después, la propia fuerza de la gravedad me incita a refugiarla en el suelo. Creo que acabo de quitarme un enorme peso de encima. Ahora solo falta hacer entender a mi acelerado corazón que la situación ha dado un giro a mejor.

Me figuro que el chico espera una respuesta. Me figuro, también, que la forma que tiene de exhalar el aire implica un cierto grado de contrariedad por su parte. Viendo que no respondo, se da la vuelta y se dispone a volver a su asiento. Antes de que eso suceda, lo agarro por la manga de la chaqueta. Es suave como una almohada. La chaqueta, no su mano. Al notar el tirón, se detiene y

se me queda mirando. Yo lucho por teclear en el móvil todo lo rápido que sé.

«Gracias por disculparte», termino escribiendo, y le enseño la pantalla. El chico la observa con fijeza, aún con un deje de disgusto en los ojos y en la forma que tienen sus cejas de fruncirse. Si esperaba algo diferente, no alcanzo a comprender qué. Al final, vuelve a su asiento sin dedicarme una sola palabra más. Entonces ambos carraspeamos al mismo tiempo, aunque no es el preludio de nada, tan solo del silencio que pretende extenderse por doquier.

Incluso tras la disculpa, el ambiente se me hace tenso. Por miedo a suspirar y que me levante de nuevo la voz, creo que hasta he dejado de respirar. De hacerlo bien, al menos. Y nada me gustaría más que poder enfrentarme a él si volviera a atacarme como lo hizo el viernes, pero después de una disculpa que sonaba sincera, y teniendo en cuenta que lo último que deseo es montar una escena en pleno hospital, es preferible que algo así no suceda. Estoy a punto de guardar el teléfono cuando oigo una voz dirigida a mí:

—¿Qué le pasa a tu padre?

Me cuesta conectar con la realidad.

Con lo que dice.

Parpadeo y siento que su imagen va a desvanecerse de la retina, que solo quedará una silla vacía y un lienzo de acuarela proyectado contra los húmedos ventanales del hospital.

Confecciono una respuesta breve y concisa en mi teléfono móvil. Como está demasiado lejos para poder leerlo, me decanto por levantarme y ocupar el asiento que hay a su lado. Es igual de incómodo que el mío. Más aún, teniendo en cuenta que me ha tocado estar tan cerca de él.

«Tiene una pierna rota. O la tenía. Se supone que ya está casi soldada».

—¿Cómo se la rompió? —me pregunta, después de aclararse la garganta.

«Trabaja de pintor. En los últimos años hace sobre todo fachadas. No sé si le falló el andamio o el pie, pero el caso es que se cayó desde un segundo piso».

—Joder. Qué putada.

«No te creas», escribo. «Para mí es un milagro que solo se haya roto una pierna».

El chico suelta el aire con rapidez.

—Bueno, ya —dice.

Una parte de mí insiste en que es mi turno de preguntar, así que me apresuro a redactar:

«¿Y a tu novia qué le pasa?».

La reacción de su cara me confirma que he metido la pata.

—*Bro*, que es mi hermana.

—Perdón —me sale decir en voz alta.

Él hace un amago de reír.

—Nah, casi preferiría que fuera mi novia. Así podría mandarla a tomar por culo.

Su comentario tensa el ambiente. ¿Qué pretende que diga después de algo así? Tampoco puedo levantarme y volver a mi asiento. Eso sería aún peor, ¿no?

—Se tropezó por ir mirando el móvil —explica, inclinándose hacia delante—. Es lo que tiene vivir pegado a una máquina.

Me pregunto si sigue hablando de su hermana o ha optado por ir más allá. Sea como fuere, decido dejarlo pasar.

«Tú tampoco la acompañas dentro», escribo, aferrándome a lo único que nos une a los dos.

El chico resopla y menea la cabeza. Da un par de golpecitos en el suelo con el pie.

—No, qué va —dice—. Se pone histérica. Intenté estar con ella los primeros días. Luego desistí. No dejaba de decirme que me fuera. Bueno, de indicármelo con la mano, porque mi hermana no es de las que hablan. —Hace una pausa, como si meditara lo que va a decir a continuación. Como si meditara si quiere decirlo o prefiere callarlo—. Tú tampoco eres de los que hablan.

Bajo la mirada antes de responder con un movimiento de cabeza.

—¿Tu padre tampoco te quiere dentro o qué?

«No», escribo. «No me lo ha dicho directamente, pero creo que es lo mejor, tanto para él como para mí. No nos sentaba bien a

ninguno que yo estuviera acompañándolo».

—Menuda mierda todo —suelta, la mirada fija en las sillas de delante, ahora completamente vacías.

Durante varios segundos, siento que me sumerjo en esas palabras. Que me hundo en ellas. En la oscuridad. Hago un esfuerzo por redactar un nuevo mensaje y, justo cuando pretendo presentarme, decirle, quizá, que lo que pasó el viernes está olvidado y enterrado, la puerta se abre y el corazón me da un vuelco. Mi padre aparece portando la mirada clásica de un alma en pena, algo que lleva meses, y no me atrevo a decir años, sin ser una novedad. El médico, que es bastante mayor que Fernando y tiene el pelo abundante pero gris, viene justo detrás de él, alzándose con su enorme estatura. Su sonrisa es tan amplia y tan blanca que resulta artificial, como uno de esos anuncios de bancos en los que todo el mundo luce pletórico gracias a su nueva cuenta de ahorro sin gastos ni comisiones y con un tipo de interés que los volverá millonarios en, más o menos, novecientos mil años.

—¿Tienes un momentito?

Tardo un par de segundos de más en caer en la cuenta de que el médico se dirige a mí. Al hacerlo, la respiración me tiembla en la garganta. De inmediato, lanzo una mirada a mi padre, mas el médico interviene:

—Quiero hablar solo contigo —me aclara—. A él ya se lo he contado todo —añade, y, aunque se molesta en guiñarle un ojo a mi padre, no creo que él se haya dado cuenta de ello.

Esta vez, no observo al hombre que me dio la vida, sino que lanzo vistazos en todas direcciones. Es así como reparo en la otra presencia que nos acompaña en la sala de espera.

«¿Puedes quedarte con él?», le escribo al chico de la chaqueta roja, usando mi móvil.

Él se encoge de hombros, cosa que no termina de tranquilizarme. Tendrá que ser suficiente, supongo. Así pues, en forma de texto, le pido a mi padre que se siente, aunque él, para variar, no lo hace hasta que yo mismo dirijo sus movimientos con las palmas de las manos. A veces, me pregunto si mi padre no es ahora

más que una masa de arcilla húmeda o una marioneta cuyos hilos yacen al alcance de todos.

Solucionado esto, y no sin antes dedicar una última mirada al chico de la chaqueta roja, acompaño al médico al interior. Él, haciendo gala de una confianza que no compartimos, me pasa una mano por detrás, como lo haría un colega o un viejo conocido de los que no se olvidan. Me conduce a través de máquinas, escritorios y pacientes en plena rehabilitación. Cuando toma asiento en una de las sillas que hay al final de la sala (oculta tras una cortina de color azul hospital) y me quita la mano de encima, el alivio que me embarga roza lo sobrehumano.

—Siéntate —me indica, sin mirarme siquiera a los ojos.

Acato la orden y ocupo una silla que aún está caliente, mientras el médico teclea con precisión en su ordenador. Tengo que esperar casi dos minutos para que él pueda escribir, leer y luego vuelta a escribir. Después de pasar la mirada por la pantalla una última vez, junta las manos por encima del pulcro escritorio para dirigirse a mí.

—Últimamente veo a tu padre cada vez más desanimado —dice, a lo que yo asiento con la cabeza. Solo espero que no se percate de que se me han humedecido los ojos—. El estado de ánimo es fundamental a la hora de recuperarse de una lesión de este tipo. ¿Habéis pensado en la posibilidad de subir la dosis de los antidepresivos?

La sola mención de los fármacos hace que los ojos se me escapen de las órbitas.

—¿Qué? —me sale decir.

—Puede que la dosis que toma sea muy baja. ¿Cuándo es la próxima cita con el psiquiatra?

No acabo de comprender lo que ocurre. El cosquilleo que siento en el estómago, eso sí, me indica que, sea lo que sea, no ha de ser bueno. Recurro por enésima vez al teléfono móvil para responder al médico. Tengo que corregir un buen puñado de erratas en el proceso.

«Mi padre no ha ido nunca al psiquiatra. No toma antidepresivos».

El médico, cuyo nombre debería saber pero jamás consigo recordar, arruga el entrecejo, tan solo un ápice, como si una parte de él ansiara mantener la perfecta compostura.

—Hace unos meses, le dije a tu padre que sería recomendable que viera a un psiquiatra. Me dijo que tú ya le habías pedido cita.

—Sí, pero…

Chasqueo la lengua en mitad de la frase; el resto prefiero dejarlo por escrito:

«Conseguí que su médico de cabecera le pidiera cita hace ya meses. Se la fijaron para finales de octubre, pero él se negó a ir. No hubo forma de convencerlo».

El médico suspira y coloca las palmas de las manos sobre la mesa.

—Me dijo que le habían mandado unas pastillas, que no recordaba el nombre, pero que se estaba tomando media todas las mañanas. Como vi la cita en el sistema, imaginé que era verdad. Las consultas de salud mental las tenemos bloqueadas, así que ni siquiera he podido ver que no acudió a la cita.

El médico emite otro suspiro, más contenido, más largo, mientras me observa con detenimiento. Imagino que sus ojos no están en mí, en realidad, sino en su cabeza y en la red de pensamientos que intenta tejer bajo la piel.

—Creo que debería verlo un especialista —anuncia, al fin—. Desde lo que pasó hace quince años, cada vez se ven más casos de depresión. No hace falta que te diga que la causa más frecuente de muerte en el mundo es…

—Lo sé —lo interrumpo. Me da miedo hablar, pero más me aterra oír la palabra que estaba a punto de pronunciar.

—El otro día leí un artículo que decía que los casos de gente que se quita la vida —oír esa expresión hace que apriete con fuerza los ojos— han aumentado un doscientos por cien del año pasado a este. Y no digo que tu padre vaya a hacerlo, no soy especialista, pero es conveniente que lo vea un psiquiatra.

Me tiemblan los labios.

Me tiembla el ojo izquierdo.

Me tiembla la mandíbula cuando abro la boca para tomar el aire que no entra por la nariz.

La respiración se entrecorta, dando paso a dos lágrimas que resbalan por mis mejillas y acaban cayendo contra la pantalla de mi teléfono. Cierro los ojos e intento mantener el control. La calma. Cierro los ojos e intento que todos y cada uno de los monstruos se mantengan a raya, tras las barreras de cartón que erigí hace tiempo y apenas puedo ya sostener.

—Intentaré hablar con él la próxima vez, ¿vale? —me reconforta, a la par que se pone de pie.

Yo hago lo propio, más por inercia que por cualquier otro motivo. El médico se despide de mí colocando la mano sobre mi hombro y apretando con suavidad, como si fuera un tío mío al que solo veo una vez al año por Navidad. Quizá otra muestra de excesiva confianza. No me acompaña hasta la puerta. Por el camino, aprovecho para secarme las lágrimas todo lo que puedo. Aun así, estoy seguro de que mi padre sabe que he estado llorando, pues sus ojos se abren un ápice cuando me ve. Una parte de mí se alegra de que al menos sea capaz de mostrar alguna emoción, de preocuparse por algo en lugar de navegar un perpetuo vacío. La otra parte está furiosa y a punto de estallar como si fuera un volcán.

Pero no será algo que ocurra ahora.

Le tiendo la mano sin alzar la voz ni dedicarle unas palabras en forma de texto y me lo llevo pasillo abajo en dirección a la salida, bien sujeto por el brazo para evitar que resbale en el suelo húmedo, que solo empeora una vez abandonamos el hospital y salimos a la calle. La lluvia ya no embiste con tanta fuerza, mas sigue ahí, derramando las lágrimas que otros muchos querríamos blandir en su lugar. Por suerte, el coche no está lejos. Meto la llave en el contacto con la intención de arrancar y perderme más allá de la ciudad, bajo un cielo de nubes grises que se retuercen como los brazos de un gigante.

No puedo hacerlo.

Es evidente que no.

En su lugar, saco el teléfono móvil y escribo aquello que tengo que sacarme de dentro.

«¿Le has dicho al médico que estás tomando antidepresivos?».

Mi padre observa la pantalla y aparta la mirada.

«Ni te dignaste a acudir a la cita», añado.

—Papá —pronuncio, al ver que se niega a leer el mensaje que he escrito para él.

Por fin, se vuelve a regañadientes y compone una mueca con la cara.

—Se lo dije para que me dejara en paz —responde.

Ya está otra vez hablando. Me crispa los nervios esta nueva costumbre suya. No sé cómo pararle los pies. Ni siquiera sé cuál de todos los problemas marcar como prioridad número uno, la costumbre que con más premura habría que erradicar. Tal vez todas ellas conformen una amalgama inseparable que hay que atajar de raíz.

No sé qué decir.

No sé qué escribir.

Por eso dejo que el motor del coche ruja en vez de mi garganta, mientras nos lleva, a mi padre y a mí, a lugares que van más allá del reino de lo físico.

Una vez en casa, cuando lo veo acoplado en su sofá, con un partido de fútbol en el televisor, no dejo de pensar en lo mucho que se parece a mi abuelo. Y me pregunto cuánto habrá envejecido mi padre de golpe en estos últimos cuatro años. Podría quedarme aquí y mantener con él una acalorada discusión escrita que me robaría el sueño y el apetito.

Podría hacerlo.

Quizá debería.

Llueve y, además, mañana tengo un examen a primera hora que se beneficiaría de un par de horas de repaso. Con todo, me quito la sudadera de vestir, la camiseta de marca que me compré en las rebajas a más de la mitad de su precio y me visto con el chándal del entrenamiento.

Cuando cruzo el salón, mi padre deja de prestar atención al fútbol y me mira durante unos segundos.

No le devuelvo la mirada.

Salgo de casa sin dedicarle siquiera un adiós.

Algo que sé que lamentaré en cuestión de cinco minutos.

5
ÉDGAR

—No lo soporto —insisto, al tiempo que recojo platos y vasos de plástico—. En serio, es que no lo soporto.

—Pensaba que ya te habías disculpado —comenta Rocío, de pasada. Tiene entre manos un montón de folletos y pretende apilarlos de manera que queden alineados. Si fuera menos perfeccionista, el trabajo ya estaría acabado.

—¿Y eso qué tiene que ver? —cuestiono. Rocío sigue a lo suyo. Estoy a punto de añadir un vaso más a la torre, cuando descubro que aún tiene un poco de refresco dentro. Este hay que llevarlo al baño. Lo dejo a un lado y tiro el resto a la papelera que hay en un rincón de la sala—. Cada vez le tengo más asco —continúo—. Con solo acordarme de la forma en que lleva siempre sujeto a su padre, ya me entran ganas de darle patadas a todo. ¡Que no es un inválido, joder, que solo tiene una pierna rota!

Justo entonces me asalta uno de esos silencios reveladores. De los que me dicen que Rocío me está clavando la mirada como si fueran un par de colmillos. Ya está satisfecha con la pila de folletos; hasta les ha puesto la goma y están listos para ser metidos en el cajón. Antes de eso, claro, tiene algo que decirme. Por supuesto que lo tiene.

—¿Sabes lo que yo creo? —pronuncia, utilizando ese tono de «te voy a dejar tan KO con lo que te voy a decir que te van a tener que llevar al hospital de urgencia».

—¿Qué crees? —espeto, sin ganas.

—Que lo que de verdad te fastidia es que no hable.

Gruño.

Dos veces.

Hasta suelto el aire en plan sarcástico.

—Y ya sabes que aquí enseñamos, por encima de todo —prosigue ella—, a respetar las decisiones de los demás. Cada persona tiene su momento, Poe. No podemos forzar a nadie.

—Que no es eso, joder. Aunque lo de que no hable le hace ganar bastantes puntos en mi *ranking* de odio.

—Tener un *ranking* de odio va bastante en contra de lo que hablamos aquí —responde Rocío, al tiempo que guarda los folletos en el cajón.

—Estoy de broma.

El cajón suena al cerrarse.

—Vale, tengo otra teoría —dice, apoyando la cadera contra una de las mesas que pegan con la pared y señalándome con el dedo. Antes de decirlo, sin embargo, se toma el tiempo de servirse un poco de agua mineral en un vaso de plástico. Se la bebe con tranquilidad. Tócate los huevos. Yo aprovecho para vaciar el vaso de refresco en el lavabo y lanzarlo después a la papelera. No encesto ni de coña, así que toca recogerlo.

—Venga, ¿cuál es la teoría? —la presiono.

Rocío paladea el agua, que no debe de saber a nada, pero, oye, lo de hacerse la interesante siempre ha sido muy lo suyo.

—Te molesta que ese chico se porte bien con su padre porque sientes que esa es la forma en que deberías comportarte tú con tu hermana. Como tú no te portas así con ella, te sientes culpable. La teoría del espejo, de toda la vida.

Pongo los ojos en blanco.

La puta teoría del espejo.

—No empieces otra vez con tus movidas de la meditación —protesto.

—Primero —me advierte, levantando uno de sus dedos—, no son «movidas de la meditación». Segundo —levanta otro—, lo que hacemos aquí tiene una fuerte base de *mindfulness*, así que considérate infectado.

Chasqueo la lengua nada más oírla.

—No es lo mismo —repongo, al tiempo que me dejo caer en una de las sillas. Suerte la mía, justo he ido a elegir la que está coja. Me inclino hacia delante y acomodo la cabeza entre los brazos que

tengo apoyados sobre la mesa. Resoplo con fuerza antes de decir—: Ya vuelve a ser jueves. Es un asco pensar que no tendremos sesión hasta el lunes. Tres días sin venir aquí. ¿Seguro que no podemos meter un día más a la semana?

—Ya hablamos de esto una vez. —He cerrado los ojos, así que no puedo verla. Solo oigo su voz y la forma en que trastea con el contenido de uno de los cajones—. Ni tú ni yo podemos permitirnos encajar otra sesión en nuestras apretadas agendas. Además, y esto es claramente secundario, a mi futuro marido le gustaría seguir teniendo sus tardes de rol y partidas de cartas, por aquello de que, ya sabes, esta es su tienda de juegos de mesa. Ya bastante hace el pobre dejándome la sala dos días en semana.

—Que se joda.

—Le haré llegar tus buenos deseos. Y, por cierto…

En plena oscuridad, distingo el sonido de una hoja de papel deslizándose sobre la mesa. Abro los ojos y me incorporo solo a medias. Lo que veo me invade de odio, desprecio y repugnancia. Se trata de un folio en blanco en el que han escrito la palabra «fascistas» con rotulador rojo, además de añadir un emoticono que tiene cara de estar bastante muerto.

—¿Saben acaso lo que significa la palabra fascista? —Esa es toda mi reacción.

—Parece que no. Sin duda es bastante más drástico que el de hace dos semanas, cuando nos acusaban de adoctrinamiento.

Suelto el aire por la boca al recordarlo.

—La gente es imbécil —opino.

—La gente tiene miedo —tercia ella—. Es lo que me gustaría decir, pero, mira, voy a decir que la gente es imbécil. Estoy de acuerdo contigo. Un día es un día. —Me da por reír. No es propio de ella hablar así—. El problema es que Diego está empezando a mosquearse. Y teniendo en cuenta que estamos en su tienda, es un tema complicado. Ya el otro día me preguntó si tendríamos otro sitio para hacer esto, en caso de no poder seguir viniendo aquí.

—Qué capullo.

—Es su negocio y su medio de vida, así que puedo entenderlo. Encima, últimamente está eso de…, ya sabes.

No termina la frase, pero el gesto que hace con la cabeza, en dirección a la parte frontal de la tienda, me basta y me sobra para entenderla. Yo echo un vistazo hacia donde ella señala, como si tuviera un par de puñeteros rayos X por ojos y pudiese ver la calle desde mi posición. El ángulo lo hace imposible.

—¿Lo has visto hoy? —pregunto.

—Hoy no —responde, y se detiene a apurar de un trago el agua que le queda en el vaso—. Pero lo vi el lunes y volví a verlo ayer, cuando vine a esperar a Diego.

Vuelta a resoplar.

—No entiendo qué coño quiere —declaro.

—Yo menos.

—¿Por qué todo es tan complicado? —pregunto, en plan queja, al tiempo que estiro los brazos con sonoridad.

—Para eso estamos nosotros: para intentar hacerlo menos complicado.

—Quiero quedarme aquí. No quiero volver a casa y que Irene me mande callar o que Enzo me eche en cara que no he preparado nada para cenar.

—Sigo sin entender por qué te tienes que encargar tú de todas las tareas domésticas —comenta Rocío, justo antes de tirar el vaso de plástico a la basura.

—Porque yo no tengo trabajo.

—Es verdad, había olvidado que tu hermana tiene ese puesto a distancia en las oficinas de Monte Imaginación, donde le pagan en caramelos y palabras bonitas.

—Irene no cuenta. Tiene el brazo roto, así que da igual que no tenga trabajo.

—Entiendo que necesite ayuda para algunas cosas, pero no creo que tenga que ser tan dependiente.

—Ya, pues díselo a Enzo. O a ella misma.

Al fin, mi amiga se sienta en la silla que queda frente a mí.

—Además, tampoco es que tú estés en paro por gusto —me recuerda—. Estás buscando trabajo.

Silencio.

La saliva se me revuelve en la boca.

—Estás buscando trabajo, ¿no?

Tomo aire antes de soltar el bombazo:

—Vale, es posible que dejara de buscar hace dos meses. Estaba hasta la polla de hacer entrevistas, de responder a las mismas preguntas para que al final me cascaran un no. «¿Dónde te ves en los próximos cinco años?». Tío, ¿alguien se ve en algún sitio en los próximos años? Esa pregunta tenían que haberla cambiado hace quince, cuando empezó toda esta movida. De todas formas, sé que Enzo querrá que yo lo siga haciendo todo incluso aunque me pillen en algún sitio. Él considera su puesto mucho más importante. Lleva ya dieciséis meses, ojo —canturreo, sarcástico total—. Lo va contando por meses, el muy imbécil. Cada vez que suma uno más me dan ganas de partirle la cara como si fuese una sandía.

Acabo mi discurso con un suspiro y con la sensación de haberme sacado un peso de encima. O un pedazo, al menos. Rocío se inclina sobre la mesa y alarga el brazo para agarrarme un par de dedos de la mano. No sé si cuando la miro tengo cara de perro abandonado o de mapache cabreado.

—Está bien que te hayas tomado un tiempo para descansar de buscar curro —me reconforta, con esa voz agradable que adopta a veces. Y no es que de normal su voz no sea agradable, sino que, en ocasiones como esta, es *aún* más agradable—. Cada cosa y cada persona tiene su momento, ya lo sabes. Puede que ahora no sea tu momento de trabajar.

—No, si eso ya lo sé. Es mi momento de ser un puñetero esclavo.

Antes de que Rocío pueda responder, oímos abrirse la puerta de la tienda. Al principio, me tenso. Luego recuerdo que la llave estaba echada y que solo hay una persona que ha podido entrar.

—Hola —saluda Diego, con su voz de presidente del Gobierno. Fuera coñas, siempre pensé que serviría para dirigirse a las masas.

—Hola —corresponde mi amiga, y me dedica un vistazo antes de añadir—: Hemos quedado para cenar.

—Sutil forma de decirme que me busque otros planes —dejo caer.

—Puedes venirte, siempre que te guste eso de ser la tercera rueda del triciclo.

—Claro, justo lo que me hacía falta.

Diego entra por la puerta blandiendo su sonrisa de película y saluda a su prometida con un beso en los labios. A mí, en cambio, me suelta un:

—Coño, Ed, parece que te hayan dado una paliza. De las mentales, quiero decir.

—Gracias, tú también estás genial —repongo, sarcástico. Él se echa a reír.

Imagino que lo dice por mi postura: inclinado sobre la mesa y prácticamente desparramado sobre ella. No tengo ganas de moverme, pero supongo que ya va tocando. Me pongo de pie fingiendo más esfuerzo del que me cuesta en realidad (aunque me cuesta lo suyo) y me despido de Diego chocándole el puño.

—Y a ti —señalo a Rocío— te veo el sábado, ¿no?

—Claro. A menos que te vayas a Egipto a construir pirámides.

Mi cara es un auténtico poema al escucharla.

—¿Qué dices? ¿Qué pirámides? —pregunto.

—Las pirámides las construían los esclavos.

—No lo pillo.

—Que tú has dicho que eres el esclavo de tu familia.

—A mí no me hagas referencias de gente lista, ¿eh?

Rocío ríe de ese modo tan apacible que la caracteriza. Después, me despido de ella con un abrazo, me pongo la chaqueta y salgo al mundo exterior. Lo primero que hago es subirme la cremallera hasta arriba. Joder, qué frío hace. Es de esos días que te sale vaho hasta de las orejas. Son poco más de las diez de la noche; aun así, la calle está oscura y desierta. No es que nunca haya habido muchas farolas por esta zona y las pocas que hay tampoco alumbran mucho. ¿Es el mejor sitio para abrir una tienda de juegos de mesa? Bueno, eso depende de cuánto les guste la luz a los aficionados a este tipo de *hobby*.

Con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, me pongo en marcha. Por un instante, me tienta sacar el móvil y ponerme a comprobar mensajes, pero resulta que tengo lo que se

llama una familia que me atosiga, así que prefiero ceñirme a eso de ojos que no ven, corazón que no siente. Aún más, me tienta la idea de pedirle a Fran que nos veamos hoy. Cualquier cosa antes que meterme en esa celda que tengo por casa. El problema es que pasar tiempo con Fran después de tener sesión con el grupo hace que mi ánimo decaiga. Me siento empoderado al salir de la tienda de juegos; no necesito que un tío que se comunica conmigo utilizando un robot venga a bajarme toda la erección emocional. Si es que eso existe.

Y entonces lo oigo.

Un susurro que casi me llega justo al oído. Escucharlo me congela el cuerpo y hace que el corazón se ponga a latir como una condenada moto.

—Una vez cada mil años.

Al girar la cabeza, me lo encuentro tan cerca de mi cara que siento el impulso de retroceder de un salto. De todas formas, mi cuerpo sigue sin reaccionar. Es un puñetero emisario. El mismo que lleva rondando esta zona un par de semanas, como mínimo. Se trata de un tío de entre veinte y treinta años con el pelo completamente blanco y el iris de los ojos más pálido que el rúter que tenemos en casa. Lo peor de todo es que tiene los cojones de sonreír, con los labios entreabiertos, enseñando una lengua que no para quieta bajo el paladar.

—¿Qué coño quieres? —escupo, tan pronto como mi cuerpo vuelve a pertenecerme, aunque sea solo a medias. Aprovecho para retroceder, también, pues sentir el aliento de este tío en la cara me produce ganas de vomitar.

El hombre se echa a reír. Como si fuera un crío al que hablas de pedos, caca y pis.

—¿A dónde vas? —pregunta, con una voz que tiene algo de musical, pero más de discordante. No creo que haya nadie en el mundo que entone las frases como lo hace este imbécil.

—A donde me da la gana.

El extraño vuelve a reír. Lo hace con inocencia. Con la ingenuidad que otorga la ignorancia. Solo que él no parece precisamente ignorante.

De pronto, extiende la mano hacia mí, tratando de alcanzarme. Reacciono con la suficiente rapidez y lo detengo agarrándolo del brazo. Entonces ocurre algo que no puedo explicar. Tengo la sensación de que las pupilas del albino se dilatan. Y creo que hay algo en ellas que me… ¿cautiva? No sé si esa es la palabra adecuada. La cuestión es que cuando su otra mano viene hacia mí, soy incapaz de interceptarla. Por eso dejo que se acomode en mi brazo y suba lentamente por mi chaqueta hasta presionarme el hombro con cuidado. El proceso al completo me provoca escalofríos. Siento que acaban de clavarme una estaca en el corazón. Un témpano de hielo, más bien.

Una parte de mí está convencida de que voy a morir.

Sin embargo, sus dedos no tardan en retirarse. A la escasa luz que nos envuelve, consigo distinguir una mancha negra que corretea por su piel. Un insecto. Uno de esos bichos negros que tienen pinzas en la cola. Si Irene estuviera aquí, sabría decirme cómo se llama.

Ojalá estuviera aquí.

Ella o cualquier otra persona.

Con cuidado, el extraño se agacha y deja a la pequeña criatura en el parterre de un árbol. Lo veo escalar por el tronco antes de volver a fijarme en el hombre. Este sería un buen momento para pirarme de aquí sin mirar atrás. No soy capaz. No sé si es el miedo o sus ojos, pero hay una fuerza muy superior a mí que no me deja avanzar ni retroceder. Cuando vuelve a reparar en mi persona, parece que sus pupilas se dilaten de nuevo.

—Una vez…

—¿Cada mil años? —culmino, a duras penas, pero de mala hostia.

El hombre asiente con la cabeza.

Muy despacio.

Sin dejar de sonreír.

6
BLAS

Hoy ha sido un buen día.

No se ha dejado ver ni una nube por el cielo y he salido a cenar con Bea. Además, hemos quedado en vernos el sábado. Vendrá a cenar a casa acompañada del viejo disco duro externo de su padre, armado hasta los dientes con películas que descargó hace años, cuando las plataformas digitales, unas más legales que otras, aún no habían sido popularizadas. El plan es hacer una maratón y dejar que nos den las tantas de la madrugada visitando situaciones y lugares que jamás veremos fuera de una pantalla. Acostumbrado como estoy a priorizar la lectura sobre el cine, la velada promete ser un interesante cambio de aires.

Ha sido un buen día.

Sí.

Por desgracia, uno no puede dar nada por confirmado hasta que el reloj marca las doce y el calendario da la vuelta. Es algo que descubro nada más meter la llave en la cerradura y empujar la puerta para entrar.

—Cacodilo, cacofonía, cacofónico…

No reconozco la voz.

—Cacofónica, cacología, cacomite…

No, sí que la reconozco. Es la entonación la que me ha llevado a errar. La conozco porque me ha acompañado desde que tengo uso de razón, tal vez mucho antes, cuando mi consciencia era apenas una mancha de la que no albergo recuerdos en la memoria.

Ni siquiera me detengo a cerrar la puerta.

—¡Papá!

—Cacharro, cachaza, cachazudo…

—¡Papá!

Avanzo a toda prisa. Jamás el pasillo de mi propio hogar se me ha antojado tan largo, tan infinito, tan imposible.

—Papá —insisto, una vez más, cuando lo encuentro sentado en el sofá.

Él me mira durante unos breves segundos; suficiente para percatarme de que tiene los ojos empapados en lágrimas. Incluso ha mojado las páginas del diccionario que sostiene entre los dedos.

—Cachear, cachemir…

No me molesto en alzar la voz de nuevo. Recorro con un par de zancadas el espacio que nos separa y le arranco el libro de las manos. Lo lanzo con fuerza hacia una esquina de la habitación. La furia que me embarga me impide ver más allá de la ira; me impide comprender e interiorizar la forma en que mi padre se cubre el rostro con las manos y solloza como hace años que no lo hacía.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Me tiembla la voz. Me tiemblan los brazos. Tanto que intento sostenerme uno de ellos con los dedos. No puedo contenerlo. El movimiento es tan brusco que empiezo a temer que haya algo mal dentro de mí, que se haya roto algo que ya no se puede reponer.

—Quiero irme con ella —dice. Oigo su voz como si fuese un eco. Como si fuesen múltiples sonidos entremezclados y ocultos tras una cortina de agua—. Quiero irme con ella.

El corazón me va a estallar. El pecho me arde con tanta fuerza que, por un instante, me planteo que pueda ser un infarto. Sé que no lo es. Sé que es el abrazo de la ansiedad, que clava sus espinas allá donde puede. Las piernas me fallan y acabo cayendo sobre el suelo de mármol, igual que un vestido que simplemente resbala de una percha. No me hago daño. Apenas siento el impacto. Ya no sé dónde estoy o si estoy siquiera en algún lugar. Todo es negro, a pesar de que hay colores y formas; han perdido la nitidez y la esencia. Las lágrimas escuecen en la herida que me hice hoy al afeitarme.

—¿Cómo te atreves…? —farfullo, sin entender el cómo ni el cuándo. Sin entender, en general.

—Quiero irme con ella.

—¿Cómo te atreves a intentar dejarme aquí solo? ¿Cómo eres…?

El llanto de mi padre se alza como si fuese un aullido, como un animal que muere en las entrañas del bosque, allí donde la luz no llega y los ojos de la noche todo lo ven. De pronto, se lanza al suelo como si este fuese una piscina. Se acerca arrastrándose. Me abraza como si no supiera por dónde agarrarme, como si yo fuese aceite y él mantequilla. Me besa la frente y una oreja. Me besa el pelo y me lo acaricia a tirones.

—Perdóname, Blas. —Apenas se le entiende cuando habla—. Perdóname, por favor.

Abrazo al hombre que me dio la vida porque es lo más cerca que puedo estar de mantenerlo a mi lado, porque es la única forma que tengo de pedirle que no se marche, que no me abandone a mi suerte en un mundo que ya no nos quiere, si es que alguna vez lo hizo.

Abrazo a mi padre mientras el llanto de uno se une al del otro.

Abrazo a mi padre con los ojos cerrados, sin saber si habrá un mañana en que podamos abrirlos de nuevo.

7
ÉDGAR

Hace calor.

Por lo general, hace más frío que calor, igual porque el hospital quiere ahorrar hasta el último céntimo del presupuesto, pero tiene pinta de que hoy a alguien se le ha ido el dedo con la calefacción. Se nota especialmente por el contraste con la calle: hoy alcanzamos temperaturas mínimas. Vamos, que casi parece que el mismísimo hombre de las nieves nos esté echando el aliento en la cara. Mi chaqueta yace ahí, en la silla, justo encima de la de Irene.

Y pensar en mi hermana hace que cierre los ojos.

Entonces llega el que perfectamente podría ser el décimo bostezo de la tarde.

Hoy la cosa va de bostezos.

Desde ayer, no he dejado de pensar en aquello que dijo Rocío sobre la teoría del espejo; sobre que el chaval este cuyo nombre no me sé me produce ese rechazo porque el trato con su padre representa aquel que yo debería tener con Irene.

¿Lo peor de todo?

Puede que sea verdad.

Me he pasado la mañana y buena parte de la noche buscando excusas para justificar que mi forma de lidiar con Irene es la correcta, que no guardo ni una pizca de culpabilidad en mi interior. Pero igual no es verdad.

Eso sí, Irene no es la única que me ha mantenido en vela toda la puta noche. Cada vez que cerraba los ojos, veía los suyos. Los del albino. El emisario que me asaltó ayer al salir de la tienda. Peor aún: en mi sueño, sus pupilas se volvían monstruos con tentáculos y otras mil movidas más. Me atrapaban, me inmovilizaban y se me metían por la boca hasta que dejaba de respirar. Aún tengo sudores de solo acordarme. La putada es que ya no me puedo quitar más ropa.

A Rocío no le he hablado del incidente con el emisario. Lo he pensado más de una vez, pero siempre acabo descartando la idea. Me da miedo que Diego se termine enterando y decida cerrarnos el chiringuito a mi amiga y a mí. Solo le faltaba eso a mi vida para acabar de ser una desgracia.

Vale, ¿quién está pensando ahora como un puñetero mártir?

Y hablando de mártires, mira quién aparece por la sala de espera.

Acompaña a su padre, pero no como siempre. Hoy el hombre camina solo, sin que el hijo lo ayude con una mano en el brazo o en el hombro. Qué raro. Luego, cuando se acerca más, veo las ojeras que tiene el chaval en la cara; eso sin contar las bolsas en la parte inferior de los párpados, que puedes meter ahí toda la compra del súper y hasta te sobra sitio para un biplaza. Igual me quedo mirándolo más tiempo del que debería, porque, cuando se sienta, él tampoco aparta la vista de mí. De algún modo, salgo de mi ensimismamiento y le dedico un saludo con la cabeza. Él alza apenas la mano. Y así, volvemos a lo nuestro.

Al calor.

Porque, joder, hace mucho calor. ¿No pueden hacer algo con la calefacción? Reventarla con un martillo, por ejemplo. O apagarla. Si a mí me vale con que la apaguen.

De pronto, oigo un suspiro y me preparo para encajarlo con la mala disposición que me caracteriza. Me equivoco al pensar que ha sido el chaval el que lo ha soltado. Resulta que es obra de una mujer de setenta u ochenta años que está sentada junto a la ventana, en una esquina de la sala. Qué raro que mi amigo (estoy siendo sarcástico), aquí presente, no haya suspirado ni una sola vez. Sobre todo teniendo en cuenta que ha debido de atropellarlo el camión del insomnio. Literalmente. Aunque tiene que haber algo más. Seguro que se ha pasado la noche llorando. Esos ojos no se explican, si no.

Cuando la puerta se abre y un enfermero llama al padre del tío este para que pase, yo alcanzo a oír el inconfundible timbre de Irene desde el interior. No su voz, no. Solo su timbre. Dios la libre.

—Veo que no soy el único que no ha dormido hoy —pronuncio, una vez que nos quedamos solos en la sala. Bueno, sin contar a la

anciana que hay en una esquina, leyendo una de esas revistas que volvieron a ponerse de moda hace diez años. El *boom* de la lectura, lo llamaron. A mí esa explosión ni me rozó.

Al principio, pienso que el chaval no va a responderme. Me equivoco. Aunque bastante a regañadientes, acaba sacando el móvil y me lo enseña después de redactar algo en él.

—No puedo leerlo desde aquí —alego.

Él chasquea la lengua. Venga, le haré el favor de levantarme y sentarme a su lado. Así podré leer la pantalla de su teléfono.

«No me apetece hablar», es lo que pone.

—Vale. Usted perdone.

Hoy no tiene cara de hacer amigos. La expresión de sus ojos me recuerda a la que le vi aquel día en que le grité por suspirar. Expresión de cazador. De cazador que llega a casa exhausto y con ganas de mandarlo todo a tomar por culo.

El chaval planta la mirada en el suelo y se cubre la cara con las manos. No sé por qué me fijo en que tiene el pelo más largo que la primera vez que lo vi. Por los laterales, cerca de las orejas, aún lo lleva rapado, como tantos otros jóvenes, pero cada vez se le derrama más el flequillo sobre la frente. De ahí que a veces se ponga la cinta esa, supongo.

—Oye, ¿estás bien? —pregunto, mientras me froto el cuello con la palma de la mano—. O sea, ya sé que no, pero…

Ah, la inconfundible voz del llanto. ¿Qué hago yo ahora? Los primeros diez o veinte segundos, nada. No estoy yo muy versado en estas situaciones. ¿Versado? ¿De dónde he sacado yo esa palabra? Fijo que me la ha soltado Rocío en algún momento. O Fran. Por un instante, intercambio una mirada con la anciana de la esquina y me encojo de hombros, como si por sus ojos dedujera que me está pidiendo que haga algo.

Bueno, pues lo hago. Me levanto y rebusco en los bolsillos de la chaqueta de Irene, que sigue junto a la mía, en las sillas de ahí en frente. No me cuesta encontrar el paquete de pañuelos que lleva siempre consigo.

—Toma —le ofrezco, una vez que vuelvo a tomar asiento junto al llorón.

Pero el tío hace como si no existiera, así que empujo el paquete contra su mejilla.

Joder.

Acabo de darme cuenta de lo mal que podría sonar esto fuera de contexto.

Al fin, el chaval se da por aludido y yo retiro la mano de su mejilla. Se me queda mirando fijamente como si fuera un animalillo del bosque. O del campo. O de la montaña. Yo qué sé, no hace falta que sea justo del bosque. Tiene los labios entreabiertos, como si no pudiese mantenerlos cerrados del todo. Se le ven las paletas. Las tiene un pelín separadas. Me parece bastante mono.

O sea, las paletas, no él.

Que no digo que sea feo, pero está el problema de que le tiraría el paquete de pañuelos a la cara si supiera que no habría consecuencias.

Sea como sea, el chaval rechaza mi oferta negando con la cabeza y frunciendo el ceño. Yo paso de aceptar un no por respuesta, así que presiono el paquete (de pañuelos) contra su mejilla y luego contra su boca. Él me aparta el brazo de un manotazo.

—¡Déjame! —me grita.

Joder.

No se me da bien consolar a la peña, ¿vale? Yo qué sé. No es lo mío. Punto. Es ver a una persona llorando y meterme en internet para pedir un vuelo directo a Japón. O con escala. Lo importante es salir pitando lo antes posible. Es lo que haría ahora, si pudiera. La anciana de la esquina no nos quita ojo de encima y yo empiezo a pensar que todo esto es algún tipo de prueba, que me están examinando para algo.

Paranoias mías, un día más.

Me resulta incómodo estar aquí sentado, pero también permitir que el chaval siga llorando como lo está haciendo. Por eso dejo caer la mano en su espalda. Intento frotar un poco, pero me siento como si estuviese, no sé, amasando pan. Y no lo digo porque su espalda esté flácida como la masa; al contrario. Se nota que es deportista.

Se me ocurre otra idea en su lugar, por eso aparto la mano y extiendo los puños cerrados hacia el llorica de los cojones. Perdón. Estoy nervioso.

—Elige una mano —le indico.

Ni caso me hace.

—Tú. Oye.

Al fin, alza la mirada y puedo verle los ojos. Joder. Los tiene rojísimos.

—Elige una mano, venga.

El chaval me mira sin comprender. Acaba accediendo, sin embargo, y toca mi puño izquierdo con un dedo índice empapado de lágrimas. Despacio, abro la mano elegida hasta revelar lo que se esconde en el interior: el paquete de pañuelos.

—Tachán —canturreo.

Él lo observa durante largos segundos, como si se hubiese quedado pillado y le hiciera falta una buena hostia para que los cables se le vuelvan a conectar. Entonces, de pronto, se ríe. Se descojona, más bien. Y vuelvo a verle otra vez las paletas. Las puñeteras paletas separadas.

Esta vez sí que acepta el paquete (de pañuelos) y saca uno del interior. Después de secarse las lágrimas y sonarse los mocos, lo hace una bola y se lo guarda en el bolsillo.

—¿Mejor? —pregunto, sin mirarlo a los ojos y con el timbre de voz de quien no ha socializado en toda su vida.

Él vuelve a secarse las lágrimas, ahora con el dorso de las manos. Entonces saca el móvil y teclea con torpeza.

«No sé qué hacer con mi padre».

Contengo un suspiro antes de decir:

—Se va a recuperar. Solo es una pierna rota y me dijiste que ya está casi soldada. O como se diga.

El chaval niega con la cabeza.

«No me refiero a la pierna, sino a…», puedo ver lo que escribe a tiempo real, asomándome entre tus manos. Por eso sé que se detiene ahí, que no sabe cómo terminar la frase.

—¿Vivís solos? —pregunto—. Tu padre y tú. —El chico asiente—. ¿Tu madre está…?

Hay un momento de silencio. De vacío.

«¿Muerta?», escribe en su teléfono.

—No, lo otro.

El chaval asiente con la cabeza.

—En mi caso es al revés —confieso—. Fue a mi padre al que le pasó. Y mi madre no lo soportó. No solo lo de mi padre, sino todo.

«¿Qué quieres decir con que no lo soportó?», teclea.

No respondo de inmediato.

Junto los dedos de las manos antes de hacerlo.

—Se tomó un bote de pastillas.

Los ojos del chaval se abren de golpe. Son de un color entre el gris y el castaño; casi se podría considerar un tono único y original.

«Lo siento», escribe.

—¿Tú trabajas? —Pregunto de repente, como si nada. ¿Se nota que quiero cambiar de tema? Él niega con la cabeza—. ¿Y podéis manteneros? O sea, imagino que tu padre está de baja, no me lo imagino pintando fachadas con muletas, y teniendo en cuenta el sablazo que le pegaron a los sueldos de los trabajadores de baja hace unos años… —No sé en qué mundo se me ha ocurrido que hablar de dinero es una buena forma de aliviar la tensión del momento. Igual es porque el tema pobreza es uno del que puedo opinar largo y tendido, vete tú a saber. La cuestión es que yo sigo adelante, de perdidos al río—. Nosotros somos tres y apenas podemos tirar con el trabajo de mi hermano y las pocas ayudas que nos dan. Tuvimos que vender las joyas de mi madre en uno de esos sitios donde compran oro.

El chico escribe a toda prisa.

«¿Pagan bien?». Por la expresión de sus ojos, se le ve bastante interesado.

—Mis hermanos y yo nos sacamos dos mil quinientos euros el año pasado. Mi madre tenía un montón de mierdas que había heredado de mi abuela. O sea, no eran mierdas, pero ya me entiendes.

«¿Puedes darme la dirección del sitio?».

Me encojo de hombros.

—Tendría que buscarla, pero, sí, supongo. Te la traigo el próximo día.

«¿Tus hermanos y tú no tenéis pensión de orfandad?».

—¿Cómo?

«Por lo de tu madre. Por lo de tu padre ya sé que no dan nada».

—Ah, no. Desde que cambiaron la ley hace unos años, ya solo te pagan hasta los dieciocho, o hasta los veintiuno, si puedes demostrar que ni tienes trabajo ni tampoco familiares que lo tengan. Mi hermano estaba trabajando en ese momento y yo ya tenía diecinueve, así que tocó joderse, a pesar de que su sueldo fuese una miseria. Ahora tengo veintidós, por si te mueres por saberlo o algo.

No sé si el chico está a punto de sonreír o es solo un espasmo que le ha dado en la cara.

«Yo, veintiuno. Y me llamo Blas, por cierto».

—Édgar —me presento.

Resulta un poco raro ponerle nombre después de tanto tiempo viéndonos por aquí. Que no es que nos hayamos relacionado hasta hace nada, pero sí que éramos caras conocidas el uno para el otro.

Yo qué sé.

Antes de que ni él ni yo podamos decir (o escribir) algo más, la puerta de la sala de rehabilitación se abre y mi hermana sale del interior. Enseguida me regala una mueca, resoplando y fingiendo abanicarse con la mano. Asiento con la cabeza para darle la razón. El calor es insoportable. La veo ir en busca de su chaqueta y yo decido seguir el impulso de levantarme y hacerme con ella. Con la mía, también.

—Trae, yo te la llevo —expreso, sin mirarla a la cara. Ella sí que me mira a mí. Parece hasta sorprendida. Si lo sé, habría dejado que lo llevara todo ella: su chaqueta, su bolso y hasta mi chaqueta, con dos cojones—. Pero póntela al salir, que, si no, igual te da una hipotermia de esas.

Así, nos disponemos a recorrer el pasillo que lleva al exterior. Al pasar junto a Blas, sin embargo, me detengo unos segundos. Me quedo mirándolo y él me corresponde (aunque se toma su tiempo, eso sí). No sé, me da cosa dejarlo solo. Al menos, ya no está llorando como lo hacía antes.

—Nos vemos —pronuncio, a modo de despedida.

Él asiente con la cabeza y yo sigo caminando.

Pero no me quedo tranquilo.

Joder.

Al final, echo el freno, rebusco en mi cartera y retrocedo hasta volver con Blas. Le ofrezco una tarjeta.

—Toma.

Él se encoge de hombros e inclina la cabeza. Preguntándome qué es, supongo.

—Búscalo en internet. Hay página web.

8
BLAS

Hoy no ha sido un buen día.

Tampoco ayer lo fue.

Bea llama al telefonillo a las ocho exactas, haciendo gala de la puntualidad que la caracteriza. Tarda apenas un par de minutos en aparecer al otro lado de la puerta, vestida para la ocasión: se ha recogido el pelo con un enorme lazo negro, su color favorito y el que rige su atuendo al completo, desde el jersey hasta los *leggings* que lleva por debajo de la falda. Para la chaqueta de cuero, sin embargo, ha elegido el rojo, supongo que por aquello del contraste. Por un instante, ese color hace que evoque la imagen de Édgar.

Tiene gracia pensar que he tardado meses en ponerle nombre a un chico al que veo casi todas las semanas.

Recordarlo a él significa recordar la tarjeta que me dio, que ahora yace sobre mi escritorio y cuya mera visión hace que mi corazón se salte uno o dos latidos.

Bea y yo nos saludamos como de costumbre, nos formulamos preguntas empleando solo gestos y nos abrazamos después. A continuación, la guío por la casa, a pesar de que esta no es ni la primera ni la última vez que pisará este lugar. Desde hace unos meses, pero, sobre todo, desde hace dos días, una parte profunda y quizá irracional de mi ser teme que mi padre se desvanezca en el mismo instante en que aparte la mirada de él. Me satisface y a la vez enfurece comprobar que sigue ahí, apalancado en el mismo sofá que ya se ha amoldado a su cuerpo. Poco puede oírse del partido de fútbol que emiten por la tele, pues no son muchos los comentaristas que aún se atreven a narrar jugadas y desventuras; y, a los pocos que hay, cuesta demasiado traerlos. Casi todas las cadenas recurren al clásico de los subtítulos y los efectos enlatados; el texto a voz, como mucho, si es una compañía con algo más de prestigio.

Cuando la mirada de mi padre se topa con la de Bea, sonríe y por un instante parece transformarse en una persona distinta. Lo odio por ello. Por brindarle solo a los extraños una versión de él que a mí me tiene completamente vetada. Por regalar una mentira a quien no la pidió, a pesar de que yo llevo meses, si no años, aguardando ser bendecido con ella.

Se saludan con los dos besos de rigor y se formulan preguntas con miradas e inclinaciones de cabeza. Mi padre escribe algo en su cuaderno. Se interesa por el padre de Bea, porque recuerda, como hacemos todos, el infarto de hace un año que puso patas arriba su vida y sus costumbres. Yo trato de llevarme a mi amiga a mi habitación lo antes posible; si en los últimos tiempos pasar el rato con mi padre no ha sido una de mis actividades predilectas, después de lo ocurrido el jueves, la repudio por completo. Bea está al tanto de todo, supongo que por eso no opone resistencia cuando la empujo de manera sutil pero certera hasta sacarla del salón.

Una vez que mi amiga deja su bolsa de deporte a los pies de mi cama y antes siquiera de decirnos o escribirnos nada, iniciamos el ritual. Bea saca su portátil (un *notebook* tirando a diminuto) y lo coloca en el escritorio, junto al mío. Cuando todo está conectado, el espacio es más bien reducido y la disposición, caótica, pero es la forma más eficaz de comunicarnos, puesto que tanto ella como yo somos ases en lo que a escribir con teclado se refiere. Ella abre un documento de texto; yo, otro. Las pantallas de cada uno están giradas un ápice hacia el otro.

Estamos listos.

Y es ella la que abre la veda.

«¿Cómo va el tema de tu padre, chiqui?», escribe, a la velocidad de la luz y con perfecta ortografía.

Me tomo un momento para pensar. Y para suspirar. Más allá de la ventana, el mundo luce oscuro y desolador.

«Prácticamente no hemos hablado desde el jueves. O sea, ni en voz alta ni por escrito».

Mi amiga aprieta los labios en señal de compasión.

«¿Crees que se le ha quitado la idea o no?», me pregunta.

«No lo sé», respondo, al tiempo que me encojo de hombros y niego con la cabeza. «Es que te juro que no lo reconocía, Bea. Estaba fuera de sí. Y me da miedo que entre otra vez en ese trance y… No sé».

«¿Qué hiciste con el diccionario?», cuestiona ella, repasando la habitación con la mirada. Porque Bea no necesita estar pendiente del teclado para escribir, no. Tampoco a mí me hace falta.

«Lo tiré a un contenedor. Pero tiene acceso a internet, hay diccionarios a montones ahí. Imagina que un día estoy en el entrenamiento y le da por…». El suspiro me embarga y no soy capaz de terminar la frase.

Bea se toma unos segundos para pensar.

«¿Y qué harás?», dice. «¿Vas a dejar de ir a entrenar para tenerlo vigilado constantemente?».

«No. No puedo hacer eso. No puedo, ¿no?».

La mirada que le lanzo es una súplica, una llamada de auxilio, una petición de socorro. Sus ojos vibran. Dudan. Y eso duele más que cualquier certeza, habida o por haber, concebida o por engendrar.

«No deberías», responde, al fin.

«Bueno, hoy no quiero hablar de esto. Hemos venido a ver películas. ¿Por dónde empezamos?».

Sin embargo, mi amiga no lee lo que he escrito para ella. Su atención se halla fija en un punto muy concreto, que no es otro que la tarjeta que sostiene entre los dedos y que debe de haber encontrado encima del escritorio. El descubrimiento hace que el contenido del corazón se me derrame por todas partes. Después de estudiar el objeto con detenimiento, por delante y por detrás, luego vuelta por delante y vuelta por detrás, se me queda mirando con las cejas arqueadas en lo que constituye un claro interrogante.

«Me lo dio ayer el chico de la rehabilitación», explico. Tengo que borrar un par de erratas en el proceso.

«¿El enfermero?», pregunta ella, confundida.

«No, el chico del que te hablé».

«¿El que te gritó?».

«Ese».

«Esto es una secta verbal», escribe, con rapidez, y su afirmación me revuelve el estómago. «¿Por qué te ha dado esto? ¿Y por qué lo has guardado?».

Tomo aire antes de seguir escribiendo.

«Hoy me puse a llorar en la sala de espera. El chico me ofreció un pañuelo y le conté lo de mi madre. Antes de irse, me dio la tarjeta. No es una secta verbal. Lo he estado mirando en internet. Tienen un grupo en las redes en el que dicen que son un grupo de apoyo para gente que ha perdido el rumbo, que teme a las palabras o que ha perdido a alguien por culpa de…».

Dejo de escribir cuando siento los dedos de mi amiga apretándome el antebrazo, quizá con más fuerza de la que ella misma, en su parte más consciente, desearía aplicar. Una vez que tiene mi atención, vuelve a su portátil. En esta ocasión, teclea mucho más despacio, como si cada letra estuviese siendo sometida a examen.

«Blas, el grupo se llama Más Que Voces. Y, con la descripción que me das, yo lo tengo bastante claro. Es una secta verbal».

Chasqueo la lengua. El corazón se acelera con cada tecla que pulso.

«No lo es. En serio. Me he metido en internet, había comentarios de gente a la que esto le ha ayudado y…».

De nuevo, soy incapaz de terminar la frase. Esta vez, Bea no me aprieta el antebrazo, sino que entrelaza sus dedos con los míos. De algún modo, esto me aterra aún más que lo otro. Se me hace un nudo la garganta. Nuestros ojos se cruzan y hay tanta intensidad en esa mirada que siento que el cuerpo se me deshace, hasta el punto de ansiar romper a llorar. Muy despacio, los dedos me abandonan para que su dueña pueda ponerlos a trabajar.

«Blas, sabes que, si empiezas a hablar, tendremos que dejar de vernos, ¿verdad?».

Desconozco qué parte de mi cuerpo queda paralizada al leer su mensaje.

Desconozco, también, por qué mi asentimiento se me antoja torpe y vacilante.

«Sabes que no puedo volver a pasar por eso», añade.

«Lo sé», repongo. «No voy a hablar, Bea. No soy idiota. Ni siquiera pensaba ir a las reuniones. Tenía curiosidad y lo he buscado en internet. Ya está».

Bea asiente con la cabeza. Sonríe. Lo intenta, al menos.

Siento que esta conversación ha marcado un antes y un después, aun si solo hemos jugado a construir castillos imaginarios, fortalezas de humo y vapor que se disipan con solo soplar un poco. Me aterra que ya no vuelva a ser igual, incluso si nada cambia, incluso si todo permanece.

Me aterra.

También esa palabra, en sí misma, me da más miedo que muchas cosas.

Mi amiga teclea en su portátil.

«¿Qué peli quieres que veamos? Te enseño las opciones».

9
ÉDGAR

—Queridísimo mío, podrías echarme una mano, si te parece bien.

Paso de Rocío. Como si no fuera conmigo. Al principio. Me doy cuenta con un poco de retraso y la busco con la mirada. Ella lucha contra el envase de unos vasos de plástico sin abrir.

—¿Qué haces, que miras tanto la puerta? ¿Esperas a alguien?

Frunzo el ceño nada más escucharla.

Y me pongo a recolocar una silla que ya estaba perfecta.

—No espero a nadie —gruño.

—No habrás visto al emisario otra vez —añade Rocío, con una nota de alarmismo en la voz. Al fin puedo oír el «pop» característico de un envase que se rompe. Le ha costado. Llevará por lo menos, yo qué sé, ¿medio minuto con ello? No he contado el tiempo, pero, vamos, que esos envases los hacen para que pueda abrirlos hasta una serpiente.

El chiste es que las serpientes no tienen brazos.

—No —repongo—, no lo veo desde… —Toca cambiar de rumbo cuando me doy cuenta de que nunca le mencioné a Rocío que me lo encontré el jueves pasado al salir de la tienda. Y prefiero que siga siendo así—. Yo qué sé, ni me acuerdo ya.

—Vale, pues entonces ayúdame un poquito, anda.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Otra vez te lo digo? —me reprende ella, las manos en la cintura. Tiene un aire entre maternal y autoritario cuando se aparta de la frente uno de sus rizos de color rojo intenso.

—Joder, no te estaba escuchando. Perdón.

—No, si en realidad aún no te he dicho lo que quiero que hagas.

Su salida de tono me hace reír. No sé si es que mi amiga es graciosísima o yo estoy un poco nervioso.

—Saca las galletas del mueble y comprueba que el baño esté en condiciones —me indica, al tiempo que divide la torre de vasos en tres partes y las distribuye a lo largo de las mesas que hemos juntado en el centro de la trastienda.

—Define «en condiciones» —le pido.

—Me conformo con que no haya sorpresas flotantes. Y tira de la cisterna si hay restos de pipí. Los clientes de mi futuro marido pueden llegar a ser un poquito despistados.

—Querrás decir que pueden llegar a ser unos putos guarros.

Rocío se encoge de hombros. Vuelve al mueble para sacar algo de un cajón. Mientras tanto, yo ya he abierto el paquete de galletas con pepitas de chocolate y servido unas cuantas en un plato.

—No me gusta juzgar —se excusa mi amiga—, ya lo sabes.

—Sí, pero bien que el otro día dijiste que la gente es imbécil.

Rocío sonríe y levanta un dedo.

—Primero, me refería a una gente muy concreta —señala—. Segundo, ¿me lo vas a recordar toda la vida?

—Hasta que se me olvide, cosa que puede ocurrir fácilmente dentro de siete minutos.

—Vale, pues teniendo en cuenta que a tu memoria le pondríamos dos estrellas sobre cinco en Google, ve a mirar los baños antes de que se te olvide.

—Joder, ya voy.

Comprobarlo me lleva diez segundos, no más. Cuando vuelvo, Rocío se dedica a repasar una hoja de cuadros donde ha esquematizado lo que piensa decir hoy.

—Ya está, todo en orden —anuncio—. He tirado de la cisterna, por si acaso.

Si Rocío responde, yo ya ni me entero. He vuelto a mirar hacia la puerta, hacia la parte frontal de la tienda. Ya ha empezado a llegar gente. Antonio, un tío de cuarenta años con poco pelo y alma de adolescente, ha sido el primero en entrar. También tenemos a Jacinta, una mujer de ochenta tacos que yo creo que solo viene para no quedarse sola en casa viendo telenovelas antiguas de esas que ya no se hacen, donde una sola mirada te da para rellenar un capítulo y para cuando los protagonistas se besan por primera vez,

tú te has casado, has tenido hijos y te has ido a vivir a Irlanda para huir de la mafia. Pero, oye, da igual por lo que quiera venir cada uno. Todos son bienvenidos. Y a mí Jacinta me cae bien. Mucho. Hoy no viene sola, además. La acompaña una mujer pequeñita y encorvada que recuerda a un armadillo. Igual esto es un poco tirando a ofensivo, vale, pero yo pienso las cosas tal como las veo.

Diego también sigue aquí, claro, vigilando el género en lo que nosotros empezamos. Al fin y al cabo, la tienda cierra a las ocho y no son ni las siete en punto.

—¿Qué se te ha perdido a ti en la puerta?

La voz de Rocío me acelera el corazón.

—¿Qué? Nada.

—¿A quién esperas?

—A nadie.

Mi amiga me acecha por la espalda y me pone las manos en los hombros. No contenta con ello, me los masajea. Y lo que ella sabe y el resto del mundo ignora es que *odio* que me masajeen los hombros. Me da todo el repelús del mundo, así que mi cuerpo se retuerce como si fuera una puñetera serpiente.

—Ni se te ocurra —le advierto, escabulléndome.

—¿A quién esperas?

—A nadie —refunfuño. Pero claudico. Porque no sirve de nada ocultarle algo a Rocío una vez que ha olido las pruebas—. ¿Te acuerdas de Blas?

—¿El de Barrio Sésamo?

—No, joder. O sea, nunca te he hablado de él por nombre, vale. ¿Te acuerdas del chaval este con el que tuve una bronca en el hospital porque yo fui un imbécil y él suspiró más de la cuenta?

—Cómo olvidarlo —responde, a la vez que asiente.

—Vale, pues ese es Blas. Resulta que el viernes pasado estaba un poco en la mierda, se me puso a llorar en la sala de espera y le di una tarjeta del grupo.

Rocío se muerde el labio inferior.

—Pero Blas no habla —dice.

—No.

—¿Qué te hace pensar que puede querer abrirse a esto?

—No lo sé —repongo, frotándome el cuello con la mano derecha—. Igual la cagué invitándolo a venir, pero me dijo que había perdido a su madre y pensé que…

No termino la frase.

Aun así, Rocío asiente, muy despacio, como si paladeara algo que está solo en su cabeza. No me gusta nada la manera en que sus ojos se estrechan, la verdad.

—Vale, tengo una pregunta —dice.

—¿Cuál?

—¿Por qué estás tan interesado?

Se me escapa el aire en cuanto la oigo.

—¿Qué? No estoy interesado.

—Yo te veo con muchas ganas de verlo aparecer por la puerta.

—Ni de coña. De hecho, es justo al contrario. Me arrepentí de darle la tarjeta y quiero asegurarme de que no esté aquí esta tarde, porque me va a amargar la sesión. Ese chaval tiene algo que me pone de los nervios, ya lo sabes. Igual tenías razón y es la teoría del espejo.

Rocío rompe a reír. Su risa auténtica, la más natural, tiene un aire a villana de película Disney. No sé si eso me divierte o me aterra. Tampoco voy a decir que me pase las noches en vela pensando en ello, la verdad.

—Ahora sí me das la razón, ¿no? —resalta, con un retintín que se palpa igual que un bocadillo de chocolate—. Qué curioso. Seguro que no lo haces para que deje de preguntarte por el interés que tienes en Blas.

—Te doy la razón porque creo que la tienes, punto —insisto, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no llevar la vista atrás cuando oigo tintinear el cascabel de la puerta.

—¿Es ese de ahí? —pregunta.

—¿Quién?

Me vuelvo para ojear al recién llegado y descubro entonces que Rocío acaba de jugármela. Porque el que ha entrado es un hombre de, como mínimo, setenta años, pelo blanco y un chaleco de vestir de los que ya no se hacen. Viene con un papel en la mano y se lo entrega a Diego, imagino que para preguntarle sobre algún cómic o

algún juego o algún mazo de cartas, probablemente para su sobrino o su hijo o quien sea, porque no me veo yo a este hombre sacando un dragón blanco de ojos azules para darle la vuelta a la partida.

Antes de que pueda volverme hacia mi amiga, noto de nuevo el terrible (en serio, terrible) tacto de sus dedos sobre mis hombros.

—¡Vete a cagar! —exclamo.

—¡Niño, esa boca! —me riñe Jacinta desde la parte delantera de la tienda—. ¡Que si yo fuera tu madre, te la lavaba con jabón!

En vez de refunfuñar o gruñir o mentar a los dioses en los que no creo, lo único que hago es reír. Reír. Porque este es mi ambiente. Mi segunda casa; mi primera, incluso. Y da igual que unos contemos veintipocos años de vida, otros cuarenta y un par estén a las puertas de ser octogenarios, si es que no lo son ya; a todos los que estamos aquí nos une una misma cosa y no cambiaría esto por nada del mundo. No cambiaría a Jacinta ni a Antonio ni, por supuesto, a Rocío. Tampoco a Diego, aunque agradecería que nos dejara usar el local más de dos veces por semana.

—Oye, ¿tú crees…?

No termino de escuchar a Rocío.

Porque ha vuelto a sonar el cascabel de la puerta.

Y esta vez sí es él.

Hoy no lleva la cinta en el pelo, ni tampoco la sudadera tipo gimnasio que se pone casi siempre. De hecho, creo que nunca le he visto la chaqueta bómber de color verde que me trae hoy. Los vaqueros sí que no son una novedad, aunque lo más normal es verlo en chándal. Parece bastante perdido, la verdad. Nada más entrar, se pone a mirar en todas direcciones mientras revisa una y otra vez su teléfono móvil.

Salgo sin dudarlo.

—Eh, has venido —saludo.

—Pues claro que he venido, niño, si tú ya sabes que no me pierdo ni una, yo ya soy fan de forrar carpetas con vosotros, vamos.

—Hablaba con él, Jacinta —aclaro, señalando a Blas.

—Este chico es nuevo también, ¿no? —dice la mujer—. Yo hoy me he traído a la Mercedes, que está siempre sola en su casa y yo creo que esto a ella le va a venir muy bien. ¿A que sí, Mercedes?

—¿Qué? —dice la mujer pequeña y encorvada, la que parece un armadillo, componiendo una mueca.

—Que te va a venir muy bien —repite Jacinta, en voz más alta y bastante más cerca de su oreja.

—Ah, sí, a las diez.

—Está un poco sorda —me cuenta Jacinta, con tono confidencial—, pero se entera más de lo que parece.

—¿Que rece? No, no, yo ya no voy a misa desde que vi la película aquella de los vampiros…, ¿cómo se llamaba?

—Venga, todo el mundo para dentro —anuncio, gesticulando con la cabeza.

Los asistentes no tardan en seguirme hasta la trastienda en un par de filas bastante caóticas. Hoy ha venido más gente que de costumbre; para cuando todo el mundo se ha servido ya su bebida, apropiado de alguna galleta (cuatro, si eres Natalia, una joven de diecinueve años que siempre se lleva varias «para el camino»), veo que solo ha quedado libre una silla de las catorce que tenemos. Al hacer un repaso visual, me doy cuenta de que Mercedes, la amiga sorda de Jacinta, se ha puesto a hacer croché. Yo no sé si reír o llevarme las manos a la cabeza. Rocío lo tiene claro: se ha descojonado en mi cara.

—Niños, me tenéis que dar la receta de las galletas —dice Jacinta, mientras mordisquea una como si fuese un ratoncillo.

—Pregúntales a los de la tienda de la esquina —respondo yo, bolígrafo en mano, a pesar de que no me va a hacer falta uno en toda la tarde.

—Pues les voy a preguntar.

Di que sí.

Mi amiga se aclara la garganta y no tarda en ponerse de pie. Apoya las manos en la mesa y respira hondo. No hace falta que llame al silencio, pues todo el mundo aguarda ya su discurso. Supongo que hoy toca empezar desde el principio, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Me alegra saludaros a todos una tarde más —dice, con un tono de voz una nota más grave que el que usa conmigo—. Para los que no me conozcáis, soy Rocío, fundadora del grupo Más Que

Voces, junto con Édgar, mi compañero —añade, señalándome con la mano—. Como veo varias caras nuevas —Jacinta señala de manera muy efusiva a la Mercedes al oír a Rocío—, me gustaría hacer una breve introducción sobre lo que somos y lo que hacemos aquí. No somos una secta —ataja enseguida, esbozando una sonrisita—, si eso es lo que pensáis. Solo somos un grupo de gente que se reúne para ayudarse a encontrar el camino en esta… oscuridad que les ha tocado vivir. —Lentamente, separa las manos de la mesa y bebe un sorbo de agua antes de continuar—. Por encima de todo, quiero dejar claro que debemos sentirnos afortunados por haber aprendido a hablar. ¿Cuánta gente nacerá hoy en día en familias en las que no abran la boca para comunicarse?

—¡Miles! —interviene Jacinta.

—Miles, Jacinta —asiente Rocío, sonriendo—. Por eso tenemos que dar gracias. Porque nosotros podemos elegir entre hablar o no hablar, pero hay muchos que no tendrán esa posibilidad. Lo único que aquí pretendemos es hacer esta carga más llevadera. Cómo lo afrontéis depende de vosotros. Poe, aquí presente —chasqueo la lengua al oír que me llama en público por ese nombre—, y yo hemos decidido no dejarnos llevar por el miedo. Muchos otros de esta mesa, también. Ya sabéis que yo soy de las que opinan que todo ocurre por una razón, y tal vez lo que ocurrió hace quince años, lo que sigue ocurriendo cada día de nuestras vidas, haya venido a enseñarnos algo. Las personas tendemos a temer lo desconocido. Nos da miedo el cambio. Pánico.

La puerta de la trastienda se cierra con cuidado. Sé que ha sido Diego, que, de paso, le ha dedicado un guiño cómplice a su prometida. Supongo que me la he dejado abierta al llamar a la peña.

—Y ese miedo —prosigue Rocío— es una barrera, una caja, una celda que no nos deja salir y ver todo lo que el mundo tiene que ofrecer. Tal vez la ascensión, como a mí me gusta llamarla, no sea tan mala como creemos. Aun así, no digo que lo forcemos, ni para irnos ni para quedarnos. Todo y todos tienen su momento, solo debemos darnos permiso para fluir. Quizá el universo ya guarde un plan para nosotros y solo haga falta dejarse llevar. Al final, se trata de relacionarse, de exprimir al máximo las vidas que nos han sido

regaladas, de hacer que nuestras voces cuenten. Puede que algunos vengáis por curiosidad o por escuchar una voz a falta de la vuestra, aunque no pretendáis dar el paso. Y eso está bien. Todos sois bienvenidos, por el motivo que sea, siempre que estéis abiertos a escuchar.

—¿Has visto qué bien habla? —le susurra Jacinta a su amiga, que sigue liada con el croché.

Por su parte, Natalia, la chavala de diecinueve años, hace amago de aplaudir, pero Rocío la detiene enseguida con un gesto de la mano.

Zanjado el discurso inicial, entramos en materia. Hoy el tema va sobre la soledad. Sobre cómo nos hace sentirnos el hecho de no hablar con nadie; o de no hablar con todos los que nos gustaría. Sobre las personas a las que echamos de menos, también. Al principio habla Rocío, luego charlamos todos con todos y acabamos formando grupos. Hay quien no habla y solo escucha. Blas es uno de ellos. No dejo de mirarlo de reojo. Está al otro lado de la mesa y apenas se relaciona. Escucha atentamente, eso sí, con ese ceño fruncido que no sale ni con agua caliente. De vez en cuando le sonríe a la amiga de Jacinta, que se ha puesto a hablar de lo bueno que le sale a su yerno el arroz y del pedazo de culo que tiene, que más que un pedazo es el culo entero. A veces me mira y la sonrisa se le borra, también el ceño fruncido, y lo único que queda es una curiosidad inquisitiva, como una pregunta que nadie formula y que vete tú a saber cuál es, porque yo, de momento, no soy adivino.

Cuando Rocío anuncia que lo vamos a tener que ir dejando por hoy, yo me quiero pegar un tiro en la sien. ¿Cómo es posible que ya sea la hora? Parece que hayan pasado, yo qué sé, cuarenta minutos, como mucho. Sin embargo, al revisar el móvil, compruebo que no queda mucho para que den las diez de la noche. La peña empieza a levantarse, aunque no faltan los rezagados que siguen charlando frente a platos y vasos vacíos. De las galletas ya solo quedan unas migajas y las tres o cuatro que Natalia se haya guardado en el bolso.

—Ahora cogemos el nueve y nos deja en la puerta de casa —oigo decir a Jacinta.

—¿El qué? —le grita su amiga.

—¡El nueve!

—¿No me has dicho que eran las diez?

—Ay, Mercedes, ¡de verdad que contigo no se puede!

Rocío enseguida se arma con una escoba y yo pretendo ponerme a recoger vasos y platos, el paso previo a devolver cada mesa a su sitio, que es, para sorpresa de nadie, mi parte menos favorita de todo esto. Rafa, un chaval de unos treinta y pocos con el pelo negro y gafas redondas, no tarda en acercarse.

—Nos tomamos algo, ¿no? Que hace ya tiempo de la última.

—Sí, claro —respondo, y miro a Rocío, que asiente con la cabeza.

—Recogemos y vamos —dice.

—¿Os echamos una mano?

—No, qué va, esto Poe lo organiza en un momento —bromea.

—Os esperamos donde la última vez, entonces.

Rafa y las dos chicas que lo acompañan abandonan la trastienda y, poco después, el local. El cascabel de la puerta anuncia su marcha y también la de muchos otros. Ya no queda rastro de Jacinta, ni de la Mercedes, ni de Antonio. El único que queda, de pie, aún apoyado en su silla, es Blas, que me observa de manera más o menos incómoda. Incómoda para él, quiero decir. Yo finjo que estoy ocupadísimo recogiendo vasos de plástico porque, joder, es verdad que estoy ocupadísimo recogiendo vasos de plástico. Mira, este, en concreto, está hasta arriba de Fanta de naranja; hay que vaciarlo en el lavabo después.

Tengo que contener un grito cuando me meten un palo por el culo. Literalmente. El palo de la escoba. Y ha sido Rocío. Lo peor es que sé lo que pretende. Al parecer, cree que me hace falta un empujoncito.

—Algún día voy a matarte —le advierto.

—Vale, pero avísame antes y así cuadramos fechas.

Suelto un suspiro conforme me vuelvo hacia Blas. Me acerco con la pila de vasos en la mano. Antes de que pueda dirigirle la palabra, él me enseña su teléfono móvil.

«¿Queréis que os ayude a algo?».

—No, no hace falta —respondo, negando con la cabeza y pasando los vasos de una mano a la otra. Vacilo un poco antes de añadir—: ¿Cómo estás? Espero que mejor que el otro día.

Blas se encoge de hombros.

«Más o menos», escribe.

—¿Qué te ha parecido esto? —pregunto, mientras me rasco la nuca con la mano que tengo libre.

El chaval se toma unos momentos para pensar antes de ponerse a teclear. Incluso entonces, me da a mí que duda. No sé por qué cojones le cuesta tanto dar una respuesta.

«Ha estado interesante. Aunque no esté de acuerdo».

—¿Cómo? —pregunto—. ¿Con qué no estás de acuerdo?

Decido tirar los vasos a la papelera por miedo a terminar arrojándoselos a la cara.

«Con lo que hacéis», responde. «No me parece bien».

—¿Qué coño dices?

—Eh, eh —tercia Rocío, que deja la escoba y no tarda en venir a poner orden—. Poe, ya sabes que aquí respetamos las opiniones de todo el mundo.

—¡Los cojones voy a respetar! ¿Por qué dice que no le parece bien? ¡Si no le hacemos daño a nadie! —Blas empieza a escribir—. ¡Suelta el puto móvil y habla!

Rocío me agarra del brazo.

—Tranquilo —me dice—. Déjalo que se explique.

El imbécil (porque me niego a llamarlo de otra forma) nos mira por turnos: primero a mí y luego a Rocío. Creo que mi amiga asiente. En plan comprensivo y todo, ¿sabes? Y el tío este está tardando tanto en escribir el mensaje que para cuando acabe yo ya me habré derretido por lo encendido que estoy ahora mismo. Y no lo digo en plan sexual, no. Ojalá fuera en plan sexual.

«Sí que hacéis daño a alguien. Las personas que vienen aquí tendrán padres, hijos, hermanos… Familias y amigos que pueden quedarse sin un ser querido solo porque vosotros los animáis a hacer algo tan innecesario como hablar».

No puedo más.

Este tío se va a enterar.

O eso es lo que pienso, pero resulta que Rocío se mete por medio y yo me quedo con un apretón de puños y poco más. Y no es que pensara pegarle, no.

—¿Eres capaz, al menos, de verle una parte buena a todo esto? —pregunta Rocío, con calma. No sé cómo es capaz de mantener la compostura de esa manera. Se ve que a ella la meditación sí que le funciona.

Blas redacta de nuevo. Le lleva su tiempo.

«Supongo que es posible que algunos de los que vienen se sientan mejor. Ellos pueden elegir entre hablar o no hablar, pero a la gente de su alrededor, la que puede quedarse sin un padre o sin un amigo, a ellos no le dais opción. Hablar solo para sentirse mejor uno mismo es egoísta. Corres el riesgo de que otros se acaben sintiendo peor si te marchas».

No voy a poder soportarlo durante más tiempo.

—Entonces —interviene Rocío—, según lo que dices, tú opinas que la gente debe renunciar a ser más feliz solo para que otros no se sientan peor. ¿Es eso?

Blas duda.

Pero yo no.

—Vete de aquí —le ordeno.

—Édgar —me advierte Rocío.

—No, me la suda, quiero que se vaya. Vete. —No sé en qué momento lo he hecho, pero estoy cerca de Blas. Estoy tan putocabreado que hasta se me nubla la vista. El cuello me palpita—. Te invité a venir porque estabas hecho una mierda el otro día. Pensé que esto podía ayudarte. ¿Y tú vas y me lo agradeces cagándote en todo lo que hacemos?

—Édgar —insiste mi amiga.

—¡Que me dejes en paz! O se va él o me voy yo.

—Pues a lo mejor te tienes que ir tú.

—No —pronuncia Blas, para sorpresa de todos—. Me voy yo.

Rocío y yo nos miramos.

Nadie opone resistencia.

Blas se coloca su chaqueta bómber, que aún colgaba de la silla que ha ocupado, y se dispone a marcharse. Antes de hacerlo, sin

embargo, se detiene y nos dedica unas últimas palabras en formato texto.

«Gracias por dejarme venir. Y lo siento».

Ni siquiera nos mira a la cara cuando nos enseña la pantalla. Tampoco gira su cuerpo hacia nosotros. Instantes después, el cascabel de la puerta anuncia su marcha. El silencio que reina es espeso y cortante, tanto que llega a producirme dolor físico. De pronto, lo que es mi santuario, mi lugar seguro, ya no lo parece en absoluto. Y maldigo la puñetera estampa de Blas por haber venido a mancillarlo. ¿Lo peor de todo? Eso no es nada comparado con la frialdad de Rocío.

—No vuelvas a hacer eso —me advierte.

—¿El qué?

—¡Portarte como un imbécil! ¡Eso!

Sus palabras me dejan fuera de combate. No puedo ni ocultar el desconcierto en la cara. Los ojos, abiertos. Los labios, también. Creo que es la primera vez que Rocío se dirige a mí de esa forma.

—La que viene aquí a soltar el discurso soy yo. La que se tira tardes enteras pensando en lo que tiene que decir, en cómo decirlo, en los temas que vamos a debatir, también soy yo. Todo lo que tú haces es ayudarme a organizar las mesas y a limpiar después. Así que lo único que te pido es que al menos respetes los valores e ideales que intento transmitir.

Ojalá la tierra me trague.

El suelo.

Lo que sea.

Quiero morir.

Desaparecer. Igual que lo hizo mi padre o la madre de Blas o tantos otros antes y después que ellos.

Mi primer impulso es echar a correr, pero mi cuerpo no reacciona. Por eso me dejo caer en la silla más cercana y me cubro la cara con las manos. Odio llorar. Odio que me vean llorar. Pero, sobre todo, odio cómo suena mi voz cuando hay llanto de por medio. Por eso espero. Porque me arrancaría la piel antes que tener que escucharme a mí mismo de ese modo.

Me aclaro la garganta dos y tres veces.

—¿Te crees que no lo sé? —expreso, al fin, sin levantar la vista de la mesa—. ¿Te crees que no sé que este es *tu* grupo y no *nuestro* grupo? Yo no podría hacer lo que haces tú. Y no por vergüenza, no. Sino porque no sería capaz de expresarlo todo lo bien que lo expresas tú. —Tengo que hacer una pausa para contener la amenaza del llanto—. Para mí esto es muy importante. Lo que transmites. Y tú misma. Por eso no voy a permitir que venga un… —me detengo un momento— gilipollas a poner en duda lo que haces o a acusarte de estar perjudicando a la gente.

El llanto vuelve.

Los sollozos.

A duras penas he podido terminar mi discurso.

Rocío se sienta a mi lado. La silla se arrastra y chirría sobre el suelo.

—Escúchame, Ed.

—No.

—Escúchame. —Intenta levantarme la mirada con las manos. Lo consigue solo a medias—. No es su momento. No pasa nada. Hay que respetarlo y ya está.

Pero antes de que yo pueda responder, antes de que ella pueda cerrar los labios de nuevo, las lágrimas estallan en sus ojos negros. Al igual que yo, también se cubre la cara con las manos. El pecho se le infla y desinfla como si fuera una bomba. La diferencia entre mi amiga y yo es que ella no espera a que los sollozos remitan.

—A mí también me afectan, ¿sabes? —balbucea—. Este tipo de situaciones. Que sea capaz de mantener la compostura no significa que no sufra cuando viene alguien a hablarme de esa forma. Pero sé que no lo hace porque le apetezca ser así o porque busque hacerme daño. Lo hace porque está sufriendo. Porque la madre de ese chico se fue y es probable que él ni siquiera haya superado el duelo aún.

—Yo también perdí a mi padre así —le recuerdo.

—Sí, pero no todo el mundo es igual. Y hay que respetarlo.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, la luz de los fluorescentes me hace daño en los ojos. Rocío suspira a mi lado. Ya no tiene la cara cubierta con las manos. Mira al horizonte. A la pared. Donde no hay nada.

—Lo siento —pronuncio, al fin—. Si quieres que deje de venir…

Rocío suelta el aire en plan sarcástico.

—Sí, claro. ¡Ahora déjame sola con esto! ¿Quién me va a ayudar a mover las mesas?

Agacho la mirada de nuevo.

Sé que intenta animarme, pero no funciona.

—Yo también siento haberte dicho esas cosas —admite.

—Pero tenías razón.

Mi amiga suspira.

—Lo siento —insisto.

—Conmigo ya te has disculpado.

Tardo un par de segundos en comprender el significado implícito en sus palabras. Cuando lo hago, abro bien los ojos antes de volverme hacia ella.

—No voy a pedirle perdón a él —sentencio.

—No estoy diciendo que lo hagas.

—Lo has insinuado.

—Eso es cosa tuya, Poe.

10
BLAS

Salir de la tienda de cómics y juegos de mesa donde se ha celebrado la reunión es confirmar que nunca tendría que haber puesto un pie en el interior, que las respuestas siempre estuvieron ahí y que las palabras que Bea me dedicó con su portátil eran una verdad tallada en piedra. El cielo está oscuro, sin estrellas ni luna que nos amparen en esta noche infinita, sin luces que arrojar sobre un mundo que hace mucho que dejó de brillar. Y pienso en lo apropiado de la situación, en cómo he pasado, de manera literal y figurada, de la luz a las tinieblas.

Los primeros minutos los dedico a buscar en internet qué autobús puede llevarme de vuelta a casa. Después, me pongo en marcha.

Aún no soy dueño de mis pasos; tampoco de mi corazón, que late con fuerza en todos y cada uno de los rincones en los que ha echado raíces. Tengo los puños tan apretados en los bolsillos de la chaqueta que temo acabar perdiendo la circulación. Sin embargo, no soy capaz de moverlos, de separarlos, de componer con ellos algo que no sea una mezcla de furia y rabia. Aunque, en el fondo, me pregunto si de verdad es la ira la que se ha hecho con el control de mi cuerpo; si no será algo más profundo, algo como el vacío, que va cavando y cavando hasta sacar todo lo que tienes dentro, hasta arrojarte a la orilla de un océano que ya no tiene respuestas ni obsequios que regalarte. Pensar en la chica de cabello rizado y color rojo rubí hace que mi cuerpo se encienda en el peor de los sentidos. Pensar en sus palabras, en la forma en que prometía libertad sin hablar de las consecuencias, hace que mi estómago se revuelva y los dientes me rechinen. Pero, sobre todo, lo que de verdad convierte mi cuerpo en una amalgama de ira sin razón, es pensar en Édgar, en la manera en que se ha dirigido a mí, en la forma en que

me ha gritado y echado del local. Es la segunda vez que se sobrepasa en las formas y una parte de mí no desea otra cosa que volver a la tienda y plantarle cara de una vez por todas. Mi mente teje, sin que yo pueda remediarlo, toda una red de respuestas y escenarios en los que salgo victorioso, si es que un acontecimiento así cuenta acaso con vencedores y vencidos. Pienso, también, en esperar a verlo en la próxima cita de mi padre, aguardando en esas sillas incómodas de hospital e ignorante del arma que yo pretendo blandir contra él. Me consuela, al menos, saber que fui yo el que mantuvo la compostura, el que no se dejó llevar por los instintos, el que esgrimió respuestas razonadas a preguntas salvajes.

—¿Tú lo notas?

La voz hace que me detenga en seco. Lo que más me aterra es pensar que sea Édgar, que me ha seguido hasta aquí. Darme la vuelta, sin embargo, me confirma que no es él.

Ojalá lo fuera.

—¿Tú lo notas? —insiste, con esa voz que transita la fina línea entre la música y la decadencia.

Es un emisario. Un joven que no llegará a los treinta años, con el pelo más o menos largo y completamente blanco. Su rostro luce compungido, con unos ojos en los que el iris apenas se distingue del resto. Por mucho que odie generalizar, toparse con un emisario nunca es buena señal. De mi encuentro con este, no obstante, es evidente que no depara nada bueno. Lo percibo en el brazo izquierdo arremangado, en la herida con forma de arañazo que distingo en esa piel que no es pálida como la de los albinos auténticos y, sobre todo, en el cuchillo que aferra entre los dedos de la mano derecha.

—¿Qué noto? —pregunto. La voz me produce náuseas, mas no me atrevo a sacar el móvil para redactar. Temo que cualquier movimiento pueda sellar mi vida para siempre.

El emisario aprieta los labios. Con el ceño fruncido, sin soltar el cuchillo, desliza un par de dedos sobre su brazo, presionando la herida. Estoy seguro de que lo que sale de dentro es sangre, resbalando por la piel hasta tocar los dedos.

Retrocedo a medias con un pie. Mi cuerpo no da más de sí. No soy capaz de moverme.

—No sale. Intento que salga, pero no sale —insiste. Tengo que apartar un ápice la mirada al ver que entierra la punta del cuchillo en su antebrazo—. Mira. Mira cómo serpentea. Dentro. —Intento hacerle caso, pero lo único extraño que veo en su cuerpo es la herida que sangra sin parar—. ¿Tú crees que será culpa de ella? ¿Para qué nos habrá traído aquí?

—¿Quién? —respondo, casi sin respirar.

El joven se me queda mirando con fijeza, hasta que rompe en una carcajada que va incrementándose en intensidad, como si acabara de entender un chiste que lleva tiempo en el aire.

—¿Y si te lo saco a ti? —Escucharlo me provoca un escalofrío que me hunde bajo tierra—. Te lo saco de dentro. Seguro que tú también tienes uno. Si yo lo tengo, ¿por qué no? ¡Míralo! —exclama, sobresaltándome—. ¡Míralo! ¡Ahí está!

Sin dejar de sonreír, el emisario me señala con el dedo, empezando por el tórax y descendiendo poco a poco, pasando por el abdomen, por la pelvis, hasta instalarse en el muslo derecho. Sus labios se entreabren, mostrando una lengua que se retuerce incesante bajo el paladar. Y, por fin, da un paso. Luego otro. No hay, en estos momentos, nada que desee más que echar a correr. De hecho, estoy bastante seguro de que podría escapar de él con facilidad, correr durante minutos u horas sin que lograra darme alcance. No por nada me dedico a esto en mis ratos libres. El problema es que no soy capaz. Hay algo en sus ojos que me impide apartar la mirada. Quizá porque temo la forma que adopten sus pupilas si le doy la espalda. Se han dilatado y ya no parecen redondas; parece que ondeen, que den vueltas y se colmen de imperfecciones. El cuchillo va poco a poco alzándose junto con su mano; puedo verlo centellear gracias al destello de una de las farolas.

¡Muévete!

¡Blas, muévete!

¡Tienes que hacerlo!

¡Da igual que parezca demasiado tarde!

Consigo que una de mis piernas reaccione. Lo máximo que logro es que el pie izquierdo gire noventa grados, aunque supongo que es un avance. Sea como sea, ya no queda tiempo. La sonrisa del emisario se alarga despacio y puedo ver el vaho que escapa de sus fauces. El cuchillo se acerca. Un grito. Un destello rojo frente a mí. Después, el emisario se desploma y el cuchillo tintinea contra el pavimento. La situación encaja de golpe, como un puzle al que solo le faltaba una pieza.

El destello de color.

La chaqueta roja.

Édgar.

Le ha dado una patada al emisario por detrás, en la corva, y ha conseguido que pierda el equilibrio.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta. Hay violencia en su voz.

Yo señalo al emisario, que se retuerce en el suelo, las manos hundidas en el parterre de un árbol. Édgar se agacha y temo que esté a punto de terminar de desatar una jauría de golpes sobre el albino; resulta que lo único que buscaba era hacerse con el cuchillo. Cuando el joven de pelo blanco vuelve a ponerse de pie, se nos queda mirando a Édgar y a mí con cara de espanto. Sus pupilas han vuelto a la normalidad y, con un poco de imaginación, uno podría pensar que se trata de un ser humano corriente.

—¿Qué coño te pasa? —lo asalta Édgar.

El cuerpo del emisario se encoge. Aun así, su mano derecha no deja de palpar el antebrazo izquierdo, buscando algo que a todas luces no existe en su cuerpo.

—¡Habla! —insiste Édgar.

El emisario no acata la orden. De hecho, se da la vuelta y corre como si le fuera la vida en ello. Verlo alejarse es como contemplar un fantasma que se pierde entre la bruma de la noche. Podría alcanzarlo, si quisiera, pero ¿qué sentido tendría?

—¡Eh, eh! —le grita Édgar.

—Déjalo.

—¿Quieres que se vaya sin más?

Me encojo de hombros por toda respuesta.

—¿Dónde te ha herido? —pregunta entonces, observando mi cuerpo allá donde puede verlo.

—No me ha herido.

—¿Y la sangre? —cuestiona, señalando un par de baldosas de la acera.

—Es suya.

—¿Suya?

Suspiro antes de responder.

—Sí, suya. Se ha rajado el brazo porque decía que tenía algo dentro.

Édgar compone una mueca de disgusto al mirarme.

—¿Qué coño le pasa a esta gente? —espeta, sosteniendo aún el cuchillo en la mano izquierda.

Niego con la cabeza.

No planeo responder. Tampoco sabría cómo hacerlo. Además, creo que ya he hablado suficiente. La adrenalina me habrá desinhibido, pero ha llegado el momento de recurrir al teléfono móvil. Solo entonces descubro que las manos me tiemblan; tanto que me traen a la memoria lo ocurrido hace unos días, cuando mi padre decidió recitar en voz alta las páginas de un diccionario. Empiezo a temer que haya algo roto dentro de mí. Que mi cuerpo no funcione. Que los temblores vayan más allá de la simple anormalidad de las situaciones. Aprieto el puño con fuerza mientras contemplo con pavor cómo el temblor me consume poco a poco, hasta que la mano de Édgar se aferra a mi brazo.

—Ya está —dice, no con mucha dulzura—. Tranquilo. Estás bien.

Intento respirar hondo.

Intento fijarme en su mano, que permanece inmóvil, mecida solo por el vaivén de mi propio pánico. Cuando esta se aparta de mi lado, mi brazo parece más en calma. No mi corazón, sin embargo, que sigue aporreando las murallas del castillo.

—¿Cuál es el número de emergencias?

—¿Cómo? —me sale decir.

—Habrá que contarles lo que ha pasado. —Estoy tan aturdido que ni siquiera puedo responder—. ¿Es el 061?

«Creo que el 061 es solo para emergencias sanitarias», a duras penas logro escribir.

Édgar medita durante un instante.

—¿El 112? —dice.

Asiento con la cabeza.

Durante los siguientes dos minutos, Édgar mantiene una breve conversación telefónica con alguien cuyas palabras no alcanzo a distinguir. No parece muy conforme cuando corta la llamada.

—No se puede hacer nada —me informa—. Como no estás herido y el emisario se ha ido a tomar por culo, ya no es una emergencia. Lo único que podemos hacer es ir a la comisaría de veinticuatro horas más cercana a poner una denuncia.

En cierto modo, saber que todo ha acabado, que no va a venir un coche patrulla ni una ambulancia ni un camión de bomberos a inspeccionar la situación, me alivia sobremanera. Me reconforta dar por zanjado este capítulo, este interludio, y volver a la oscuridad familiar de siempre.

—¿Te llevo en el coche?

La pregunta de Édgar me hace fruncir el ceño.

—¿A dónde? —formulo en voz alta.

Édgar suelta el aire en un solo golpe.

—A poner la denuncia. ¿Dónde va a ser?

No respondo.

—Si has venido en coche, luego te traigo a recogerlo.

«He venido en autobús», aclaro por escrito.

Lo que no añado es que cogí el transporte público porque la idea de presentarme en la reunión de Más Que Voces me ponía lo bastante nervioso como para descartar la conducción.

—Pues mejor me lo pones —dice—. Venga, te llevo.

La madre al hijo contempló,
la mirada en el pelo que crecía blanco.
Fue entonces cuando preguntó:
«¿Qué ocurre? Sea franco».

Una y otra vez, el doctor observó,
lo hizo desde cada flanco,
y sin respuesta quedó,
con el brazo maniblanco.

11
ÉDGAR

La comisaría de veinticuatro horas más cercana está tan en el quinto coño que ya no se le puede llamar cercana lo mires por donde lo mires. De hecho, más que una comisaría, son cuatro paredes que alguien ha levantado en lo que era un descampado y luego organizado con algunos tabiques para esconder un cuarto de baño y poco más. Lo que se ve es lo que hay. Y no se ve mucho, ya lo adelanto.

Blas y yo esperamos a que nos atiendan sentados en unas butacas tan incómodas como las del hospital. Igual hasta comparten fabricante. El vigilante, que se fuma ahora el segundo cigarro desde que hemos llegado, da vueltas al otro lado de las puertas cristaleras y nos lanza vistazos furtivos de ceño fruncido cuando cree que no lo vemos. Ya le ha sentado mal que entremos, por alguna razón, cosa que me parece poco lógica. Es una comisaría de veinticuatro horas; no es como si ese tío pudiera irse a su casa en caso de que no entren clientes o denunciantes o como cojones se llame a la gente que viene a una comisaría a hacer cosas.

Blas y yo no hablamos de lo que pasó en la tienda tras la sesión de Más Que Voces. De hecho, no hablamos. Punto. Desde que se ha sentado, no ha hecho otra cosa que toquetear a toda prisa la pantalla de su teléfono móvil. Al principio, imaginé que le estaría contando la movida a su padre o a algún otro familiar o amigo, si es que los tiene. Esto ha sonado un poco mal, pero no va con segundas.

En serio.

El caso es que, al fijarme bien, me he dado cuenta de que está redactando en una aplicación de notas. Supongo que se está preparando para cuando tenga que soltar todo el rollo delante del policía. Me crispa bastante los nervios que tenga que recurrir a algo

así, con lo fácil que sería plantarse ahí y decir de viva voz lo que ha pasado. Pero, no, claro, él tiene que escribir su parrafada para que el policía pueda leerla por él.

El fluorescente que hay encima del mostrador me está poniendo de los nervios. No deja de titilar y puedo afirmar sin miedo a equivocarme que, si yo trabajara aquí, ya me habría volado los sesos hace mucho. Por si eso no bastara, no entiendo por qué el policía que hay sentado en uno de los escritorios (el único policía que veo aquí dentro, ya de paso) nos ha tenido esperando cerca de veinte minutos. No hace más que escribir en su ordenador a la velocidad de los tiranosaurios.

El chiste es que los tiranosaurios tienen unos bracitos tan cortos que seguramente ni llegarían al teclado.

Cuando el reloj de la comisaría marca las once y media de la noche, me sobresalta el timbre de mi teléfono móvil. No sé cómo afrontar que sea Rocío la que llama, después de lo que pasó en la tienda, así que me limito a contestar sin pensar en nada.

—Dime.

—¿Vas a venir? —me pregunta.

—¿A dónde? —Y, de repente, lo recuerdo: habíamos quedado en tomarnos algo con varios del grupo después de limpiar—. Hostia. Perdón. Se me ha olvidado por completo.

—¿Has encontrado a Blas? ¿Te has disculpado?

Chasqueo la lengua al oírla.

—Más o menos.

—¿Está contigo ahora? —pregunta. Hay cierta sarna en su tono de voz. No me gusta un pelo.

—Sí. Y no creo que me dé tiempo de ir a lo del bar. Díselo a todos, anda.

—Vale, vale. Intrigadita me tienes. Esta noche no duermo.

—Cállate.

Cuando nos despedimos y guardo el teléfono de vuelta en mi bolsillo, me llevo las manos a la cara y resoplo sin pudor. Perfecto. Otro problema más. Porque ahora tendré que contarle a Rocío que el emisario que lleva días rondando la tienda de su prometido ha estado a punto de apuñalar a uno de los asistentes a las charlas. Y

por mucho que el incidente tenga cero relación con el grupo Más Que Voces, estoy seguro de que Diego encontrará la forma de conectarlos, aunque para ello necesite un calzador. En serio, como nos quite el lugar de reunión…

Un codazo suave me distrae de mis pensamientos. Blas me acerca el teléfono móvil, donde ha escrito un texto para mí.

«¿La palabra "infligir" se escribe con *l*?».

—¿Qué coño estás poniendo que necesitas la palabra «infligir»?

«He anotado que el hombre que me amenazó se infligió heridas a sí mismo. Es con *l*, ¿verdad? Me suena raro. Pero infringir es otra cosa. Infringir una ley. Tiene que ser con *l*».

—Mira, ya lo cuento yo por ti. No hace falta que escribas nada.

Blas niega con la cabeza, frunciendo el ceño y acercándose el móvil al pecho.

—Bueno, lo que tú veas —respondo, de mala gana—. Total, al paso que vamos, tú y yo estaremos muertos para cuando pongamos la denuncia.

Igual lo digo demasiado alto, porque el policía carraspea desde su escritorio al oírme. Eso sí, creo que es justo lo que necesitábamos, pues no tarda ni cinco minutos en llamarnos a su mesa.

El agente Delgado (a juzgar por el distintivo que exhibe en su espacio de trabajo) es un hombre de estatura media, barba de varios días y cara de necesitar jubilarse antes de ayer. Lo peor es que yo creo que aún le quedan un buen puñado de años. Lleva el cuello de la camisa arrugado y una mancha marrón a la altura del pecho. En su mesa hay un par de tazas. Una de ellas humea y huele a café. Antes de comunicarse con nosotros, estira la espalda hasta que le crujen los huesos y agarra un bolígrafo con los dedos.

—Contadme.

Su voz me sorprende al principio por el mero hecho de existir; luego recuerdo haber leído no sé qué sobre una normativa de hace por lo menos cinco años que obligaba a todos los agentes de la ley a comunicarse verbalmente con los ciudadanos, algo que vino acompañado de una importante subida de sueldo. Aun así, tengo entendido que hubo renuncias en masa.

—Queremos poner una denuncia —explico—. Nos ha agredido un emisario.

A juzgar por la expresión del agente Delgado, la palabra «emisario» debe de provocarle retortijones. Después de suspirar, pone la boca en forma de *u* y se estruja los labios con una mano. Antes de dirigirse de nuevo a nosotros, se toma el tiempo de beber un trago largo (muy largo) de café.

—A ver, ¿qué ha pasado?

A partir de aquí, es Blas el que lleva la voz cantante. Y cuando digo que lleva la voz cantante quiero decir que le enseña el teléfono móvil en el que ha redactado todos los hechos con palabras por completo innecesarias como «infringir». O «infligir». Ya no me acuerdo. Lo único que hago yo, además de apostillar algún que otro detalle, es enseñar las fotos que hice en el escenario del crimen, de las baldosas ensangrentadas y del cuchillo. Y hablando del cuchillo, me lo saco del bolsillo y se lo ofrezco al policía.

Una vez que recibe el testimonio y las pruebas al completo, se inclina hacia atrás en su silla mientras da golpecitos en la mesa con el mismo bolígrafo que no ha soltado desde que nos hemos sentado. Sus labios parecen orugas, contoneándose a un lado y a otro como si estuviera saboreando algo que tiene en la boca.

—Os voy a ser sincero —anuncia, juntando las manos sobre el regazo. No me gusta cómo suena eso—. Este caso no va a llegar a nada. No tenéis nombre, fotografía, nada que identifique al presunto agresor —que lo llame «presunto» me jode aún más—, sin contar…

—El cuchillo tendrá sus huellas —lo interrumpo.

El agente Delgado suelta una carcajada de las sarcásticas. Me toca bastante la moral.

—¿Vosotros os creéis que esto es el CSI? —suelta, tal cual—. No, mirad, no funciona así. Pero, aunque tuvierais todas las pruebas del mundo, teniendo en cuenta que el chico no está herido, el caso no llegaría a ninguna parte. Es muy muy difícil que un juez condene a un emisario hoy en día.

Frunzo el ceño nada más oírlo.

—¿Por qué? —protesto.

El policía suspira de nuevo. Bebe un trago de café y compone una mueca al instante. Para mí que se le ha quedado frío.

—Por las asociaciones de derechos humanos. Nadie quiere condenarlos porque saben que se les van a echar encima. Desde que empezó a nacer gente con esos síntomas, hace cuarenta o cincuenta años, mucho antes de que empezaran los desvanecimientos, os imagináis la cantidad de discriminaciones que sufrieron. Acoso (lo que ahora se llama *bullying* de ese), favoritismos de los malos y hasta palizas. Ahora las asociaciones están que no cagan con esos cabrones.

—Cada vez hay más casos de emisarios a los que se les va la puta olla —explico—. Se ven en las redes y en algún periódico.

—Y tienes razón —conviene Delgado, asintiendo con la cabeza—. Pero una cosa no quita la otra. El problema aquí es el siguiente: si vosotros os tomáis el tiempo de poner la denuncia, van a pasar varias cosas. Primera: perderéis un tiempo valioso, porque no vais a sacar nada en limpio de esto. De hecho, ya os puedo asegurar yo que a ese tío no lo van a condenar. Segundo: van a meter nuestros nombres en un fichero.

—¿Qué? —pregunto, el ceño fruncido.

—Cada vez que alguien interpone una denuncia contra un emisario, el nombre de los denunciantes y el del agente que toma la declaración quedan registrados en un fichero por «motivos estadísticos». ¿Las consecuencias de que vuestros nombres estén ahí? No lo sé. ¿Las consecuencias de que *el mío* esté ahí? Eso sí que lo sé. Porque desde arriba se nos invita a disuadir a los ciudadanos de denunciar a los emisarios. Así que, bueno —prosigue, después de soltar el bolígrafo, que impacta contra la mesa sin ningún pudor—, podemos perder el tiempo un rato, rellenar la denuncia y que todos nuestros nombres queden registrados. ¿Mi recomendación? El chico está bien —insiste, señalando a Blas con la mano—, no está herido, ni un rasguño. No os metáis en esto. No merece la pena. Y yo me voy de excedencia el mes que viene y me gustaría hacerlo sin que mi nombre aparezca en un puñetero fichero.

Blas y yo nos miramos el uno al otro. Toda esta movida me ha dejado descolocado.

—¿Qué quieres hacer? —le digo—. Al final, es a ti a quien han intentado apuñalar.

El chaval ni se lo piensa.

«Vámonos», escribe.

El agente Delgado se levanta de la silla y estira la espalda. Lleva una taza en la mano; supongo que toca rellenarla.

—Decidle al de la puerta que si quiere un café —nos indica.

Sí, claro, los cojones.

O sea, que igual el agente Delgado no tiene la culpa de que las cosas sean como son, pero no me gusta la forma en que nos ha tratado. Supongo que lo que más me jode es haber venido hasta «la comisaría más cercana» y haber tenido que esperar más de media hora solo para que nos salgan con estas. La misma información nos la podía haber facilitado unos minutos antes, como mínimo.

El vigilante nos mira con recelo al salir. Creo que va ya por su tercer cigarro. Y a mí me da por acordarme de mi hermano Enzo, por pensar en si estará fumando justo en este momento, allá donde esté. Que probablemente sea en la calle, con sus amigos. No es que se haya muerto ni nada.

—Pues qué bien —expreso, sarcástico, ya de pie junto al coche—. Menuda pérdida de tiempo. ¿Te acerco a casa o qué? Preferiría evitar que otro lunático te agreda por el camino.

Se ve que yo tacto no tengo ninguno.

—Gracias —pronuncia él, en lugar de saltarme a la yugular o de cagarse en mis muertos. Y se le ve sincero.

No respondo. Tan solo me encojo de hombros.

Aún sigo cabreado por las cosas que dijo en la tienda de juegos. Y por haber hecho peligrar mi relación con Rocío. Pero creo que ya no me molesta tanto. Supongo que el asunto se ha enfriado.

Yo qué sé.

Me subo al asiento del conductor y arranco el motor mientras Blas se abrocha el cinturón de seguridad. Lo que me recuerda que yo aún no lo he hecho.

—¿Dónde vives? —pregunto, a la par que doy golpecitos en el volante.

Giro la cabeza esperando ver una dirección en la pantalla del móvil de Blas. Por eso me sorprende hallar una pregunta:

«¿Tienes hambre?».

12
BLAS

Es extraño.

Porque las calles lucen oscuras e inhóspitas, con las farolas cruzando sobre nuestras cabezas como si la ciudad entera fuese una enorme cebra a dos tonos. Aquí dentro, sin embargo, en un coche que sin duda habría de antojárseme terreno hostil, me siento a salvo. No dejo de pensar en lo que ocurrió en la tienda de juegos de mesa. Pero, sobre todo, en lo que ocurrió después; en lo que habría pasado si Édgar no hubiese aparecido cuando lo hizo. En la radio suena una canción que no se me hace en absoluto familiar. Tal vez me equivoque, pero, por la calidad del audio, deduzco que datará de como mínimo quince o veinte años atrás, de una época en la que los cantantes no temían alzar sus voces. Sé que todavía hay artistas que se oponen al silencio. Luego están aquellos otros que cambiaron las letras por los tarareos; una moda que duró año y medio, como mucho, hasta que la gente se hartó de oír los mismos «nananá» en toda la música que ponían por la radio o subían a las plataformas digitales.

Al final, todo se ha reducido siempre a las modas. Como aquella de aprender lenguaje de signos para hacer que la comunicación global fuese más fácil. Quisieron imponerlo en las escuelas y no duró más de dos meses en los planes de estudios, culpa de múltiples protestas encabezadas por diversos frentes. Estaban los jóvenes y los adultos que lo consideraban una «pérdida de tiempo», teniendo pantallas que les sirvieran de apoyo; ancianos demasiado cansados como para aprender un lenguaje nuevo y, para terminar de sellar la tumba de aquella idea, un rumor con escaso fundamento, pero que nadie pudo desmentir, sobre que también las señas te llevaban a desvanecer.

Esta canción, la que suena ahora en el coche, habla del mar, de luchar y de los ricos. Y supongo que eso es algo que Édgar y yo compartimos: ninguno de nosotros sabemos lo que es la opulencia. Lo que me recuerda que tengo que hablar con mi padre sobre vender las joyas de mi madre. La matrícula del año que viene no va a pagarse sola; más aún, si mi padre sigue de baja mucho más tiempo.

Exhalo un suspiro y cierro los ojos.

Una parte de mí ansía que este trayecto no acabe nunca, que no hallemos destino y el coche nos lleve por toda la eternidad, mientras escuchamos canciones de épocas pasadas que hablan de mundos injustos y finalices felices.

Si algo caracteriza a la vida, no obstante, es la temporalidad.

Édgar detiene el coche en una avenida amplia, pero desierta. Teniendo en cuenta que son ya las doce y media de la madrugada de un día entre semana, igual esto no es de extrañar.

—¿Comemos ahí? —me pregunta, señalando con la cabeza.

Me asomo a la ventana y no tardo en encontrar el sitio en cuestión: un local que aún tiene las luces encendidas y que se hace llamar TopeBurger, a través de un letrero de neón que parece más propio de un bar de estriptis que de un restaurante de comida rápida.

«No sé si podré cenar algo de lo que tengan ahí», alego, utilizando mi teléfono.

—¿Por qué?

«Soy deportista».

—Ah, vale, perdón, no sabía que solo comías filetes de esteroides y pesas de dos kilos.

«Las prefiero de un kilo», repongo.

—¿Por el sabor?

«Por la textura. Y porque son más ligeras».

Édgar se me queda mirando con toda la frialdad del mundo y yo solo espero el momento en que me mande a la mierda por el chiste que acabo de hacer. Para mi sorpresa, sin embargo, no solo acaba sonriendo, sino que hasta suelta lo que parece una carcajada.

—Vale, reconozco que ha estado bien —admite—. Pero, bueno, ¿no te puedes saltar la dieta un día?

«Una vez al mes. Y ya me la salté la semana pasada».

Los ojos de Édgar se abren de golpe.

—¿Una vez al mes? —recalca, escandalizado—. ¿Y qué coño haces cuando tienes antojo de chocolate?

«Nunca como chocolate».

—Imposible.

«Me tomo en serio lo del deporte. Me importa mucho».

Mi acompañante se detiene unos segundos para pensar.

—Vale, ¿qué puedes tomar?

«Carne, pescado, huevos, verduras… Proteínas, sobre todo. Hidratos solo a veces».

—Las hamburguesas son proteínas —me recuerda.

«Y un montón de grasas saturadas, también».

—Joder, yo me como el pan, si no lo quieres.

«No es solo el pan», explico. «No como nada que esté frito».

—Pues te pides un filete a la plancha.

«¿Crees que tendrán?», pregunto, mirando de reojo hacia el local.

—No. Era sarcasmo. ¿Cómo van a tener filetes a la plancha en un sitio que se llama TopeBurger y que perfectamente podría ser un puticlub?

Su apreciación me hace soltar una carcajada.

«¿Tú también lo has pensado?», escribo.

—Sí. Da un poco de mal rollo, en realidad —dice, agachándose para poder ver mejor el sitio a través de la ventanilla del coche—. Igual tienen ensaladas. ¿Probamos a entrar?

Lo medito durante un instante mientras contemplo el lugar y la decadencia que desprende. No es que vayamos a encontrar muchos sitios abiertos a las doce y media de la madrugada. Así pues, asiento con la cabeza y me dispongo a bajar.

La calle está helada y lo primero que hacemos Édgar y yo es abrocharnos las chaquetas hasta arriba y guardarnos las manos en los bolsillos. Él lleva la delantera y es el que abre la puerta del TopeBurger, que tintinea gracias a unas cuentas metálicas que

cuelgan del techo. Dentro, fregando un suelo ajedrezado, nos encontramos a una camarera rubia de entre treinta y cuarenta años con el maquillaje a medio quitar. La cara con la que nos recibe al vernos daría para escribir un libro sobre la violencia no verbal.

—¿Seguís abiertos? —pregunta Édgar.

La mujer hace un mohín con la cara y luego señala un cartel de la pared con el palo de la fregona. Es el horario del local. «De 12:00 a 16:00 y de 20:00 a 1:00. Martes cerrado». Édgar y yo intercambiamos una mirada. Después, reviso mi teléfono móvil. Son las 12:36.

—Tenemos veinticinco minutos —anuncia Édgar en voz alta, dando el tema por zanjado.

La camarera arroja un suspiro gutural y sigue pasando la fregona. Cabe destacar que no hay una cubeta cerca que esté usando para enjuagarla y humedecerla, lo que me lleva a concluir que es probable que, llegados a este punto, la propia grasa del suelo sea la que propicia el deslizamiento.

Ocupamos una mesa junto a la barra, tras un recodo de la pared. La puerta del local no cierra bien y silba con el viento frío de fuera, por lo que es mejor evitar el contacto directo con ella. Dejamos las chaquetas junto a mi asiento, que es uno de esos bancos acolchados típicos de restaurante de carretera, solo que a este se le ha salido el relleno a más de una altura.

—Hay que pedir en la barra —me indica Édgar.

Yo asiento con la cabeza mientras ojeo la carta, que, por cierto, se palpa grasienta. Igual es que se ha caído varias veces al suelo y ha absorbido parte de su esencia. O igual es que también las preparan en la freidora, como las patatas y la carne rebozada que aparecen en el menú. Édgar tenía razón al decir que podían servir ensaladas. En la carta anuncian dos distintas, incluso. Ensalada de pollo frito y ensalada de beicon y queso fundido.

Genial.

—¿Has visto? Tienen ensaladas —comenta Édgar, conteniendo una sonrisita—. Pide la de pollo y me lo das a mí, si no lo quieres. Tú te comes el resto.

Supongo que es buena idea. No es que haya muchas más opciones. Lo más cercano a una alternativa vegetariana son los «Espaguetis Cheddar Carne Picada», y solo porque llevan hojas de perejil fresco por encima.

—¿Qué quieres beber? —pregunta Édgar, ya de pie. Me dan ganas de sugerirle que se desplace hasta la barra en trineo, pues dado el estado del suelo, quizá sería lo más apropiado.

«Agua», repongo.

Édgar me juzga con la mirada.

—¿En serio? —dice.

«Solo bebo agua. Y batidos de proteínas, a veces».

Ahora pone los ojos en blanco.

—Oh, claro —replica, sarcástico—, se me olvidaba que eras deportista.

Creo que me sale fruncir un poco el ceño, pero nada más. Supongo que no todo el mundo entiende la importancia de llevar una dieta estricta y los beneficios que puede tener en tu cuerpo.

Para cuando Édgar vuelve a la mesa, ya con mi botella de agua y su lata de refresco, le tengo preparado un mensaje.

«¿Sabes que nos van a escupir en la comida por haber venido cuando están a punto de cerrar?».

Él se encoge de hombros, como si la idea le importara lo mismo que un cambio de alcalde en un pueblo del sur de Italia.

—Mientras no nos cobren de más por ello… —dice, antes de dar un sorbo a su bebida.

Yo aprovecho para abrir mi botella y bebo un trago también. Está caliente. Tampoco es que me importe; suelo tomarla del tiempo.

«Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?», le escribo.

—Supongo.

«¿Por qué Rocío te llamó Poe?».

Nada más leerme, refunfuña e inclina la cabeza a un lado. Se agita el pelo del flequillo antes de responder, escaseando en buena disposición.

—Por Édgar Allan Poe. Odio ese nombre, pero me llama así desde ni se sabe. Ya estoy acostumbrado. Aunque me jode que lo

haga en público.

«Ah, claro. No se me había ocurrido. Por cómo se pronuncia, pensaba que te llamaba Pou, por aquella aplicación para móviles antigua donde tenías que cuidar a una criatura con forma de caca».

Édgar casi se atraganta al leerme. Le sale espuma por la nariz.

—¡*Bro*, no me jodas! —exclama, descojonándose—. ¿Me ves cara de truño o qué?

Niego con la cabeza, sonriendo. No le voy a decir de qué le veo cara.

«¿Rocío y tú os conocéis desde hace mucho?», aprovecho para preguntar.

Édgar estira la espalda antes de responder.

—Muchísimo —declara, meneando la lata en su mano—. Vivíamos puerta con puerta en una urbanización en la que casi no había niños, además de nosotros y mis hermanos. Supongo que por eso congeniamos tan bien a pesar de que ella me saque… ¿Cuántos eran? Cinco o seis años, ya no me acuerdo. Joder, ella se casa en septiembre y yo, mientras tanto… —No termina la frase. Por un momento, resopla y se rasca el lado izquierdo del cuello. Después guarda silencio mientras, intuyo, trata de volver de dondequiera que haya viajado por error—. Nos pasábamos las tardes uno en casa del otro. Aprobé cientos de exámenes gracias a ella. Bueno, tampoco tantos. Y un día que estaba dando a Poe en clase de inglés, se le ocurrió ponerme ese nombre y ya no lo soltó.

«Se os ve unidos», aporto, tratando de esbozar una sonrisa.

—Sí, bueno.

La camarera irrumpe en la conversación para traernos los platos, no con cara de haber escupido dentro, sino con la expresión de quien ha puesto unas gotitas de cicuta en ellos, o todo el frasco, ya de paso. Mi móvil marca la una menos cuarto y el tiempo para cenar se nos agota. Por desgracia, ahora solo puedo pensar en mi «ensalada de pollo», que es, más bien, pollo frito con ensalada. He contado cuatro hojas de lechuga, no más, entre la marea de carne rebozada. También tiene… ¿patatas fritas? Eso sí que no puedo entenderlo. Creo que lo que hay debajo es zanahoria. No, espera, es una patata gajo, que se ha colado entre las normales.

—¿Qué cojones es esto? —exclama Édgar mientras contempla su hamburguesa. Intenta hacerlo en plan susurro, pero no creo que lo de ser discreto vaya mucho con él—. ¿Por qué el pan de abajo no es un pan, sino una hamburguesa de pollo rebozado?

No me queda más remedio que echarme a reír. Creo que empiezo a entender por qué las cartas están grasientas. Édgar me mira y se fija por fin en mi ensalada.

—O te saltas la dieta o te quedas sin comer —me advierte.

No respondo. No con palabras escritas o alzadas, al menos. Tan solo empuño el tenedor y me llevo un pedazo de pollo frito a la boca. Él sonríe en plan condescendiente.

—Guau, he ahí un valiente —se mofa.

«No tanto como la persona que se va a comer una hamburguesa que en lugar de tener pan de abajo tiene una hamburguesa de pollo rebozado», respondo por escrito.

Él vuelve a reír, al tiempo que se propone abordar la ardua tarea que tiene entre manos. Decir que gasta medio servilletero mientras come es quedarse corto. Aun así, tiene que ir a lavarse las manos después para terminar de quitarse el aceite. Viene contando historias de terror de su viaje por los baños del TopeBurger. Yo, por mi parte, apenas consumo la mitad de la ensalada. Bueno, «ensalada», entre comillas. Tan solo es pollo grasiento y patatas que yo creo que han sido fritas y recalentadas después; la lechuga, la poca que hay, es como si fuese cartón.

—¿Vamos a medias o qué? —pregunta, cuando ya nos disponemos a marcharnos. Se ha vuelto a poner la chaqueta y rebusca en uno de los bolsillos.

«Ya he pagado yo», lo informo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

«Mientras estabas en el baño».

Édgar compone una mueca de extrañeza con la cara.

—¿Por qué? —cuestiona.

«Para darte las gracias».

No parece comprender mi respuesta.

—¿Las gracias por qué?

«Por todo. Por invitarme a la sesión, por salvarme la vida y por acompañarme a la comisaría. ¿Te parece poco?».

Édgar emite un gruñido con la garganta y se frota el cuello con la palma de la mano, mientras yo reprimo una sonrisita porque estoy empezando a notar un patrón en ese gesto suyo.

Salimos del TopeBurger bajo la atenta mirada de la camarera rubia, que se señala la muñeca como si llevara puesto un reloj. Supongo que quiere decirnos que son más de la una y que nos hemos pasado tres minutos de la hora. Mañana, al amanecer, nos espera la horca.

La noche enseguida nos recibe con una gélida bofetada; por suerte, avanzamos deprisa hasta refugiarnos en el coche.

—Joder, qué puto frío —se queja Édgar, frotándose las manos, antes de encender el motor y, después, la calefacción. Luego se echa hacia atrás en el asiento con un suspiro de alivio. Puede que yo no suspire, pero también me siento presa de esa misma satisfacción. He vuelto a tener la misma sensación: la de sentirme a salvo y cómodo en este coche, mientras la oscuridad y la noche se revuelven ahí fuera, mientras las temperaturas bajan para arañar las pieles de quienes aún moran en las calles. Siento que este lugar me da la bienvenida. Más que antes, incluso, por razones que no acabo de comprender. Ni siquiera me he abrochado el cinturón. Mi atención se ha perdido en algún lugar de mi cerebro, con los ojos plantados en el parabrisas y en el pedazo de cielo que veo más adelante. Édgar me observa; noto sus ojos clavados en la sien. No arranca el coche ni me pide una dirección a la que llevarme; eso me gusta. Aprovecho esta calma, este silencio, para escribirle un mensaje:

«Antes de atacarme, cuando el emisario me contó que tenía algo dentro y que quería sacárselo, me dijo una cosa que no acabo de entender».

—¿El qué? —pregunta, sin abandonar su posición.

«Dijo: "¿Tú crees que será culpa de ella? ¿Para qué nos habrá traído aquí?". Y, en ese momento, tuve la sensación de que sus ojos apuntaban al cielo».

Édgar guarda silencio. Me mira con fijeza y puedo distinguir la saliva descendiendo por su garganta.

—Están locos —reacciona, al fin, mientras juguetea con la llave en el contacto, apenas incorporado en el asiento—. Ni caso.

«¿Y si hay algo ahí arriba?».

Después de enseñarle a Édgar estas palabras, alzo la vista, mas todo lo que encuentro es el techo de su coche. Imagino, eso sí, el mundo de más arriba, el cielo y todas las estrellas que pueblan el cosmos. Siento un escalofrío al pensar en ello.

Édgar suelta la llave y, exhalando un suspiro, se deja caer de nuevo contra el respaldo.

—Quién sabe —admite—. Yo me lo encontré hace una semana y me soltó una gilipollez, también, algo sobre no sé qué cosa que ocurre una vez cada mil años.

«¿El qué?», pregunto, acusando un nuevo escalofrío.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Igual es la frecuencia con la que se lava los sobacos.

Me hace reír. De manera cansada y breve. Pero me hace reír.

«Oye…», escribo en mi teléfono, y, como no me presta atención, doy un tirón suave a su chaqueta.

—¿Qué? —Me mira por fin.

«Cuando saliste de la tienda y me encontraste con el emisario, ¿fue casualidad o…?», no acabo la frase. No hace falta que lo haga.

Édgar chasquea la lengua y apoya la cabeza contra la portezuela del coche. Se frota el cuello con la mano derecha, con mucha insistencia.

—Fui a ver si aún estabas por allí, si ibas en busca de la parada del bus o algo. Quería disculparme por haberte gritado y echado de la tienda —confiesa—. No es que tú fueras un encanto de persona, tampoco, pero supongo que me porté como un capullo.

«Tienes razón», respondo, sin dudarlo.

Al leerme, todo su rostro se ensombrece y me lo imagino empuñando una guadaña imaginaria con intenciones de arrancarme la cabeza de cuajo.

«Quiero decir que tienes razón en lo de que no fui un encanto de persona», me apresuro a aclarar. «Me invitaste para ayudarme y lo único que hice fue echaros cosas en cara. Lo siento. Supongo que no puedo ser objetivo con ese tema».

—¿A qué te refieres?

Me tomo unos segundos para pensar.

«Si te lo cuento, tardaré en escribirlo. Vas a tener que esperar un poco».

Édgar se encoge de hombros.

—Dale —me anima.

Y empiezo a redactar.

Creo que solo he contado esto una vez, hace ya tres o cuatro años, cuando conocí a Bea y conectamos hasta el punto de desnudar nuestras almas el uno al otro. Redactarlo de nuevo es como volver al pasado y tengo que contener una sensación de vértigo cuyo origen me resulta confuso incluso a mí. De cuando en cuando, me detengo a buscar las palabras adecuadas. Y no, no me refiero a comprobar si «infligir» se escribe con *l* o con *r*. En cierta ocasión, sin saber muy bien por qué, mi mirada se acaba posando en Édgar. Hay algo agradable en su figura, en la forma en que se apoya contra el asiento y sujeta el volante a la vez, aunque el coche siga en reposo. Me fijo en esa coleta pequeña que le recoge solo la parte de atrás del pelo, no el flequillo ni el que le cae por delante de las orejas. Me detengo, también, en esos pelillos que han escapado al amarre y corren libres sobre la nuca. Creo que mientras esperábamos en la comisaría, hubo un momento en que se soltó el pelo para recogérselo de nuevo. Entonces no me fijé. Estaba demasiado ocupado componiendo el testimonio para el policía.

El rostro de Édgar gira noventa grados y nuestros ojos se encuentran.

—¿Qué? —cuestiona, con ese tono brusco que lo caracteriza.

Niego con la cabeza, tratando de transmitirle que no ocurre nada, mas no termino de apartar la mirada. Por un instante, me acuerdo del emisario, el joven de pelo blanco y unos ojos inquietantes que no podía eludir aunque quisiera.

—¿Has terminado ya tu novela? —dice.

—¿Qué? —se me escapa decir.

Él señala mi teléfono, que aún sostengo en las manos.

—Ah —murmuro.

Sin decir más, retomo la tarea y, pasados dos o tres minutos, he acabado de plasmarlo por escrito. Como no es algo que Édgar vaya a poder leer de un golpe de vista, le cedo el dispositivo al completo para que lo haga a su ritmo. Yo aparto la mirada para ocultar el temblor que me azota los labios.

«En mi familia, todos éramos de la misma opinión: mi madre, mi padre y yo. Ninguno de los tres hablábamos. Conocíamos de primera mano las consecuencias de hacerlo. Lo llevábamos bien. El silencio. Hasta que, un día, las cosas cambiaron.

Mi madre trabajaba en un centro comercial, en una tienda de cosméticos. A su jefa se le metió en la cabeza que tenía que hablar con los clientes en voz alta, que la gente quería un trato más íntimo y que no se conformaba con que les escribieran o hablasen con una aplicación de texto a voz. Le dio un ultimátum: o hablaba o la echaba a la calle. También hay que destacar, por supuesto, que la jefa de mi madre en ningún momento habló ni tuvo la intención de hacerlo. Eso sí, que lo hiciera mi madre le parecía perfecto. Pero, bueno, el caso es que ella aceptó. Nunca nos ha sobrado el dinero y, teniendo en cuenta que tampoco es que mi padre se vaya a hacer millonario pintando casas, supuso que era lo mejor.

Ella no nos dijo nada entonces. No quería preocuparnos. Para cuando nos lo contó, ya ni siquiera le molestaba tener que hablar en su trabajo. Le gustaba. Le encantaba. Empezó a hacerlo en casa, con nosotros, y hasta retomó el contacto con una vieja amiga de la facultad a la que había dejado de ver. Ella también hablaba. Y eso hizo que mi madre hablara aún más. Y entonces…

Entonces se desvaneció.

Nada de eso habría ocurrido si su jefa no la hubiese obligado a hablar, si no la hubiera amenazado con echarla. Si no existieran personas que obligan a otras a alzar la voz, mi madre aún seguiría conmigo. Y por eso no puedo ser objetivo con vuestro grupo».

Édgar termina de leer y me observa con cuidado; lo veo apenas en el reflejo de la ventana, en mitad de la oscuridad que reina en el coche y a la que solo un puñado de luces de fuera logran amedrentar. Ya no solo me tiemblan los labios, sino

también el estómago y los brazos; los cimientos mismos que sostienen el cuerpo que habito.

—Nosotros no obligamos a nadie —pronuncia Édgar, muy despacio—. Además, tu madre, bueno, empezó a hablar por coacción, vale, pero siguió haciéndolo porque quería. Porque le gustaba.

—¡Fue culpa de esa imbécil! —grito, sin poder contenerme. El corazón se me va a salir del pecho—. ¡Si ella nunca la hubiera amenazado, si nunca hubiese probado ese mundo, ella estaría aquí! ¡Da igual que acabara gustándole o no! ¡Eso es lo de menos!

Édgar no responde; tampoco me quita ojo de encima. Parece sorprendido. Parece analizarme. Al cabo de unos segundos, se inclina hacia mi asiento y yo retrocedo por instinto, creyendo, tal vez, que va a darme una bofetada o a quién sabe qué. La realidad es que solo buscaba la guantera, de la que extrae algo con rapidez. No me da tiempo a ver lo que es antes de que empuje un paquete de pañuelos contra mi boca. Yo refunfuño y lo aparto en cuanto puedo. Voy en busca de mi móvil para preguntarle qué se le pasa por la cabeza, hasta que recuerdo que aún lo sostiene él en las manos.

—Sécate las lágrimas, anda —dice.

¿Qué?

¿Qué lágrimas?

Ah.

Es curioso, ¿no? Cómo a veces ni siquiera te das cuenta de que fluyen, río abajo a través de las mejillas, acariciándote los labios y besándolos con cuidado. El corazón me va a estallar. Ocurre siempre que pronuncio alguna palabra. Mas no es solo eso. Es el recuerdo, también. La imagen de aquella mujer a la que jamás llegué a ver, la que se alzó como villana en la historia de mi vida y me arrebató a la persona que me trajo al mundo. Tiene gracia que pueda recrear con nitidez su imagen, a pesar de jamás haberla conocido, ni siquiera en una foto.

Al fin, después de secarme las lágrimas con cuidado, Édgar me devuelve el teléfono.

—¿Puedo decirte una cosa sin que me grites ni quieras pegarme? —pregunta.

Me encojo de hombros. Ni siquiera tengo fuerzas para escribir.

—Estoy seguro de que tu madre fue más feliz en el tiempo que estuvo hablando que durante todos los años de silencio —dice, acariciando el volante con cuidado—. Supongo que esto no te ayuda, al menos, no ahora, pero… —se detiene un momento y exhala un suspiro—. No sé. Solo quiero que lo recuerdes. Porque, saberlo, seguro que ya lo sabes.

No respondo.

No puedo hacerlo.

Si lo hiciera, sería como admitir que mi vida está mal. Que la construí empleando los ingredientes equivocados. Que utilicé un cristal que no es el adecuado. Por eso me limito a callar y a desear para mis adentros que Édgar traiga de vuelta el refugio, el santuario que era para mí este coche y que ahora, poco a poco, siento que desaparece. El interior se me hace oscuro y frío, hasta subo la cremallera de la chaqueta que ya me había desabrochado.

Supongo que ha llegado el momento.

El momento de escribirle mi dirección en el móvil.

El momento de volver a casa.

Édgar arranca sin dedicarme una sola palabra. Me pregunto si él también lo siente: el embrujo que acaba de romperse, el hogar que ha sido arrancado de sus cimientos. Y una parte de mí no desea otra cosa que verlo sacarme de mi trance, mas el coche avanza y avanza, cruzando semáforos y pasos de cebra, rotondas y un túnel que salva un cruce en lo alto. Cada vez más cerca del final.

Al llegar a mi calle, se detiene en doble fila. Empieza por apagar el motor; luego mira al frente, a la noche gélida y umbría, como si hubiera en ella más de lo que puede verse a simple vista. Juguetea con la llave, dando una y dos vueltas a la anilla que la sostiene.

—Bueno, pues ya nos veremos por el hospital —concluye, sin dejar de mirar hacia delante—. Porque a las reuniones no creo que vuelvas.

Quizá en otras circunstancias me habría dado por reír. Por sonreír, al menos.

«Gracias por todo».

El que pretendo que sea mi último mensaje de la noche.

Édgar no responde. Tan solo lee y aparta la vista después.

Suspira.

Creo que lo hace.

Abro la puerta y el frío me pellizca la cara sin piedad. Me arrebujo en la chaqueta y me preparo para un breve trayecto hasta el portal de casa. Saco un pie mientras sostengo la portezuela del coche. La cabeza se me llena de imágenes, no todas datan de esta noche. La mente me rebosa y siento un cosquilleo en el estómago.

Frunzo el ceño.

Vuelvo al asiento y redacto un mensaje para Édgar.

«¿Quieres mi número de teléfono?».

No sabría decir si mi propuesta lo pilla por sorpresa.

—¿Para qué? —pregunta.

«No lo sé. Pero ¿lo quieres?».

Los ojos de Édgar se clavan en los míos.

13
ÉDGAR

No lo pillo.

Por lo general, después del polvo, me dedico a respirarle encima, a morderle los pectorales y a llenarle el cuello de besos. Acabo con ganas de más. Y, aunque normalmente no echamos otro, me gusta quedarme con esa sensación para volver a tope a la próxima. No sé, ya es parte de mi ritual. La pescadilla que se muerde la cola de las emociones.

Hoy no me siento así. No quiero volver a acostarme con Fran. No hoy, desde luego, pero tal vez nunca más. Yo qué sé. Lo miro y siento que él no debería estar ahí. Que yo no debería estar aquí. Que hay cosas mejores a las que dedicar mi tiempo, como mirar las obras de la calle Romerías, que tiene levantado todo el suelo, o dar de comer a los cacahuilos, si los híbridos de cacahuete y cocodrilo con los que soñé una vez de pequeño fueran reales. Se alimentaban de caramelos y corteza de árbol, por cierto, por si a alguien le interesa.

Me levanto resoplando de la cama y me dirijo al salón sin darle explicaciones a Fran. Es allí donde he dejado la ropa. Y si no estuviera cagándome de frío ahora mismo, seguiría en calzoncillos. Cuando me estoy poniendo los vaqueros, Fran se planta bajo el quicio de la puerta.

«¿Te pasa algo?», dice, utilizando su aplicación de texto a voz. La del madrileño con acento argentino. O la del argentino con acento madrileño. Qué más da.

—¿A mí? No.

Me hago el loco, claro. ¿Qué voy a decirle? ¿Que el polvo de hoy no ha sido como el de otras veces? ¿Que el hueco discreto que le deja la muela que le falta ya no me parece tan adorable? ¿Que no quiero volver a verlo? A ver, igual eso es un poco drástico. Aunque,

si no quiero que follemos de nuevo, ¿de verdad me va a apetecer que quedemos para algo? Hablar no se nos da bien. Literalmente. Él ni siquiera habla. Apenas. Quiero decir que la comunicación no es lo nuestro. No conectamos. Nuestra unión siempre fue sexual y nada más, con alguna que otra conversación para romper el hielo antes o después. Se podría decir que Fran fue una de las cosas que me llevé de mi último trabajo. Lo que aún no tengo claro es si fue una cosa buena o mala.

¿Qué me pasa?

Me dejo caer en el sofá mientras me pongo la camiseta. Fran la intercepta antes de que termine de bajarla y me planta un beso en el estómago. Adorable. Si estuviera de humor para eso. Por suerte, ni siquiera tengo que inventarme una excusa, porque el teléfono móvil me vibra en el bolsillo del pantalón y enseguida me levanto para cogerlo. Aprovecho para colocarme bien la camiseta, ya de paso. El hecho de que sea Rocío me inquieta un poco, la verdad. Antes de que pueda saludarla, Fran aparece por detrás y me besa la nuca con deseo.

—*Bro*, estate quieto, estoy hablando —protesto.

—¿Hola? —oigo decir a Rocío.

—Nada, no era contigo. ¿Qué pasa?

—Tengo malas noticias.

Por el tono con que lo dice, ya puedo imaginarme la sorpresa. Se me coge una pinza en el estómago. Vuelvo a tomar asiento en el sofá y, por suerte, Fran no me acosa esta vez.

—Diego no quiere que sigamos celebrando las reuniones en su tienda. —Resoplo al escucharla. Lo suponía—. Dice que entre los carteles en los que nos acusan de fascismo y adoctrinamiento, y lo que ha pasado ahora con el emisario, prefiere desvincularse por completo de esto.

—¿Para qué se lo cuentas? Sabías lo que iba a pasar.

—Tenía que hacerlo. Está en su derecho a saberlo. Es su local.

Resoplo de nuevo mientras me acaricio la frente con los nudillos.

—¿Y tú que le has dicho? —añado.

—¿Qué le voy a decir? Que respeto su decisión y que buscaremos otro sitio. Me pongo en su lugar y es perfectamente

comprensible que se sienta así.

—Pero no tenemos otro sitio —le recuerdo.

—Ya —dice ella, antes de contener un suspiro—. Si lo hiciéramos en tu casa, tu hermana nos echaría a martillazos, creo yo. Y tampoco podemos hacerlo en la mía, porque también es la de Diego, así que sería más de lo mismo.

—¿Entonces? —El corazón me late cada vez más deprisa.

—De momento, tendremos que cancelar las reuniones.

—No —respondo, sin pensarlo siquiera.

—No podemos hacer otra cosa.

—Joder. Esas reuniones son mi vida, Ro. No podemos cancelarlas.

—Lo que no podemos es celebrarlas, Poe. Al menos, ahora mismo. Comentaré esto por el grupo para ver si alguien ofrece alternativas, aunque no creo yo que haya mucha gente dispuesta a acoger a un grupo que promueve la verbalidad.

—¡Qué mierda!

—Lo siento —dice ella, en una nota más dulce—. Sé que estas reuniones significan mucho para ti.

—Si tanto lo sintieras, no le habrías contado nada a tu futuro marido.

—Poe.

Suspiro antes de hablar.

—Sí, sí, me he dado cuenta. He sido injusto —admito—. Diego tenía derecho a saberlo. Joder, lo que más me toca los cojones es que lo del emisario ni siquiera estará relacionado con lo que hacemos. Seguro que solo es casualidad que ronde la tienda.

—Ya. Aunque Diego dice que, desde el principio, nuestras reuniones no le gustaron. Que no terminaba de sentirse cómodo con la idea.

—O sea, que lo del emisario le ha servido de excusa —concluyo.

—En cierto modo.

Cuando Rocío y yo cortamos la llamada, me siento derrotado. Para una puñetera cosa buena que hay en mi vida y van y me la arrancan de las manos por la fuerza. Tenía que haberlo visto venir. Que esto no podía ser para siempre. No mientras Diego estuviera al

mando de esa tienda. No sé ni cómo voy a saludarlo cuando lo vea. No me apetece hacerlo.

—¿Qué pasa? —La voz de Fran me sobresalta. Meneo la cabeza antes de responder.

—Que todo es un asco. Eso pasa. Nos hemos quedado sin sitio para las reuniones del grupo.

«Qué putada», dice su aplicación.

«Qué putada».

¿Esa es toda su reacción? ¿Es lo único que va a decir ante el hecho de que una parte fundamental de mi vida se derrumbe en medio segundo? Si algo me da más rabia que la condescendencia con la que a veces me obsequia, relegando mis problemas a una clara segunda categoría, es su maldita aplicación de texto a voz. Desde lo ocurrido hace quince años, con toda la demanda que hubo de ese tipo de producto, todas las aplicaciones de texto a voz pasaron a ser de pago. Las pocas que se libraron se llenaron de publicidad invasiva para intentar hacer dinero. A veces era puro *malware*. Así fue como Irene se cargó su último móvil. Irreparable. Ni un reinicio de fábrica le devolvió la vida. Por eso, el mundo se divide entre los que pueden permitirse una suscripción mensual desorbitada a una aplicación que transforme sus palabras en sonidos y los que se conforman con ir enseñando mensajes por ahí para que el resto los lea. También hay un puñado de locos que siguen empeñados en jugarse la salud informática visitando páginas web de texto a voz gratuitas, pero ese es otro tema.

Fran es de los primeros. El tema es que no la paga él, sino su madre. Tiene gracia que permita que su familia corra con los gastos de su aplicación de voz, pero no con los del implante bucal que tiene pendiente. Se me hace hipócrita, yo qué sé.

Antes de guardar el teléfono de vuelta, reviso los mensajes. Siempre espero ver uno de Blas, por alguna razón. O sea, ni siquiera sé para qué intercambiamos los números. ¿Qué espera que le diga, que me gustan sus paletas ligeramente separadas? Menuda gilipollez. Tampoco sé por qué sigo pensando en sus paletas. Tengo la puta imagen de su cara sonriendo metida en la cabeza, en plan tornillo del monstruo de Frankenstein.

«Lo has visto, ¿no?», me pregunta la voz que vive en el teléfono de Fran.

—¿El qué?

Él señala con la cabeza.

La tele está encendida, quizá desde antes de que Fran y yo trasladáramos los preliminares al dormitorio. El volumen está al mínimo. Tampoco creo que pudiéramos oír mucho más que una voz automática leyendo los subtítulos de más abajo. Es una noticia. Las imágenes muestran la figura inconfundible del nido alzándose por encima de ese pueblo de Suiza cuyo nombre nunca consigo recordar.

«Dicen que va a moverse otra vez», explica Fran usando su móvil.

Tengo que soltar el aire en plan sarcástico.

—Llevan cinco años diciendo lo mismo —le recuerdo—. La última vez que esa cosa se movió yo ni siquiera había entrado al instituto.

«Dicen que esta vez es de verdad».

—Lo creeré cuando lo vea. Los científicos no son capaces ni de predecir las lluvias de un día para otro. ¿Pretenden que me trague que saben anticiparse a los movimientos de esa cosa?

Intento apartar la mirada del televisor, pero me llevo un último vistazo del nido; una última visión de sus enormes patas negras alzándose por encima de las casas y sujetando la colosal mole de seda que tiene por cuerpo.

Sí.

Lo creeré cuando lo vea.

14
BLAS

Blas
Convénceme para que vaya a entrenar

Bea
Tienes las jornadas de atletismo dentro de un mes
Te viene bien darle caña a la máquina

Blas
Ya
Joder
No sé qué me pasa

Por un instante, dejo el móvil sobre la cama y cierro los ojos con fuerza. Y suspiro. Estoy cansado (agotado, incluso), a pesar de que apenas me he movido de la cama a la cocina y de la cocina a la cama en todo el día.

Vuelvo a agarrar el teléfono en cuanto oigo la campanita que me alerta de un nuevo mensaje de Bea. En realidad, más que una campanita es un silbato deportivo. Un timbre de notificación exclusivo para ella.

Bea
Lo que te pasa es que hoy no estoy yo para entrenar contigo ;)
A mí también me pasaría si tú no vinieras

Blas
Eh, eh
A ver si voy a pensar que estás enamorada de mí

Bea
Si quieres te recuerdo que me declaré a los seis meses de conocernos y tú me rechazaste porque eres gay y yo no soy lo que buscas en una persona (un hombre, vamos)

Mierda.

Vale, igual eso ha sido una cagada.

Me incorporo en la cama y me froto los ojos como si llevase días sin dormir, a pesar de que anoche sobrepasé las nueve horas de sueño.

Blas
Perdón
No he pensado lo que he dicho

Bea
JJAJASJAJA
Que es broma, bobo!
Te crees que me voy a enfadar por algo así?
No creo yo que tú pudieras hacer nada que me molestase de verdad ;)

Una punzada de culpabilidad me recorre desde el estómago, como si fuese un alacrán correteando con sus cuatro pares de patas, preparando el aguijón para inyectarlo allí donde la carne es más tierna. Apoyo la nuca en el cabecero de la cama y vuelvo a cerrar los ojos.

Me pregunto qué pensaría Bea si supiera que acabé yendo a la reunión de Más Que Voces aquella fatídica tarde de jueves. No he dejado de pensarlo desde que ocurrió. ¿Seguiría tratándome igual? ¿Incluso si le dijera que estoy totalmente en contra de lo que allí sucedía?

Aunque eso no sería del todo sincero por mi parte, ¿verdad?

Supongo que no.

Dejo escapar el enésimo suspiro de la tarde y pienso en Édgar de nuevo, algo que también he debido de repetir hasta la extenuación. Compartimos números de teléfono el día de la reunión, mas no hemos intercambiado una sola palabra desde entonces. Tampoco es que yo sepa qué decirle, en realidad. Ni siquiera sé qué esperaba al registrarlo como contacto.

Miento.

Sí que lo sé.

Lo supongo, quiero decir.

Confiaba en que habláramos como si aquella noche hubiera encendido cierta chispa entre nosotros. Confiaba en que volviéramos a vernos en circunstancias más favorables para todos. Confiaba en tener como amigo a la persona que me salvó la vida. Quizá se trate de eso, después de todo: que me siento en deuda con él, que su acto de heroísmo se ganó mi corazón con promesas que jamás se formularon. Aquella noche me sentí cómodo. Hasta el final, al menos, cuando regurgitamos el asunto de la reunión, de Más Que Voces, fingiendo ignorar que sería doloroso para todos.

Me encantaría volver a ese coche. Me encantaría sentir el frío aporreando las ventanillas mientras Édgar y yo descansamos en el interior, tarareando para mis adentros las canciones que suenan en la radio, las que empoderan, las que te hacen pensar que todo es posible, aun cuando no lo es. Porque si algo he aprendido en mis veintiún años de vida, es que este mundo nos arranca las alas al nacer y, no contento con ello, nos impone cadenas para recordarnos que no debemos siquiera tratar de saltar, como si fuera este un intento fallido de alzar el vuelo.

Esperaba, al menos, coincidir con él en la sala de espera de alguna de las sesiones de rehabilitación de mi padre, pero tampoco eso ha sucedido. No lo vi allí en la del viernes pasado. Me pregunto si mañana vendrá. Al fin y al cabo, las citas no son siempre el mismo día y a la misma hora, por mucho que traten de seguir cierta cadencia.

Puede que no sepa nada de Édgar, pero sí se algo sobre sus reuniones: las han cancelado. De manera temporal, al menos. Ha subido el aviso a su estado, un canal de información al que ahora tengo acceso. Hoy no habrá reunión y, al parecer, se prevé que el jueves tampoco.

Bea tiene razón en algo y es que no me apetece tanto entrenar cuando ella no está conmigo. La costumbre ha convertido las sesiones en el *gym* en una tarea a dúo, algo que se derrumba cuando tengo que hacerlo solo. Sin embargo, sé que no puedo depender de mi amiga. Ni de ella ni de nadie. Otra cosa que aprendí es que el mundo no solo te arranca las alas, sino también a aquellos que luchan por componerte unas nuevas. Incluso si juego a

repetirme que esta vez puede ser la definitiva, que el azar o el destino no obrarán su oscura magia en una tercera ocasión, el pensamiento de que pueda ocurrir me aterra en días alternos.

Por fin, opto por levantarme y sentarme frente al escritorio. El impulso de procrastinar es fuerte, pero abro el éxcel del entrenamiento y me dispongo a organizar la semana, teniendo en cuenta que ayer me lo salté con la excusa de sentirme mal. Curiosamente, tampoco Bea acudió al *gym* ayer. Mi amiga tiene razón: las jornadas de atletismo son dentro de un mes y no puedo aflojar ahora. Tengo que agarrarme a la disciplina de la que tan orgulloso me siento.

Antes de que pueda anotar nada, sin embargo, mi padre da un par de golpecitos en la puerta entreabierta. Asoma la cabeza y yo lo invito a pasar, ocultando el sobresalto que me ha puesto en marcha el corazón. Trae consigo una muleta en una mano y su cuaderno en la otra. Hay unas palabras escritas en la hoja de más arriba.

«¿Hoy tampoco vas a entrenar?».

Asiento con la cabeza, tratando de explicarle que sí.

Mi padre sonríe. Lo intenta, quiero decir. Tengo la sensación de que en cada uno de sus gestos de ahora soy capaz de entrever un regusto de culpabilidad. En mi mente, mi padre trata desesperadamente de acercarse a mí, de retomar lo que sea que hubiese entre nosotros antes de que recitara las páginas de un diccionario y me provocase un ataque de ansiedad. Y a mí me gustaría corresponder de un modo más favorable; el problema es que, a veces, cuando algo se rompe, ya no se puede reparar. En mi caso, las cosas llevaban rotas desde hacía meses, si no años; lo que ocurrió la noche del diccionario es que pisotearon los pedazos partidos hasta dejarlos irreconocibles.

Mi padre remolonea junto a la puerta. Se apoya en el marco, no porque su pierna lo necesite a un nivel físico, sino porque algo en su interior lo ansía de una forma más profunda. Ya se ha dado la vuelta para marcharse cuando lo detengo con un par de golpecitos en el escritorio. Creo que alcanzo a ver la esperanza fulgurando en esos ojos entre grises y castaños que a mí me tocó heredar.

Me giro hacia el ordenador y tecleo unas palabras en una plantilla de texto que reservo justo para estos casos, con un tipo de letra lo bastante grande para que mi padre la vea desde la entrada.

«¿Tú crees que mamá fue feliz los meses antes de desaparecer?».

Mi padre me observa con fijeza. Quizá a mí o quizá el texto que aparece en pantalla. No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de vislumbrar una única lágrima resbalando por su mejilla. El silencio que compartimos es largo; tanto que se convierte en una bestia que taladra la tierra en la que crecemos; tanto que los recuerdos flotan en el ambiente, los buenos y los malos.

Pero, sobre todo, la culpa.

Quizá sea eso lo que me alejó de mi padre, más allá de la forma en que navegó a la deriva cuando mi madre se desvaneció. Algo que compartíamos y que podría habernos unido en el dolor hizo que una pequeña parte de mí, si bien diminuta, minúscula, acabara odiando a mi padre.

Porque es más fácil culpar a otros que a uno mismo.

Aunque, al final, la responsabilidad se comparta por igual.

Porque, si mi padre y yo no hubiésemos actuado como lo hicimos aquella noche de julio, mi madre seguiría con nosotros.

15
ÉDGAR

Entro en casa resoplando y cierro la puerta con el pie. Voy directo a la cocina y es justo ahí donde me encuentro a Enzo. Perfecto. Porque estoy deseando escupir toda la bilis que llevo dentro.

—Ya lo ha conseguido —espeto, sin contexto alguno, antes de soltar el par de bolsas de la compra en la encimera, que no se caracteriza precisamente por su pulcritud. Al fin y al cabo, si yo no limpio, nadie lo hace—. ¿Por qué coño te preparas un café a las ocho de la tarde?

Mi hermano echa mano de su muñeca. Es el único de la familia que aún lleva reloj, sabe Dios por qué.

—No he merendado —dice, por toda explicación—. ¿Dónde está Irene?

Resoplo de nuevo al escuchar ese nombre.

—Se ha parado en el chino de abajo, que quería comprar no sé qué movida para el móvil. Yo pasaba de esperarla cargado con las bolsas.

Enzo no responde.

Y mejor así, la verdad, porque no aguantaría un comentario del tipo «tenías que haberte quedado con ella». Joder, tiene un brazo roto, no es un puto geranio de jardín. De hecho, ahora que lo pienso, ojalá fuera un geranio de jardín. Así, al menos, no se quejaría.

—¿Qué dices que ha conseguido? —pregunta mi hermano.

—Que le cambien las citas de la rehabilitación al horario de mañana. Y todo porque se ha enterado de que por la mañana hay médicos y enfermeros distintos. No sé qué cojones le pasa con su enfermero o su médico o quien sea. Traigo la cena, por cierto —añado, mientras saco la compra de las bolsas y la voy guardando en su lugar.

—¿Qué es? —pregunta mi hermano, después de dar un sorbo a su taza.

—Comida precocinada, tu favorita —respondo, sarcástico—. Tortilla de microondas y croquetas congeladas.

Mi hermano arruga la nariz.

—Bueno, no pierde nada por probar —dice.

—¿De qué hablas?

—Irene. No pierde nada por probar el nuevo horario. Y los nuevos médicos.

Tercer resoplido desde que he entrado por la puerta.

—No, claro, ella no pierde nada. Pero ¿y yo qué? Es a mí a quien le va a tocar llevarla dos mañanas a la semana.

—Tampoco es que tengas nada mejor que hacer.

Estaba a punto de guardar un paquete de galletas de chocolate en el armario, pero el comentario de Enzo me toca tanto los cojones que tengo que volverme a la fuerza, aunque sea para dedicarle la mirada más fría de toda la puñetera existencia.

—¿Seguro que no tengo nada mejor que hacer? —repito, alzando el paquete de galletas con una mano y la bolsa de la compra con la otra—. Eso sin contar que soy yo el que evita que nos coma la mugre. Que no haya plagas en esta casa es un milagro.

—Todo eso lo puedes hacer por la tarde —responde mi hermano, con su tono neutro de siempre—. Los días que tengas que levantarte temprano puedes aprovechar mejor el tiempo. Así te acostumbras para cuando encuentres trabajo otra vez.

Como aún tengo un paquete de galletas en la mano, finjo que se lo lanzo a la cara. Él ni siquiera se inmuta.

—¿Nunca te han dicho que es mejor no cabrear a una persona con un paquete de galletas en la mano? —comento, mitad en broma, mitad cagándome en sus muertos.

—Ya hemos hablado de esto.

—¿De qué? —protesto, componiendo una mueca.

—De que es lo justo que tú te dediques a estas cosas porque yo tengo trabajo y tú no.

No me apetece acabar a hostias con mi hermano.

De verdad que no.

Pero mi humor no va a contentarse con un silencio por mi parte.

Eso es lo que pienso, claro. Porque el teléfono me vibra en el pantalón y me salva de iniciar una guerra que no sé si podré parar.

Ver que la llamada es de Rocío me llena de alivio. Al principio. Porque luego recuerdo que últimamente sus noticias no han sido buenas. Puede que esta llamada sea para comunicarme que Más Que Voces echa el cierre de forma definitiva y no hay hechicero en el mundo que pueda resucitarlo de entre los muertos. Yo qué sé.

—Coloca el resto de las cosas en su sitio, por lo menos —le pido a mi hermano, señalando las bolsas que aún siguen sobre la encimera. No espero a que responda. Salgo de la cocina y descuelgo camino a mi cuarto—. Dime.

—Tengo una noticia buena y otra mala.

—Dame solo la buena, la mala te la puedes meter por donde más te apetezca.

Rocío ríe al otro lado de la línea.

Antes de oírla de nuevo, entro en mi habitación, la que antes compartía con Enzo, hasta que mis padres faltaron y él asumió que, siendo el mayor, era el que más derecho tenía a ascender en el escalafón y mudarse a la suya. Las literas aún sirven como recuerdo de aquella época.

—La buena es que he encontrado un sitio para las reuniones de Más Que Voces —me informa, y yo tengo que contenerme para no dar patadas de felicidad contra el suelo—. La mala es que puede que no sea el lugar ideal.

—¿Por qué? ¿Las vamos a celebrar encima de un cactus gigante?

Rocío vuelve a reír.

—Mira, resulta que me ha escrito Jacinta —continúa—. Dice que lleva varios días sin estar pendiente de nada porque ha estado de viaje con el Imserso. Se ve que volvió ayer, se enteró de todo y dice que no va a consentir que nos quedemos sin sitio para las reuniones. Así que ha ofrecido su casa.

—No me jodas —me sale decir.

—Ya ves. Yo ya le he explicado los riesgos que puede suponer, porque va a estar invitando a desconocidos a su casa. Pero dice que

a ella ya le da todo igual. Que lo hagamos allí. Y que nos prepara un bizcocho o lo que queramos, que el último se le quemó, pero que esta vez seguro que lo hace bien.

Sonrío porque puedo imaginarme a Jacinta pronunciando esas mismas palabras. Es como si la tuviera metida en la cabeza, con su voz aguda y temblorosa.

—Entonces, ¿tenemos nuevo sitio para las reuniones? —pregunto.

—Sí, ¿no? O sea, quería consultarlo contigo antes de confirmar.

—Por mí, perfecto. Joder, tengo ya un mono de reuniones que no te puedes ni imaginar.

—Vale, pues la llamo y le digo que aceptamos.

—Espera. ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Nada, que me he sentado en la cama y me he dado en la cabeza con la litera de arriba.

Rocío suelta una carcajada.

—¿Por… enésima vez? —dice.

—Más o menos.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Puedo ser yo quien haga el discurso inicial en la próxima reunión?

Mi amiga no responde. Fijo que la he pillado por sorpresa. Yo aprovecho para sobarme la zona afectada de la cabeza, porque me duele como si me hubiesen abierto el cráneo en dos.

—¿Tú? —pronuncia, al fin—. O sea, ¿esto no lo harás por aquello que te dije sobre que solo te dedicabas a colocar sillas y…?

—No —la interrumpo, antes de que traiga de vuelta unas palabras que prefiero ver pudrirse lejos de mí—. Me apetece. Hay algo de lo que quiero hablar. Digamos que… pasó algo que me inspiró. Y necesito sacármelo de dentro. Me servirá de terapia. Yo qué sé.

—Si quieres, adelante.

—No voy a hacerlo tan bien como tú —añado, rascándome el cuello—, pero…

—No hay una forma mejor o peor de hacer esto —ataja ella—. Se trata de decir las cosas como te nazcan y listo.

—Bueno, pues eso. El jueves me lo quedo yo. —Ya le veo la despedida en la boca cuando me apresuro a interrumpirla—. Oye, antes de que cuelgues. ¿Lo habéis visto últimamente? Diego o tú.

—¿A quién?

—Joder, Ro. Al emisario que ronda la tienda.

—Ah, no lo hemos visto desde aquel día, no —responde—. Pero es normal, o sea, teniendo en cuenta lo que pasó aquella noche, dudo mucho que quiera dejarse ver otra vez.

—Ya —repongo.

—¿Qué pasa? No pareces conforme.

Me tomo unos segundos para pensar. Es difícil hacerlo cuando te arde la parte trasera de la cabeza.

—Hay algo que… —murmuro—. No sé. Hay algo que no me tiene del todo tranquilo.

—¿El qué?

—No sé.

—Querido mío, luego dices de tu hermano, pero tus explicaciones dejan bastante que desear, ¿eh?

Chasqueo la lengua.

Despacio, me tumbo en la cama, boca arriba, y me quito las deportivas usando solo los pies como herramienta.

—Supongo que tienes razón—admito—, que no querrá ir por allí después de lo que pasó.

—¿No me vas a decir lo que te ronda la cabeza o qué?

—Seguro que no le das importancia —respondo, más a la defensiva de lo que debería.

—Ponme a prueba.

—A ver…

Y me dispongo a contar la historia que leí hace unos días en internet.

16
BLAS

Hoy he soñado con él.

Con Édgar.

No recuerdo dónde nos encontrábamos. No era el hospital, tampoco la tienda de juegos donde se celebró la reunión de Más Que Voces, ni el TopeBurger, donde compartimos una cena digna de pasar a los más oscuros anales de la historia. Creo que caminábamos por un parque. O por un desierto. Él sonreía y yo no dejaba de pensar en lo plácida y a la vez extraña que lucía su sonrisa, pues era la primera vez que lo veía componerla con tanta frecuencia o, al menos, con semejante naturalidad. Mientras avanzábamos, no dejábamos de hablar, y supongo que fue justo eso lo que me llevó a darme cuenta de que era un sueño. Desperté tan solo unos segundos después de la revelación, algo que no supe si agradecer o lamentar.

El silbato del entrenador me sobresalta. Aún no he cruzado la meta cuando lo oigo. Vuelvo la cabeza hacia él y me lo encuentro gesticulando con la mano, invitándome a que me acerque. Por el camino, intento recuperar el aliento que me ha robado la carrera.

Para cuando llego, él ya tiene un mensaje preparado en su pizarra:

«¿Qué te pasa?».

Me hace un gesto con los hombros, como una sacudida, y los rizos negros del flequillo se le balancean como si fueran muelles. Tiene la frente perlada de sudor, a pesar de que ni hace calor ni ha hecho deporte. Siempre la tiene así. Puede que nunca llegue a entenderlo.

«Tus peores marcas en semanas», escribe a continuación, para dar contexto a algo que yo ya había captado muy bien.

Por más que la información no sea nueva para mí, su afirmación termina de hundirme. Me figuro que es más difícil negar la realidad cuando tu entrenador Ricardo te la planta frente a los ojos en una pizarra.

Como tantas otras veces, se la robo para escribirle yo a él.

«Tengo muchas cosas en la cabeza últimamente».

Él me responde de vuelta:

«Cuando estás aquí, estás aquí. Te lo tengo dicho».

Se me escapa un bufido.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

«Siéntate un rato y cálmate».

—¿Qué? —No puedo evitar pronunciarlo en voz alta.

«No has hecho más que empeorar la marca cada vez que corres». Espera un momento a que lo lea y luego lo borra para poder seguir escribiendo. «Y antes has tirado un par de vallas. Siéntate y relájate».

Estaba relajado. ¿Distraído? Tal vez. Pero estaba relajado. Ahora ya no tanto. Así se lo hago saber con la mirada de ceño fruncido con que lo obsequio, pensando en lo mucho que me gustaría gritarle que no pago una clase por semana para que me deje sentado en un banco de madera. Da igual si, en el fondo, sé que lo hace por mi bien, por temor a que fuerce mi cuerpo o acabe lesionándome. Aprieto los puños mientras siento el sudor deslizándose por mi sien, rozándome la mejilla, más allá del cuello y lanzándose por debajo de la camiseta.

Estoy a punto de alargar la mano para tomar de nuevo prestada la pizarra cuando noto la inconfundible calidez de un brazo sobre mis hombros.

Bea sonríe y me hace un gesto con la cabeza. Por un instante, dudo sobre si encararme con Ricardo o acatar la sugerencia de mi amiga. Me decanto por lo segundo. Él no parece conforme, pues sopla el silbato un par de veces al tiempo que le hace gestos a Bea para que vuelva a la pista. Ninguno de los dos le prestamos atención. Para cuando nos sentamos en el banco, bajo la única encina del recinto, el entrenador ya se ha dado por vencido.

Sacamos los móviles al unísono; esos que guardamos en sendos bolsillos con cremallera y no son buen acompañante a la hora de entrenar. Sin embargo, ¿cómo pueden dos personas como nosotros separarse de tan preciados artilugios?

Bea
Qué ha pasado?

Blas
Nada
Ricardo me ha echado la bronca por empeorar las marcas y derribar vallas
Dice que últimamente estoy distraído

Bea
Y lo estás?

Blas
Cómo no voy a estarlo?
Después de lo de mi padre…

Bea lee mis mensajes y luego intenta leerme a mí. Es lo que pienso, al menos, cuando me mira de reojo y juguetea con el anillo que lleva en el índice de la mano izquierda.

Bea
No hay nada más?

Blas
Qué?

Bea
Seguro que lo único que te preocupa es lo de tu padre?
Has tenido temporadas muy malas con él y, aun así, te he visto centrado
Más o menos
Ahora estás un poco perdido
Hasta te saltas entrenamientos, cosa que antes no hacías

A veces maldigo que mi amiga sepa leerme como si fuera un libro abierto. No me queda más remedio que claudicar con el ceño fruncido, un profundo suspiro y los dedos prestos a componer una explicación.

Blas
Te acuerdas del chico del hospital?
El que me gritó
El que me dio una tarjeta de un grupo que tú acusabas de ser una secta verbal
Bueno, pues fui a una de sus reuniones
Y sí, tenías razón
Básicamente era una secta verbal
Pero antes de que me satanices
Les dejé muy claro que no estoy de acuerdo con lo que hacen allí
No abrí la boca en toda la reunión y no he vuelto a pisar ese sitio desde entonces

De poco sirve la coletilla que añado al final, teniendo en cuenta que mi amiga se me ha quedado mirando con la boca abierta y las cejas arqueadas. Sabía que no iba a tomárselo bien. De hecho, aún no soy capaz de palpar el verdadero alcance de las consecuencias. Por eso me tiembla el estómago y el frío de la tarde me abraza con más fuerza que nunca. Influye también el hecho de haber dejado de correr.

Bea
Y por qué te preocupa eso?
Fuiste, viste que no era lo tuyo y ya está
Qué problema hay?

Trago saliva un par de veces antes de responder. Lo intento, quiero decir, porque, al parecer, he olvidado cómo se hacía.

Le cuento toda la historia. Le hablo de la discusión que tuvimos en la tienda de juegos de mesa, del emisario que me abordó en plena noche, de la forma en que Édgar me salvó la vida para luego acompañarme a (casi) poner una denuncia y a cenar en uno de los peores restaurantes de la ciudad.

Blas
Supongo que quiero volver a sentir lo que sentí ese día
Y no sé cómo hacerlo
No sé si él quiere

Bea

Pero él habla

Leer esas palabras hace que me recorra un escalofrío.
Asiento con la cabeza.

Bea
Aunque llegaras, no sé, a hacerte su amigo
O lo que sea que busques
Sabes que en cualquier momento podría desaparecer
Pensaba que no estabas preparado para eso

Las gotas de sudor impactan contra la pantalla del teléfono, como si fueran las lágrimas que se niegan a escapar de mis ojos. Con las manos en los muslos, aprieto los puños y atrapo la tela del chándal por accidente.

Blas
Y no estoy preparado
Pero…
No sé
Joder, no lo entiendo
No puedo sacármelo de la cabeza

Bea lo medita un instante. Me basta verla con el rabillo del ojo para reconocer su mirada, la forma que sus ojos componen al cavilar. También me basta eso para adivinar que luce triste o, como mínimo, menos alegre que cuando me encontré con ella esta tarde a la entrada del polideportivo. Miro al cielo y no puedo evitar pensar que las nubes acompañan nuestra estampa, oscureciéndose en el horizonte, como si vinieran cargadas con toda la oscuridad que uno pueda encontrar jamás en el mundo.

Bea
Escríbele

En lugar de mandarle un mensaje, le dedico una mirada de animal degollado.

Bea
Si tanto quieres hablar con él, hazlo
Pero, por favor, recuerda las consecuencias
Piénsalo bien

Piensa si quieres arriesgarte a perder a alguien más
Y recuerda, también, que si tú empiezas a hablar…
Entonces me perderás a mí también

Si antes creí hallar tristeza en sus ojos, ahora estoy seguro de verla. El cielo truena a lo lejos, en la sierra, visible apenas tras un cinturón de nubes que aprietan como serpientes. Me pregunto si no habrá sido mi propio cuerpo, mi propia mente la que ha estallado como una bomba. Bea sonríe, mas no es una sonrisa alegre, sino el gesto de quien se ha preparado para una posible despedida.

Despacio, cariñosa, me da un par de palmaditas en el hombro. Después, se levanta y marcha de nuevo hacia la pista. Mientras la contemplo ir, me pregunto, por alguna razón, si será esta la última vez que hablemos; si será este el último momento que compartamos. Aun si no hay un motivo real para hacerlo.

Antes de volver yo mismo a la carga, busco el contacto de Édgar y me paso los siguientes cinco minutos redactando y borrando posibles mensajes. Hasta que doy con el bueno.

Blas
Hola
Qué tal?
Hace mucho que no te veo por el hospital
Espero que tú y tu hermana sigáis bien

Guardo el teléfono con cierta satisfacción.

Ya está hecho.

Cierro la cremallera del bolsillo y me pongo en pie, dispuesto a seguir con el entrenamiento.

Entonces llega un mensaje.

Toca sacarlo otra vez.

Édgar
Ey
Nos hemos cambiado al horario de mañana

No sé de dónde viene el escalofrío que me recorre al leerlo.

Miento.

Supongo que sí que lo sé. Porque una parte de mí, da igual lo retorcida que sea, se plantea que se haya cambiado por mí. Para no seguir viéndome la cara. Para no tener que compartir espacio vital conmigo.

Aun así, pretendo quemar todos mis cartuchos antes de aceptar la derrota.

Blas
Ah
Bueno
Si algún día te apetece que nos veamos o algo…

Édgar
Espera
Ahora no puedo hablar

Y eso es precisamente lo que hago el resto de la tarde.

Esperar.

Esperar mientras sigo empeorando mis marcas (aunque de una forma un tanto menos radical que antes de la pausa), mientras conduzco hacia casa y mientras oigo la lluvia caer por fin después de la cena.

Esperar un mensaje que nunca llega.

17
ÉDGAR

Joder.

Estoy nervioso.

Qué coño, ¡estoy histérico!

Estoy tan alterado que he empezado a sudar y no creo que sea porque Jacinta ha puesto el brasero y la calefacción, sin contar que va por ahí ofreciendo mantitas a todo aquel que las necesite. O a quien no las necesite, porque acabo de ver que le colocaba una encima a Natalia, en plan ninja, aprovechando que ella pillaba una de las magdalenas que hay sobre la mesa. Bueno, y eso no es lo único que hay. Jacinta ha servido un bizcocho (*spoiler:* se le ha vuelto a quemar), galletas de avena, magdalenas con y sin chocolate, una cafetera hasta arriba de café, un recipiente con leche caliente y una de esas cajas de pastas danesas que las madres usan como costurero (aunque esta contiene pastas de verdad). No sé si Jacinta se ha abastecido en el súper antes de la reunión o lleva siete años preparada para convertir su casa en un búnker.

—¿Cómo está tu amiga, Jacinta? —oigo decir a Rocío.

—¿La Mercedes? Bien, bien. ¡Esa está siempre bien! Hoy no ha podido venir porque tiene cita con el médico, pero el próximo día no se lo pierde, me ha dicho.

Intento distraerme.

Joder.

¡No lo entiendo!

Nunca pensé que encargarme del discurso inicial de Más Que Voces fuese a ponerme así. *Bro*, llevo viendo a esta gente, ¿cuánto tiempo? ¡Con algunos de ellos llevo ya años! ¿De verdad me va a entrar miedo escénico ahora?

—¿Quieres una mantita, hijo? —La voz de Jacinta me sobresalta.

—No, no. Estoy bien, muchas gracias. De hecho, tengo hasta un poco de calor.

A juzgar por la expresión de horror en el rostro de la anciana, imagino que lo que he dicho se castigará con la muerte en algún país del este.

—¡Cómo vas a tener calor! Mira, si han dicho hoy en el telediario que íbamos a alcanzar temperaturas mínimas históricas. ¡Mínimas históricas!

Me sale sonreír.

Supongo que es como tener a mi abuela de vuelta.

Espero que Jacinta nunca sepa que soñé con ella una vez. Que soñé que se desvanecía. Pero, sobre todo, espero que no sepa que desperté con la almohada empapada de lágrimas.

—Come algo, anda, que no estás comiendo nada —me anima. Se la suda que vaya por mi segunda magdalena. Sin duda, las reuniones en su casa van a ser interesantes.

El segundo sobresalto del día ocurre cuando Rocío me pone una mano encima. Y no por la sorpresa, no, sino porque temo que vaya a masajearme los hombros. Vivo con ese miedo metido en el cuerpo cada vez que la tengo cerca.

—¿Nervioso? —dice.

—Nervioso —afirmo.

Ella suelta una risita.

—Respira hondo.

—A ti te voy a respirar hondo.

—Niño, no le digas esas cosas a tu amiga —me reprende Jacinta, dándome una palmadita en la mano—. Cómete una galleta, aunque sea. Son de avena y vienen muy bien para ir al baño. A mí me las mandó el médico en una época en la que estaba con estreñimiento.

Dios, ¡necesito que se calle todo el mundo!

Por suerte, el timbre de la puerta irrumpe en la sala y Jacinta corre al recibidor para abrir a quien sea que haya detrás. Yo aprovecho para respirar, pero no hondo, porque entonces estaría siguiendo los consejos de mi amiga.

Es broma.

Claro que respiro hondo. Bueno, lo intento, que no es poco.

—Lo vas a hacer genial —me asegura Rocío.

—Lo haré tan bien que me pedirán que haga los discursos iniciales de todas las reuniones —bromeo, pero con tono serio.

—Y yo me retiraré porque me sentiré desplazada.

—Y la sensación de vacío será tan grande que te arrojarás a los brazos del alcohol.

—Y me encontrarán muerta debajo de un puente un veinticinco de febrero.

Los dos rompemos a reír al unísono.

—¿Por qué un veinticinco de febrero? —pregunto.

Ella aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Iba a decir veinticinco de diciembre, por aquello de que es Navidad, pero me he liado en el último momento.

—Eso son los nervios —le digo—. Respira hondo.

Mi amiga vuelve a reír. Luego alza las manos y menea los dedos, que es la forma que tiene de amenazarme con un masaje de hombros. Yo me retiro y, aun así, sonrío. El problema es que la sonrisa se me borra de la cara en cuanto veo aparecer por el salón varias caras conocidas. Una de ellas es Rafa, uno de los incondicionales de estas reuniones y un chaval con el que ya me he tomado algo en más de un bar. Viene acompañado de Davinia, aunque tampoco es ella la que me preocupa.

Es él.

Blas.

¿Qué coño hace aquí?

Nada más entrar, se me queda mirando bajo el quicio de la puerta del salón y yo no sé ni cómo reaccionar. O sea, no es que prefiera no verle la cara, ¿vale? Pero ¿volver aquí? ¿Después de lo que pasó?

—¿Qué hace? —murmuro en voz baja, buscando la complicidad de Rocío, que conoce al detalle lo que ocurrió la última vez, desde el ataque del emisario hasta la repugnante comida del TopeBurger, al que, por cierto, le casqué una estrella en Google.

—Habrá visto en tu estado que ahora nos reunimos aquí —suelta ella, como si nada.

—¡Quiero decir que por qué ha venido!

Mi amiga sonríe, como si supiera algo que a mí se me escapa.

—¿De verdad te lo preguntas? —dice.

—¿Qué?

—Yo creo que está claro.

—¿Ha cambiado de opinión?

Rocío se echa a reír.

Luego me provoca un sobresalto, porque la muy hija de *eso* me pilla por sorpresa y me atrapa los hombros con las manos. Salgo corriendo en cuanto puedo.

—Ve a saludarlo, anda —la oigo decir.

¡Pensaba hacerlo aunque no me lo pidiera!

O sea, no es que pensara saludarlo a él en concreto, pero… ¡Yo qué sé! Dios, lo peor de todo es que ahora estoy aún más nervioso que antes.

—¿Qué pasa? —canturrea Rafa, a modo de saludo, antes de que ambos choquemos los puños.

Lo saludo a él y a Davinia. Cuando le llega el turno a Blas, me quedo un poco en blanco. Ni abrazos, ni besos, ni puños en alza. *Bro*, ¡es normal! ¡Apenas lo conozco!

—Eh —me limito a decir, con la voz tan ronca que hasta me avergüenzo.

Él corresponde con apenas un movimiento leve de cabeza. No lo veo contento. ¿Qué coño le pasa? A mí me parece que ha llegado con una actitud de mierda. Tiene el ceño fruncido y los labios tan apretados que ni le puedo ver las paletas separadas que tiene. Y no es que quiera vérselas, ojo, que eso a mí me da igual. Por mucho que haya pensado en ellas estos días más de lo que me gustaría admitir.

¿Qué me pasa?

—¡Venga, venga! Venid todos a la mesa, que se enfría el café —nos llama Jacinta—. Aquí hay azúcar, pero tengo sacarina en la cocina, por si alguien quiere. Y miel y canela, también. Que, además, la canela es antiinflamatoria.

Joder.

Ha llegado el momento, ¿no?

Lanzo una última mirada a Blas, pero él ya se ha puesto en marcha, por lo que supongo que ha dado por zanjada la conversación (o la ausencia de ella). Lo sigo hasta las mesas que hemos juntado entre unos cuantos y ocupo la silla que hay al lado de Rocío. Jacinta se ha acoplado en una silla; Natalia, en un sillón; Blas, en el sofá, junto con otros dos. Parece que esté ahí encogido, refunfuñando para sus adentros. Pero, eh, prefiero eso antes que el papel de mártir que interpretaba cuando lo conocí.

Bebo un poco de agua y, al fin, me pongo de pie.

—¿Seguro que no quieres café?

—Seguro, Jacinta.

Respiro hondo.

He visto a toda esta gente decenas de veces y, sin embargo, nunca de esta forma. Hoy parecen jueces. O algo así. Siento que lo que voy a contar puede tener consecuencias, sean cuales sean. Poco importa si lo que digo es correcto o incorrecto. Será juzgado. Aunque Rocío me recordaría que las experiencias y los sentimientos de uno no pueden ser correctos ni incorrectos.

En fin, vamos allá.

Me aclaro la garganta y me tiro a la piscina.

—Hoy voy a hacer el discurso yo, en vez de Rocío —comienzo. Tengo la garganta tan seca que me da por toser. Eso sin contar la forma en que me ha temblado la voz. Joder. Bebo agua de nuevo—. No voy a estar a la altura, eso ya lo sé, pero espero que al menos salga decente. —Intento sonreír. Carraspeo una última vez antes de entrar en materia—. Quiero hablar de la permanencia. Y no me refiero a la permanencia que te imponen las compañías telefónicas para evitar que te vayas a la competencia —aclaro—. Me refiero al hecho de que estemos aquí. Por lo general, la gente valora el «estar» por encima del «no estar». Valora que su familia y sus amigos estén, por encima de que no estén. El «no estar» nos da miedo. A lo mejor porque el «estar» es lo habitual, mientras que lo otro es algo nuevo y misterioso. Bueno, pues, esto va a sonar mal, pero yo creo que a veces el «no estar» es un alivio. —Hago una pausa y dejo la botella de agua sobre la mesa. La había cogido sin darme cuenta y no dejaba de gesticular con ella. Tomo aire antes de

seguir—. Cuando mi padre se…, bueno, cuando ascendió, como diría Rocío, fue una putada, no voy a intentar negarlo. Y no solo porque mi padre se fuera, que ya era bastante malo de por sí, sino por lo que vino después. Mi madre dejó de ser la que era. Le pilló un miedo irracional (o sea, no irracional, exagerado, más bien) a todos los sonidos. Cada vez que hablábamos en casa, chillaba y se ponía histérica. Ni recuerdo cuántas cosas rompió en aquella época. El miedo que tiene mi hermana a hablar se lo inculcó ella, estoy seguro. —Otra pausa. Esta la utilizo para beber. Rocío esboza una leve sonrisa a mi lado; creo que intenta animarme. Creo que está orgullosa—. Por eso, cuando nos la encontramos en la cama, inmóvil y con la cara enterrada en una mancha de vómito, no pensé en que había perdido a mi madre. Pensé… en que al fin se había acabado. Que ya nadie chillaría ni rompería cosas ni intentaría pegarme cinta adhesiva en la boca mientras dormía para que no hablara. Fue… liberador. Saber que ya no estaba. ¿Está…? ¿Está mal que piense así?

Busco la comprensión de la gente que me acompaña.

La busco de verdad.

Porque la necesito. Porque el estómago se sacude y se revuelve y el miedo que siento es real.

Jacinta niega con la cabeza, indulgente. Rocío me aprieta el muslo con cuidado. Blas no hace ni dice nada, aunque tengo la sensación de que le brillan los ojos.

Tomo aire y me dispongo a continuar:

—Cuando mi madre vivía, después de que mi padre se fuera, hubo años en los que yo pensé que sería mejor no estar. Desaparecer. Ascender. Morir. Lo que sea. Por eso no entiendo que la gente valore la permanencia aquí por encima de todo, sin importar las circunstancias, sin importar que seas rico o pobre, feliz o amargado. Por eso —agarro la botella de nuevo antes de seguir—, tengo una pregunta para la gente que no habla por miedo a desaparecer: ¿Por qué prefieres vivir veinte años en una jaula, antes que dos en libertad?

Los ojos de Blas se abren de manera perceptible. Sus labios, también, hasta el punto en que veo un pedazo de sus paletas ahí

dentro. No me escondo: he lanzado el interrogante mirándolo directamente a él.

Más allá de eso, no reacciona.

Claro que no.

En lo que respecta al resto de asistentes, algunos asienten, dándome la razón. Y no sé por qué me jode tanto que justo Blas no responda como lo hacen ellos. Que no responda, en general.

Mi discurso no dura mucho más. De hecho, acaba con un par de frases añadidas. Lo que sigue son los debates de siempre, donde hablamos todos con todos sobre el tema introducido: en este caso, la permanencia. Aunque, bueno, eso de que todos hablamos no es del todo correcto. Blas no se relaciona con nadie; está como ido. Yo también lo estoy. No sé por qué es. Imaginé que me sentiría a tope o incluso aliviado después de tratar un tema importante para mí. Sin embargo, pensar que la persona que lo inspiró está aquí presente y su labor se reduce a poco más que ser una estatua me impide relajarme.

Cuando acaba la reunión, Jacinta nos obliga (en serio, nos obliga) a tomarnos unas cervezas o unos refrescos o un agua mineral, en el caso de Blas y de Antonio, que también está hoy por aquí. Y quien dice unas cervezas dice las dos empanadas de atún y tomate que ha comprado en el súper, la tortilla de patatas que ha preparado esta tarde y poco falta para que se ponga a asar un pollo que tiene guardado para el sábado, el día de las partidas de dominó en su casa. El ambiente ya es más distendido y se habla de asuntos más triviales, como la tienda de ropa nueva que van a abrir en el centro y a la que Irene querrá arrastrarme tarde o temprano, asumiendo que lo de su brazo no se solucione. Algunos de los asistentes se escaquean; la mayoría se queda.

Blas se queda.

De hecho, después de una visita al baño, me encuentro mi silla ocupada y no me queda más remedio que sentarme a su lado en el sofá. O sea, puede que hubiera más sitios libres, ¡yo qué sé! Estaría feo repudiarlo y tal, ¿no?

Al principio no digo nada. No sé qué decir. Por eso finjo que estoy superinteresado en lo que cuenta Antonio sobre una tienda

online de zapatillas de deporte. Así sigo hasta que noto una mano posarse sobre mi muslo. Cuando me giro, me encuentro la pantalla de un teléfono enfocándome justo a mí.

«Deja de mover las piernas». Las primeras palabras que me ha dedicado hoy el imbécil de Blas.

Chasqueo la lengua.

¿Qué hago si las muevo cuando estoy nervioso? O cuando no lo estoy. Supongo que no he dejado de darle golpecitos a él sin darme cuenta.

—¿Qué te ha parecido la reunión? —pregunto, al tiempo que me rasco la nuca con la mano izquierda.

«Al menos aquí me hablas, no como en los mensajes».

Vale, eso no me lo esperaba.

—Tampoco es que den ganas de responderte —gruño.

—¿Qué? —se le escapa. O sea, supongo que se le escapa.

—¿Tú te has leído? «Hola. ¿Qué tal?». Eso fue lo que me escribiste. ¿Quién eres, mi abuelo chateando por primera vez en su vida? *Bro*, que solo te falta poner puntos al final de las frases, como la gente que está cabreada. O como mi hermana.

«No estaba cabreado cuando te escribí. Me cabreé después, cuando no me respondiste».

—Joder, ¡perdón por estar ocupado! —exclamo, abriendo las manos.

—¡Eh! ¡En mi casa no se discute! —me riñe Jacinta, al tiempo que le sirve una cuarta cuña de tortilla a Natalia, a pesar de que esta le suplica, con lágrimas en los ojos, que no lo haga. Vale, igual lo de las lágrimas es mentira.

Chasqueo la lengua de nuevo.

—Estaba ocupado de verdad —refunfuño, ya más calmado—. Joder, justo vino mi hermano y empezamos a discutir y cuando se pasó todo ya era de noche y me daba hasta vergüenza responderte.

Puedo oír la respiración de Blas a mi lado.

Su suspiro.

Y no es uno de esos suspiros de persona desdichada. Este me gusta. O sea, quiero decir que no me molesta. Yo qué sé.

Tarda un poco, pero al fin lo veo escribir de nuevo. De hecho, lo leo a tiempo real, antes de que termine de redactarlo.

«En realidad, vine aquí para decirte que, si querías pasar de mí, me lo dijeras a la cara».

—¿Qué cojones?

Me hace un gesto con la palma de la mano para que espere.

«Cuando te he oído hablar, se me ha pasado un poco el cabreo. Ha estado bien el discurso. Me ha gustado».

Vale. Eso está mejor.

—¿Hoy no te parece mal lo que hacemos? —cuestiono.

Tengo la sensación de que va a negar con la cabeza. Acaba encogiéndose de hombros, sin más.

—No lo sé —dice, en voz alta.

—Bien hecho —lo alaba Rafa, que está sentado a su lado.

Blas parece sorprendido, los ojos muy abiertos. Luego entierra la mirada en el suelo. No es el único elogio que recibe. Casi todo el mundo acaba felicitándolo por haber pronunciado esas tres míseras palabras. Es lo que hacemos aquí. Yo no lo felicito, cuidado. No me parece para tanto. Y me sigue tocando bastante los huevos su actitud, en general.

El caso es que Blas no nos deleita con una sola palabra más en lo que queda de reunión. De hecho, apenas nos relacionamos el uno con el otro. A mí me gustaría comentarle algo en concreto. Algo sobre lo ocurrido con el emisario la noche en que discutimos. Pero supongo que este no es el sitio ni el lugar para hacerlo. Así pues, me limito a sumergirme en la conversación de los demás. Blas también. Aunque me da que su interés es más bien fingido, porque bosteza en más de una ocasión.

—¿Has venido en coche? —le pregunto, lata de refresco en mano.

Él asiente con la cabeza.

Mira, yo no sé por qué me decepciona su respuesta. ¿Qué más da cómo haya venido? ¿Qué más da que haya conducido hasta aquí en su coche y no tenga una excusa para acercarlo a casa? Y, ya que estamos, ¿puede, por favor, dejar de sonreírle a la gente de la mesa? No quiero seguir viéndole las paletas.

Gracias.

La reunión en casa de Jacinta se alarga hasta pasadas las once. Y veinte marca mi reloj cuando salgo al descansillo y me dirijo escaleras abajo, mientras otros hacen turnos para coger el ascensor. Joder, vale que es un sexto, pero el descenso siempre es llevadero.

—El lunes volvéis, ¿eh? —oigo decir a Jacinta, por quinta vez en los últimos diez minutos.

Claro que vamos a volver. O sea, creo que nunca me he sentido tan cómodo en una reunión de Más Que Voces, sin contar los nervios por el discursito y por el tío que se ha presentado de forma inesperada. Eso sí, un par de semanas con meriendas como esta y puedo bajar las escaleras en plan bola de nieve.

Una vez de vuelta en la calle, me abrocho la chaqueta hasta arriba (las temperaturas mínimas de las que hablaba Jacinta) y aprovecho para sacar el móvil, que lleva en silencio desde que empezó la reunión, a eso de las siete de la tarde.

Mierda.

Aprieto los puños al darme cuenta de que tengo un par de llamadas perdidas de Enzo, a las ocho y media y a las diez menos cuarto. También me ha dejado varios mensajes en distintos momentos de la noche:

Enzo
Dónde estás?
Vas a tardar mucho?
No sé si te acuerdas de que he quedado
No quiero dejar a Irene sola después de lo
de esta mañana
Ed????
Salgo ya
No tardes mucho en volver
Avísame cuando estés en casa

Chasqueo la lengua.

¿Cuántas van ya?

Joder.

Mi hermano acaba de pinchar la burbuja en la que estaba metido. Hasta había conseguido olvidarme del ataque de ansiedad

que tuvo Irene esta mañana. A mí me ha sonado más a pataleta de niño de cinco años, pero siempre me acaba afectando de una forma u otra. Ya estoy cansado. En general. Yo qué sé. Un día es una crisis por oírnos hablar a mi hermano y a mí, y al otro, porque agarra un bote de champú con la mano equivocada y se da cuenta de que no puede sostenerlo. Ya ni recuerdo por qué ha sido hoy. Ah, sí, porque ha intentado quitarse al fin el cabestrillo, siguiendo las indicaciones que el nuevo médico le ha dado. Tiene gracia. Yo creo que se cambió de médico para evitar justo eso. Mira cómo le ha salido la jugada.

—Oye.

Levanto la vista del móvil para ir en busca de la voz. Es Blas. La verdad, ya se me había olvidado que seguía aquí. Me acerco a él y a la pantalla iluminada de su móvil, que guarda un mensaje para mí.

«Si quisiera empezar a hablar, ¿cómo debería hacerlo? ¿Tienes algún consejo que darme?».

Su petición me llena de asombro. No lo escondo. La pantalla del teléfono le está iluminando la boca. Sí, las putas paletas. No sé, me parece mono eso de que no sea capaz de cerrar la boca del todo a menos que apriete los labios a propósito. Siempre se le ven un poquito los dientes.

Claro que tengo consejos para que alguien empiece a hablar.

Lo que no tengo, ahora mismo, es tiempo para darlos.

No dejo de pensar en Irene y en el puñetero Enzo y en los puñeteros todos. Sé que mi hermana está bien, pero ya tengo la urgencia metida en el cuerpo y no creo que desaparezca hasta que vuelva a casa y me encuentre a mi hermana haciendo lo que sea que haga. Mirar bichos en internet. Eso le gusta de manera no irónica, sabe Dios por qué. Aunque tampoco soy yo el más indicado para hablar.

—Un momento —le digo a Blas, y me dirijo a Rocío, que acaba de salir del portal envuelta en su bufanda—. Oye, Ro, ¿puedes darle a Blas unas nociones básicas sobre cómo empezar a hablar de manera habitual? Tengo que volver a casa, no quiero dejar a Irene más tiempo sola. Hoy ha tenido otra crisis, ya te contaré.

Si a mi amiga le sorprende el repentino interés de Blas, no lo demuestra. Se ajusta la bufanda por delante de la boca antes de decir:

—¿Yo?

—Sí, tú. Tengo que irme ya.

—Pero te lo ha pedido a ti —añade, con un volumen lo bastante bajo como para que Blas, apartado como está del grupo, no lo oiga.

—Joder, Ro, aquí nos ayudamos entre todos.

—Tú eres tonto, Poe. Vale —se retracta rápidamente, haciendo un gesto con las manos—, eso no es zen, no es zen. ¿No crees que te lo ha pedido a ti porque igual quiere que le enseñes tú?

Frunzo el ceño, aunque no respondo.

—Dios, quedad un día —prosigue—. Haz lo mismo que has hecho con muchos otros de los que han venido aquí, aunque sea fuera del horario. El sábado nos vemos, por cierto, ¿no?

—Sí, sí —asiento.

—Has estado muy bien hoy. Te voy a encargar todos los discursos —añade, y me planta un beso de abuela en toda la mejilla. Me pregunto si habrá bebido una cerveza o dos más de la cuenta o si solo estará cansada. Rocío cansada y Rocío ebria comparten más de un rasgo. Enseguida recuerdo que ha tomado té con hielo, así que descarto lo del alcohol. Y menos mal, porque tiene que volverse a casa conduciendo.

Una vez que me despido de mi amiga, vuelvo con Blas, que me observa expectante. Los ojos le brillan en la oscuridad.

—Vale, tengo que irme rápido a casa, así que no puedo pararme ahora. Podemos vernos un día de estos y…

«¿Mañana?», me interrumpe él, plantando el móvil delante de mi cara.

—Sí, supongo. Tiene que ser a partir del mediodía, eso sí.

«Por la tarde tengo la rehabilitación de mi padre. Pero podemos vernos después y repetimos en el TopeBurger».

Rompo a reír nada más leer su mensaje. Él solo sonríe.

—¿Has venido en coche? —pregunto.

«Eso ya me lo has preguntado antes. Sí, he venido en coche».

—Vale, perdóneme usted por ser educado.

«Si quieres acercarme a casa, solo dilo».

¿Será imbécil este tío?

Inclino la cabeza y me rasco el cuello durante dos segundos exactos. Luego me doy la vuelta.

—Anda, adiós —me despido—. Hasta mañana. Ah, una cosa —añado, volviéndome hacia él—. Luego te mando unos consejos básicos para el tema de hablar. Así lo traes preparado para mañana.

Blas asiente con la cabeza.

Ya está otra vez enseñando las paletas.

¡Cierra la boca, por favor!

Dios, qué pesadilla de tío.

Cuando voy ya conduciendo camino a casa, me acuerdo de *ese asunto* que le quiero comentar; lo relacionado con los emisarios. Demasiado tarde, claro.

Aunque supongo que puede esperar a mañana.

18
BLAS

No he pegado ojo en toda la noche.

A las ocho de la mañana ya me he dado por vencido y doy gracias por que mis clases sean solo de lunes a jueves.

A las nueve, después de un desayuno a base de café solo, estoy listo para salir por la puerta. Hoy toca entrenar a pie de calle. Los viernes, la pista de atletismo suele estar ocupada toda la mañana por culpa de las clases. Voy al parque que hay cerca de casa, ese que pasaría por bosque en más de una fotografía, y doy un par de vueltas antes de volver a encerrarme. Mañana es un día importante, así que no quiero excederme.

Para cuando regreso a mi hogar, dulce hogar, mi padre ya está en el sofá, revisando las noticias en la *tablet* que nos regalaron por cambiar de banco. Nos saludamos sin mucha parafernalia y voy directo a la ducha. El resto de la mañana la dedico a estudiar y a terminar un trabajo que tengo pendiente desde hace semanas. Es lo que me gustaría decir, al menos, porque el tiempo lo aprovecho más bien poco. El cansancio no está de mi parte y tampoco la imagen de Édgar que tengo incrustada en la cabeza.

No dejo de pensar que voy a verlo esta noche.

No dejo de pensar que le pedí que me ayudara a hablar.

¿Cuál de las dos cosas me aterra más?

No estoy seguro.

Ni siquiera sé por qué lo hice. ¿De verdad estoy dispuesto a dejar atrás el miedo y abrirme al mundo de las palabras? El mismo mundo que llevo años repudiando. El mismo mundo que me robó a mi madre y también a Teresa mucho antes. El mismo mundo que blande promesas vacías vestidas de luz, el que exhibe colores vistosos para advertirte del peligro, tal como lo hace la serpiente

coral, brindándote así la oportunidad de escapar. El problema de esa coloración es que también luce terriblemente atractiva.

Diría que es culpa del discurso de Édgar, aunque me pregunto si no habría plantado ya alguien una semilla en mi estómago. Tal vez el propio Édgar. La frase de «¿por qué prefieres vivir veinte años en una jaula, antes que dos en libertad?», la que me regaló justo a mí, con los ojos plantados en los míos, gira una y otra vez en mi cabeza. La palanca que podría detenerla ya no funciona.

¿Fue feliz mi madre antes de desaparecer?

También eso me lo pregunto.

¿Cambiaría ella todos los años de cautiverio figurado por solo un par de vuelos en libertad? ¿Se entregaría a la voz y a los sonidos aun conociendo el inevitable final que aguarda al otro lado del camino?

Cuando la jaula se vuelve tan fría y tan oscura que apenas puedes ya habitarla, ¿no debe uno encaminarse hacia la luz, por aterradora y monstruosa que esta se muestre a los ojos?

No lo sé.

Justo a la una y trece minutos, llega la primera bandera roja, el primer signo de peligro que me susurra que he metido un pie en un pantano de arenas movedizas. Es un mensaje de Édgar con una petición simple: «Antes de vernos hoy, haz dos listas. En una, pon todas las palabras que *creas* haber usado en los últimos cinco años. En la otra, pon palabras que *sepas* que has usado en los últimos cinco años».

Y eso basta para tenerme entretenido lo que queda de día.

No pienso en otra cosa. Mientras preparo la comida, mientras devoro los filetes de pollo a la plancha, mientras aguardo en la sala de espera del hospital a que mi padre termine la rehabilitación. No dejo de buscar palabras que añadir a la lista. En la primera, la que he bautizado como «la lista del creo», anoto más de una y más de diez. A veces me arrepiento y voy borrando después. En la otra, «la lista del sé», apenas anoto nada. Ni siquiera soy capaz de añadir monosílabos como «sí» o «no». Añado la partícula «qué» porque sé que se me ha escapado alguna vez. «Coño», también, porque estoy seguro de que la utilicé el día que hablé con Édgar por primera vez.

Luego dudo y acabo borrándola, mientras pienso en el giro tan drástico que ha dado nuestra relación. De enemigos a…

¿A qué?

Cuando vuelvo a casa del hospital, el reloj de mi móvil marca las siete y media de la tarde. Las luces de los coches centellean más abajo, en la calle, como pequeñas y fulgurantes hormigas que trabajan en rojo y blanco. La imagen me absorbe durante acaso dos minutos completos, antes de que pueda correr la cortina y alejarme de ella. Ha llegado la hora de irme, así que le mando un mensaje a mi padre, al que tengo a escasos dos metros de distancia, sentado en el sofá.

Blas
Salgo, papá
Tienes algo para cenar?

AAPapá
Queda estofado en el congelador
Vas a cenar aquí?

Blas
No creo

AAPapá
Mañana tienes la carrera, no?

Blas
Sí
Intentaré no volver muy tarde

AAPapá
Saluda a Bea de mi parte
Y pregúntale por su padre

Blas
Vale

No sé qué me hace sentir más culpable: no haber corregido a mi padre o que exista tan poca comunicación entre nosotros que no sea capaz de concebirme saliendo con alguien que no sea ella. Supongo que yo lo he entrenado sin saberlo para que lo crea. Bea es la única que ha existido en mi vida durante los últimos tres o cuatro años.

Los compañeros de la facultad están bien para la facultad, pero no fuera de ella. Reunirnos en torno a la mesa de un bar, unos enseñando mensajes en el móvil, otros valiéndose de unas aplicaciones de texto a voz que yo no puedo permitirme y los últimos, los más osados y también los más escasos (si es que acaso existen), alzando su voz por encima de los demás, es una mezcla que no deja de rechinar en mi cabeza. Supongo que no soy el único. No por nada hemos batido récords en lo que a cierre de bares se refiere. Mi sitio no está ahí. Mi lugar está en una pista de atletismo o en un parque que pueda hacer las veces de circuito. Por eso conecté con Bea en el primer año de carrera. Una lástima que ella la dejara porque «la filología no era lo suyo».

A veces, me pregunto, tal como se encuentra el mundo hoy en día, si hay algo que de verdad podamos considerar «lo nuestro».

Y, de pronto, como si mi padre la hubiese invocado al mentarla, o tal vez yo al pensar en ella, el sonido de un silbato emerge de mi teléfono justo cuando acabo de abrocharme la chaqueta.

Bea
Mira que dejarme hoy aquí solita…
Es broma ;)

Blas
Mierda
Se me ha olvidado decirte que no voy
He entrenado un rato esta mañana porque no iba a poder esta tarde

Bea
Yo había dado por hecho que no vendrías
Como mañana tienes la carrera…
Imaginé que no querrías forzar
Pero qué es eso de que "no ibas a poder esta tarde"?
Tienes planes o qué?

Genial.

Culpa mía, supongo, por dar explicaciones innecesarias cuando tenía una vía de escape a plena vista de todos.

Blas

Puede

Bea
Pues pásalo bien!

En cualquier otra circunstancia, Bea me habría preguntado qué o a quiénes incluían esos planes, exhibiendo una curiosidad que podría o no ser genuina. Hoy, sin embargo, es evidente que eso no va a ocurrir. Porque sabe (o, por lo menos, teme saber) con quién voy a encontrarme. Lo que no sabe, y supongo que es lo que la lleva a callar, es cómo afrontar esa situación. Me pregunto si le alegraría ser consciente de que yo tampoco sé cómo hacerlo.

Cinco minutos después, estoy al mando del Peugeot de mi padre, las llaves en el contacto y el motor rugiendo en una noche de silencios y luna llena. El GPS me conduce sin dificultad hasta el portal de Édgar, y ahí me lo encuentro a él, frotándose las manos y embutido en su chaqueta roja, bajo una farola que convierte su rostro en un mar de sombras e incógnitas. Hago sonar el claxon para llamarlo y no tarda ni dos segundos en trotar hacia el coche.

—Un poco más y te encuentras mi cadáver congelado en vez de a mí —gruñe por todo saludo al entrar.

Yo, que ya tenía preparada una disculpa en el teléfono, me planteo tirárselo a la cabeza en su lugar.

«Lo siento. No he calculado bien el tiempo».

—¿Qué? —murmura, mientras se sacude el flequillo y la capucha de la chaqueta—. Ah, da igual. Bueno, ¿cuál es ese sitio tan misterioso al que me vas a llevar?

«¿Confías en mí?».

—*Nope*. En absoluto. No te conozco. Pero, oye, si tiras el coche por un barranco con nosotros dentro, al menos tendré una frase de la hostia para poner en mi lápida.

Me hace sonreír.

Es un poco idiota.

«Pues no vas muy desencaminado», escribo.

Enseguida frunce el ceño. Se ha quedado a centímetros de encajar el cinturón en su sitio y me pregunto si ahora se plantea dejarlo justo donde está y echar a correr calle arriba. No lo hace.

Claro que no. Se abrocha el cinturón y apoya la cabeza en el respaldo con un suspiro en la garganta.

—Un consejo: no tengas hermanos —gruñe, mientras yo quito el freno de mano y piso el acelerador. Lo miro un momento de reojo; no es que esté en condiciones de hacer mucho más—. Ah, sí, no puedes responder porque solo lo haces por escrito y ahora estás conduciendo.

Hay condescendencia en su voz. Cansancio, quizá. Puede que ambas cosas al mismo tiempo. Decido dejarlo pasar. El móvil le suena entre las piernas y lo agarra con la ilusión de quien toma cactus para desayunar. Suspira de nuevo. O resopla.

—Tampoco tengas follamigos, ya que estamos —dice, antes de dejar caer el teléfono de vuelta en su regazo.

Ese comentario hace que gire la cabeza hacia él. Me da rabia estar abriendo los ojos como lo hago, demostrar la sorpresa que habla por mi boca entreabierta.

—Mira al frente —me advierte—. ¿Qué? ¿Te sorprende que tenga un follamigo?

Niego con la cabeza.

—Claro que no —prosigue él, con un tono más bien teatral, mientras se rehace la coleta que le recoge la parte de atrás del pelo—. Alguien guapo y atractivo como yo tiene pretendientes a montones. —Lo observo un momento de reojo antes de llevar la vista más allá del parabrisas—. Es broma, por si no te has dado cuenta.

—¿Qué? —murmuro.

—Que es broma —insiste—. Lo de que soy guapo y atractivo y toda esa mierda. Lo de que tengo un follamigo no es coña. O lo tenía, más bien.

Aprovechando que me detengo en un semáforo, le dedico unas palabras rápidas con el móvil:

«Pero es verdad».

—¿El qué?

«Que eres guapo y atractivo y toda esa mierda».

Sus labios componen una sonrisa nada más leerme. Se muerde el inferior con los dientes y algo en ese gesto impide que aparte la

mirada.

—¿En qué lista está esa? —dice, para mi desconcierto.

—¿Qué?

—¡Esa! ¡Justo esa! La palabra «qué», ¿en qué lista la has puesto? ¿En la lista «creo» o en la lista «sé»?

—Ah —murmuro. Y, tras pensarlo durante un instante, levanto un dedo de la mano.

—¿En la primera? —Suelta una carcajada que, de nuevo, me suena tirando a arrogante—. Normal. ¿Has puesto alguna en la segunda lista?

El semáforo me da luz verde y piso el acelerador mientras aprieto el volante con los dedos.

—No —respondo.

—Lo suponía. Todo el mundo duda a la hora de la verdad. No te creas especial. Al menos, ya puedes añadir dos: «qué» y «no». Si te fías de mí, anota «coño», también. De hecho, anota «qué», «coño», «te», «pasa», «a» y «ti». La primera frase completa que me dedicaste. Y puede que también la única.

Recordar ese momento hace que se me escape la risa, por alguna razón. Al menos, me alivia saber que él está sonriendo al otro lado de la palanca de cambios.

No volvemos a dirigirnos la palabra en lo que resta de trayecto, ni siquiera cuando salgo de la ciudad y enfilo una carretera en curva ascendente. Él apenas reacciona; tan solo luce levemente sorprendido y me dedica una mirada interrogante antes de volver a relajarse sobre el asiento. A partir de aquí, ya no hay farolas ni luces que alumbren el camino, más allá de los faros del Peugeot y de la luna que levita sobre el mundo, sin jamás amenazar con desplomarse sobre nosotros. Por eso reduzco la marcha. El silencio que se respira también es distinto, incluso si dentro del coche me siento como en una burbuja que me aísla de todo. Hoy no llevamos canciones de fondo; hace mucho que yo me desprendí de la música por ser un eterno recordatorio de lo que nos fue arrebatado.

Me lleva diez o quince minutos alcanzar nuestro destino. Nada más verlo a un lado de la carretera, me detengo y aparco en la explanada de tierra. Apago el motor y saco la llave del contacto. Nos

quedamos a oscuras, rociados por unas gotas de luna en esta noche que no la merece. La figura de Édgar es una sombra a mi lado.

—¿Dónde coño me has traído? —espeta. Yo le dedico una sonrisa que no sé si puede ver—. Vas a matarme. Tiene que ser eso.

Ahora suelto una carcajada.

Me desabrocho el cinturón con un clic y salgo del coche. La noche me abofetea una y otra vez, a lomos de un viento que azota con más fuerza que allí de donde procedemos. Espero a que él haga lo propio antes de cerrar el Peugeot con el botón y luego camino un poco más allá para acercarme a los bancos de madera y al mirador de piedra. Édgar lo observa todo con aparente curiosidad.

«¿Habías venido alguna vez?», escribo, y sostengo la pantalla delante de sus ojos.

Él niega con la cabeza.

—No sabía ni que esto existía —apunta.

Con una sonrisa en los labios, me apoyo en el muro que nos salva de la caída. Y contemplo. Solo contemplo, mientras el viento me sacude los mechones castaños del flequillo. La localidad entera es visible desde aquí. Si fuera de día, se divisaría el río, desde el punto exacto en que entra en la ciudad hasta ese instante en que decide abandonarnos. Ahora, en mitad de la noche, nuestro hogar es solo un nido de luciérnagas dormidas que brillan en la penumbra, mecidas por tinieblas que escapan a nuestro entendimiento.

Una vez que me doy por satisfecho con la imagen, copio el texto que he compuesto en un bloc de notas y se lo mando a Édgar por mensaje. En cuanto oigo el tono de notificación de su móvil, levanto el mío para indicarle que he sido yo. Lo que leerá tras su pantalla será lo siguiente:

«Cuando era pequeño, mi padre me traía aquí muchos fines de semana. Me gustaba venir y gritar al aire, supongo que por la forma en que sonaba mi voz aquí arriba. Eso fue antes de, bueno, de todo. Antes de que la gente empezara a desaparecer, antes de que supiéramos que estaba relacionado con alzar la voz. Pensé que sería apropiado que, si voy a intentar hablar, lo haga justo aquí. Supuse que sería inspirador».

Observo a Édgar de soslayo mientras lee mi mensaje. Los ojos le relucen y me gusta la forma que tiene el viento de jugar con su coleta y con su flequillo y con el pelo de los lados. Sus ojos también me agradan. Son de un castaño tan intenso que, según cómo les dé la luz, pueden parecer hasta rojos.

—¿Y te ha servido? —pregunta de pronto. Y me descoloca.

—¿Qué? —pronuncio.

—¿Te ha servido de inspiración venir aquí?

Miro al frente, a la ciudad que se prepara para irse a dormir, antes de encogerme de hombros.

—No —respondo.

—¿Ahora piensas hablar utilizando solo «qué» y «no»?

—No —repito. Estoy a punto de echarme a reír. Creo que él también.

—*Bro*, aquí hace un frío de la hostia. Vamos al coche, anda, no lo aguanto.

Tiritando y haciendo vibrar los labios, Édgar trota hasta el Peugeot. Yo lo sigo despacio, después de despedirme para mis adentros de una imagen que tengo grabada a fuego en la memoria. Venir a este lugar me ha recordado algo que ya sabía: que era mi padre el que me traía aquí arriba solo para que yo pudiera gritar; el que transitaba la sinuosa carretera durante largos minutos para luego esperar otros tantos a que yo me cansara de forzar la garganta; el que me alzaba en sus hombros para que yo alcanzara a ver la ciudad desde lo alto. Mi padre, el mismo que en estos momentos se dedicará a ver la vida pasar, en forma de recuerdos y de memorias que cruzan por la mente dejando lazos y cuerdas tras de sí. El mismo al que apenas le dirijo la palabra. El mismo que, hace unos días, parecía dispuesto a darlo todo por perdido y arrojarse a los brazos del desvanecimiento.

Entrar al coche es un alivio, en más de un sentido. No solo protege del frío, sino también de los pensamientos y de los recuerdos, que tienen más púas que el propio viento que sopla esta noche. Enseguida arranco el motor y enciendo la calefacción. No nos movemos. Édgar se frota las manos, embutido aún en su chaqueta roja, abrochada hasta arriba.

—Es una idea original, no te lo niego —dice—. Para una noche de verano.

Como la dinámica de mandarle los mensajes directamente a su móvil me ha gustado, eso es justo lo que hago a continuación:

«¿Para qué son las listas? ¿Se supone que tengo que hablar utilizando esas palabras?».

Édgar me lee con el ceño fruncido.

—No —responde, sin mirarme a la cara—. O sea, si ves que puedes, dale. Pero nadie suele ser capaz al principio. La idea es que te visualices usándolas cuando te relaciones con alguien. No tiene que ser en voz alta.

«¿Y ya está?».

Édgar resopla y se rasca el cuello con la mano derecha.

—Los primeros días, solo eso —refunfuña—. Luego tienes que empezar a usarlas de verdad. Las de la segunda lista, la lista «sé». Cuando te hayas acostumbrado a las palabras de ahí, tocará ir añadiendo palabras de la otra, la lista «creo». Basta con una al día. Cuando ya no te queden palabras en la lista «creo» porque las has añadido todas a la lista «sé», es el momento de buscar otras completamente nuevas. Una o dos a la semana. Alguna más, si te ves capaz. Las preposiciones y todo eso se consideran seguras, en general, así que puedes empezar por ahí.

El tono que utiliza para su explicación huele a catedrático y a discurso mascado y regurgitado en más de una ocasión. No es la primera vez que hace esto.

«Si solo añado una o dos palabras por semana, ¿cuánto tardaré en poder utilizarlas todas?», pregunto.

Édgar suspira.

—Se supone que, llegado ya cierto punto, te dará igual y usarás palabras sin pensar en la lista. Eso es lo que hacemos casi todos los del grupo. O sea, yo nunca dejé de hablar, así que no tuve que volver a acostumbrarme. Tampoco muchos otros del grupo. Natalia, por ejemplo, sí tuvo que hacerlo. Está en la fase en que se va olvidando de la lista y empieza a dejarse llevar.

—¿Quién? —pregunto, notando cómo el corazón se me acelera en el pecho por tirar de una palabra que no está aún marcada.

—La chica delgadita de diecinueve años. La que come por cuarenta y se guarda galletas en el bolso.

Niego con la cabeza.

—Bueno, da igual. El caso es que ya sabes cómo funciona.

Lo miro con fijeza mientras él intenta eludir mis ojos, no sé si de forma consciente o inconsciente. Por fin, nuestras miradas se cruzan en mitad de la oscuridad y aprovecho el instante para mandarle un mensaje.

«Entonces, ¿esta va a ser la primera y la última clase?».

19
ÉDGAR

«Entonces, ¿esta va a ser la primera y la última clase?».

Joder.

Los ojos esos que tiene (porque resulta que casi todos los humanos tenemos un par, fíjate tú), entre castaños y grises, le brillan en la oscuridad.

Yo qué sé si habrá o no más clases.

¿Qué quiere que le diga? *Bro*, en serio.

—Puedes seguir viniendo a las reuniones, allí seguro que te ayudamos —le recuerdo, sobándome la nuca con los nudillos. Él no parece satisfecho, teniendo en cuenta que no me quita los puñeteros ojos de encima—. O podemos vernos algún día más, por si quieres practicar —añado. Dios, ¿por qué no deja de mirarme?—. La semana que viene, por ejemplo.

¡Quédate ya conforme! ¡Venga! ¡Lo que sea con tal de que me dé un respiro!

Se ve que es mucho pedir, porque el tío sigue ahí, al pie del cañón, con la vista plantada en mi cara como si esperase ver la putísima aurora boreal aparecer de repente. A ver si se cree que soy yo Noruega. O Islandia. O donde cojones se vea la cosa esa.

Al final, después de varios segundos serio, suelta una carcajada suave. La sigue el timbre de mi móvil. Un mensaje de Blas, claro.

«Estaba de broma».

Levanto la vista de la pantalla lo justo y necesario para dedicarle una mueca de repugnancia.

—O sea, que no quieres que vuelva a darte clase —le reprocho.

«Esa parte iba en serio», me escribe. «Y has dicho que nos vemos la semana que viene. Ya no puedes echarte atrás».

Será imbécil. Y es capaz de decírmelo así, tal cual, sin inmutarse. Claro, que él lleva ventaja, teniendo en cuenta que me

comunica las cosas a través de una aplicación. Aunque algo me dice que se la sudaría bastante tener que soltármelo a la cara. La verdad, no es para nada como yo pensé que sería cuando lo veía lamentarse en la sala de espera del hospital. Pensaba que sería tímido y vulnerable, pero el tío es más directo que una caída desde un quinto piso.

Lo cual me gusta.

Creo.

La notificación del teléfono suena antes de que pueda responder.

«¿Tienes hambre? Hoy invito yo a la cena».

Su comentario es tan absurdo que resoplo una y dos y tres veces. ¡Fue él quien me invitó la otra vez! Lo de «hoy» sobra.

—¿Qué pasa, vas a llevarme a comer al TopeBurger porque te quedaste con ganas de más?

Él apenas me escucha, creo yo. Si lo hace, no da señales de hacerlo. Se ha estirado hacia la parte trasera del coche y está luchando por alcanzar una bolsa que yace sobre el asiento.

—A ver, deja —gruño, y, sin esperar a que él se retire, me alargo hacia atrás porque a mí me pilla bastante más a mano que a él, dada mi posición. En el camino hay cierto roce de cuerpos, todo sea dicho. Mi cara pasa muy muy cerca de la suya. Y me gusta la expresión que adoptan sus ojos al verme a un palmo de distancia—. ¿Esto es lo que querías? —concluyo, de vuelta en mi asiento y con la bolsa en la mano.

Blas asiente con la cabeza y se hace con la bolsa. Tarda dos segundos en sacar del interior un par de táperes con comida.

—¿Táperes de cristal? ¿En serio? —pregunto, con bastante retintín.

Los coloca con cuidado en el asiento, entre sus piernas, antes de mandarme un mensaje al móvil.

«Los de plástico son perjudiciales. Contienen sustancias que pasan a la comida y, después, a nuestros cuerpos».

—Dios, vivir contigo tiene que ser un infierno —me quejo. Lo digo en plan coña, pero no sé si él lo recibe de esa forma, la verdad.

La expresión de sus ojos decae un poco; luego me pasa uno de los táperes fingiendo que no ha ocurrido nada—. Era broma —aclaro.

—Ya.

Anda, otra palabra nueva. No voy a felicitarlo, no quiero que se le suba a la cabeza, pero es un avance, oye.

—¿Ensalada de pasta? —murmuro, por decir algo. Yo qué sé.

Él acude a su móvil a toda prisa.

«¿No te gusta?».

—Claro que me gusta —confirmo—. Somos tres hermanos sobreviviendo con un sueldo y lo poco que dan de ayudas sociales, tiene que gustarme todo a la fuerza. Hasta el cemento del suelo, si le untas mantequilla y me lo pasas por la sartén.

Blas sonríe mientras me ofrece un tenedor. No, si el chaval ha venido preparado, eso hay que reconocérselo. Después de dejar la tapadera del envase en el salpicadero, pincho el primer bocado de ensalada. No está mal. Un poco seca, quizá. El timbre del móvil suena antes de que llegue a tragarme el primer trozo. Joder. ¿Ni siquiera puedo desprenderme del teléfono mientras como? Al final encuentro la manera de apoyarlo contra la guantera sin abrir, de forma que vea los mensajes de Blas sin tener que andar sosteniéndolo.

«Mañana tengo una carrera, así que tenía que ser pasta. Para coger fuerzas».

—¿Una carrera? —pregunto, y justo me meto otro puñado de comida en la boca.

«Una media maratón».

—No jodas —pronuncio, la boca a medio vaciar—. ¿Eres corredor?

«Más o menos. Me especializo en 400 metros lisos y 400 metros vallas».

—Pero ¿compites o algo?

Blas se encoge de hombros. Se lleva el tenedor a la boca antes de escribir. La luz del coche le enciende los ojos.

«Lo intento», escribe. «El año pasado conseguí bronce en un campeonato a nivel de provincia. Me descalificaron en la siguiente fase».

—O sea, que cuando dijiste que te tomabas en serio lo del deporte, te referías a en serio de verdad.

El tío contiene una carcajada y yo no pillo la gracia hasta que leo su mensaje.

«Curioso, ¿eh? Que la gente utilice la expresión "en serio" para decir "en serio"».

Voy a matarlo.

Voy a darle de hostias hasta que me suplique que pare.

Esto ha sonado un poco sexual, pero no, no van por ahí los tiros. No soy yo del rollo sadomasoquista.

—Te voy a meter un paquete de pañuelos en la boca —le advierto.

Y el tío tiene los cojones de abrirla. La boca, digo. Se le ve un pedazo de macarrón. O de lo que sea que incluya la ensalada. Para mí la pasta se divide en espaguetis y macarrones; todo cabe en una de esas dos categorías. Pero me da a mí que estos no son ninguna de las dos. Lo peor no es eso. ¡Lo peor es que le estoy viendo las paletas otra vez! ¿Puede dejar de enseñarlas? De verdad, parece que sea un muchacho de anuncio, todo el día con los dientes fuera. No me voy a poner aparato por mucho que me las enseñes, ¿vale? Tú tampoco deberías ponértelo; te quedan bien así.

Bueno, pues como se ha atrevido a retarme de esta manera y resulta que yo justo he pinchado un poco de pasta, aprovecho que tiene la boca abierta para meterle dentro el tenedor. La cierra enseguida, con los ojos llenos de asombro.

Y yo me cago en todo lo cagable.

¿Qué cojones acabo de hacer?

Tierra, trágame. O trágatelo a él, ya que estamos, que va a ser un poco lo mismo.

Con cuidado, le saco el tenedor de la boca, aunque la pasta se queda dentro. Sus ojos enseguida apuntan hacia abajo, antes de ponerse a masticar.

—¿Dónde es la carrera? —pregunto, después de aclararme la garganta. Cualquier cosa es mejor que este silencio.

Le lleva unos segundos responder.

«En un pueblo», me escribe.

—Ah, entonces paso.

—¿Cómo? —se le escapa. ¿Otra palabra nueva?

—No, nada.

«¿Pensabas venir a verme?», pregunta, esta vez vía mensaje.

Chasqueo la lengua y arrugo la cara; todo al mismo tiempo. Para que luego digan que los hombres no podemos hacer más de una cosa a la vez. Ahora bien, ¿en qué andábamos?

—No, ¿qué dices? —protesto.

«¿Tantas ganas tienes de verme correr?», añade, y no hay quien le borre la sonrisilla de la cara, que no sé a quién de los dos hace ver más estúpido, si a mí o a él.

—Sí, estoy loco por ver cómo te vas a correr por el pueblo. —Las cejas se le disparan antes de que yo pueda hacer nada por evitarlo—. Frase desafortunada, ya lo sé, cállate la boca.

Pero no se calla la boca, no. Se parte de risa, de hecho. Se pone hasta colorado y se atraganta con la pasta.

—No es tan gracioso —le advierto, pero eso solo consigue que se ría con más fuerza aún. Bueno, pues que reviente. Hasta los huevos me tiene ya.

Eso sí, aun estando al borde de la asfixia, se las apaña para mandarme un puñetero mensaje al móvil.

«Ahora me toca a mí».

Para cuando me giro hacia él, tratando de comprender a qué se refiere, tiene el tenedor apuntando hacia mí, con varios macarrones o lo que sean empalados en el metal.

—No voy a abrir la boca. —Claro y rotundo. Con el ceño fruncido, también.

—Ahhhhh —pronuncia él, animándome a hacerlo.

—Vete a tomar por culo.

Blas se descojona, pero no se da por vencido. Acerca y aleja el tenedor, invitándome a que separe los labios.

Dios.

Lo hago. Sí, lo hago. Abro la boca, aunque solo sea para terminar con esto cuanto antes. Y el muy cabrón va y pasa de mí para meterse el tenedor en su propia boca. Será hijo de… Bueno, su

madre poco tiene que ver aquí. Ya bastante tuvo con desvanecerse. Es el niño el que le ha salido hecho una puñetera pesadilla.

—En serio, te voy a meter un paquete de pañuelos en la boca.

Él me señala la guantera. ¿Tiene pañuelos ahí? Pues se va a enterar. La abro con un movimiento rápido y…

El puto móvil al suelo. Estaba apoyado en la guantera y ni me he dado cuenta. Blas se parte de risa. Menos mal que el teléfono está bien, porque solo me faltaba tener que comprarme uno nuevo.

—Eres tú muy gracioso —comento, a tope de sarcasmo.

«Hacía años que no me reía así».

Joder.

Vale.

Si estuviera cabreado de verdad (que no es el caso), me resultaría imposible seguir estándolo después de leer ese mensaje. Por eso dejo el teléfono en el asiento, entre las piernas, y disfruto del silencio con la cabeza apoyada en el respaldo.

—¿A qué hora es la carrera de mañana? —pregunto. Mi voz suena distinta. Suave. Como si estuviésemos en el mar. Yo qué sé.

«A las nueve. Tendré que levantarme a las siete si quiero llegar a tiempo».

—Madrugar un sábado, el sueño de todo hombre.

«Lo peor es que no he dormido nada esta noche. Estoy que me caigo».

Giro la cabeza para observarlo con detenimiento.

Creo que estoy decepcionado.

—¿Quieres que volvamos? —pregunto.

«No», escribe. «No quiero, pero supongo que tendré que hacerlo. No me aguantan los ojos abiertos».

Sí. Decepción, sin duda.

—¿Quieres que lleve yo el coche?

—¿Seguro? —pronuncia. ¿Cuántas palabras nuevas lleva ya?

—A ver, lo digo por mí, no por otra cosa. No quiero que un Snorlax me lleve pendiente abajo en una carretera con más curvas que estrellas en el cielo. El chiste es que Snorlax se pasa el día durmiendo, por si no estás muy puesto en Pokémon.

«Sé quién es Snorlax», responde.

Nos tomamos unos minutos para acabarnos la cena. Después, nos cambiamos el asiento y toca ponerse en marcha. No termino de acostumbrarme a su Peugeot. El embrague está demasiado suave comparado con mi coche y, por si fuera poco, no se ve una mierda en el camino. Llega un punto en que yo creo que me voy a reventar contra el quitamiedos en plena curva, pero cien por cien, y es entonces cuando miro de reojo a Blas para tantearlo, por si le da por seguir conduciendo a él.

Resulta que se ha dormido.

Por suerte, llegamos sanos y salvos a la ciudad. Igual mi corazón ha perdido tres o cuatro años de vida entre las curvas, las cuestas y las sombras que acechan al borde del camino y que uno no sabe si son ciervos, los árboles mecidos por el viento o el regreso del mismísimo Satanás en forma de chapa. Blas no abre los ojos hasta que detengo su coche frente a mi portal. Ni siquiera entonces, en realidad. Está tan dormido, sumido en una respiración tan profunda, que me da hasta pena despertarlo. Por eso remoloneo un poco con el móvil e ignoro unos cuantos mensajes de Fran, a ver si así consigo que vuelva en sí por sus propios medios. Al cabo de un rato, me fijo en…

Sí. En las paletas.

Es que hasta durmiendo se le queda la boca entreabierta. Solo un poco. Lo justo para verlas asomar. Ya me tiene harto.

Despacio, alargo la mano y le zarandeo el hombro con cuidado.

—Blas —lo llamo.

Sus cejas son las primeras en reaccionar. Después, su boca. Hay un hilillo de saliva conectando el labio de arriba con el de abajo.

—¿Qué pasa? —Enseguida se tapa la boca, supongo que por haber hablado de manera involuntaria.

—Tranquilo. Ya hemos llegado.

—Ah.

—Hoy vas a poder añadir muchas palabras a la lista.

—¿Qué? Ah. —Aún se le ve torpe por el sueño. Es bastante mono, la verdad.

«Siento haberme quedado dormido», me dice, acercándome la pantalla del teléfono para que lea su mensaje.

—Da igual.

Doy golpecitos en el volante. Como si fuera mío. Como si no fuera yo el que se tiene que bajar aquí y ahora.

«Nos vemos la semana que viene, ¿no?», añade. «Antes has dicho que nos veríamos».

—El lunes hay reunión, ya lo sabes.

«Eso no me vale».

—¿No vas a venir? —pregunto, con el corazón latiendo un poco más deprisa de lo normal. Solo un poco.

«Seguramente vaya. Pero no me refiero a eso. ¿Nos vemos el martes?».

Me encojo de hombros.

—Supongo —gruño.

Pero estoy contento.

Me siento aliviado, de hecho.

«Te recuerdo que el coche es mío. O sea, de mi padre».

—Sí, sí —refunfuño—. Ya me voy.

El frío de la ciudad es bastante más tolerable que el del mirador. Diría que hasta me sobra la chaqueta, pero no vamos a pasarnos, que todavía siguen apretando las temperaturas mínimas de las que nos advirtió Jacinta ayer. Blas ya se ha acomodado en su asiento y yo me dispongo a entrar en el portal. El caso es que hay algo que no puedo dejar pendiente, así que me vuelvo deprisa y abro la puerta del copiloto.

—Espera —lo detengo—. Quiero decirte una cosa.

—¿Qué? —reacciona él, tirando a sorprendido.

—No sabía si comentártelo ahora para no ponerte nervioso, por la carrera de mañana y tal, pero no puedo callármelo más. —Hago una pausa. Blas me observa con la boca entreabierta. Más entreabierta que de costumbre—. Es sobre el emisario de la otra vez. —A juzgar por cómo frunce el ceño al oírme, me da que esperaba otro tipo de revelación. Yo qué sé—. Te dijo que tenía algo dentro, ¿no? Como si estuviera debajo de la piel.

Blas asiente con la cabeza.

—Bueno, pues, buscando en internet, pillé un testimonio muy parecido —explico—. Un *post* de hace dos meses, no más. Una

mujer vive o vivía en la misma planta que un emisario, justo al otro lado del rellano. Por lo visto, el tío estuvo varias semanas diciendo que tenía algo dentro y, después, ¡pum! —separo las manos al pronunciar la palabra—, nadie más volvió a verlo.

Blas recurre al móvil con rapidez.

«¿Se desvaneció?».

—Nadie lo sabe. Por lo visto, llamaron un día a la policía y para entonces ya no había nadie en la casa. Como si hubiera huido o algo. Además, ya sabes que no hay pruebas de que ningún emisario se haya desvanecido nunca.

Blas asiente de nuevo.

«¿Entonces?», pregunta por escrito.

—No lo sé. Es raro, ¿no? Se lo conté a Rocío y no le dio importancia. A mí me parece demasiada coincidencia.

«¿Pudo ser el emisario que me atacó?».

—Lo dudo. La mujer de internet vive en Paraguay.

Blas suspira. Sostiene el volante y lo estudia como si fuese la primera vez que lo hace. Lo acaricia con los dedos. Después, vuelve al teléfono.

«Necesito dormir. No puedo pensar en esto ahora. Hablamos mañana».

—Hablamos mañana.

Unos segundos después, cuando veo los pilotos traseros del Peugeot alejarse calle abajo, siento un cosquilleo en el estómago.

Puede que por más de un motivo.

20
BLAS

Cuando entro en casa, me siento como una barca a la deriva, en mitad de un océano en el que no hay más que horizontes infinitos y cielos que se desgranan sobre el agua. Tengo la sensación de que todo mi mundo se ha puesto patas arriba en cuestión de horas, si no minutos, y me pregunto dónde estará el mecanismo que haga retroceder todo aquello que se ha puesto en marcha sin yo saberlo, como un juguete al que has dado cuerda sin querer. ¿Acaso puedo detenerlo?

¿Acaso quiero hacerlo?

Recorro en plan zombi el pasillo que me separa del salón y, en cuanto asomo la cabeza, me asalta la imagen de mi padre, dormido en el sofá. En el televisor se muestra un partido de fútbol con el volumen al mínimo y unos subtítulos que nadie lee ya. No sé si la visión es tétrica o deprimente. El reino del olvido, del abandono, de la oscuridad. Ver a mi padre, sin embargo, me revuelve el estómago. Todas las emociones que dormían en mi interior salen disparadas como si llevaran días, meses o años aguardando el pistoletazo de salida en una carrera que no tenía fecha de inicio ni de fin. Me acuerdo del mirador, de mi madre, de los momentos buenos y de Édgar. Me acuerdo de todo. Las imágenes me embisten como si fuesen bestias y me moldean como un trozo de plastilina recién sacada del bote.

Con mucho cuidado, llevo la bolsa con los táperes a la cocina y regreso al salón. Obrando el mismo sigilo, me acerco al sofá y me siento junto a mi padre. Él enseguida entreabre los ojos y ya no tengo excusa para no dejar caer la cabeza sobre su hombro. Que me rodee con sus brazos hace que me sienta protegido; como si él fuera de nuevo el guardián, a pesar de no haber ejercido de tal durante acaso años de abandono.

No dice nada.

Tampoco yo lo hago.

No necesitamos palabras, ni escritas ni habladas, para comunicarnos. Por eso permanecemos aquí, sin movernos. Por eso cierro los ojos y reto al sueño a encontrarme justo donde me hallo, aunque tenga que ir en busca de la cama en apenas veinte o treinta minutos.

Si de algo estoy seguro, es de que esta vida es efímera. Hoy estamos aquí; mañana, nadie lo sabe. Si en cualquier momento el universo puede deshacerse de nosotros con solo chasquear los dedos, creo que no debería perder el tiempo guardando rencor a mi padre, ya sea por tratar de abandonarme o por haber propiciado, al igual que yo, que mi madre nos dejara para siempre.

Es mi deber, y también mi deseo, lograr que esa carga que ambos compartimos nos una, en lugar de separarnos.

Sollozo y sollozo
y de pronto no hay llanto.
La madre se inclina,
confusión y espanto.

Gente con bata
se mira entretanto.
¿Dónde está el niño
que lloraba tanto?

Desvanecido, dirán,
un primer adelanto.
Qué error habrá sido
colgarle ese santo.

21
ÉDGAR

Una vez que Blas desaparece junto a su coche al girar una esquina, me dispongo a volver a casa. Sin embargo, hay algo que tengo que zanjar cuanto antes. Entro en el portal para refugiarme del frío y echo mano del móvil. Tardo tres segundos en seleccionarlo entre la lista de contactos y él, apenas veinte en descolgar.

—¿Édgar? —La voz de Fran me suena estridente y horrible. No es que alguna vez me haya gustado especialmente (excepto cuando la usaba para gemir, quizá), pero hoy se me hace peor en todos los sentidos.

—Mira, ya sé que no vas a hablar, pero prefiero decirte esto directamente y no por un mensaje de voz. —Silencio. No esperaba menos, en realidad—. No quiero que sigamos. Ya sé que tú y yo no somos nada, pero no quiero que sigamos acostándonos. Ni viéndonos. O sea, de todas formas, nunca hemos quedado para algo que no sea follar. Yo qué sé. Todo este tiempo ha estado bien, pero se acabó. Tengo la cabeza en otras cosas. Y tendría que haber sido lo bastante maduro como para soltarte: «Eh, Fran, que esto se ha acabado», en lugar de darte largas, decirte que todo estaba bien y ponerte excusas que no se cree ni Dios. Tiene gracia, porque siempre me ha tocado mucho los cojones (en serio, mucho) que me trates como si fuera un crío y como si toda mi vida fuese el capítulo de una serie absurda de instituto. Pues igual esta vez sí que me he portado así.

El ascensor se abre de pronto y el vecino del cuarto aparece con un albornoz y dos bolsas de basura. Demasiado tarde, según la normativa vigente, aunque dudo que a alguien lo hayan multado alguna vez por arrojar residuos a altas horas de la noche. Espero a que salga del portal antes de seguir hablando.

—Si tienes que decirme algo, puedes mandarme un mensaje después —le recuerdo—. Ya sé que no querrás hablar en voz alta.

Lo oigo titubear. Me pregunto si estará intentando entablar conversación. No creo que se atreva. No lo culpo. Aunque me gustaría hacerlo. Culparlo de todo, en realidad. De lo que ha hecho y de lo que no. Igual así podría encontrarle sentido a toda la mierda que siento. Igual así podría construir algo con toda esta tierra que me pesa en el estómago.

Corto la llamada sin haber recibido una sola respuesta por su parte.

Eso sí, los primeros mensajes llegan antes de que pueda meter la llave de casa en la cerradura. Y siguen y siguen mientras yo dejo la chaqueta en la percha de la entrada y me empino media botella de agua porque tengo la boca más seca que la ensalada de pasta que ha preparado Blas.

Fran
Hay otra persona?
Imagino que sí
Tienes razón al decir que te has portado como un crío
Eso es justo lo que has hecho
Pues muy bien, no más sexo y no más nada
Pero luego no vengas a buscarme cuando el otro pase de ti
No voy a estar esperándote

No me molesto en responder. Tampoco en bloquearlo, a pesar de que el instinto me lo pide al ver cómo se ha tomado la «ruptura», que no puede llamarse así de todas formas. ¿He sentido una punzada de satisfacción al leerlo? Sí. Solo porque estoy bastante convencido de que el único crío que hoy se encuentra entre nosotros es él.

Al pasar junto a la habitación de Irene, veo luz por la rendija de la puerta. Llamo con los nudillos y entro antes de obtener permiso. Mi hermana se me queda mirando, las pupilas encogidas en la pobre claridad de su habitación. Está viendo uno de esos documentales de insectos que se traga con el volumen al mínimo porque no puede convivir con ninguna clase de ruido sin acabar al borde del infarto.

La saludo con un movimiento de cabeza. Ella me lo devuelve. Como un partido de tenis, solo que ninguno de los dos piensa seguir boleando. Sin decir más, cierro la puerta y voy directo a mi habitación. Del mismo modo en que no me he dignado a responder a Fran, tampoco ahora me digno a quitarme la ropa que llevo puesta. Las deportivas, y mucho es. Me tiro en la cama como si fuera una piscina. Después, cierro los ojos.

Y me desvelo pensando en Blas.

22
BLAS

El domingo llega sin que nada cambie. No demasiado, quiero decir.

El sábado por la mañana, a eso de las ocho y media, recibí un mensaje de Édgar deseándome suerte para la carrera. Me sorprendió, y mucho, que estuviera despierto a esa hora, teniendo en cuenta aquello que dijo sobre madrugar un sábado. Horas más tarde, poco antes del mediodía, me llegó otro en el que se interesaba por cómo me había ido. «¿En qué puesto has quedado?», me preguntaba. Yo sonreí frente a la pantalla de mi móvil y le expliqué que el puesto no era importante; no para mí, al menos, que no me especializo en ejercicios de resistencia. Le comenté, sin embargo, que había mejorado mi marca con respecto a la última media maratón y él me regaló una fila de aplausos en forma de emoticono.

Volví a sonreír.

Sentí el deseo de mandarle mi marca a mi entrenador, aunque solo fuese para echarle en cara que había mejorado mi último tiempo, en lugar de empeorarlo, como él había insistido que hacía durante nuestra última clase. Decidí que no quería que sentimientos de ese tipo impulsaran mis actos, así que me limité a celebrarlo con mi padre, que me había acompañado hasta el pueblo donde tenía lugar la carrera para ejercer de apoyo moral. Aprovechamos para comer fuera, él y yo solos, y hablamos de tantas cosas que no cabrían en la página de un diario. Nada esencial; todo trivial y sin demasiada importancia, enfocado, sobre todo, en mi trayectoria deportiva. Sea como fuere, superaba con creces la media de comunicación que hemos tenido en los últimos años.

Durante el resto del día, aguardé la llegada de un tercer mensaje de Édgar. Cualquier cosa. Una pregunta sobre lo cansado que estaba después de la carrera, por ejemplo. Me pasé el día

sacando y guardando el teléfono de mi bolsillo, revisando la pantalla y esperando ver materializarse una magia que solo unos dedos podrían llegar a obrar. Me quedé dormido con el móvil en la mano y un cansancio que me pesaba como una ballena sobre el cuerpo.

Ahora ya es domingo, ha pasado el mediodía y el único mensaje que he recibido es de Bea; uno al que no sé cómo responder.

> ***Bea***
> Chiqui, hoy entrenas?
> Que me tienes que contar lo de la media de ayer!

Llevo una hora tratando de componer una respuesta.

Ayer tuve la excusa de la carrera; o sea, estaba tan hecho polvo que ni en un millón de años se me habría ocurrido ponerme a entrenar por la tarde. Hoy, sin embargo, el asunto es más complicado. Aún puedo alegar un día más de reposo. De hecho, me gustaría concederle un respiro a mi cuerpo, dadas las circunstancias. El problema es que una parte de mí no deja de sentir que estoy evitando a mi amiga. Porque la estoy evitando. Apenas he hablado con ella estos dos últimos días; todas mis respuestas han llegado tarde y han sido menos elaboradas que de costumbre. Si la cosa sigue así, Bea, que a luces pocos le ganan, va a darse cuenta de que algo no va bien.

La cuestión es que no sé cómo afrontar la situación después de lo que pasó con Édgar.

Le pedí que me ayudara a hablar.

Bea lo dejó muy claro: si se me ocurría empezar a hablar, nuestra amistad tendría que darse por zanjada. Lo comprendo. Perdió a su novio, con el que llevaba casi cuatro años, por culpa de las palabras. Uno de esos amores de instituto que se prolongan y se confirman, de los que un día revelan ser algo más que un juego de hormonas y madurez. No quiere repetir un suceso así. Yo tampoco quiero hacerlo. Ojalá pudiera soltarle a Bea la frase de los veinte años en una jaula o los dos en libertad y que le removiera las tripas del mismo modo en que lo hizo conmigo. Pero sé que no funcionará. Al fin y al cabo, no se trata solo de una frase. Se trata de todo. Se trata de Édgar, de las reuniones de Más Que Voces y de la sonrisa

que tenía mi madre en la cara cuando hablaba con nosotros sin esperar una respuesta. Se trata de recuerdos, palabras y emociones que giran como una centrifugadora sin dar tregua al pensamiento y a la razón. Se trata, sobre todo, de abandonar una jaula que huele a podrido y a humedad, de librarse de los grilletes para poder correr de verdad.

Tengo miedo.

Es evidente que lo tengo.

Mas estoy decidido a seguir adelante. A intentarlo, por lo menos.

El problema es que Bea no aceptará que yo lo intente. Sus condiciones fueron claras y estoy convencido de que ella será mucho menos permisiva que yo en este aspecto. Sin embargo, si sigo adelante con ella, si hablamos y quedamos como si nada y le oculto mis intentos por abrazar la verbalidad, estaré traicionando su confianza.

No sé cómo gestionar todo esto.

Cada vez que lo intento, la tráquea se me hace un nudo que me aprieta el pecho y el abdomen, y pueden pasar horas antes de que decida abandonarme. Ni siquiera la lectura basta para abstraerme, por muy interesante que sea la historia de piratas en alta mar en la que estoy enfrascado ahora mismo. De algún modo, me acuerdo del comentario de Édgar, cuando me comparó con un Snorlax, y me da por rescatar mi vieja Nintendo DS y empezar una nueva partida al único juego de Pokémon que llegué a poseer alguna vez. Para eso, primero tengo que encontrar el cargador. No tengo ni idea de dónde está. Lo busco en el cajón de la mesita de noche, en los cajones del armario empotrado y hasta en la bolsa de los cables: una bolsa de plástico donde guardo conectores HDMI y fuentes de alimentación de trastos antiguos. No aparece por ninguna parte. Tardo cerca de media hora en dar con él. Resulta que estaba guardado en una vieja bolsa de viaje; imagino que lo saqué de casa en algún momento y jamás lo devolví a su sitio una vez de vuelta. Justo acabo de conectar la consola a la corriente cuando me suena el teléfono.

Al principio, el corazón me da un vuelco pensando que pueda ser Bea, que se ha cansado de esperar una respuesta que no llega.

Luego caigo en la cuenta de que no ha sonado el silbato, por lo que mi suposición es errónea por necesidad. Será mi padre, quiero pensar, pero el pulso se me acelera con la idea, con la esperanza de que no sea él, sino alguien por quien llevo aguardando más de un cambio de sol y luna. Pronto confirmo que mi deseo no es una fantasía irrealizable, al descubrir el nombre de Édgar asomando en lo alto de la lista de mensajes.

Édgar
Oye, voy a mandarte una foto
Es muy desagradable, pero creo que deberías verla
He intentado encontrarla con más calidad y no
ha habido manera
Está subida a un foro, aunque parece que el
post está archivado
Es como si no existiera, en realidad
Como si lo hubiesen borrado de la web
Pero aún queda un rastro cuando lo buscas
desde Google
En serio, es MUY desagradable
Si no quieres verla, lo comprenderé
Spoiler: es un cadáver

El último apunte termina de incrustar una nota de ansiedad en mi abdomen. Puesto que no he descargado la imagen aún, aparece borrosa en mi pantalla; ilegible. Durante los primeros tres segundos, me veo tentado de borrarla sin mirar atrás, por miedo al trauma que pueda llegar a causarme. Enseguida descarto la idea y hago clic en el archivo, la respiración contenida en la garganta. Me cuesta identificar lo que veo. Es una fotografía de baja calidad y, además, muy poco nítida. Tengo que alejarme y estrechar los ojos para poder dar forma a lo que veo. Cuando al fin alcanzo a descifrar lo que acontece ante mi retina, mi cuerpo se queda frío de golpe.

El sudor me perla la espalda.

Se trata de una mujer. Eso creo, al menos. Tiene el cabello largo y blanco. Está tendida en el suelo o en algún otro tipo de superficie de aspecto liso. La cabeza debe de estar vuelta hacia un lado o, si no es el caso, la calidad o cualquier otra deformación digital impide que el rostro sea visible. Lo que sí se aprecia es el estómago.

Y lo más importante: el agujero del tamaño de un puño que podría ser la causa de la muerte.

Blas
De dónde has sacado esto?

Édgar
Lo encontré buscando "emisario" y
"algo dentro del cuerpo" en inglés.

Blas
Puede ser un montaje
La calidad es un asco

Édgar
Puede serlo
Pero, sabiendo lo que tú y yo sabemos?
Lo que dijo el emisario que te atacó esa noche
Has visto lo que hay junto al agujero del estómago?

Blas
Los restos de sangre?

Édgar
No, lo otro
No se ve muy bien
Pero, si te fijas, está

Amplío de nuevo la fotografía y siento que se me para el corazón.

Blas
Es seda?

Édgar
Tiene pinta

Blas
Joder

Édgar
Mañana mismo voy a intentar hablar en persona con una amiga de mi padre
Se llevaban muy bien
Prácticamente me ha visto crecer

Blas
Para qué?
Qué tiene que ver con esto?

Édgar
Es una emisaria

El pulso se detiene de nuevo.
Mis dedos teclean antes de que el pensamiento acompañe.

Blas
Voy contigo
No quiero que vayas solo a ver a un emisario

Édgar
Quién eres tú ahora, mi guardaespaldas?

Blas
Me importas lo suficiente como para que me preocupe por ti
Además, tú me salvaste una vez
Ahora me toca a mí estar ahí

Édgar
No hacía falta que respondieras en serio
Haces que sea raro

Blas
Te aguantas
Podemos ir mañana antes de la reunión de Más Que Voces

La respuesta de Édgar se demora. Tanto que empiezo a creer que ha pasado de mí sin decírmelo a la cara. Al final, llega. Y, junto con ella, una piedra que se hunde en mi estómago como un terrible augurio.

Édgar
Vale
Voy a ver si encuentro su teléfono

23
ÉDGAR

Creo que solo he estado aquí una vez en mi vida.

El edificio es sombrío ya desde la planta baja; arriba, sin embargo, es otra movida. Decir que me imagino a cuervos anidando entre la baranda de las escaleras y en los poyetes de la ventana es quedarme corto. A contraluz, puedo ver una telaraña colgar de uno de los focos del techo. No ayuda que sean las seis y el cielo se prepare ya para acostarse.

—Aquí es —anuncio al hallarme frente a la puerta.

Blas y yo compartimos una mirada antes de llamar, como si tuviéramos que darnos ánimos a nosotros mismos o algo así. O sea, después de lo que pasó la otra noche, uno nunca sabe lo que puede llegar a ocurrir al encontrarse con un emisario.

Respiro hondo y pulso el timbre, que suena como si estuviera a dos telediarios de hundirse en la pared o ver desplomarse sus cables. Tiene un regusto a falta de pilas.

Cuando la puerta se abre y Bibiana (Bibi para los amigos y por lo tanto para mi padre y mi familia entera) aparece frente a nosotros, tengo que contener la respiración. Está tal y como la recuerdo; un poco más alta, diría, pero eso es imposible, así que lo achaco a la sugestión. Lleva el pelo blanco recogido en una coleta y, a pesar de que debe de andar cerca de la cincuentena (si es que no la ha superado ya), no parece haber envejecido en absoluto. No le echaría más de treinta y cinco, si tuviera que adivinar. El problema es que nadie que tenga treinta y cinco pudo ser compañero de facultad de mi padre.

Su primera reacción es sonreír. Muy poco. Muy leve. Pero lo hace.

—Qué grande estás —dice, mordiéndose el labio inferior. Ya había olvidado lo suave que era su voz. Como si fuera una canción.

Una breve y concisa.

—Se hace lo que se puede —respondo, preso de cierta incomodidad—. Este es Blas, el amigo del que te hablé por teléfono.

—Bibi, encantada —se presenta ella, y ambos se dan la mano.

Joder.

Estoy nervioso.

Mucho.

Y ni siquiera sé por qué.

—Pasad —dice ella, apartándose del umbral.

Nada más poner un pie dentro y respirar el aroma de la casa, me doy cuenta de que mi percepción inicial ha sido errónea: no he estado aquí solo una vez. Lo confirmo cuando veo el sofá del salón, pues estoy seguro de que me he pasado más de una y más de dos tardes ahí sentado, viendo dibujos animados en la tele. Recuerdo palomitas. ¿Puede que Bibi me sirviera un cuenco cada vez que venía?

Yo qué sé.

La nostalgia está empezando a empañarme los ojos. Eso sí que no me lo esperaba. O tal vez sí, pero insistía en hacerme el fuerte. Porque todos estos recuerdos huelen a mi padre.

Qué ganas de salir de aquí.

Bibi nos conduce a ambos hasta la cocina, que está equipada con una mesa lo bastante amplia como para acoger a cuatro personas. La habitación no se caracteriza por su luminosidad. Lo que cuelga del techo es prácticamente una bombilla al desnudo, una luz pálida que tiñe la estancia de un repugnante blanco hospital. Por encima de la nevera, en la pared, hay un reloj que no deja de marcar los segundos. Odio esos relojes.

—¿Queréis tomar algo? —nos pregunta la anfitriona, y va directa hacia uno de los armarios que hay sobre la encimera—. Yo voy a prepararme un café.

—Va, uno con leche —me animo. Un café, mira tú qué bien. Justo lo que les hace falta a mis nervios a flor de piel—. ¿Tú quieres? —le pregunto a Blas.

Él se encoge de hombros antes de hacer su petición por escrito.

«Solo».

—Blas lo quiere solo —anuncio en voz alta—. *Bro*, no sé cómo te puedes tomar eso así.

—No tomo leche —pronuncia el chaval, para mi total y absoluta sorpresa. Tres palabras seguidas, guau. Se ve que hoy tiramos la casa por la ventana.

—Ya estamos otra vez. Todo el día así, Bibi, no sé qué hacer con él —me quejo, en plan broma—. No toma leche, no toma chocolate, no usa táperes de plástico…

—Son perjudiciales —ataja ella—. Está demostrado que los microplásticos pasan a la comida y acaban en nuestro organismo.

Blas señala a Bibi con mucha efusividad, imagino que viendo su punto de vista demostrado empíricamente. O como coño se diga.

—Dios, sois los dos iguales —espeto.

—El café es de sobre, por cierto —aclara Bibi, mientras saca tazas y platos para tres personas.

—El único que he probado en toda mi vida.

Apenas hablamos mientras Bibi prepara los cafés. Yo intento no mirar mucho, porque allá donde poso la vista me asaltan los puñeteros recuerdos. Algunos de ellos ni siquiera sabía que los tenía.

Justo cuando vamos a sentarnos, la bombilla titila en el techo. Bibi se queda mirándola unos segundos antes de ocupar su silla, en frente de mí. Tiene la taza en la mesa, bien sujeta con ambas manos.

—¿Cómo estáis? —pregunta, y su tono de voz dulce y calmado hace que se me revuelva el estómago—. Debería haber estado más pendiente de vosotros. De ti y de tus hermanos.

Me aclaro la garganta.

—Nah, está bien. Estamos bien —matizo—. Yo ando buscando curro —una mentira a medias y no tan a medias— y estoy metido en un grupo de gente que habla y ayuda a otros a que lo hagan también. Blas es uno de nuestros sujetos de pruebas —lo señalo—. Tiene gracia, por cierto, que te llames Blas, a pesar de que no ha-Blas.

Yo estoy orgullosísimo de mi chiste, pero él se ve que no tanto, porque me empuja la mejilla con la palma de la mano abierta. No tardo en agarrarle la muñeca para quitármelo de encima con

cuidado. Bibi sonríe y da un sorbo breve a su café. Yo lo intento, también, pero arde como un maldito volcán en erupción. Creo que a Blas le pasa lo mismo.

—A ti nunca te ha dado miedo hablar, ¿no? —pregunto, aprovechando que ha salido el tema.

Bibi niega con la cabeza.

—No —responde, tranquila, al tiempo que acaricia la mesa de madera con suavidad, como si fuera un compañero, más que un mueble—. Hubo una época en la que estuve yendo a un grupo de apoyo para lo que vosotros llamáis «emisarios»…

—¿Por qué?

Bibi sonríe de un modo extraño.

—Cuando eres diferente y el mundo te trata como tal, a veces necesitas encontrarte con otros que son como tú.

—Ah, claro —respondo, al tiempo que inclino la cabeza y me rasco el cuello.

La amiga de mi padre vuelve a probar su café antes de seguir. Más que beber, parece que solo se moje los labios, la verdad.

—Si en algo coincidíamos todos los del grupo era en no tener miedo a hablar —añade—. Todos los que íbamos allí lo hacíamos. Nunca he conocido a alguien como yo que no hable.

—¿Es verdad eso de que los emisarios, o sea, los…?

—Acromáticos —me interrumpe—. No sería correcto usar el término albinos, porque técnicamente no somos albinos en el sentido estricto de la palabra. Nuestra piel tiene pigmentación.

—Sí, claro —murmuro. Por alguna razón, siento que he vuelto a tener nueve o diez años. Muy raro todo—. ¿Es verdad que no podéis desvaneceros?

—No tengo constancia de que ninguno lo haya hecho.

—O sea, que ese no era uno de tantos bulos.

—Puede que no. Se dijeron y se dicen muchos, eso es cierto.

—Como aquel de que hablar en otro idioma te salvaría del desvanecimiento —comento, sarcástico—. O el que afirmaba que tu palabra no podía ser un nombre propio, y hubo gente que inventó códigos a base de nombres y apellidos pensando que había

descubierto la pólvora. Mira para lo que les sirvió. Al final resultó que ni los nombres eran seguros.

Vuelvo a probar el café. La temperatura se ha vuelto tolerable. Echo una mirada rápida a Blas, como si estuviera dándole una señal o algo. «Eh, preciosa, ya puedes degustar tu merienda sin quemarte la boquita». Dios, ¿qué cojones estoy diciendo? Además, el suyo no lleva leche. La temperatura variará, digo yo.

—Bueno, habéis venido para preguntarme algo, ¿no?

Trago saliva. Había olvidado la afición de Bibi por ir al grano.

—Sí —respondo—. A ver, el otro día, un… acromático —me cuesta dar con la palabra— asaltó a Blas.

—Vaya por dios. ¿Te hizo daño?

Blas niega con la cabeza.

—No, no. Está bien —explico yo—. El caso es que le hizo un comentario que nos tiene rayados. Dijo que tenía algo dentro y que quería sacárselo. Se había cortado los brazos intentándolo. Y, bueno, vale, podría ser un simple ataque de locura, o sea, les ha pasado a otros acromáticos, ¿no?

Bibi chasquea la lengua de manera casi imperceptible. Acabo de caer en la cuenta de que ella también es una emisaria.

—Estamos sometidos a mucha presión —afirma—. Pero, sí, comprendo que poseemos «cualidades» que pueden llevarnos a alcanzar estados que las personas normales no ven comprensibles.

—Lo que quiero decir es que no parecía un ataque de locura. En internet vi que una mujer de Paraguay describía un caso muy similar a este. Y, además, tiempo después, encontré una foto… peculiar en un foro.

—¿La tienes?

—¿La foto? Sí.

Me tomo un momento para sacar el móvil. Ya he dejado preparada la imagen, así que me basta con pulsar un botón para que la pantalla se encienda; ni siquiera tengo patrón de desbloqueo. Le paso el teléfono a mi vieja conocida y ella lo estudia sin inmutarse siquiera. No sé por qué, pero no me sorprende la frialdad con la que analiza la foto. Creo que Bibi es de esas personas que no se alteran con nada. Podría estallar la tercera guerra mundial y su

reacción sería la misma que si se hubiera quedado sin cereales para el desayuno.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —cuestiono—. ¿O habías sentido algo dentro de…?

—No —responde, cortándome en seco—, pero… —Tarda unos segundos en volver a alzar la voz. Cuando lo hace, ha separado la silla de la mesa y se ha puesto de pie—. Espera un momento.

Se me coge un nudo en el estómago. No sé qué va a traernos, pero las ideas que se me pasan por la cabeza justificarían una huida inmediata de esta casa. Blas me lanza una mirada inquisitiva y yo respondo encogiéndome de hombros. ¿Qué quiere que le diga? Tengo la misma capacidad que él para predecir el futuro. Nula.

Pasado un minuto, la anfitriona vuelve a la mesa portando un cuaderno en las manos. Aparta la taza de café y lo deja frente a su sitio antes de sentarse de nuevo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Mi cuaderno de bocetos. —Otra cosa que había olvidado: Bibi es artista en sus ratos libres. En algún rincón de casa tenemos un retrato de mi padre pintado por ella. Era bonito. Se notaba que había sido confeccionado con mucho mimo—. A veces veo cosas y necesito plasmarlas —explica.

—¿Las ves en sueños?

Me mira fijamente para responder:

—No.

Sin decir más, pero habiendo dejado una losa del tamaño de un huevo duro en mi garganta, Bibi abre el cuaderno y comienza a pasar páginas. Hay dibujos a lápiz de paisajes, rostros y plantas. También los hay del nido, con su imponente mole de seda sostenida gracias a sus colosales patas negras. Aparece en distintos lugares, no solo sobre el pueblo de Suiza en que se supone que está ubicado ahora. También hay autorretratos. O sea, imagino que lo son; hay que tener en cuenta que estoy viendo el cuaderno del revés. La parte en la que se detiene es, sin duda, la más inquietante. La página de la izquierda está reservada a una mujer con cara de espanto, cuyo pánico parece hasta duplicarse cuando la contemplas

a la inversa. En la de la derecha, sin embargo, aparecen plasmados tres gusanos de seda.

Lo que me produce un retortijón por debajo del estómago.

No se detiene demasiado ahí y sigue volteando páginas de rostros y paisajes hasta llegar a otra. También esta es un paisaje. Un bosque. Pero hay algo más. Veo una criatura; un gusano. Y si antes pudimos pensar que los del dibujo eran simples gusanos de seda normales, este queda claro que no lo es. Su grosor rivaliza con el de los troncos de los árboles a su alrededor. Si es un gusano, es el más grande que he visto en toda mi puñetera vida.

—¿Qué coño es eso? —se me escapa.

—Sé lo mismo que tú —responde Bibi—. Solo plasmo lo que veo.

—¿Dónde lo has visto?

Ella guarda silencio y desliza el dedo por la página, atravesando el cuerpo del invertebrado con la yema.

—Aquí —responde.

—¿Aquí? —repito, el ceño fruncido y una mueca de disgusto en la cara.

—En este bosque.

Blas y yo nos miramos de nuevo.

—¿No puedes decirnos nada más? —insisto.

—No puedo deciros nada más.

Justo cuando el silencio corta como una cuchilla, Blas apunta algo en voz alta:

—Hay otra cosa.

—Ah, sí —retomo yo—. El emisario, o sea, el…

—Acromático —señala Bibi.

—Sí, eso. El caso es que le dijo a Blas…

No hace falta que siga, pues él ya tiene preparado el móvil con el texto:

«¿Tú crees que será culpa de ella? ¿Para qué nos habrá traído aquí?».

Bibi aprieta los labios mientras acaricia la mesa con cuidado. Hace tiempo que no prueba su café, aún humeante a su lado. Igual

se ha olvidado de que existe. Tampoco yo he vuelto al mío desde hace un rato. Aprovecho para darle un sorbo.

—¿Tienes idea de a qué se refería? —pregunto.

Blas tira de la manga de mi sudadera para que le preste atención.

«Miraba al cielo», ha escrito en su móvil.

—Sí —recuerdo—. Mientras lo decía, miraba al cielo.

Bibi sigue cavilando hasta que las caricias en la mesa pasan a ser arañazos. Juraría que respira con más agitación, aunque tampoco pondría la mano en el fuego. Exhala un largo suspiro antes de volver a tomar la palabra.

—Una vez, hace ya muchos años, estuve de fin de semana en una casa de campo. Cuando se hizo de noche y el cielo se llenó de estrellas, empecé a notar que me faltaba el aire. Un ataque de pánico, creo. Tuve que meterme dentro. Desde entonces, no salgo de la ciudad. Al menos, no cuando anochece. Aquí apenas hay estrellas por la contaminación lumínica. No sé por qué, pero no da miedo cuando faltan las estrellas.

Su experiencia me produce un escalofrío. No sé cuántos van ya, la verdad.

—¿No tienes ni idea de por qué fue? —insisto—. El ataque de pánico, digo.

Bibi alza las cejas como si estuviese despertando de un sueño. Después, niega con la cabeza mientras expulsa el aire.

—No sabría decirte —responde.

Por enésima vez desde que hemos entrado, llevo la vista hacia Blas, en plan pregunta. Por si hay algo que se me escape. Él compone una mueca con la cara y eso me basta para acordarme.

—Una última cosa y ya te dejamos tranquila, Bibi: la misma persona que atacó a Blas me soltó a mí una frase sin venir a cuento: «Una vez cada mil años». Solo eso. ¿Tienes idea de qué puede significar? ¿Sabes si pasó algo hace mil años?

—¿La caída del Imperio romano? —Soy incapaz de distinguir si bromea o habla en serio—. La historia no es lo mío. Sé que hay acromáticos que tienen, digamos, frases recurrentes metidas en la cabeza. Lo comentaban en el grupo al que fui. Y supongo que ese es

parte del motivo de que nos llamen «emisarios», muy a nuestro pesar, como si viniéramos con un mensaje bajo el brazo. Sin embargo, a mí nunca me ha pasado. —Se detiene un momento, antes de añadir, mientras hurga en la madera con la uña—: Aunque, a veces…

Silencio.

El reloj sigue marcando los segundos.

Tic, tac.

Tic, tac.

—¿A veces? —pregunto.

—A veces pienso que está enfadado. O que estuvo enfadado.

—¿Quién? —se me adelanta Blas. El escalofrío sube desde el estómago hasta la tráquea.

—No lo sé. Puede que no esté enfadado, sino triste. Puede que, en realidad…

Un par de lágrimas caen contra la mesa. Blas y yo buscamos explicaciones el uno en el otro.

—Lo siento —dice Bibi, secándose los ojos con la manga de la rebeca—. No sé qué me pasa.

—Perdona por hacerte tantas preguntas —me disculpo.

—No pasa nada —dice ella, para luego respirar hondo—. ¿Queréis algo más?

—No, no. Ya nos vamos. ¿Puedo ir al baño primero? —pregunto, antes de apurar el café de un solo trago.

—Claro —dice ella, señalando con la mano.

—Ahora vengo —le digo a Blas, que asiente con la cabeza como respuesta.

En realidad, me pregunto si esta escapada a mear no es más que un intento absurdo por volver al pasado que promete esta casa. Porque recuerdo haber recorrido este mismo camino más de una vez, cuando el váter parecía mucho más alto que ahora. El baño está justo como lo recuerdo. O sea, no es que lo recuerde; es solo que, al verlo, soy consciente de que está igual. Las cortinas de la bañera son nuevas. Por lo demás, todo es idéntico, hasta el espejo con relieves. El que sí que ha cambiado es el chico que aparece al otro lado. Hoy tiene la mirada cansada. Seguro que se le ve con menos

energía que hace ¿cuántos años? Ni se sabe. Aprovecho para recomponer la coleta, que se me está deshaciendo por un lado. Después, suelto el café por la pata de en medio y le doy a la cisterna. Me lavo las manos, sí.

Al salir, la vista se me pierde en la habitación que queda a la derecha. Tiene la luz encendida; ya estaba así cuando llegamos, de hecho. Ahora, gracias al ángulo que me ofrece el haber salido del baño, es imposible eludirla. Igual que no puedo escapar de su contenido, de algo muy concreto que cuelga de las paredes. Me reto a asomarme un poco más. Solo un poco más. Las emociones me desbordan y no sé si estoy furioso, histérico o muerto de miedo. Lo único que se repite en mi cabeza es la certeza de que voy a morir. De que vamos a morir. Tanto Blas como yo.

Trato de mantener la calma (dentro de lo posible) y llego a la cocina a base de zancadas. Cojo la chaqueta, que cuelga de la silla, y me la pongo a toda hostia.

—Vamos, Blas, que Rocío nos estará esperando —anuncio, casi tirando de sus hombros.

Solo espero que Bibi no perciba mis palabras todo lo atropelladas que a mí me suenan. Creo que se da cuenta. Ha fruncido el ceño, aunque solo sea una pizca.

Mierda.

Blas se levanta y se coloca la bómber sobre la sudadera. Yo tiro de él hacia la entrada.

—Venga, vamos —lo animo.

—Espera —protesta él.

—Ya vamos tarde, venga —insisto.

Me va a estallar la cabeza. Tengo la espalda empapada en sudor.

—Un momento, Édgar —es la primera vez que Bibi pronuncia hoy mi nombre. Me pone los pelos de punta.

—Gracias por todo —añado, escupiendo las frases, derramándolas sobre el mármol.

Agarro el tirador de la entrada y la puerta se abre. Gracias al cielo.

—Corre —le susurro a Blas.

—¡Édgar! —grita Bibi.

A partir de aquí, el resto es un puñetero caos. Los ojos captan la realidad a medias y todo lo que veo está borroso o fragmentado. Siento el peso de mi cuerpo con cada escalón que me acerco a la calle. Oigo el eco. Oigo unos pasos que no sé si nos pertenecen a nosotros. Blas no deja de correr. Siento que, en el rellano del tercero, quizá del segundo, sus ojos me buscan para pedir una respuesta. No hay tiempo para darla. Al llegar al primer piso, la luz brinda esperanza.

Solo uno más.

Solo un piso más y seremos libres.

—¡Joder, Édgar!

La voz de Bibiana. Se me hace imposible seguir llamándola Bibi.

No me detengo. Claro que no. No puedo hacerlo. Entonces todo habría acabado.

Los pulmones se me van a salir del pecho. Blas lleva la delantera. Tira de mi muñeca.

—¡Édgar, venid!

La planta baja.

Al fin estamos aquí.

Solo queda agarrar el pomo y tirar.

Y tirar.

Y tirar.

—¿Qué pasa? —pregunta Blas.

—No se abre.

Tiro y tiro y vuelvo a tirar. Estoy más cerca de quedarme con el pomo en la mano que de abrir la puerta.

—Es de las de interruptor —dice él.

Estoy aturdido. No puedo pensar. Cuando salgo del trance, pulso el que tengo a mi izquierda, pero resulta ser el de la luz. Entonces oigo el inconfundible chasquido metálico.

—Ya está —anuncia Blas.

Ahora sí, la puerta se abre. Blas es el primero en salir. Corre libre como una mariposa. Como un avestruz. Yo también podría hacerlo. De no ser por la mano que se aferra a mi muñeca. Noto el aliento de Bibiana en la nuca. Tibio. Como el café de Blas, que no ha

llegado a terminar. Él vuelve hacia mí. Yo me preparo para debatirme con mi captora.

Cuando llega la voz:

—Tu amigo se ha dejado el móvil.

Muy despacio, me vuelvo hacia Bibiana. Hacia Bibi. Hacia quienquiera que sea. Sus ojos son blancos e inquietantes. Me suelta la muñeca. Con la otra mano, me ofrece un teléfono que sin duda pertenece a Blas. Reconocería esa funda negra en cualquier parte.

—Ah —farfullo, y lo tomo entre los dedos.

—Supongo que has visto los cuadros —pronuncia ella. Y eso es justo lo que necesito para que se me encienda de nuevo la ira o lo que sea que esté mancillando mi cuerpo en estos momentos.

—¿Por qué coño lo has dibujado así? —gruño. Hoy soy como un perro rabioso. En mis ojos hay lágrimas; en mi garganta, también—. Está descuartizado y mutilado y…

No puedo seguir.

El llanto me come la voz.

—Nada de lo que diga te valdrá como respuesta —explica, con toda la calma del universo. Y yo no sé cómo esta tía puede estar tan tranquila—. Yo quería mucho a tu padre. Estuve toda la vida enamorada de él.

—Pues lo demuestras muy bien.

—Por cosas como esta es por lo que acudí al grupo de apoyo de acromáticos. Porque la gente como tú no puede entenderlo.

—¿Y por qué dejaste de ir? ¿Te echaron porque te cargaste al organizador? —Solo me falta escupirle a la cara.

—Nunca le hice daño a nadie y nunca se lo haré.

—Quiero que destruyas esos cuadros.

—No voy a hacerlo.

—¡Que lo hagas!

Noto un tirón en la manga de la chaqueta. Es Blas.

—Denúnciame —dice, la muy imbécil—. Que venga la policía y dictamine si estoy haciendo algo ilegal. No soy la primera artista que plasma la muerte en sus obras.

—Lo sabes, ¿no? —cuestiono, más gritando que hablando.

—¿Qué es lo que sé?

—Lo del fichero. Lo de que la policía no hace nada contra los emisarios.

—No sé de qué me hablas, Édgar. De verdad que no.

Aprieto los dientes.

Quiero gritar.

Quiero atizarle un puñetazo en la cara.

Quiero prender fuego a esa habitación y que la cara de mi padre deje de formar parte de esa pesadilla.

Blas tira de nuevo de mi chaqueta. Lo hace con más fuerza. Con más insistencia. Lo miro y lo veo como en ondulaciones, como si las palpitaciones que siento me llevaran a percibirlo solo a ratos.

—Vamos. Ven —dice.

Me vuelvo hacia Bibiana. La inmutable Bibiana. ¿Cómo puede mantener la compostura? ¿Cómo puede responder con semejante frialdad ante las aberraciones que ha compuesto y que exhibe en su dormitorio como si fueran un trofeo?

Blas sigue tirando.

Tira y yo lo sigo, con su móvil en la mano.

—Dame las llaves —dice Blas.

Ni siquiera pregunto por qué.

Me las saco del bolsillo y se las doy. Sin más. También su móvil.

Oigo el pitido de apertura. El coche está cerca. La puerta se abre, pero no es la del conductor, ni la del copiloto, sino la del asiento trasero. Blas me empuja dentro y se acomoda a mi lado. La puerta se cierra otra vez. El pitido. Estamos a salvo.

¿A salvo de qué?

Me va a estallar la cabeza.

Mis dedos se tensan cuando siento una mano apretarse contra la mía.

—Édgar.

La voz me hace fruncir el ceño.

—Édgar.

Es grave. Pero suave. Es agradable. Creo.

La mano me aprieta un poco más. Sus dedos se entrelazan con los míos y la unión es perfecta, como un puñetero puzle de dos piezas. La otra mano sube y me acaricia el brazo. Apenas debería

notarlo por encima de la chaqueta. Aun así, lo noto. Está ahí. Cada vez más cerca del hombro. Y hoy no me importa que llegue a ese punto.

—Ya no puede hacerte daño —me susurra—. Ni a ti ni a tu padre.

—Le está haciendo daño a él con esos cuadros que tiene en su habitación. Tú no los has visto. —La visión se me llena de ellos—. Tú no los has visto, Blas. Son los cuadros de una jodida enferma.

La mano me aprieta el brazo, justo por debajo del hombro. Me acaricia con cuidado.

—Ese no es tu padre —me recuerda—. Tu padre ya no está.

—¡Pues debería estar!

Y entonces todo sale. Las lágrimas. El llanto. Todo. Doy pena y ni siquiera puedo sentir vergüenza. Porque solo siento dolor y una presión en el pecho que no me puedo arrancar. Me dejo caer a un lado. Casi embisto a Blas en el pecho. Me aferro a su cuerpo y él recoge el mío. Me recoge a mí. Me envuelve como si fuese una burbuja y me acaricia el pelo. Noto su barbilla en la cabeza, posándose con suavidad. Me tiemblan los labios. Y la garganta. Tengo tanto frío que siento que voy a morir. O a estallar. La boca se me abre como en espasmos y parece que vaya a partirme un diente o dos. Los dedos de Blas me acarician allí donde me tocan.

Tengo los ojos cerrados.

Eso creo.

A veces veo negro; a veces, rojo.

Intento respirar hondo. Casi puedo oír la voz de Rocío susurrándome recomendaciones al oído. Cuando quiero darme cuenta, ya no estoy llorando. La piel me tira por debajo de los ojos.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Alzo la cabeza y me incorporo en el asiento. Blas se me queda mirando, los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. Tiene una mancha oscura en la ropa. Supongo que han sido mis lágrimas.

—Perdón —es lo único que me sale decir. Mi voz suena extraña, así que carraspeo un poco para arreglarlo. Él niega con gestos—. Y yo pensaba que Bibi… Bibiana —rectifico— estaba bien de la cabeza para ser una emisaria. Joder.

La mano de Blas me busca de nuevo. Sus dedos se enredan entre los míos. Yo observo durante varios segundos nuestra unión, para luego mirarlo directamente a él. En ese instante, retira el brazo de inmediato. Sin embargo, yo atrapo su mano de nuevo. *Bro*, si vas a consolarme, al menos no te arrepientas de hacerlo.

—No me apetece una mierda ir a la reunión de Más Que Voces —exhalo, mezcla de voz y resoplidos—. ¿Y si nos la saltamos?

Blas sonríe.

Justo me estoy rascando el lado izquierdo del cuello cuando suena el teléfono móvil.

Maravilloso.

Y lo peor de todo es que es Rocío, que parece que tenga cámaras y micrófonos en el coche.

—¿Qué pasa? —contesto.

—Poe, voy pilladísima de tiempo, a ver si puedes encargarte tú de la introducción de hoy.

—¿Yo? —gruño—. No tengo nada preparado. ¿Qué les voy a decir?

—Improvisa.

—Podías haberme avisado con tiempo.

—Dios, Poe, tengo la cocina inundada. Ya he cerrado la llave de paso y ahora estoy recogiendo agua. El fontanero no viene hasta mañana.

—Joder —respondo, más calmado—. Vale, pues yo me encargo.

—En media hora o tres cuartos, como mucho, estoy en casa de Jacinta.

—Venga, hasta ahora.

—Hasta ahora.

En el momento en que corto la llamada, me quedo mirando el teléfono como si esperase ver algo más. Como si la voz de Rocío me hubiese cambiado la vida. Yo qué sé. Lo dejo caer en el asiento y me froto la cara con las manos.

—Bueno, resulta que no nos podemos saltar la reunión —anuncio—. Al menos, yo no puedo. Y si yo no puedo, tú no te atreverás a dejarme solo, espero.

Blas sonríe de nuevo.

Más le vale dejar de hacerlo.

Más le vale dejar de enseñarme los dientes de una maldita vez.

—Por cierto, ni se te ocurra volver a llamarme Édgar.

—¿Qué? —la petición, más bien prohibición, lo pilla por sorpresa.

—Llámame Ed, como todo el mundo.

—¿Eddie? —pronuncia él, en plan desafiante.

Ahora soy yo el que sonríe.

—Ni se te ocurra llamarme Eddie.

—Vale, Eddie.

Rompo a reír.

Me encanta que me rete.

Me abalanzo sobre él hasta que se queda encogido en el asiento.

—Te voy a meter un paquete de pañuelos en la boca —lo amenazo.

Justo entonces, Blas se queda muy quieto, los ojos clavados en mí. Y me doy cuenta de pronto de la postura en que nos encontramos. Él, casi tumbado; yo, con la pierna hundida entre las suyas y sujetándole un brazo con la mano. El estómago presiona. El pulso se acelera. Empiezo a tener calor con la chaqueta puesta. Con la sudadera, incluso. Creo que me sobran las tres capas de ropa que llevo. Hago el amago de retirarme, pero Blas sujeta el filo de mi chaqueta por abajo. Me detengo de nuevo. Ahora mismo, sus ojos son más castaños que grises. Parece que estén encendidos.

Y yo no puedo resistirme más.

Me lanzo sobre él. Blas hace lo propio. Nuestros labios conectan como si ocultasen los extremos opuestos de un imán. Blas mete la lengua enseguida, así que yo aprovecho para hacerlo también; recorro con ella sus paletas, la ranura que dejan la una entre la otra. La sensación es tan intensa que se me atora en la garganta y siento que no puedo respirar.

Me separo de él.

—Espera, espera —le pido.

Pero vuelvo en su busca al cabo de un par de segundos, sin aire en los pulmones ni en la tráquea ni en ningún rincón de mi cuerpo.

Me la suda. Solo quiero sentirlo como llevo… ¿cuánto? ¿Cuánto tiempo llevo queriendo hacer esto? ¿Cuánto tiempo llevo queriendo abalanzarme sobre él y morder cada rincón habitable de su cuerpo?

Yo qué sé.

Cuando nos separamos, vete tú a saber cuántos segundos después (si es que no son ya minutos), me lo encuentro tumbado en el asiento, la cara enrojecida y jadeando como si estuviese al borde del agotamiento. Tengo que apretar los puños y respirar hondo para no arrojarme sobre él, para no hundir las manos en su abdomen, en su entrepierna o en cualquier lugar al que me lleven los dedos.

Me incorporo en el asiento. Yo también estoy jadeando y no sé cómo coño evitarlo. Blas enseguida me imita y los dos no quedamos aquí, sentados y mirando al suelo como si estuviésemos en un taxi esperando a que el tío de turno nos lleve de paseo.

—Perdón —me sale decir.

Blas se vuelve para mirarme.

Se descojona en mi cara.

Al principio me toca muchísimo los huevos, pero luego me contagia.

Y me río yo también.

—Deberíamos ir a la reunión —le recuerdo—. Ya es casi la hora.

Blas asiente con la cabeza.

Y volvemos a besarnos.

24
BLAS

Mientras Édgar conduce bajo el manto de una noche incipiente, yo, en el asiento del copiloto, vivo como en otro mundo. Mi cerebro aún no se ha ajustado a la nueva realidad; aunque, siendo sincero, ni siquiera sé cuál es. Ninguno de los dos abre la boca durante el trayecto; tampoco cuando nos encerramos entre las diminutas paredes del ascensor. Sin embargo, a lo largo de todo ese tiempo, mis labios no pueden dejar de sonreír.

Llegamos diez o quince minutos tarde a la cita de Más Que Voces, aunque tal vez eso sobre decirlo. Jacinta regaña a Édgar como lo haría una madre o una abuela, mas no falta el cariño, y parece que a nadie le importe de verdad el retraso. Todos se hallan ya dispuestos alrededor de las dos mesas, cubiertos por las enaguas y al calor del brasero, mientras picotean magdalenas, galletas de chocolate y un bizcocho que se ha vuelto a quemar por arriba.

—Yo no sé qué le pasa a mi horno —se queja la dueña de la casa—. Me trae por la calle de la amargura. ¡Crudo me salió el pollo el otro día! ¡Eso sí, por arriba, todo *chumascado*!

—Luego te lo miro yo, si quieres —se ofrece un hombre con poco pelo. Antonio, creo que se llama.

—Ay, no sabes la alegría que me das. ¿Tú sabes de hornos?

—Yo no, pero, por probar, que no quede.

Si dicen algo más, ya no soy capaz de asimilarlo. Me desligo de la realidad; lo poco que aún quedaba conectado a ella. Vuelvo a perderme en el interior del coche, en el sonido de la respiración, en el placer y en el calor que te azota el cuerpo como unas brasas al rojo vivo. Y ahí está otra vez.

La sonrisa.

Édgar se pone en pie y se dispone a dar por iniciada la velada. No se anda con rodeos: confiesa que no tiene nada preparado y que

improvisar no es lo suyo. Su amiga Rocío llega a los pocos minutos y se encarga de tomar el relevo, por suerte para él y por desgracia para mí (porque verlo aturdido, incómodo y luchando por lograr decir algo tiene un punto encantador). Hoy, sin embargo, no hablamos de permanencia, ni de soledad, ni de alzar la voz o dejar de hacerlo; Rocío utiliza el espacio para desahogarse sobre su problema con las cañerías, el mismo que le ha dejado inundada la cocina. Al final, consigue hilarlo con una reflexión sobre no sé qué de bailar bajo la lluvia. No soy capaz de captarlo. Primero es culpa de la sonrisa, del coche y de Édgar, que me lanza miradas furtivas cuando cree que no puedo verlo.

Después, como un relámpago que me sacude el cuerpo, es otra cosa.

La sonrisa desaparece. Y también Édgar y también todo. Aprieto los puños y me muerdo los labios, tratando de reprimir las ganas de llorar. Me acaricio los muslos con cuidado, mas ya no parecen míos. Se me antojan extraños. Monstruosos. Siento náuseas y una presión en la frente que no cesa. Intento respirar hondo, concentrarme en las palabras de Rocío, en las interjecciones de Jacinta, que siempre obran una sonrisa en los labios de la gente.

No puedo.

El sudor empieza a recorrerme la espalda y las axilas y las piernas. Aprieto los puños de nuevo. La imagen se repite una y otra vez en mi cabeza. Me tiemblan los labios. Oigo una carcajada. Varias. No sé quién ha sido el o la causante. Al final, no me queda más remedio que retirarme. Escribo un mensaje rápido en el móvil y se lo muestro al hombre que tengo al lado, cuyo nombre aún no me he grabado en la memoria.

«Voy un momento al baño».

Él asiente con la cabeza y sonríe.

Aunque más de uno se me queda mirando, no podría importarme menos. Recorro a tientas el piso de Jacinta; es la primera vez que tengo que ir al baño en esta casa. No puede ser muy difícil. Enfilo un largo pasillo que se me antoja oscuro y desapacible. Siento que va a tragarme. O tal vez sea un deseo, más que un temor. Si las fauces invisibles de esta casa me engulleran

hasta los huesos, quizá no tendría que lidiar con el pensamiento que me está devorando de una forma aún más dolorosa, del estómago a la garganta.

Lo encuentro al final del pasillo. El cuarto de baño, quiero decir. Enciendo la luz y me dispongo a cerrar la puerta tras de mí. Algo la detiene. Alguien. Édgar me observa y traga saliva. Cierra la puerta con cuidado, ya con nosotros dentro.

—¿Qué te pasa? —pregunta, en voz baja.

Niego con la cabeza.

Ni siquiera tengo que pensar antes de fingir.

—Sé que te pasa algo —insiste—. Llevo un rato viéndote raro.

Me tiemblan los labios.

—¿Qué te pasa? —Otra vez—. ¿Es por el beso? Joder, igual no tenía que haberme lanzado. Lo siento. Tampoco nos conocemos tanto, nos hemos visto, yo qué sé, cuatro o cinco veces, como mucho. Ha podido ser un tema de atracción física y ya está, no hace falta darle muchas…

—Cállate —lo interrumpo. Echo mano del bolsillo de los vaqueros, solo para descubrir que me he dejado el móvil en la mesa del salón, justo después de enseñarle el mensaje a quienquiera que estuviese a mi lado. A falta de texto, decido usar mi voz. Al fin y al cabo, ahora mismo, el desvanecimiento no me parece tan grave como los miedos que me pudren las entrañas—. Llevo queriendo hacerlo desde el día en que me ofreciste un pañuelo en el hospital. No es eso.

—¿Entonces?

Tomo aire.

Pensar en decirlo en voz alta me aterra de verdad.

Porque lo hará real.

Y ya no podré escapar, sin importar lo mucho que corra.

Bajo la tapa del retrete y me siento encima. Temo que las piernas me acaben arrojando al suelo si no lo hago.

—Hay… —murmuro—. Hay una cosa que no te he contado hasta ahora. Porque me daba miedo. Pero no he dejado de pensar en ello desde aquel… —el instinto me invita a maldecir con las peores palabras posibles; ninguna acude en mi ayuda— día.

—¿De qué hablas? —pregunta Édgar, cada vez más tenso, los brazos hacia atrás y las manos aferradas al borde del lavabo.

—El día en que el emisario me atacó, me contó algo más. No solo mencionó que sentía tener algo dentro.

—¿Qué más dijo? —El rostro de Édgar apenas muta. Tiene los ojos clavados en mí y soy capaz de percibir la avidez con la que ruega por mi respuesta.

—También lo vio dentro de mí. En el muslo derecho. Lo señaló y dijo: «¡Míralo, ahí está!».

Recordarlo todo en voz alta hace que los labios se me deshagan, que la voz se derrumbe y que las lágrimas se desplomen como si ya no quedara en los ojos nada por hacer. Édgar se vuelve blanco como un pedazo de cal. Yo mantengo la vista fija en él, suplicando, sin palabras, que me saque del pozo en el que he empezado a hundirme sin quererlo.

No puede.

Era evidente.

Ninguno de los dos tiene una rama o una cuerda lo bastante larga y robusta para salvarme del vacío.

—¿Y si tengo un gusano gigante creciendo dentro, Eddie? —Mi voz es más llanto que voz—. Uno como el que aparecía en los dibujos de Bibiana. ¿Y si me sale del estómago y me acaba matando como a la mujer de la foto?

Édgar no responde. Se aparta del lavabo y recorta unos centímetros la distancia que nos separa. Se agacha para quedar a mi altura, pues sigo sentado en la taza. Sus manos caen sobre mis muslos y noto que presiona el izquierdo primero, el derecho después.

—No tienes nada, Blas.

—No puedes saberlo —balbuceo, la mirada hundida en el suelo—. Yo tampoco le vi nada a él, pero, sabiendo lo que sabemos ahora, es muy posible que lo tuviera.

Édgar suspira. De un modo quizá inconsciente, sus dedos se deslizan por mis piernas hasta detenerse en la rodilla.

—Blas —pronuncia—. Escúchame. Mírame.

Alzo la vista y trato de contener los impulsos de mi respiración, que se ha convertido en una bomba de relojería. Édgar acerca la mano y me seca las lágrimas con los dedos.

—Ojalá tuviera un paquete de pañuelos —dice.

Incluso en mitad del caos, el comentario me hace reír. Quizá porque tenemos un rollo de papel higiénico colgando justo al lado.

—¿Para metérmelo en la boca? —alcanzo a preguntar.

—Para metértelo en la boca.

Vuelvo a reír.

Y, de algún modo, la risa duele aún más.

Porque ojalá fuera solo risa. Ojalá no viniese acompañada de…

De todo.

De gusanos gigantes que se cuelan en el cuerpo de la gente y de personas que se desvanecen al pronunciar una palabra en apariencia aleatoria. Ojalá todo fuera más fácil, en lugar de ser una mierda del tamaño de una capital de provincia.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta, de pronto.

—¿A dónde?

—A un lugar tranquilo.

Lo pienso un instante.

Solo un instante.

Y asiento con la cabeza.

25
ÉDGAR

Lo mire por donde lo mire, esto es un desastre. El día de hoy al completo ha sido como una puta montaña rusa, metida a su vez en plena mansión del terror. Cuando creía que al fin íbamos a bajarnos de la atracción, los cierres de seguridad apretaban de nuevo y el cacharro enfilaba la cuesta por segunda vez.

Joder.

Intento que no se me note, pero estoy hecho un asco. Tanto que por poco me meto en dirección prohibida dos veces; eso sin contar el tramo en el que he invadido el carril contrario. Por mucho que luche por esconderlo, sé que Blas se da cuenta. Me mira de reojo. Yo no lo hago. Me concentro en conducir, que está visto que hoy no es mi fuerte. Cuando al fin llegamos al lugar, no sé si lo que vivo es real, un sueño o una puñetera pesadilla. Hay una parte de mí que no deja de pensar que voy a despertar de golpe, como cuando sueñas que te caes y el corazón te da un vuelco y te acojonas vivo. Dejo el coche en la calle de atrás, que es aún más oscura que la de delante, pero que siempre va sobrada de aparcamientos. Puede que hasta vaya sobrada de drogadictos y de gente que te apuñala por un par de billetes, pero, eh, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

Antes de salir del coche, cojo la llave. No la del coche. No la de casa. La otra llave. La que guardo junto al freno de mano para tenerla siempre al alcance. Nada más bajar, me abrocho la cremallera de la chaqueta y me guardo las manos en los bolsillos. Blas me sigue de cerca; yo me ocupo de que así sea. No le quito ojo de encima. La calle está en completo silencio, a oscuras por la ausencia indiscriminada de farolas y con un viento que te sopla en la cara con semejante fuerza que tendría que ser ilegal. Por eso me alegro aún más cuando me planto frente a la persiana bajada.

—¿Aquí? —pregunta Blas.

—Aquí —confirmo, al tiempo que meto la llave.

El traqueteo de la persiana se carga de un plumazo toda la calma de la calle. Con el rabillo del ojo, me parece ver algo salir disparado hacia alguna parte. Esta zona siempre ha sido un nido de gatos.

No levanto la persiana del todo, solo lo justo y necesario para que podamos entrar agachados. Invito a Blas a que pase primero. Luego voy yo. Dentro no se ve nada y la claridad de la calle (nula, por cierto) no ayuda. Cuando pulso el interruptor, se hace la luz, pero el espacio se llena también de sombras que mordisquean como monstruos. Hay demasiados trastos. Los asientos de un coche aún yacen en el suelo, ennegrecido por la mezcla constante de grasa y neumáticos. El silencio regresa en el momento en que bajo de nuevo la persiana. Me sacudo las manos y el sonido se me hace distinto. Suena a eco, a olvido y a nostalgia.

Yo qué sé.

Blas se me queda mirando, imagino que portando una pregunta en los labios entreabiertos.

—Trabajé aquí algún tiempo —explico, mientras echo un vistazo a mi alrededor. Neumáticos, herramientas, espejos retrovisores, la puerta de una berlina apoyada contra la pared—. Con diecisiete años —añado, y suelto el aire como en una carcajada—. No tenía ni contrato. Me quedé con una llave cuando dejé el curro.

Los ojos de Blas se llenan de preocupación. Al principio, estoy seguro de que abrirá la boca para escupirme su inquietud, pero se ve que lo que sea que lo haya impulsado a hablar en el cuarto de baño de Jacinta ya no lo acompaña. En su lugar, saca el móvil y me escribe un mensaje.

«¿Seguro que está bien que vengamos?».

Trago saliva antes de decir:

—Es el taller de mi tío. Y ya no puede hacer nada por echarnos.

De nuevo, silencio.

El peso de mi afirmación lo aplasta todo.

Me acerco a una de las estanterías de hierro y agarro una llave inglesa. Todo inercia. Nada más, nada menos. Noto un dedo en mi

espalda y me vuelvo hacia Blas, que ya me tiene preparado otro escrito.

«¿Se desvaneció?».

—¿Mi tío? No. —Tengo que volver a sacudirme las manos al soltar la herramienta; va hasta arriba de polvo, la muy cabrona—. Era alcohólico. Solo pasó lo que tenía que pasar.

Blas arruga las cejas y agacha la mirada. Aprieta los labios antes de ponerse manos a la obra de nuevo:

«¿Por eso no bebes?».

Me sale reír.

—Puede —admito.

«¿No se quedó nadie con el taller? ¿No pudiste quedártelo tú?».

—¿Yo? No sé nada de reparaciones. Solo cogía el teléfono, pillaba citas y poco más. Además, hacía ya tiempo que lo había dejado cuando mi tío la palmó.

Blas estudia con atención el contenido de este sitio. Cosa difícil, de todas formas, entre el desorden y la poca luz. No creo que este lugar signifique nada para nadie que no haya estado aquí antes. Cuando todavía tenía sentido. Cuando aún albergaba cierto propósito.

«¿No serviría para celebrar las reuniones de Más Que Voces? En caso de que Jacinta se canse de ofrecer su casa».

Compongo una mueca de asco al leer su sugerencia.

—¿Esto? Nah, está lleno de trastos y huele raro. Además, ahora es de mi tía y de mi primo. Yo ni siquiera tendría que guardar una llave.

—¿Por qué la guardas? —Me sorprende que lo haya pronunciado en voz alta. Y me alegra.

—Ven.

Sin decir más, lo guío hasta el pequeño despacho que hay encajado en el lado izquierdo, provisto de una enorme cristalera que vigila la parte delantera del taller. Aquí ya no hay mucho. Un radiador, una maceta de plástico y un escritorio que, a diferencia del resto del sitio, sí ha sido limpiado a conciencia, quizá para evitar dejar a la vista documentos de valor. Solo queda un lapicero con dos bolígrafos y un monitor tirando a antiguo. No está conectado a nada.

Ya no. Pero hay una cosa más aquí dentro que destaca bajo la luz espesa y amarillenta del fluorescente del techo: un sofá de cuero vencido por los años, pero igualmente cómodo. Voy directo hacia él y dejo caer el culo en plan bomba.

—A veces, cuando estoy hasta los huevos de mis hermanos, vengo aquí a dormir —explico, después de acomodarme sobre el cojín y contra el respaldo—. Es terapéutico. Un día fuera de casa y ya me siento mejor.

—¿Y por qué me has traído? —pregunta, de nuevo usando su voz.

Sonrío.

La boca me tiembla una pizca en el extremo.

—Para que durmamos juntos, si quieres.

No responde.

Tan solo juega con los labios.

—Ven, siéntate —lo invito. Pero como no se decide, me levanto y lo llevo casi a rastras hasta el sofá. Nada más sentarse, se apoya en sus muslos y planta la mirada en el suelo. Suspira o resopla, no sé cuál de las dos—. Oye —lo llamo. Quiero que me mire. Y por fin lo hace—. Escúchame, Blasito. Porque, si tú me vas a llamar Eddie, yo te voy a llamar Blasito, y no puedes hacer nada para impedirlo. —Me detengo un momento. Planto el dedo índice sobre su pecho. Se hunde en la chaqueta que aún lleva puesta—. No tienes nada dentro —le aseguro—. Da igual lo que dijera ese capullo. ¿No te has fijado en qué tienen en común los tres presuntos casos de «gente con cosas dentro»?

Blas se lo piensa. Acaba asintiendo con la cabeza.

—¿Ves? Los tres eran emisarios —le recuerdo—. Demasiada casualidad, ¿o no? Que el pavo ese te señalara el muslo y dijera que veía algo ahí pudo ser parte de su locura. Fácil. Ya has visto a Bibi. —Chasqueo la lengua al pronunciar ese nombre—. A Bibiana. Parece normal y luego resulta que tiene el dormitorio plagado de cuadros de mi padre desmembrado. No puedes fiarte del criterio de alguien así. No están bien. Además, *bro*, si tuvieras algo dentro, lo habrías notado. Igual que lo notó el imbécil que te atacó y el que aparecía

en el testimonio ese que vi en internet. No lo has sentido, ¿a que no?

Mira, no voy ni a intentar describir el alivio que siento cuando niega con la cabeza.

Porque puede que él esté preocupado, y con razón, o sea, es su vida, pero yo tengo una cantidad de ansiedad en el cuerpo que parece que sea yo el posible criadero de gusanos. Eso ha sonado de pena, vale; ya es tarde para echarse atrás.

—Perfecto —respondo, y él trata de sonreír. Eso me gusta. Que sonría o que lo intente. Cuando le sale mal es mejor. Yo qué sé. Cosas mías. El caso es que ver que se le abren los labios solo por un lado y que le asoma un colmillo y la mitad de una paleta tiene su punto—. ¿Estás más tranquilo ya o no? —insisto.

Blas se encoge de hombros.

Escribe algo en su teléfono y me lo enseña.

«¿Con cuál de las opciones me llevo un beso?».

Suelto el aire en plan sarcástico.

—¿El beso? Ni idea. ¿El paquete de pañuelos en la boca? Con las dos.

Sonríe. Ahora lo hace bien. También tiene su encanto, oye. No sé si prefiero que lo haga bien o mal.

—Antes… —murmura, pero se ve que se arrepiente a mitad de camino y el resto me llega en formato texto.

«Antes has dicho que lo nuestro era simple atracción física».

Chasqueo la lengua.

Vale, no voy a mentir: sabía que estas palabras iban a volver para darme tremenda hostia. Tomo aire y me revuelvo en el asiento. Le rozo el muslo en el proceso; eso ha sido sin querer.

—No, o sea… —intento explicarme, rascándome el cuello con la diestra—. Es que no nos conocemos. Llevamos mucho viéndonos por el tema de la rehabilitación, pero lo que es hablar y tal…

—Para mí no es solo físico —pronuncia, con una firmeza que me aturde. Aun así, puedo verle el corazón pulsando contra su garganta. ¿Se pondrá así cada vez que habla o solo le ocurre ahora?—. Vale que tengo ganas de saltarte encima prácticamente desde que te vi —joder con el niño, no se corta un pelo—, pero siento una, no sé,

conexión cada vez que estoy contigo. Me siento bien. Me siento a salvo.

No sé qué responder, así que suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Solo lo dices porque impedí que aquel capullo te apuñalara.

—No —niega él, rotundo—. Lo sentí el día en que me puse a llorar en la sala de espera del hospital y tú me hiciste reír con una de tus estupideces. Lo sentí cuando me acompañaste a poner la denuncia y cuando cenamos en el TopeBurger. Y lo sentí cuando subimos al mirador y nos metimos en el coche para refugiarnos del frío. Aunque supongo que solo lo he sentido yo.

No sé si parece enfadado o decepcionado. Podría intentar averiguarlo, pero estoy demasiado ocupado apartando la mirada. El despacho se llena de silencios y la saliva suena rara en mi boca. Suena demasiado. La odio. Juego con un hilo suelto de mis vaqueros y hasta me da por pensar que voy a encontrar la respuesta si sigo tirando. Lo único que voy a encontrar es un agujero del tamaño de Singapur.

—No lo sentiste solo tú —admito, casi gruñendo y con una voz que suena a cualquiera menos a mí—. Pero, joder, quiero decir que, sea como sea, no tenemos que forzarnos a nada. No nos conocemos bien, podemos seguir a lo nuestro, sin hacerlo raro.

Blas se me queda mirando, muy serio, componiendo una mueca con la que, intuyo, está valorando mi estupidez en una escala del uno al diez.

—¿Qué pasa? —refunfuño.

Blas se toma unos segundos para escribir.

«Me has traído aquí para que durmamos juntos».

—¿Y qué?

«¿Eso no es hacerlo raro?».

Resoplo y me retrepo de nuevo en el sofá.

—*Bro*, no me estás entendiendo.

«La verdad es que no», admite. «¿Quieres sexo sin compromiso? ¿A eso te refieres con seguir a lo nuestro sin forzarnos a nada?».

Su pregunta me enciende toda la cara.

—¡Cómo voy a querer eso! —grito—. ¡No te he traído aquí para follar!

Él me mira con fijeza, asiente y redacta una nueva respuesta:

«O sea, que quieres que durmamos en plan acurrucaditos y eso».

—¿Ves? Ya lo estás haciendo raro.

—Tú sí que eres raro —protesta en voz alta.

—No te soporto. ¿Quieres dormir conmigo o no?

—Supongo que sí.

—¿Cómo que supones?

Al fin, se echa a reír.

—Claro que quiero —dice.

Aprieto los dientes. Y gruño.

—En serio, eres inaguantable —le digo, y lo empujo contra el sofá hasta dejarlo acostado contra los cojines. Con una mano, lo mantengo sujeto; con la otra, recojo sus piernas para pasarlas por encima de mis muslos y más allá del reposabrazos. Ahora sí, me inclino sobre él y coloco todos mis dedos sobre sus hombros. Vale, pillado, todo esto es una excusa para poder tocarlo. Venga, juzgadme todos, blablablá, lo que vosotros queráis. El caso es que esperaba intimidarlo un poco, pero resulta que se me queda mirando con una sonrisa tranquila que a mí me da la vida—. No te aguanto —le recuerdo, pero no puedo dejar de sonreír.

Sin apenas inmutarse, él extiende el brazo y me agarra el cuello de la chaqueta. Tira de mí y yo acabo encajado entre Blas y el respaldo del sofá, con los pies aún en el suelo. No se está mal aquí, sin contar que tengo su chaqueta en la cara y vislumbro un futuro probable de muerte por asfixia. Por lo demás, oye, cinco estrellas en Amazon. Además, tenemos que ir acostumbrándonos a esto; es lo que nos espera si vamos a dormir juntos en este sofá.

No sé cómo se las apaña Blas para teclear algo en su teléfono. Tengo que asomar la cabeza por encima de su chaqueta para poder leer lo que pone.

«En una escala de helado de vainilla a helado de menta, ¿cómo de inaguantable soy?».

—Dios, ¿ves? —exhalo—. Por cosas como esta eres inaguantable. ¿Qué mierda de escala es esa?

Blas rompe a reír. El cuerpo entero le vibra y me transmite a mí esa vibración.

Me encanta.

Pero que nadie se lo cuente.

—Vale —contraataco—, en una escala de batido de proteínas a ensalada del TopeBurger, ¿cuánto me aguantas tú a mí?

Blas reflexiona un instante. Sus labios zumban y, de nuevo, lo siento en el pecho y en el corazón.

—Batido —responde.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que me aguantas mucho o que me aguantas poco?

Se encoge de hombros. Me mueve la cabeza en el proceso.

Entonces me incorporo de golpe. Dejo sus piernas donde están, eso sí. No me molesta que me pasen por encima de los muslos. De hecho, me molestaría más que no lo hicieran.

—Hablando del TopeBurger —digo—, tendríamos que pedir la cena.

Blas escribe con rapidez:

«¿Al TopeBurger?».

—No, imbécil. A un sitio decente. A uno donde tengan ensaladas, que el niño nos ha salido especialito.

Él sonríe.

«Me vale carne o pescado a la plancha».

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro, porque estoy seguro de que en la mayoría de los sitios de comida para llevar te pueden traer una puta lubina a tu casa.

«Conozco un par», escribe.

—Y será verdad —respondo, sarcástico.

No sé por qué se ríe.

¿Habla en serio o está de coña?

Aún sigue tumbado boca arriba en el sofá y verlo así hace que me hierva el impulso de volver a lanzarme sobre él. ¿Por qué tiene que ser… así? Con ese pelo castaño y esos ojos preciosos y esas

paletas ligeramente separadas y ese cuerpo de atleta. Podría tirarme así el día entero. También tiene un par de pecas en la mejilla derecha. No sé desde cuándo lo sé, pero eso es lo de menos. No estamos aquí para hablar de cuánto rato me he pasado estudiando su cara.

Durante un instante, no sé dónde estoy; al siguiente, el calcetín de Blas está frotándome el pecho. Se ha quitado las deportivas usando solo sus pies y ahora se está tomando unas confianzas que flipas conmigo.

No le digáis que esto también me gusta.

Le agarro el pie y echo un vistazo a su teléfono; resulta que solo quería llamar mi atención. Hay un mensaje.

«¿No hará demasiado frío para dormir aquí?».

Señalo el radiador que hay en una esquina de la habitación.

—Con eso es más que suficiente —afirmo—. No es la primera vez que vengo en pleno invierno.

«¿Por qué siguen pagando la luz de este sitio?».

Me encojo de hombros.

—Creo que cuesta menos mantenerla que quitarla y tener que ponerla después. Es menos lío. Mi tía todavía no sabe qué hará con el taller, si lo van a vender, si lo van a aprovechar…

«Yo montaría un gimnasio», dice. «Para mí».

—Estás obsesionado —le suelto, al tiempo que tiro de uno de sus pies. Lo hago con la fuerza suficiente como para arrastrarlo unos centímetros. Él solo sonríe. Y me encanta la forma de su pelo contra los cojines. Dios. ¿Qué me pasa? Debería cortárselo un poco. Le ha crecido bastante. O sea, no llega a mi nivel, pero le ha crecido. Sobre todo el flequillo. Que se lo corte. O no. Me gusta así.

Lo que no le digo, vete tú a saber por qué, es que la idea del gimnasio no está tan mal. Y que yo también podría usarlo para algo muy concreto.

Qué tontería. Claro que sé por qué no se lo cuento.

«¿Qué pondrías tú?», me pregunta con su móvil.

—Yo qué sé.

«Habrá algo que te guste. Aparte de los Pokémon, que asumo que eres fan, teniendo en cuenta que me llamaste Snorlax».

Me rasco el cuello unos segundos.

—Me gustan los Pokémon, sí, ¿qué pasa?

Él niega con la cabeza.

«¿Qué más te gusta?».

—Yo qué sé —insisto—. Los…, los drones.

«¿Los drones?».

Al fin, recoge los pies y vuelve a sentarse en el sofá. Lo hace sobre sus propias piernas cruzadas y apuntando directamente hacia mí.

—Sí, los drones —gruño, incómodo—. Me gusta que les pongan una cámara y los hagan volar alto o que los metan en cuevas y en sitios a los que no podemos llegar. No sé… —farfullo—. Mola. Está guay ver cosas desde posiciones imposibles para nosotros.

Blas no responde, ni hablado ni escrito, pero me observa fijamente sin dar señales de que vaya a parar.

—¿Qué? —pregunto, para sacarlo del trance.

Él teclea en su teléfono.

«¿Quieres que veamos uno de esos vídeos ahora?».

Frunzo el ceño.

—No —respondo, tajante—. No lo vas a entender. Te vas a reír de mí.

—No —dice él.

«No me voy a reír», añade por escrito.

Aprieto los labios.

Suspiro.

—Bueno, primero vamos a pedir la cena.

Nos lleva casi media hora elegir el sitio y el menú. Blas es una pesadilla a la hora de comer. Nos decantamos por un restaurante chino que hay a dos manzanas y solo porque sirven pescados al horno. Yo me pido una hamburguesa, pues se ve que el chino es bastante internacional y a mí se me ha antojado una con tanta charla sobre el TopeBurger.

Una vez que doy por zanjado el pedido y vuelvo al sofá, me fijo de refilón en el móvil de Blas. Estoy a punto de apartar la mirada cuando me detengo a mirarlo bien.

Es una búsqueda en Google:

«Cómo saber si tengo algo creciendo dentro».

—Oye, ¿qué haces? —le pregunto.

Él me mira un instante. Después, desvía la vista hacia el suelo. Cuando creo que hará como si no hubiese ocurrido nada, deja el teléfono en el sofá y se abraza a mi cuerpo con todas sus fuerzas, enterrando la cara en mi pecho.

Yo exhalo un hondo suspiro.

Y lo abrazo con fuerza también.

26
BLAS

Llego tarde.

Se me ha echado el tiempo encima, culpa, casi con toda seguridad, de haber pasado la noche con Édgar. Él se ofrece a llevarme, pero yo decido pillar un taxi, pues algo me dice que tardaré menos de ese modo que si tengo que esperar a que él se espabile, por muy agradable que sea verlo bostezar y rascarse el estómago por debajo de la camiseta. La facultad está como siempre. Hoy brilla un sol espléndido y hasta las nubes de mosquitos han salido a pasear, revoloteando sobre los jardines aledaños como si fuesen orbes de luz. Voy directo a clase de Idioma Moderno, pues a la de Novela deben de quedarle cinco minutos, todo lo más. Cuál es mi satisfacción al descubrir que he tenido la fortuna de compartir espacio vital con Sebas, que está justo ahí, esperando en el pasillo, la espalda contra la pared y una mirada que es de todo menos pacifista. Nunca me ha caído demasiado bien el chico. Es una de esas criaturas que parecen más propias de los institutos que de las universidades; lleva no sé si uno o dos cursos de retraso y nadie sabe muy bien qué hace aquí, además de ejercer de lobo solitario y generar conflictos allá donde va, sobre todo si se te cuela en un trabajo en grupo.

Contengo un suspiro al verlo. Poco más puedo hacer.

Como él, me acomodo contra la pared y saco el móvil para fingir una ocupación que no existe en realidad. Justo acaba de saltarme una noticia sobre un huracán en Jamaica cuando oigo la voz.

—¿Qué es eso?

Levanto la vista y me encuentro a Sebas con el ceño fruncido. Me sorprende aún más el hecho de que haya hablado en voz alta, teniendo en cuenta que se pasa el día dándole el coñazo a la gente

con su aplicación de texto a voz y encontrando diversión donde solo hay decadencia y mal gusto.

—¿Qué? —pronuncio.

No responde. Tan solo me señala con la mano. Yo agacho la cabeza y me quedo mirando el brazo izquierdo por encima de la bómber. Después, presa de una inquietud que no sabría traducir a palabras, me subo la ropa hasta la altura del codo. Me cuesta un par de segundos encontrarlo. Es solo una pequeña ondulación. Como una vena inflamada bajo la piel.

Solo que no es una vena inflamada.

Cuando presiono con el dedo, la ondulación se mueve, se desliza fuera de mi alcance.

Y entonces me despierto.

Empapado en sudor. El corazón, una bomba en ciernes.

Lo primero que hago es remangarme el brazo izquierdo para comprobar que no hay nada, ni un ligero desnivel ni cualquier matiz que se salga de lo ordinario, por trivial que pueda parecer. Después, repito el proceso con el derecho. El alivio que siento es indescriptible. Aun así, hay una pequeña parte de mí que sigue hecha un manojo de pánico.

—Dime que por fin te has despertado —oigo.

—¿Qué?

—Llevo veinte minutos aquí atrapado —gruñe Édgar, a mi espalda, emparedado entre mi cuerpo y el respaldo del sofá—. No quería despertarte.

Y, de pronto, el corazón me da un vuelco por razones que nada tienen que ver con gusanos bajo la piel.

—¿Qué hora es? —pregunto. Édgar forcejea a mi espalda, supongo que tratando de sacar el móvil de donde sea que lo tenga guardado; tardo menos en recoger el mío del suelo y comprobar que son las diez y media pasadas—. Mierda, me he dormido —exclamo, y me pongo en pie de golpe. Poco me falta para tropezar con la deportiva de Édgar en el proceso—. ¡Te dije que tenía clase! ¿Por qué no me has despertado?

El alarmismo es palpable en su rostro.

—Hostia, perdón. Se me ha ido por completo.

—Joder —gruño, más para dentro que para fuera.

Así es, le comenté que tenía que madrugar justo antes de que nos pusiéramos uno de esos vídeos de drones que le gustan a él. Al principio se le notaba tenso, supongo que por temor a que pudiera juzgarlo; después se relajó y, aunque no comentaba demasiado, había algo mágico y cautivador en la forma en que contemplaba la pantalla de su móvil, como si esos vídeos fuesen una puerta a un mundo que no tiene cabida fuera de los sueños. Y supongo que por eso vimos uno y luego otro y uno más para terminar. El primero era de un bosque de Canadá; el segundo, de una grieta en Guatemala; el último, de un edificio abandonado en algún pueblo de Estados Unidos. De ahí pasamos a los vídeos de gatos y a ese en el que aparece un perro y un pato que son amigos inseparables. La última vez que miré el reloj eran las cuatro y media de la mañana y yo, hombre de fe, estaba convencido de que me levantaría a las ocho en punto para llegar a la clase de las ocho y media.

—¿Por qué no ha sonado la alarma? —pregunto.

—¿La qué? —masculla Édgar, aturdido—. Ah, creo que la he oído. Me da que la has parado y has seguido durmiendo.

—Joder.

Diría que me visto a toda prisa, pero lo único que tengo que hacer es ponerme las deportivas y la chaqueta que yace en el respaldo del sofá. Édgar reacciona por fin: se queda sentado en el cojín y bosteza mientras se rasca el lateral de la cabeza con la mano.

—¿Me llevas? —le pido, al tiempo que apilo de manera apresurada los recipientes de plástico de la cena de ayer.

—¿Cómo? Ah, sí, claro.

—Tengo que pasar antes por casa para coger la mochila.

—Igual está mal que diga esto, pero me gusta verte agobiado. Siempre te da por hablar.

—Joder, Eddie.

Y quizá el «Eddie» hace que parezca juguetón y adorable, pero me toca bastante las narices que se lo tome tan a la ligera. Ya bastante trabajo me cuesta renunciar a la escritura para ahorrar tiempo.

En el camino del taller a mi casa y de mi casa a la facultad, apenas abrimos la boca. En lo que a mí respecta, estoy más preocupado por las consecuencias de haberme saltado Idioma Moderno que por lo que sea que suceda en este coche. Si otras veces este lugar me ha parecido un santuario y una fortaleza impenetrable, hoy es una alfombra ardiendo de la que tengo que escapar lo más pronto posible.

Antes de que el Ford de Édgar se detenga, yo ya me he quitado el cinturón y estoy preparado para abrir la puerta de un tirón.

Me detiene su voz:

—¿Sigue en pie lo de hoy?

Me vuelvo hacia él, desconcertado.

—¿Qué?

—Hoy es martes —me recuerda—. Dijiste que nos veríamos el martes para seguir practicando.

Me debato entre alzar la voz para ahorrar tiempo o tirar de la vía segura.

Y tiro de la vía segura: el móvil.

«Sí, pero tiene que ser temprano. Luego me gustaría ir a entrenar».

—¿A las seis?

«Cinco, mejor».

—Va. Te recojo en coche y vamos al mirador, si quieres. Por si te resulta «inspirador» —recita, con palpable retintín. Sin embargo, con solo ver su sonrisa, mis labios esbozan una también.

Y así, mientras doy zancadas en dirección a la facultad y Édgar se aleja con su coche por la amplia avenida que conecta con el centro de la ciudad, no dejo de anhelar que nuestra primera noche juntos hubiese acontecido de otra forma, sin la urgencia que ahora reina sobre mi estómago. Habría estado bien despertar sintiendo el calor de un cuerpo a mi lado, regalarnos miradas atontadas por el sueño, remolonear en el sofá y quizá tomar el desayuno en algún bar de la zona. Todo ha sido tan repentino, tanto la unión como la despedida, que ni mi cuerpo ni mi cerebro conocen aún las reglas a las que atenerse.

¿Qué somos?

¿Qué estamos haciendo?

Cuando me planto frente al aula de Novela, ya son más de las once, así que decido dejarlo pasar en lugar de irrumpir en una clase a medias. De todas formas, hoy tocaba repaso para el parcial del jueves, así que tampoco es que vaya a perderme temario. Opto por matar el tiempo estudiando en la biblioteca. Mientras cruzo el pasillo, eso sí, una parte de mí permanece alerta, pensando que Sebas pueda aparecer en cualquier momento, al igual que sucedió en mi sueño. Y, a pesar de que eso no sucede, más de una vez acabo revisándome los brazos para confirmar que no hay nada en ellos.

Por lo demás, todo transcurre como de costumbre. En la facultad y en casa.

A las cinco, Édgar y yo subimos en coche al mirador. A esta hora aún hay luz y podemos salir al exterior y sentarnos en los bancos. Nos dedicamos a repasar mi lista de palabras: añadimos varios términos a la lista de palabras que estoy seguro de haber usado alguna vez. Quiero avanzar rápido, así que me ayuda a formar frases sencillas con lo que tenemos. La cuestión es que, una vez que he utilizado una palabra, ya puedo estar seguro de que esa no es *mi* palabra, *ergo* es seguro servirme de ella todas las veces que quiera.

Esa es la teoría, al menos. En la práctica, alzar la voz se me sigue antojando retar al infarto. Y peor: al destino.

Un poco después de las siete, nos subimos de nuevo al Ford de Édgar para volver a la ciudad y, en concreto, al polideportivo. Espero que nos despidamos con un beso o alguna otra muestra de afecto, mas no hay nada que se le parezca. Ninguno de los dos da el paso, a pesar de que el silencio incómodo, ese que se extiende más de lo debido, nos apremia a hacerlo. De hecho, no nos hemos besado en las dos horas que hemos compartido esta tarde; tampoco hemos traspasado la línea de la amistad y evocado una serie de acciones que ya hemos emprendido en las últimas veinticuatro horas.

Lo cual no solo me desmoraliza.

También me asusta.

Quedamos en hablar, en términos generales, sin fijar día ni hora a un futuro encuentro. A unas malas, supongo que el jueves lo veré en la reunión de Más Que Voces, grupo al que no sé por qué nadie

ha apodado ya MQV, aunque ahora que acabo de pensarlo, me da que diciéndolo en voz alta no es que se ahorre demasiado tiempo. La cuestión es que no estoy de humor cuando salgo de los vestuarios, ya embutido en el chándal de rigor, hacia la pista de atletismo. Bea enseguida me divisa en la distancia; me saluda con la mano y corre hacia mí.

Se me pone un nudo en el estómago.

Nos abrazamos y nos preguntamos con los gestos de cabeza habituales. Las sonrisas y los encogimientos de hombros suelen ser buena señal, dentro de lo que cabe. Y así, sin más dilación, nos ponemos manos a la obra. Ella sigue con lo suyo; yo caliento un poco antes de unirme a la carrera. Al cabo de un rato, nos turnamos para cronometrar nuestras vueltas completas a la pista. Por lo general, y aunque esto es algo que no me gusta reconocer de manera abierta, mis marcas son mejores que las suyas. Hoy no lo son. Y sé, por la forma que tiene mi amiga de mirarme, que ya empieza a sospechar que algo no acaba de ir bien conmigo. Quizá por eso propone, más pronto que tarde, que nos tomemos un descanso bajo la única encina del recinto. El banco está ocupado por unos adolescentes, así que nos quedamos de pie, al otro lado del tronco.

Sacamos los móviles entre jadeos.

Bea
Estás bien???
Te noto un poco en off

Blas
Sí
Algo distraído
Están pasando muchas cosas últimamente

Bea
Espero que buenas

Blas
Eso creo
La relación con mi padre ha mejorado
En plan, mucho
Y ayer me besé con Édgar

Los ojos de Bea se abren como platos. Por desgracia, sé que su reacción es fingida. O tal vez medida. Sé que sus cejas no se alzan todo lo que podrían; porque sé que mi amiga es astuta y va más allá, que analiza el árbol al completo, de la raíz a la copa, en busca de todas las ramificaciones que el evento pueda acarrear. Por eso su sonrisa no me vale; por eso solo consigue apretar aún más el nudo que tengo en el abdomen.

Bea
Oleeee
Enhorabuena chiquiiiii
No sabes cuánto me alegro
Y qué tal?

Blas
Bien
Supongo
Aunque…

—También estoy intentando acostumbrarme a hablar —confieso.

No se asombra todo lo que yo esperaba. De hecho, no lo hace, sin más. Se limita a observarme con fijeza. En el fondo, tanto ella como yo lo sabíamos. Yo sabía que mi amiga había previsto este giro de los acontecimientos acaso antes de haberlo vaticinado yo mismo. Quizá cuando se encontró la tarjeta de Más Que Voces sobre el escritorio de mi cuarto. Quizá mucho antes de eso, al conocerme y ver en mis ojos un ansia de libertad que, tarde o temprano, acabaría rompiendo la jaula que la encerraba. Tal vez Bea ya sabía, al desnudar nuestras almas el uno con el otro en uno de nuestros primeros encuentros, que esta unión tenía fecha de caducidad.

Sus ojos brillan en la noche, a la luz de los focos de la pista. Los míos se humedecen y algo dentro de mí se afana en impedir que las lágrimas escapen de dentro.

Blas
No hace falta que dejemos de vernos
Ni de hablar

Bea coloca su mano sobre la pantalla de mi teléfono, con suavidad, quizá en un intento de que deje de esforzarme. Yo me zafo de sus dedos y continúo tecleando a toda prisa.

Blas
Te das cuenta de que vas a renunciar a mí voluntariamente?
Solo por miedo a la POSIBILIDAD de que acabes perdiéndome en el futuro
Qué sentido tiene eso?

Mi amiga suspira a mi lado. Se lleva las manos a la cara y es así como descubro que sus dedos tiemblan sin remedio. Alcanzo a vislumbrar el centelleo de una lágrima resbalando por su mejilla.

Su respuesta se demora.

Antes de volver al móvil, tiene que secarse los ojos con el dorso de los dedos.

Bea
No puedo
Sabes que no puedo
No puedo vivir lo de Marcos otra vez
Se desvaneció delante de mí, Blas
Vi cómo su cuerpo se…
Se desmoronaba, joder
Hasta desaparecer
Fueron dos segundos, como mucho
Puede que menos
Pero no voy a sacarme esa imagen de la cabeza en toda mi vida
Aún tengo pesadillas
Me despierto en mitad de la noche y ya no vuelvo a dormir
No puedo, chiqui
Simplemente no puedo

—¿Crees que yo no sueño con ellas? —balbuceo, más llanto que voz—. No hay semana que no se me aparezcan mi madre o Teresa y reviva el mismo puto momento por enésima vez. Las dos se desvanecieron delante de mí. Es algo que me va a…

No puedo seguir. Bea coloca la diestra sobre mi boca. Me araña los labios con las uñas. Con la mano izquierda, me hace gestos para que pare. Para que no siga. Para que no hable. Cuando aleja los dedos de mí, mi garganta ha dejado de emitir sonidos.

Blas
No hablaré cuando esté contigo
Así no tendrás que ver cómo me desvanezco

Bea niega con la cabeza.

Tiene gracia que intente convencerla, cuando el destino ha estado sellado desde su inicio.

Bea
No puedo
Porque lo acabaré imaginando de todas formas
Aparecerás en mis pesadillas
Tú no lo entiendes, Blas
Había empezado a soñar menos con Marcos
Ahora, desde que encontré aquella tarjeta en tu escritorio, han vuelto
Casi todos los días
A veces es Marcos el que se desvanece
A veces no es él

Me lleva unos segundos aunar el coraje necesario para formular la pregunta.

Blas
A veces soy yo?

Bea me aguanta la mirada y la respiración le tiembla en la garganta. Dos lágrimas resbalan por sus mejillas; también por las mías.

Blas
Cuál es mi palabra?
Cuando me ves desvanecerme en tus sueños…
Cuál es la palabra que lo causa?

Bea
Son sueños, Blas
Solo sueños

Blas
Dime cuál es
Ya sé que no significa nada
Pero quiero saberlo

Bea

Suelen ser palabras distintas
A veces están relacionadas con el miedo

Blas
Con el miedo?

Bea
Sí
Dices que algo te asusta o te da miedo
No exactamente así
Y te vas
Otras veces son palabras random como "armario"
Y a veces son palabras que no entiendo
Que no tienen sentido
Y no sé por qué las dices

Blas
Qué palabras?

Bea
No lo sé
No tienen sentido
Creo que es siempre la misma
Y empieza por la letra p

El escalofrío que me recorre el cuerpo es tan intenso que me paraliza durante segundos. Mi cerebro se dispara y no deja de buscar palabras que comiencen con esa letra.

Patata, patio, pocilga…

Las hay que es probable que no haya utilizado en toda mi vida, ni siquiera por escrito.

Parterre, principal, pordiosero…

¿Por qué?

¿He utilizado «¿por qué» alguna vez?

Seguro que sí. ¿Está en la lista? ¿En cuál de las dos? ¿Me habrá oído Édgar pronunciarla alguna vez?

No tenía que haberle preguntado. Al fin y al cabo, no dejan de ser sueños. No hay nada importante en ellos. Por mucho que la teoría surgiera hace unos años y se extendiera entre la gente, si algo se ha confirmado sobre ella es que no es más que un bulo sin fundamento, como los supuestos adivinos que profundizan en tu

mente y sacan a relucir tu palabra para que puedas evitarla y hablar sin miedo al desvanecimiento. Uno de muchos «remedios caseros» que funcionan igual que chupar una hoja de laurel para combatir una gripe.

Bea
Sabes lo peor?
Que aunque he soñado muchas veces que te desvaneces…
Lo que más he soñado es esto
Justo esto
Que me cuentas que has empezado a hablar y entonces tenemos que separarnos

Cuando me observa de nuevo, todo su rostro es un mar de lágrimas. No hay, eso sí, ni llanto ni sollozos. Es un dolor silencioso el que la devora lento pero seguro, al igual que hace conmigo. En mi caso, sin embargo, desata balbuceos y ahogos a su paso.

Un abrazo.

Es lo último que intercambiamos.

Ella no escribe y yo no sé qué escribir.

Se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón, se seca las lágrimas y camina hacia el interior. Hacia los vestuarios, supongo, para dar por zanjado el entrenamiento.

Imagino que yo también tendré que dar por zanjado el entrenamiento.

El trayecto hasta casa es duro y requiere casi veinte minutos de llanto desconsolado en el coche, bajo un cielo negro y encapotado que amenaza con lluvia y no la brinda. Cuando aparco frente al portal de casa, ya sin lágrimas que derramar y con la respiración normalizada, siento que puedo hacerlo. Lo que sea que haya que hacer. Luego me miro en el espejo del ascensor y descubro que estoy hecho una porquería.

Supongo que no hay remedio.

Me seco la cara con la manga de la chaqueta por enésima vez en los últimos quince minutos y meto la llave en la cerradura. Espero encontrar a mi padre en el sofá, como siempre. Sin embargo, no me preocupa el hecho de no hacerlo, pues oigo traqueteo en el dormitorio. Hay algo que necesito hacer antes de encontrarme con

él. Por eso voy directo a mi cuarto y abro el segundo cajón del escritorio. Busco entre cables, un viejo ratón de ordenador y bolígrafos que ya no pintan. Ahí está. Un trozo de papel que fue rasgado con las manos. Nueve letras que escribí hace mucho mucho tiempo.

Y las palabras de Bea se repiten en mi cabeza.

«A veces están relacionadas con el miedo».

«Dices que algo te asusta o te da miedo».

«No exactamente así».

«Y te vas».

El escalofrío que me recorre es tan grande que me veo obligado a dejar el pedazo de papel sobre la mesa. Me tiemblan las manos. Desde lejos, leo una vez más la palabra que hay escrita en lo que antaño fue la hoja de un cuaderno:

«Aterrador».

Se me corta la respiración.

—¿Blas?

La voz de mi padre me trae de vuelta a un presente que no sé si anhelo. En cualquier caso, sigo la voz hasta su dormitorio. Ha abierto el último cajón de la cómoda y parece distraído ordenando calcetines. Basta que nuestras miradas se crucen durante cinco segundos para que mis ojos rompan de nuevo a llorar.

Me siento a su lado.

Me abraza.

Y se lo cuento todo.

Todo lo que le quiero contar.

No menciono a Édgar. Aún es pronto para eso.

Pero le hablo de Bea, de mi decisión de emprender el viaje hacia la verbalidad y de la suya de abandonarme por ello.

—¿Puedo hablar en voz alta sin que te enfades? —dice, al cabo de largos segundos.

Asiento con la cabeza.

Toma aire y le tiembla la respiración. Le brillan los ojos.

—Yo ya estoy cansado, Blas. Cansado de tener que escribirlo todo, de estar siempre callado y de no oír nada que no sea el maldito reloj del salón. Antes salías a la calle y siempre escuchabas a

la gente en los bares o donde fuera. Ahora apenas oyes a nadie. Solo los coches. Y los pájaros. El otro día, me preguntaste si tu madre fue feliz antes de desvanecerse. Yo creo que lo fue. O, al menos, estuvo más cerca de serlo que muchas otras personas. No había más que verla, Blas, cómo se movía por la casa. Y entonces…, entonces yo… Si yo no hubiera…

Con el corazón hecho jirones y los labios escocidos por las lágrimas que no dejan de caer, agarro la mano de mi padre.

—Si no hubiéramos, papá —puntualizo, para incluirme yo también, y le acaricio la piel que cada día cuenta más arrugas entre sus poros.

Él me observa y los labios le tiemblan. También la garganta y la piel de la barbilla. Atisbo lunares y pliegues donde antes no los había. Pero sigue siendo mi padre. Eso es algo que jamás cambiará.

Nos abrazamos de nuevo y es como volver atrás en el tiempo, a una época que acaso nunca existió, llena de gente y de emociones que tal vez nunca tuvieron lugar. Cuando nos separamos, los ojos de mi padre brillan en color rojo.

—Ahora tú eres lo único que me queda, Blas, y no quiero dejarte solo. —La voz le suena entera, aunque él diste mucho de estarlo—. Pero, si tú me dejas…, si tú me das permiso, yo… quiero empezar a hablar. Sin pensar en nada. Sin preocuparme por nada.

Sorbo un par de veces por la nariz y asiento con la cabeza.

Recurro a mi móvil para dedicarle unas palabras que mis cuerdas vocales no se atreven a componer:

«Enséñame a ser como tú. Enséñame a no tener miedo».

Mi padre sonríe. Veo en ese gesto un guiño a la astucia y a la inteligencia que él siempre poseyó, por mucho que le faltaran los estudios que le permitieran subirse a un pedestal a ojos de la gente.

—No puedo enseñarte a no tener miedo —dice—. No puedo enseñarte algo que yo aún no he conseguido.

Con cuidado, mi padre agarra su muleta y se pone de pie, sirviéndose de la cómoda como apoyo.

—¿Hacemos la cena? —dice.

—Papá —pronuncio, y prosigo en el teléfono.

«¿Puedo hacerte una pregunta? Llevo mucho tiempo queriendo hacerla, pero me da miedo la respuesta».

Mi padre asiente con la cabeza.

Escribirla es más doloroso que todo lo que ha ocurrido hoy con Bea.

«Cuando te caíste del andamio y te rompiste la pierna, ¿de verdad fue una caída?».

Mi padre me contempla sin inmutarse, los ojos muy fijos en mí, muy templados, también. Sin decir nada, sin exhalar una respiración más alta que otra, se inclina como puede hacia mí y me besa la cabeza con cuidado. Me acaricia el pelo, después. Y yo sé que esa será toda la respuesta que reciba. No necesito más. No necesito más para que caigan las lágrimas y el corazón aporree el pecho como si ansiara tirarlo abajo.

Pero, entonces, llega la voz que lo cambia todo:

—Si hubiera querido tirarme, Blas, no lo habría hecho desde un segundo. Lo habría hecho desde un sexto.

Y así, una respuesta que debería llenarme de alivio, también me produce un intenso escalofrío.

Quizá porque da la casualidad de que nosotros, mi padre y yo, contamos cinco pisos bajo nuestros pies.

27
ÉDGAR

La casa está hecha un asco.

Al menos, el salón. Hay suciedad tan pegada al suelo que ya se considera patrimonio de la humanidad y pelusas tan grandes que los animalistas las tachan de especies protegidas. ¿Culpa mía? Puede, porque hace al menos dos semanas desde la última vez que limpié a fondo. He estado demasiado distraído últimamente, con todo el tema de Más Que Voces, del emisario y de Blas.

Y a propósito de Blas, no sé nada de él desde el martes, cuando lo dejé en la facultad. O sea, hoy es jueves, así que lo veré en la reunión del grupo (asumiendo que aparezca), pero me sigue tocando los cojones, y mucho, que lleve cuarenta y ocho horas sin decirme nada. Por eso dejo a un lado la escoba y el recogedor (lleno de mugre, por cierto) y me pongo manos a la obra.

Édgar
Oye, tú
No me vas a decir nada?
Ni un buenas noches ni un buenos días ni un buenos nada?

Pretendo seguir con la limpieza del tirón, pero resulta que su estado se vuelve «en línea», así que decido esperar a ver qué responde.

Blas
Por qué no me lo dices tú?

Édgar
Porque yo no soy de los que dicen buenos días y buenas noches

Blas
Yo tampoco

Édgar
Joder

Pues dime otra cosa
Yo qué sé

Blas
Qué cosa?

Édgar
Tú sabrás
No te lo voy a decir yo todo
No le veo futuro a esta pareja, eh?

Su siguiente mensaje tarda en llegar. Y es ahí cuando reconozco que la he vuelto a cagar.

Joder.

El estado de «escribiendo» aparece y desaparece tantas veces que estoy seguro de que ha borrado y empezado de nuevo en incontables ocasiones.

Blas
Somos una pareja?

Édgar
No
O sea
Yo qué sé

Blas
Estoy en la facu y el profesor me está mirando mal
Primero me salto su clase del martes y ahora dejo de atender para escribirle a mi pareja
Porque por lo visto somos una pareja

Lo voy a matar. En serio. Lo voy a matar.

Lo que más rabia me da es que no puedo dejar de sonreír y de morderme el labio de abajo como un puto imbécil.

Édgar
Eres un capullo

Blas
Luego hablamos

Édgar
No me das un beso de despedida ni nada?

Blas
Slups

Édgar
Qué cojones es slups?

Blas
El beso

Édgar
EL BESO
UN BESO ES MUAC O MUAK O MUNCH PERO NO SLUPS

Blas
Mis besos son slups
Tendrás que aceptarlo si quieres que esta relación tenga futuro

Édgar
Tú sí que eres un slups

Blas
Y eso de que los besos son munch?
Munch???
Qué te has fumado, Eddie?

Édgar
Atiende a la clase
Que te va a reñir el teacher

No puedo con este tío.

No puede ser que me esté descojonando yo solo en el salón, al lado de mis amigas la escoba y las pelusas a las que van a llevarse al Parque Nacional de Doñana, donde les brindarán una protección acorde a sus necesidades. Ojalá tuviera a Blas delante para…

¿Para qué?

Para apretarle las mejillas hasta que se arrepienta de…

¿De qué?

¿De ser idiota? ¿De ser gracioso? ¿De ser tan guapo que no puedo pensar en otra cosa que no sea besarlo de arriba abajo hasta que gima de placer y me suplique que pare?

Dios, en eso es mejor no pensar.

Pretendo seguir a lo mío cuando escucho un balbuceo salir de una de las habitaciones de dentro. Mi primera reacción es de alarma;

la segunda, de cansancio. Porque sé que ha sido Irene. Y estoy seguro de que será alguna gilipollez de las suyas, algún contratiempo de esos que para ella son un mundo y, para los demás, un coñazo sin precedentes.

Al llegar a su cuarto, me la encuentro sentada en la cama, sin el cabestrillo, moviendo el brazo afectado (si es que aún lo tiene afectado) como le enseñan en la rehabilitación. Lleva un cojín en la mano; uno que no pesará más que un par de pelotas de tenis. Al verme, sus ojos negros se plantan en mí. Negros y también llorosos.

Niega con la cabeza.

Sé lo que quiere decirme con ello.

Que no puede.

Que no puede hoy ni mañana ni tal vez pasado.

Que igual nos pilla el puñetero fin del mundo y aún no ha podido.

Y no sé cuál es la parte de mí que se apiada de ella. Quizá es la existencia de Blas, que me llena de frustración y felicidad a partes iguales, que ha puesto color a un futuro que se reducía a una rutina de mierda aderezada por las reuniones de Más Que Voces, que hacían esa monotonía un poco más llevadera. Sea como fuere, me siento en la cama y planto una mano sobre la rodilla de mi hermana. Con cuidado, sí.

—Sé que puedes —afirmo.

Ella niega con la cabeza. Las lágrimas que derrama son tan espesas que lo arrastran todo consigo.

—Sé que puedes, Irene —insisto.

Trata de hacerme callar plantando un dedo sobre sus propios labios. No lo consigue. Aparta la vista.

Al fin, agarro su mano sana con la mía y aprieto con fuerza.

—Escúchame —pronuncio—. Sé lo que te pasa. —Su mirada asciende hasta mis ojos, igual que un animalillo acorralado—. Te da miedo que el brazo se te cure porque entonces tendrás que volver a tu vida normal. Y la vida, hoy en día, es de todo menos normal. Lo entiendo. Pero tienes que hacerlo. Porque, en algún momento, vas a tener que volver. Y cuanto más tardes, peor será.

En cuanto suelto mi discurso, estoy seguro de que Irene chillará, me apartará de un empujón o amenazará con lanzarme el despertador de papá. Por eso me sorprende que me observe con fijeza, haciendo gala de una comprensión que hace años que no me toca recibir. Al cabo de unos segundos, coge su teléfono y teclea con rapidez. Se ha vuelto experta en manejar la cosa esta con una sola mano. Hoy, sin embargo, lo hace con ambas. Con cierta torpeza, también.

«No puedo regresar a la normalidad», deja por escrito.

—Lo sé —admito.

«Eso ya no existe».

—Lo sé —insisto.

«Papá no va a volver. Mamá no va a volver. Vamos a seguir estando solo nosotros».

—También lo sé.

«No voy a poder hablar con mis amigas sin miedo a desaparecer».

—¿Cuál es tu insecto favorito?

La pregunta la descoloca. Lo noto en la forma que tiene de arrugar el entrecejo y acariciarse el brazo malo con la mano.

«El escarabajo rinoceronte. ¿Por qué?».

—Vamos a ponernos un documental del escarabajo rinoceronte.

Irene cada vez parece más confundida.

—Alguno habrá, ¿no? —pregunto. Ella asiente con la cabeza—. Pues dale, vamos al lío.

«Hay uno que me gusta mucho, pero a lo mejor es un poco largo».

—Da igual.

«Dura cuarenta minutos», aclara.

—Como si son setenta.

Mi hermana se acaricia los dedos.

Se lo piensa.

Igual se cree que esto es una cámara oculta o algo.

«Vale, pero prohibido hablar», me deja claro.

Yo me encojo de hombros, sin más. Imagino que esto le vale como respuesta, pues la veo trasladarse a su silla de escritorio,

frente al único ordenador de sobremesa de la casa (que ya tiene más años que yo qué sé), y empezar a teclear. Con todo, se detiene a la mitad. Abre un documento de texto y me dedica unas palabras que no acabo de entender.

«Gracias».

El aire se me escapa de la boca por sí solo.

—¿Me das las gracias por ver un documental contigo? —cuestiono.

Ella niega con la cabeza, sin apartar la mirada de la pantalla. Escribe de nuevo y tarda un poco, porque lo hace solo con una mano.

«Por todo lo que haces por mí. Por llevarme de un sitio a otro, a rehabilitación, a renovar el carné, a comprar no sé qué… Y yo nunca te doy las gracias».

—Es verdad. Nunca me das las gracias.

Se acaricia el brazo de nuevo.

Yo suspiro y me levanto de la cama. Me quedo de pie junto a su silla.

«Lo siento», escribe. «No se me dan bien esas cosas».

—¿Dar las gracias? —pregunto, mitad en broma, mitad en serio.

«Expresar emociones, en general».

—Bueno, no te preocupes, porque me da a mí que eso va en los genes.

Es la primera vez en quizá meses que veo a Irene esbozar algo semejante a una sonrisa. No, miento. A veces sonríe viendo a sus bichos, pero no con mi hermano y conmigo. Esta es la primera vez en mucho tiempo que soy yo el que se la provoca.

«¿Lo dices por Enzo?», teclea.

—Lo digo por todos.

Y, al pronunciar esas palabras, los ojos se me empañan. Fantástico. Sorbo por la nariz para intentar detener las lágrimas. Lo consigo, de hecho. Pero supongo que ya es tarde para impedir que corran por dentro.

Irene se me queda mirando fijamente y yo finjo total y absoluto interés en el monitor del ordenador, que solo muestra una página de

procesador de textos con palabras que ya he leído. Pero, eh, qué palabras, qué tipo de letra, qué todo. Magnífico, sin duda.

Si la sonrisa me sorprendió, lo que me termina de dejar boquiabierto es que mi hermana se abrace a mi cintura y entierre la cara en mi abdomen. Un brazo aprieta fuerte; el otro, el lesionado, no tanto. Tardo unos segundos en reaccionar. Es normal. O sea, ¿qué quiere que haga? No me abraza desde que éramos niños, cuando seguíamos siendo inocentes y no sabíamos que el mundo era un puñetero volcán a punto de estallar. Ojalá ser niños otra vez. La cuestión es que reacciono, sí, y le rodeo la cabeza con las manos. Tengo la sensación de que es pequeña. La cabeza. O mi hermana al completo. Como si no hubiese crecido.

Yo qué sé.

Al separarnos, corre a redactar unas palabras en el documento.

«Sabes que yo no te culpo por lo que pasó, ¿no?».

El vello de la piel se me eriza al instante.

No, eso sí que no.

Me niego a hablar de eso ahora.

—Voy al salón a por una silla —anuncio, ya de camino a la puerta—. Ve poniendo el documental.

28
BLAS

Blas
Te recojo o me recoges?

Una pregunta sencilla, sin duda.

Y lógica.

Parece que se ha impuesto la costumbre de ir y venir de las reuniones de Más Que Voces en un solo coche. Al fin y al cabo, teniendo en cuenta que llegamos y nos volvemos al mismo tiempo, no tiene sentido que gastemos el doble de gasolina. Bueno, tal vez sí que lo tenga, pues ni su casa ni la mía nos pilla de camino a la de Jacinta. Pero supongo que nos gusta buscar excusas para pasar tiempo juntos; supongo, además, que el interior de nuestros coches tiene un valor simbólico que trasciende las palabras, tanto las escritas como las habladas. Y eso está bien.

Lo que no está tan bien es todo lo demás.

Hoy se cumple una semana desde que nos besamos por primera y última vez. De hecho, no nos hemos visto desde la reunión de Más Que Voces del jueves pasado, por mucho que nos hayamos escrito algún mensaje entre medias. Resulta particularmente frustrante, teniendo en cuenta que es justo ahora cuando más necesito la compañía de alguien, después de lo ocurrido con Bea. A ella tampoco he vuelto a verla. Aunque, a decir verdad, no he pisado el polideportivo desde que tuvimos aquella discusión bajo una encina solitaria y un cielo oscuro que lo daba todo por perdido. He cambiado la pista por el parque de al lado de casa, que, sin ser lo mismo, brinda una paz mental con la que el polideportivo no puede competir. Tarde o temprano, sin embargo, tendré que afrontar la realidad. No puedo seguir evitando a Bea. Hasta lo que yo sé, la mía es la única instalación de la ciudad con dos pistas de atletismo, una interior y otra exterior, y el monitor, por mucho que hayamos tenido

algún que otro encontronazo en las últimas semanas, ha seguido mi trayectoria casi desde que empecé a entrenar. Estoy seguro de que le debo más de lo que estoy dispuesto a admitir.

A veces, me imagino contándole todo esto a Édgar e intento recrear su reacción o sus consejos. *A priori*, no parece el tipo de persona que sabe comprenderte, ponerse en tu lugar o encontrar las palabras correctas en los momentos que más las requieren. Sin embargo, ya me ha demostrado, más de una vez, que sabe estar ahí. En ocasiones, no hace falta dar con las palabras adecuadas; porque quizá lo más efectivo es cerrar la boca y empujar un paquete de pañuelos contra tu mejilla.

Pensar en ello me hace sonreír.

Pero también duele.

Me pregunto si lo que pasó en el coche de Édgar fue un error, si todo aquello fue fruto del dolor que en aquel momento lo atenazaba, si ahora se arrepiente y busca poner tierra de por medio sin saber cómo. De ser el caso, ¿por qué escribirme de la nada para acusarme de que yo no le escribo a él? ¿Por qué seguir relacionándose conmigo en las reuniones de Más Que Voces? ¿Por qué compartir coche para prolongar aún más el tiempo que se nos concede?

Nada tiene sentido.

Cuanto más lo pienso, más lo creo.

El mensaje de Édgar llega cuando estoy redactando la conclusión de un trabajo que me ha llevado semanas, si no meses, finalizar.

Eddie
No voy a ir a la reunión
Estoy fatal
Llevo en la cama desde que terminé de comer
Pero ve tú y le escupes a Rocío en el vaso de mi parte
Es broma
No le vayas a escupir, eh?

Blas
Qué te pasa?

Eddie
Tengo un megatrancazo

No puedo respirar por culpa de los mocos
La cabeza me va a estallar
Y tú sin venir a verme

Blas
Tengo las jornadas en dos semanas
Solo me faltaba ponerme malo ahora

Eddie
Qué jornadas?
Qué dices?

Blas
Las Jornadas del Deporte Joven de Salamanca
Un evento benéfico para recaudar fondos y dar visibilidad al autismo
Ya es el tercer año que lo organizan

Eddie
Eres autista?

Blas
No, que yo sepa
Pero puedo apoyar la causa sin serlo, no?

Eddie
Pues sí
Ignórame, la cabeza no me deja pensar

Blas
Te has tomado algo para el dolor?

Eddie
Sí, pero me falta la droga más fuerte

Blas
Yo?

Eddie
Qué coño vas a ser tú
Ibuprofeno
Solo tengo paracetamol de 650 y esto es como chupar caramelos

Hasta enfermo tiene la habilidad de hacerme reír.

Mi padre, con quien comparto sofá, se me queda mirando un momento. Yo aprieto enseguida los labios para evitar preguntas indeseadas. No quiero hablarle de Édgar. Aún no. Ya bastantes

dudas tengo yo como para encima meterlo a él de por medio. Prefiero evitar que se haga ilusiones y ahorrarle un posible mal trago.

Aprovechando este momento, dejo el móvil sobre la mesa y vuelvo al portátil. Por lo general, habría trabajado en mi cuarto, pero he preferido sacar el cacharro a pasear y compartir algo de tiempo con mi padre, ahora que las cosas van bien entre nosotros. Apenas nos prestamos atención, en realidad: yo, ocupado con el trabajo; él, con un partido de tenis que enfrenta a Irlanda contra Dinamarca.

He mentido.

En parte.

Es probable que también me halle aquí porque no quiero estar solo en estos momentos, por tantos motivos que no sé si puedo contarlos con los dedos de una mano.

—No has vuelto a hablar con Bea, ¿no? —pregunta mi padre, y se me pone un nudo en la garganta.

Niego con la cabeza.

Aunque mentiría si dijera que no he soñado con que lo hacemos, ya sea dormido o en vela. De hecho, juraría que, en cierta ocasión, vi aparecer la notificación de «escribiendo» cuando me paseaba por la lista de contactos esperando a que ella o Édgar se dignaran a dar señales de vida. De lo que no estoy seguro es de si ocurrió en la vigilia o en ese otro reino donde Morfeo es soberano absoluto.

Para cuando termino el trabajo, pendiente solo de una última revisión y un envío a la plataforma digital de la universidad, ya es casi la hora de salir. Por eso cambio el chándal (que a veces uso para andar por casa, por aquello de la comodidad) por unos vaqueros y una sudadera de vestir, me pongo la bómber encima, agarro una última cosa y salgo en dirección a casa de Jacinta. La idea de asistir a una de las reuniones del grupo sin que Édgar esté presente me hace sentir extraño. Como si fuera un intruso; como si yo no pintara nada en ausencia de él. Y supongo que tengo que agradecerle a este ligero nerviosismo que eclipse, aunque sea en parte, el resto de las preocupaciones que luchan por ganarse el control de mi cerebro.

Cuando llego al lugar en cuestión, la dueña de la casa me saluda de forma efusiva. Yo correspondo de manera breve y repito el saludo cuando entro en el salón. Ya hay más de una y más de dos personas congregadas alrededor de las mesas, al calor del brasero: Rocío, la amiga de Jacinta (que, si no recuerdo mal, se llama Mercedes), la propia Jacinta y un par de chicas a las que no acabo de ubicar por nombre. Creo que una de ellas es Davinia; la otra, no tengo ni idea. El olor a dulce se palpa en el ambiente. A bizcocho, en concreto.

—Hoy vienes solito, ¿eh? —comenta Rocío, cuando me acerco a ella.

—Sí —respondo—. Édgar está bien, ¿no?

—¿Poe? Claro. ¿Por qué?

Me paso a la escritura. Demasiadas palabras que no aparecen en mi lista como para tirarme a la piscina.

«Me ha dicho que lleva en cama desde la hora de comer».

Rocío hace un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—No le hagas ni caso, que tose dos veces y ya dice que se está muriendo. Es solo la alergia de todos los años.

Su revelación me sorprende, por alguna razón.

«¿Alergia?», pregunto, tecleando en el teléfono.

—Sí. ¿No te lo ha dicho? Siempre le da por estas fechas, cuando se acerca la primavera. Pasa un día o dos malos, hasta que el tratamiento le empieza a hacer efecto, y luego ya está otra vez como si nada.

«Pensaba que era un virus», añado.

—A ese no lo quieren ni los virus —comenta ella, sonriendo.

Yo sonrío también, antes de escribir:

«Me ha dicho que te escupa en el vaso».

Rocío rompe a reír.

—¿Ves como no tienes que hacerle caso? Venga, que hoy te sientas a mi lado. Vas a ser mi mano derecha.

Al decir esto, me toca el hombro con cuidado, ante lo que no puedo evitar sonreír. No es que necesite algo así, pero me alegra saber que cuento con su apoyo y que se esfuerza por hacerme sentir

incluido. Estoy a punto de tomar asiento cuando oigo la voz aguda y temblorosa de la anfitriona:

—Cómete una magdalenita, Blas. Están riquísimas, las traen de mi pueblo.

—No, gracias —repongo, alzando las palmas de las manos.

—Ay, ¡lo que me gusta oírte hablar! —exclama, al tiempo que corta el bizcocho en porciones más o menos iguales—. No sabes cómo me alegro de que lo estés intentando. Pero tú a tu ritmo, ¿eh? Sin prisas ni nada. A Natalia —busca a la chica con la mirada, mas no la encuentra. Si está en esta casa, yo no la he visto— le costó meses salir de las tres palabras, ¿sabes tú? No decía más que «sí», «no» y «galleta». Igual que un bebé, vamos. Y ahora, aunque no es que sea la más parlanchina del grupo, ahí la tienes, hasta puedes tener una conversación con ella.

La verdad, puede que eso de sentir que no pinto nada sin Édgar estuviese solo en mi cabeza. Incluso si conozco a toda esta gente de hace apenas unas semanas, me arropan como si fuese un incondicional entre sus filas. Y supongo que es lo bueno que tienen este tipo de grupos: que te brindan una total acogida, aunque sea la primera vez que pisas este suelo. Aunque la primera vez que lo hiciste cuestionaras los propios cimientos que lo sustentan.

Todavía no me he disculpado con Rocío por lo que dije aquella vez.

No sé si algún día encontraré el modo y el momento de hacerlo.

Al cabo de cinco minutos, más o menos, llegan un par de personas más, Natalia incluida. Después, otras tantas. Pasadas las siete de la tarde por diez minutos, la reunión da comienzo y transcurre como de costumbre. El tema de hoy es el recuerdo: la forma que tiene la memoria, no solo de engañarnos, llevándonos a evocar situaciones de formas más alegres o más oscuras de como de verdad llegamos a sentirlas, sino también de atraparnos, privándonos del presente, que constituye la auténtica y única realidad.

—Lo he dicho muchas veces: creo que todo ocurre por un motivo —nos relata Rocío—. El pasado es una parte innegable de lo que somos, pero no debemos anclarnos ni aferrarnos a él, ni dejar

que nos atormente. Tenemos que tomarlo como un camino que nos ha traído hasta donde estamos, la premisa que nos ha hecho ser quienes somos ahora. Y, tal vez, un evento que considerábamos «malo» (entre comillas, pues ya sabéis que no soy partidaria de juzgar, ni para bien ni para mal) apareció en nuestra vida para traernos justo a este momento, para que podamos reunirnos todos hoy alrededor de esta mesa.

—¡Ay, yo es que me emociono cuando habla! —exclama Jacinta—. ¡El vello de punta, mira, mira!

Todo el mundo ríe ante la ocurrencia.

A eso de las nueve y media, la reunión oficial se da por zanjada y empieza la extraoficial: el momento en que Jacinta reparte (más) bebidas y frutos secos y queso y hasta una tortilla de patatas que ha comprado en el súper, porque hoy no ha podido hacer ella una, ha tenido que ir a ver a su amiga la del pueblo, que ha bajado al centro a por no sé qué cosa de un vestido y unos botones. Por muy apetecible que se me antoje la idea de permanecer aquí un poco más, ya me he decidido por un plan alternativo. Estoy a punto de anunciar mi marcha cuando Jacinta, que acababa de dejar unos tenedores en la mesa, se desploma en su silla. Se queda sentada, con la mirada perdida y agarrándose los brazos con sus dedos finos y arrugados. Su piel se ha vuelto blanca como el mármol.

—¿Estás bien, Jacinta? —pregunta Rocío.

—Ay, no sé qué me pasa, hija, que me han entrado hasta sudores.

—¿Necesitas algo? ¿Qué te notas?

—Me ha dado como un…, ay, hija, no sé.

—Come algo, Jacinta —dice Antonio—. Una magdalena o un pedazo de bizcocho.

—Qué va, si es que con la diabetes no puedo. Además, yo sé que del azúcar no es. Voy a hacerme una tila. —La mujer apoya los brazos en la silla para impulsarse, pero varios de los asistentes no tardan en detenerla.

—Quita, quita, yo te la hago, mujer —se ofrece Antonio—. Tú quédate ahí sentada.

—Si es que me da apuro.

—Anda ya, Jacinta.

—Bueno. Están en el mueblecito de la izquierda.

Unos minutos más tarde, habiendo descansado y con media taza de infusión camino de su estómago, el color de la anfitriona comienza a normalizarse. Mientras tanto, todos permanecemos expectantes, sin quitarle ojo de encima y, al menos yo, con una sensación de angustia latiendo como si fuese mi corazón.

—Ya estoy mejor, ya estoy mejor —dice.

—¿Quieres que llamemos a una ambulancia? —pregunta Antonio.

—Qué va, qué va. Esto habrá sido una subida de tensión, que lo sé yo.

—Yo te acerco a Urgencias, Jacinta —se ofrece Rocío.

—No, no, de verdad, si yo estoy bien, no quiero molestar a nadie.

—Tardamos nada en ir —insiste la joven, a la par que recoge su bolso de la silla en que estaba colgado. De pronto, se detiene—. Mierda. Si mi coche se lo he dejado a mi suegro.

—Yo la llevo —anuncio, antes de poder meditarlo siquiera—. Tengo el coche en la puerta.

—¿Seguro? —cuestiona Rocío, casi suplicándome con la mirada.

—Seguro.

—Venga, pues vamos los tres.

—No hace falta que vengas, ya la llevo yo.

—Os acompaño —insiste ella.

Y así, con la decisión tomada y la velada llegando a su fin de manera prematura, nos disponemos a abandonar la casa. Tardamos, eso sí, alrededor de quince minutos en salir por la puerta: nos lleva dos convencer a Jacinta de que pise un hospital y otros trece permitir que se maquille un poco, pues, en palabras de la propia mujer, no puede ir de cualquier manera a ver al doctor. Cuando nos montamos los tres en el coche, yo con mi bómber y mi sudadera informal, Rocío con su rebeca negra y Jacinta hasta las trancas de colorete y con un bolso de esos diminutos que la gente reserva para ocasiones especiales, me da por preguntarme qué pensarán los que nos vean aparecer juntos.

—¿Tú sabes lo que ha pasado? Que no me he tomado las pastillas de la tensión —cuenta la mujer, en el asiento trasero, acompañada por Rocío, que le agarra la mano con cuidado—. Yo decía: «Pero si últimamente estoy bien, ¿para qué me las voy a tomar?». Y no puede uno pensar así. Está visto que no.

Veo a Rocío sonreír por el espejo retrovisor.

—Hombre, Jacinta, si te han mandado un tratamiento, será por algo —dice.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé. Ay, qué bochorno, y ahora os he tenido que molestar a vosotros.

—Para mí no es molestia, de verdad.

—Para mí tampoco —añado, observándolas a ambas de reojo.

—Si es que sois más buenos que panes —expresa la anciana.

—¿Quieres que llamemos a alguien? —cuestiona Rocío, sin soltarle la mano a su compañera de asiento—. ¿Algún familiar?

—A quién vais a llamar, si yo siempre he estado sola, hija. Ni marido, ni niños, ni *na´* de *na´*. Mis hermanos, uno se murió hace ya, ¡ni me acuerdo! Y el otro se fue a Barcelona y vete tú a saber si está vivo o está muerto o ha desaparecido como la mitad del mundo. Antes tenía a mis sobrinas, que alguna venía a verme, pero ahora que si una, desde que estuvo en el *Orasmus* ese, ya no ha vuelto para España, y la otra se echó novio y yo ya no sé ni por dónde anda. Qué va, hija, qué va, yo a la única que tengo es a la Mercedes y a mis otras amigas del dominó de los sábados. Por eso me alegra tanto que vengáis todos a casa para las reuniones. Es como tener una familia, ¿sabes? Yo creo que es lo mejor que me ha pasado a mí en la vida, fíjate tú.

Los dedos se me cierran sobre el volante.

Sorbo por la nariz, no una, sino dos y tres veces.

—Ay, mi vida, pero no llores —dice Jacinta, que se da cuenta de inmediato. Tengo suerte de que se haya puesto el semáforo en rojo y pueda secarme las lágrimas con la manga de la chaqueta. La anciana extiende las manos hacia el asiento del conductor y yo le ofrezco la mía; la envuelve con las suyas—. No llores, mi vida. Si yo no estoy triste. Al contrario, estoy más feliz que en toda mi vida. Mira, justo de eso ha hablado hoy Rocío —añade, volviéndose hacia

la aludida—. Porque a lo mejor toda mi vida ha tenido que ser como ha sido para poder conoceros ahora y que celebréis las reuniones en mi casa. Eso sí, ¡que no me entere yo de que intentáis llevároslas a otro sitio!

Sorbo otro par de veces.

El semáforo se ha puesto en verde; como no tengo a nadie detrás, me tomo unos segundos más para terminar de tranquilizarme.

Y entonces:

—Gracias —pronuncio.

—Gracias a ti, Blas, por venir a hacernos compañía y hacer que nuestro grupo crezca —responde Jacinta.

—La voy a nombrar portavoz o líder o algo, si ya no hace falta ni que yo diga nada —tercia Rocío. Sonríe, pero en sus ojos centellea el brillo de una lágrima por derramar—. Me va a quitar el puesto esta mujer.

—¡A ti no hay quien te reemplace! ¡Con lo bien que habla! ¡Se lo digo a todas mis amigas!

Al hospital llegamos apenas diez minutos después. Jacinta está bien, nos dice el médico. Todo apunta a una subida de tensión, sobre todo si tenemos en cuenta que ella misma admite haber dejado de tomar la medicación por su cuenta y riesgo. Aun así, como ya es un poco tarde, deciden dejarla en observación para ver cómo pasa la noche. Si todo va bien, que irá, mañana por la mañana la mandan de vuelta a casa. Ahora solo resta esperar a que la trasladen a la sala correspondiente. Toda la rapidez de la que han hecho gala a la hora de hacerla pasar para el diagnóstico inicial se echa en falta en esta parte del proceso.

—Yo me quedo hasta que se la lleven, Blas —dice Rocío, aprovechando que me he apartado de la anciana para comprar una botella de agua en una de las máquinas expendedoras—. Ya me cojo luego un taxi.

—¿Seguro? No me importa esperar —repongo, con un par de monedas de euro entre los dedos.

—Seguro.

—Vale.

Guardo el dinero de vuelta en la cartera para poder teclear en el móvil.

«Cuando la lleven a observación, no creo que te dejen pasar, de todas formas», le advierto.

—Ya, pero quiero acompañarla el tiempo que pueda. Esto… —le tiembla la voz—, esto no se lo he dicho a nadie, pero siempre pienso que no tengo una, sino dos madres. Una de ellas es Jacinta. —Hace una breve pausa antes de añadir—: La otra es mi suegra.

Los ojos le brillan. Sorbe por la nariz como he estado haciendo yo en el coche y se pasa la mano por debajo de los ojos. Me asalta el impulso de abrazarla, pero no sé si contamos con el nivel de confianza necesario para ello. Por eso decido preguntar, no con palabras, sino abriendo los brazos e inclinando la cabeza. Ella se muerde el labio inferior y asiente sin dudarlo.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

Lágrimas que acaban pasando a mi cuello.

—Venga, anda, vete a ver al otro paciente —dice, al poco de separarnos.

—¿Qué? —pronuncio, incapaz de comprender a qué se refiere.

—¿Qué va a ser? —añade ella, sonriendo con una picardía que también tiene mucho de calidez—. Por eso me has preguntado si Édgar tenía un virus. Querías ir a verlo, pero no querías contagiarte, ¿no? Yo lo entiendo, ¿eh? Tampoco querría tentar a la suerte poco antes de una carrera importante.

Sus palabras me sobresaltan.

—¿Te lo ha contado? —se me escapa.

Ella sonríe de nuevo.

—Puede —admite—. Anda, vete, que Jacinta y yo vamos a estar bien.

Asiento con la cabeza.

Me despido de ella y luego de Jacinta, que vuelve a darme las gracias y a pedir perdón por habernos causado tantas molestias a Rocío y a mí. Después, voy en busca de la salida siguiendo unas líneas de colores que hay trazadas en el suelo. Avanzo por los pasillos pensando en Rocío, en que no tendrá ni treinta años, se

casa en seis meses, más o menos, y no habrá allí una madre que la acompañe. Quién sabe si al menos un padre.

Conduzco bajo de moral y con la sensación de que el mundo se pudre con cada día que pasa. Que somos los restos, los pececillos que nadan contracorriente en una pecera que está por quebrar.

Me pregunto cuántos estaremos aquí cuando se oiga el crac definitivo.

29
ÉDGAR

Me quiero putomorir.

En serio.

Las enfermedades no deberían ni existir, *bro*. ¿Cuándo va a prohibirlas el Gobierno? Ah, pero no les interesa hacerlo, claro, porque entonces dejarían de embolsarse la pasta de los medicamentos.

¿Qué coño estoy diciendo?

No puedo ni pensar con claridad. Tengo los mocos metidos en la nariz y la cabeza me va a estallar. Hasta me escuece la cara de tanto sonarme.

Lo único que me consuela es que podría ser aún peor: podría estar Enzo por aquí y echarme en cara que no he preparado nada para la cena. No sé, igual se apiada de mí estando malo o igual no, es un poco jugársela a la ruleta rusa. Por eso celebro que se haya pirado. La única que anda por casa es Irene, que aparece de vez en cuando con el mismo folio de papel en el que ha escrito: «¿Necesitas algo?». Y, por mucho que aprecie su interés, empieza a ponerme nervioso. Porque lo único que yo quiero es poder respirar de nuevo y eso es algo que no está al alcance de mi hermana. También quiero ibuprofeno, vale, pero, sin una receta del médico, nos comemos una mierda. Y la cita no la tengo hasta el miércoles.

El timbre del telefonillo hace que me revuelva en la cama. Seguro que es Enzo, que se ha olvidado las llaves como tantas otras veces. Tenía que ser justo hoy. Me voy a cagar en toda mi familia; y nunca mejor dicho. No tardo en oír los pasos apresurados de Irene dirigiéndose hacia la puerta. Hay un inconveniente, eso sí.

Enseguida aparece por mi dormitorio con cara de preocupación.

Cuando no hablas y no hay imagen de por medio, es difícil hacer saber a la otra persona que estás ahí. Me juego todo lo que tengo a

que no ha llegado ni a descolgar.

—Abre sin preguntar —le digo—. Seguro que es Enzo.

Mi hermana asiente y corre de nuevo hacia el recibidor. Oigo el botón del telefonillo, tan rudimentario que casi podría ser de piedra, la verdad.

Refunfuñando para mis adentros, cierro los ojos e intento quedarme dormido de nuevo. No sé si quiero, en realidad, teniendo en cuenta el desfile de pesadillas que me ha pasado por la cabeza durante lo poco que me ha durado la siesta. Incluso en la oscuridad que dejan los párpados, veo manchas que se expanden. Como aceite o petróleo o una araña gigante que te pincha el cerebro por dentro. Al poco rato, oigo una serie de pasos. Dos, en realidad. Imagino que será Enzo. Lo que no sé es por qué coño se detiene frente a mi habitación. Me está poniendo de mala hostia.

Abro los ojos dispuesto a mandarlo a tomar por culo y me sorprende la imagen de Irene en el umbral. Justo detrás de ella, en lugar de mi hermano, es al puñetero Blas al que me encuentro.

¿Qué coño hace aquí?

Me siento en la cama a la velocidad del rayo, como si fuera un deber o yo qué sé.

—Pasa —lo invito, sin muy buena disposición.

Él entra y mira en todas direcciones. Le indico que se siente en la silla de escritorio. Incluso después de hacerlo, sigue estudiando sus alrededores. *Mis* alrededores, puestos a ser técnicos. Tampoco es que haya mucho que ver: muebles que datan de la época en la que Enzo y yo éramos pequeños, una serie de pósteres de Pokémon y otros videojuegos que tienen más o menos la misma edad que las momias de Egipto y un portátil que hoy está, pero mañana bien puede no estar, pues tengo la suerte de compartirlo con Enzo. El chiste es que es sarcasmo.

—¿A ti no te daba miedo contagiarte? —le pregunto, un poco a matar.

Él no tarda ni dos segundos en sacar su móvil. ¡Cómo no!

«Rocío me ha dicho que solo tienes alergia», escribe.

—¿*Solo* alergia? —recalco, y del espasmo me acabo dando una hostia con la litera de arriba. Genial. Empieza bien el encuentro.

Jugamos a hacer como si nada. Si no me he quedado tonto a estas alturas, significa que mis neuronas son fuertes. O que nunca hubo neuronas en primer lugar, todo puede ser—. ¿Estoy aquí muriéndome y tú subestimas mi dolor de esta forma tan denigrante?

Y encima se ríe.

¡Se ríe!

—Toma —dice, después de meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Ibuprofeno! —exclamo, y agarro la caja como si fuese un puñetero lingote de oro. Qué coño, ¡mejor que el oro!

«Que sepas que lo cogí antes de ir a la reunión», añade.

—¿Y eso qué quiere decir?

«Que ya tenía pensado venir incluso antes de que Rocío me dijera que no tienes un virus».

Vale, eso me ha gustado. No se lo voy a decir, claro, que se le sube a la cabeza. Prefiero que se mantenga humilde. Lo hago por su bien.

—¿Quieres que te dé un premio o algo? —replico, sarcástico.

—Prefiero que me comas la boca —se atreve a decir.

—Está llena de mocos.

—¿La boca también?

—Todo. Soy una masa viscosa ahora mismo.

Blas suelta el aire como en una carcajada.

«No suenas muy apetecible», escribe.

Y, de pronto, deja el móvil sobre el escritorio, se levanta de la silla y se sienta a mi lado en la cama. Lo siguiente que sé es que me está «comiendo la boca», como él mismo ha dicho antes, y, por mucho que lo disfrute, tengo que retirarme a la nada de que comience el beso.

—*Bro*, me ahogo, que no puedo respirar por la nariz.

—Toma aire.

—Ya lo sé, ¡pero es que no me has dejado! Venga, va, repetimos.

Respiro hondo, como si estuviese a punto de aguantar la respiración bajo el agua, y me lanzo de nuevo. Ahora sí, disfruto de la movida en condiciones. En el momento en que siento su lengua

pasearse por mi paladar, yo enredo la mía y busco sus paletas. El día que descubra la obsesión que tengo con sus dientes tendremos que cortar. No soportaré esa vergüenza.

Aunque para cortar tenemos que ser algo.

¿Lo somos?

No duro nada enganchado a sus labios. Me retiro tosiendo, como si mi garganta entera fuese una centrifugadora de los peores tipos de fluidos biológicos. Y menos mal que no he dicho esta guarrada en voz alta, porque a este paso no va a volver a besarme ni aunque le apunten con una pistola a la cabeza.

—Me muero —exagero.

Blas señala la caja de ibuprofeno que he dejado sobre la cama.

—Sí, ya me lo tomo. Voy a por agua, que tengo el vaso vacío. Espérame.

Nada más salir de la habitación, mis labios sonríen en contra de mi voluntad. Supongo que se mantienen así hasta llegar a la cocina, pues Irene, que se está preparando un sándwich en plan cena tardía, se me queda mirando como si tuviera ratones en la cara.

—¿Qué? —pregunto.

Mi hermana niega con la cabeza.

Que sí, que me alegra, y mucho, que Blas haya venido. Ya está. ¿Contentos?

Ya puestos, también me alegra ver que mi hermana está usando ambas manos para preparase la cena. Intentándolo, al menos, que ya es más de lo que he podido decir otras veces.

Lleno el vaso en el grifo y me vuelvo a la habitación sin intercambiar ni una sola palabra más con Irene. Blas sigue justo donde yo lo dejé, aunque ahora sin su chaqueta, pero igualmente sentado en la cama de sábanas y mantas revueltas. En serio, parece que la Tercera Guerra Mundial haya llegado ya y se haya celebrado justo encima de mi colchón. Saco una pastilla de la platina y me la tomo con un buen trago de agua antes de sentarme de nuevo junto a mi…

¿Junto a mi qué?

Junto al tío este, yo qué sé.

Él ya me tiene preparado uno de sus mensajitos.

«¿Boxeas?».

Me sorprende que lo haya adivinado. Luego comprendo, cuando lo veo señalar con el dedo, que su descubrimiento se debe al par de guantes que yacen medio ocultos en una esquina de la habitación, tras una bolsa de plástico que, la verdad, ahora mismo no sé qué contiene.

—Ah —murmuro, y me rasco el cuello con la diestra—. Boxeaba, más bien.

—¿Por qué? —pronuncia.

—¿Por qué lo dejé? —elaboro, y me encojo de hombros justo después—. Por todo, supongo. Perdí el trabajo, las clases costaban un dinero que había que dedicar a otras cosas… No sé, mal momento, en general. No hace ni dos años que me quité, en realidad. De hecho —chasqueo la lengua—, tengo un saco de boxeo en el trastero y aún lo uso de vez en cuando.

«Eso no me lo dijiste cuando te pregunté qué cosas te gustaban», me recuerda por escrito.

—¿Qué querías que te dijera? ¿Que boxeaba pero que ya no lo hago y que aún hay veces en que estoy hasta los cojones de todo y bajo al subsuelo a meterle hostias a un cacho de lo que sea lleno de arena?

—Sí. ¿Por qué no? —pregunta con su voz.

—Pues porque parecería un chalado.

«¿Y con tu afición de ver vídeos grabados con drones no?».

Vale, eso me ha tocado un poco las narices. Por eso lo miro con cara de odio absoluto.

—Sabía que no te lo tenía que haber contado —gruño.

Él suelta una risita y, con un pequeño salto, se pega a mí en la cama. Hasta me da un empujoncito con todo su cuerpo.

«No me pareces un chalado ni con esto ni con lo otro», me asegura. «De hecho, ya van un par de noches que me pongo uno de esos vídeos cuando me voy a la cama».

—¿En serio? —pregunto, componiendo una mueca de extrañeza—. ¿Por qué?

«Me ayudan a dormir. Y me hacen sentir más cerca de ti».

Chasqueo la lengua de nuevo.

—Ya lo estás haciendo raro otra vez —protesto.

«Somos una pareja, tú mismo lo dijiste. Tenemos que ser raros de vez en cuando».

—Dios, no te aguanto. En serio, te odio. Te odio muchísimo.

Igual es un poco contradictorio decirle eso a una persona y acto seguido abalanzarte sobre ella y tirarla en la cama y abrazarla y besarla. Igual sí. No sé. Él se aferra a mi espalda y a mí me gustaría ir más allá, saborear nuevos rincones de su cuerpo, pero resulta que tengo algo conocido como un trancazo monumental y me entra el ahogo a la mínima. Al final, nos quedamos tumbados el uno junto al otro, en una cama de noventa y con los brazos entrelazados por la falta de espacio. Hoy, por alguna razón, siento que la litera de arriba está más cerca que de costumbre; como si me limitara. Como si lo limitara todo, en realidad, y no me dejara ser yo mismo.

Paranoias mías, otra vez.

Un toquecito en el costado me invita a bajar la mirada.

«En mi polideportivo dan clases», ha escrito Blas en su móvil.

—¿Clases de qué?

—Boxeo.

Reflexiono durante un instante.

Siento el cosquilleo burbujeando entre el pecho y el estómago.

—No puedo, Blas. Estoy en paro —le recuerdo, sin mirarlo a los ojos.

«Por ser miembro, me dejan invitar a una persona para que se apunte sin pagar matrícula y con el primer mes a mitad de precio», añade.

Gruño.

Para dentro y para fuera.

—Que no puedo, *bro*. No tengo pasta. Vivo mantenido por mi hermano y por unas ayudas miserables.

«Yo te pago el primer mes. Después, ya veremos».

—No —me opongo.

—Sí.

—Blas.

—Édgar.

—Blasito.

—Eddie.

—¡No voy a aceptar dinero tuyo!

Me incorporo casi sin darme cuenta. Me siento en la cama y observo a mi compañero de colchón con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —pregunta él, que pronto imita mis movimientos.

—Porque si esto sale mal, no quiero deberte nada.

Ya está.

Ya lo he dicho.

Soy un imbécil.

—Perdón, no quería…

—¿Crees que va a salir mal? —me interrumpe. Sus ojos, bien abiertos, irrumpen en los míos como si ansiaran sacarles el alma de dentro. Me corta la respiración.

—No es eso, es…

—¿Te gusta estar conmigo?

Resoplo.

¿Cómo puede preguntarme eso?

Me froto la cara con las manos y me arde la nariz; había olvidado que la tengo en carne viva de tanto sonarme los mocos.

—Claro que me gusta, pero… —No encuentro las palabras. Empiezo de nuevo—. No sé qué somos. Acabo de salir de una relación rara con un tío; una relación que no era relación, en realidad, porque solo follábamos. Y, no sé, no quiero que… Me asusta que no tenga nombre. Lo nuestro, digo.

—Vamos a hacerlo.

—¿El qué? —pregunto, aturdido.

—Ponerle nombre. ¿Qué quieres que seamos?

Un suspiro. Lento y gutural.

Sin darme cuenta, jugueteo con mis manos entrelazadas.

—Una pareja —se adelanta él—. ¿Quieres eso?

Lo miro a los ojos y no tengo ni idea de lo que veo. Supongo que eso es lo que más me asusta de todo.

—Eso es lo que quiero yo —me asegura.

No respondo.

Agacho la mirada, que se pierde entre las sábanas. De pronto, rodeo a Blas con ambos brazos y lo atraigo hacia mí. Con todas mis fuerzas. Quiero sentir su pecho latiendo contra el mío. Y lo consigo. Quiero mantenerlo unido a mí, que no escape con esas piernas que sé de sobra que sabe usar. Quiero tenerlo y que nadie me lo quite. Quiero que él me tenga a mí también.

Pero no soy capaz de decir nada de eso en voz alta.

Despacio, sus brazos escapan de la prisión que les he construido y se deslizan sobre mi espalda para apretarme.

Y entonces lo oigo.

—¿Eso ha sido tu estómago? —pregunto, sin moverme de donde estoy.

—Sí —reconoce.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Mucha?

—Sí.

Rompo a reír. Puede que sea la serie de monosílabos idénticos, yo qué sé. Me separo de él y me doy cuenta de que también sonríe.

—¿Quieres que te prepare algo? Un sándwich o… Espera, no tomas sándwiches, ¿a que no?

—No suelo.

—Este puede ser un buen día para saltarte la dieta —le recuerdo—. ¿Lo has pensado?

Blas inclina la cabeza a un lado y a otro. Aprieta los labios. Yo creo que se lo está pensando de verdad. Al final, agarra su teléfono de entre las mantas y me dedica un mensaje.

«Si la invitación a cenar incluye también invitación a dormir, me salto la dieta».

Me sale reír.

—Eres tú muy directo —le suelto.

«Te sobra una cama».

—Oh, ¿lo dices por esta de arriba? —Señalo con el dedo—. Qué va, es peligrosísimo dormir en ella —exagero, todo lo obvio que puedo ser—. Vas a tener que dormir abajo conmigo.

Blas, deja de sonreír y cierra la boca para que no pueda verte las paletas. Dios, yo no llego a los veinticinco sin el infarto.

«Qué desgracia», añade él, espero que sarcástico. O sea, por la sonrisa que tiene en la cara, tiene que ser sarcasmo sí o sí.

—Bueno —suspiro—, vamos a hacerle la cena al niño.

Blas me agarra el brazo para evitar que baje de la cama.

«Puedo hacérmela yo, si tú me dejas. Por si no te encuentras bien y quieres seguir descansando».

Paso de él y me pongo de pie. Joder, qué dolor de espalda tengo encima. Fijo que es de estar todo el puñetero día en la cama.

—La preparamos juntos, como hacen las parejas —propongo—. Porque ahora sí que somos pareja, por lo visto.

La cara de Blas se ilumina toda con una sonrisa. Y yo me la quiero comer entera. Y a él también, qué coño.

—Eso parece —secunda.

—De todas formas, ya estoy un poco mejor.

—Gracias a mí.

—Gracias a tu ibuprofeno —puntualizo.

El contraataque llega por escrito.

«Yo soy tu ibuprofeno».

Sonrío como un imbécil y le tiendo la mano. En el momento en que me la agarra (la mano), tiro de él para hacer que se levante de la cama. Aunque no lleva las deportivas, voy a dejar que ande descalzo por *mi* casa. Estoy hecho un buenazo. Qué mal acostumbrado lo tengo. Pero ¡qué se le va a hacer!

Estoy a punto de salir al pasillo cuando la mano de Blas tira hacia el otro lado. Se ha detenido. Me suelta de pronto y comienza a teclear en su móvil.

«Hay una cosa que quería proponerte, también».

Me entran cosquillas en el estómago.

—¿El qué?

«¿Quieres venir conmigo a las Jornadas?».

—¿Cómo? ¿A las de Salamanca?

Blas asiente con la cabeza.

«Son el viernes, sábado y domingo de dentro de dos semanas. En un pueblo. Ya tengo la habitación de hotel reservada. Y, antes de

que digas nada, es una habitación doble, así que me va a costar lo mismo vengas tú o no. Además, me sale al cincuenta por ciento porque estoy inscrito como participante».

No consigo apartar la vista de sus ojos. Hay tantas cosas en ellos que no puedo esperar a descubrirlas todas.

Por supuesto, la respuesta no podía ser otra.

30
BLAS

Sin duda, lo mejor de las reuniones de Más Que Voces son las sesiones extracurriculares con Édgar en el coche, después de atiborramos (de atiborrarse él) en casa de Jacinta. Hoy la cosa ha acabado pronto, eso sí; la anfitriona no se encontraba demasiado bien y todos hemos acordado de manera telepática marcharnos a casa antes de lo previsto. Igual está relacionado con la subida de tensión del otro día. No lo sé. No voy a jugar a ser médico.

Son poco más de las nueve cuando salimos de su casa. Alguien propone tomar algo en uno de los bares cercanos, pero se ve que la gente no está muy por la labor: todos ponen excusas, ya sean ciertas o no. Yo me escudo tras el examen de mañana; y lo mío es cierto. Tengo un parcial que no va a estudiarse solo. Por muy bien que lleve la asignatura de Idioma Moderno, no está de más que le dé un repaso al temario antes de irme a la cama. Supongo que eso descarta también una sesión extracurricular con Édgar, que, más que sesiones, son momentos en los que nos besamos un poco en el coche antes de despedirnos de manera definitiva. A veces eso se alarga durante veinte o treinta minutos, hablando de lo mucho que nos odiamos, de las Jornadas del Deporte o de las partidas que hemos empezado al mismo juego de Pokémon para la Nintendo DS, en una especie de competición para ver quién se lo termina más rápido. *Spoiler*: me va ganando. Cosa que no sorprende, en realidad, teniendo en cuenta que yo compagino el entrenamiento con los estudios y con besar al tío que ahora es mi pareja.

Aunque eso último lo hacemos los dos.

—¿Te llevo a casa, entonces? —pregunta Édgar, tan pronto como nos subimos a su coche. No es que su voz sea dulce y afable de normal, pero hoy la noto tirando a cortante. Está serio. Lo he sentido así a lo largo de toda la reunión; desde que me recogió en

su coche, de hecho. Pensé que sería algo pasajero. Ahora intuyo que no lo es.

—¿Estás bien? —pregunto, por fin.

—¿Yo? Claro. Bueno —se rasca el cuello antes de continuar. Y yo temo lo peor—, quería comentarte una cosa.

Se acabó.

Es lo que pienso.

Se acabó todo esto.

Los viajes en coche, los besos, los intercambios de mensajes antes de dormir.

—¿Qué? —pronuncio.

—¿Te acuerdas de lo que dijo aquel emisario? —No sé si este giro de los acontecimientos me alivia o me inquieta—. «Una vez cada mil años».

—Sí.

Sus dedos acarician la palanca de cambios, de un modo que, estoy seguro, roza lo inconsciente. Antes de añadir nada más, saca el móvil con la mano que tiene libre. Lo maneja con destreza y después me lo cede a mí.

—He estado investigando y he encontrado esa foto —dice.

La foto en cuestión no es algo que reconozca de inmediato. Tampoco después. Por el lugar en el que se ha tomado, imagino que habrá de ser la pieza de algún museo. Parece lo que queda de un arco muy muy antiguo, tallado en piedra y de forma muy rudimentaria.

—¿Qué es esto? —pregunto, incapaz de comprender.

—Mira en el lado derecho —me indica él, señalando con el dedo.

Y es entonces cuando lo veo. Había sido incapaz de componer su forma tras la retina; ahora, sin embargo, no hay duda de qué es lo que se alza por encima del arco de piedra. Un gusano. En el lado izquierdo, pequeñas figuras con formas esféricas, mucho más pequeñas, podrían representar a seres humanos.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto.

—De internet, como todo —responde Édgar, encogiéndose de hombros—. Por lo visto, son restos de un templo que se encontraron

en algún lugar de América del Sur. ¿Adivinas a qué período se han atribuido?

Guardo silencio.

No soy capaz de responder.

—Dicen que tienen novecientos años, aproximadamente —explica—, lo que implica que hay cierto margen de error, y si la cosa varía, no sé, cien años, ¿qué nos deja eso? Hace justo mil años. «Una vez cada mil años». Llevo toda la tarde dándole vueltas a esto. No sabía si contártelo porque igual no quieres oírlo, pero, joder, ¿y si es verdad que hay algo, lo que sea, que se repite cada cierto tiempo? Por eso hay gusanos gigantes en ese trozo de piedra y vuelve a haberlos ahora. ¡Porque han pasado mil putísimos años!

—Los desvanecimientos son nuevos —le recuerdo.

—Sí, pero ¿y si los emisarios y los desvanecimientos no tuviesen nada que ver? ¿Y si ya hubo emisarios hace mil años? Y hace dos mil. ¿Y si todos llevaban gusanos metidos en el cuerpo?

Agacho la mirada y respiro hondo. Me acaricio el puente de la nariz.

—No quiero hablar de esto —sentencio.

—No te has notado nada, ¿verdad?

—No —respondo, de mala gana—. Pero no me lo preguntes. Haces que parezca que va a ocurrir en algún momento, aunque no sea ahora. Y me dijiste que no me pasaría. Que solo le ocurre a los emisarios.

No hay lágrimas en mis ojos cuando observo a Édgar con fijeza; poco falta para que las haya, sin embargo. Lo que sí puedo palpar es el pulso que se apodera de mi garganta como si el núcleo mismo de mis entrañas se hubiese instalado a la altura de la tráquea.

—No tienes nada dentro —me asegura, y alarga la mano para tomar la mía—. Te lo prometo. Pero… ¿tú no quieres respuestas? ¿No te gustaría saber por qué la gente se desvanece solo por pronunciar una palabra? ¿Por qué hay un, yo qué sé, una criatura del tamaño de varios campos de fútbol instalada en un pueblo perdido de Europa? ¿O por qué hay gente con el pelo blanco que no es albina de verdad y al parecer tiene gusanos incrustados en el cuerpo?

—¿Serviría de algo? —atajo.

—No lo sé.

—Saberlo no me va a traer de vuelta a mi madre.

Édgar suspira y retira la mano, lo que hace que me sienta solo y abandonado. Aunque sé que no lo ha hecho a propósito. Sé que él está tan perdido como yo, vagando por un mundo con un mapa al que le faltan las direcciones.

—Lo siento —me disculpo.

—No, no. Soy yo el que no tenía que haber sacado el tema. Pasamos página, ¿va? Te llevo a casa para que puedas estudiar. Aunque, bueno, Ro, o sea, Rocío, siempre dice que todo pasa por algo. Igual por eso ha terminado antes la reunión de hoy.

—¿Para estudiar?

—O para que podamos comernos la boca durante una hora y media antes de que te vuelvas a tu casa.

Su ocurrencia me hace sonreír. Porque rompe la tensión. No necesito irme a casa con una nube sobre la cabeza, pensando en si todo está bien entre nosotros o en si existen gusanos gigantes que habitan los cuerpos de las personas. Ahora que estoy más relajado, recurro a la vía segura: me saco el móvil del bolsillo.

«Podemos besarnos media hora».

—Cuarenta y cinco minutos y es mi última oferta.

«Cuarenta y cinco, pero tienes que apuntarte al torneo de boxeo de las Jornadas».

—Joder —exhala enseguida—. Qué pesadilla de tío. No me voy a apuntar, Blasito. Hace más de un año que no boxeo en serio, en plan, con alguien. Llevo meses enfrentándome a un saco de arena. Me van a dar una paliza.

«¿Y cuál es el problema? Esto se hace por diversión. Y por recaudar fondos. Yo te pago la inscripción».

—¿Qué diversión ves tú en que te den por todos lados? Espera, no saques esto de contexto. En serio, ¿eres sadomasoquista y te pone la idea de que me peguen?

«Me ponen los boxeadores, en general. Mucho».

Nada más leerme, Édgar rompe en una carcajada y se rasca la nuca con fuerza. Con mucha fuerza. De pronto, se desata la coleta y

deja la goma encajada en el freno de mano. El pelo le cae libre y yo no dejo de preguntarme si lo prefiero suelto o recogido.

—Ay, Blasito, ya decía yo que tenías mucho interés —comenta, con una cadencia musical y una sonrisa pícara en los labios.

«Te animaba a boxear por ti, no por mí. Lo otro es secundario», explico.

—Sí, ya. A otro con ese cuento.

«En serio».

—A ver —dice, girando del todo en el asiento para quedar frente a mí—, supongamos por un momento que me ves entrar en tu cuarto a pecho descubierto, con los *shorts* y los guantes de boxeo. ¿Qué pasaría?

—Nada —alego.

—Acabo de ganar el combate más duro de todos los tiempos. Por los pelos, eso sí. El tío me ha dado por todos lados y estoy sudado y agotado. Y tú te estás empalmando. O sea, eso no es una suposición, es que te estoy viendo.

Se me escapa la risa. La de estúpido. La de idiota. Intento ocultar la erección tirándome de la sudadera. Ni siquiera sé por qué lo hago.

—¿Seguro que quieres volverte a estudiar?

Me tomo unos segundos para pensar.

Después, pregunto:

«¿Cuál es la alternativa?».

A todos los ve,
oculta en el cielo,
entre mares de estrellas
y en eterno desvelo.

Da igual dónde estés,
no hay tierra en el suelo,
donde no alcance ya
su llanto de hielo.

¿Qué salió mal?
Pregunta en su duelo.
Y no queda más
que su gran desconsuelo.

31
ÉDGAR

Ni en toda mi vida he querido llegar a un sitio tan rápido como hoy.

Conduzco tan a la desesperada que temo acabar estrellándome en algún cruce o en cualquier rotonda, a pesar de que en ningún momento sobrepaso la velocidad permitida. Yo qué sé. Me siento como fuera del cuerpo. Como si no fuera yo y el yo de verdad estuviese encerrado dentro de otro yo y he perdido la cuenta de cuantas personas hay involucradas, que parece esto ya un juego de muñecas matrioskas o como cojones se llamen.

Tardo justo quince minutos en llegar al único lugar en el que podremos tener intimidad. Aparco en la calle de atrás y llevo a Blas casi arrastras por la acera. Él avanza tan rápido que imagino que lo mueve la misma urgencia que a mí. Saco la llave y se me acaba cayendo al suelo por los nervios. Joder. La recojo y subo la persiana del taller. Cruzamos agachados en cuanto el espacio lo permite y, después, vuelta a bajarla. Me alegra comprobar que todo sigue como siempre cuando enciendo la luz. Tampoco esperaba que nada cambiase, en realidad.

Sin soltar a Blas, lo llevo hasta el despacho que hay a la izquierda. Solo entonces me separo de él para encender el radiador que hay en la esquina. Cuando vuelvo al sofá, Blas ya está quitándose la camiseta y colocándola en el respaldo, sobre la sudadera. Pedazo de cuerpo tiene el cabrón. Yo hago lo propio: fuera sudadera, fuera camiseta. Nos acomodamos en el sofá y nos buscamos como fieras en celo. Hoy mi lengua no va a por sus paletas; no va a por nada, en general, pero lo quiere todo y mucho más. Mis manos se deslizan sobre sus hombros y pectorales; siento sus curvas en las yemas de los dedos.

En serio, el cuerpazo que tiene este chaval no es ni medio normal.

Él no tarda en investigar por su cuenta también. Me acaricia la espalda y se detiene en la nuca, desliza los dedos a un lado y a otro, antes de abandonar mi boca para besarme el cuello. Y yo no aguanto más y llevo las manos directas a su pantalón. Le desabrocho los vaqueros hasta que asoma la erección. Sonrío al ver que ha manchado los calzoncillos. Sí que le gustan los boxeadores, sí. Espero que le gusten aún más cuando el boxeador soy yo, porque menuda mierda si le vale cualquiera que se ponga el disfraz.

Sin decir nada, lo empujo con cuidado hasta tumbarlo en el sofá. Ahora lo tengo justo donde quiero. Me detengo un momento a disfrutar de la imagen: su cuerpo semidesnudo y jadeante, la entrepierna empujando contra la ropa interior. Le quito las deportivas. También yo lo hago, antes de inclinarme sobre él. Me putoencanta cómo se le mueve el abdomen con la respiración. Y esos ojos. Dios, qué ojos.

Al fin, meto la mano por debajo del calzoncillo y le agarro la entrepierna. Primero, firme. Luego, pulso con un solo dedo. El pulgar. Presiono y lo deslizo de arriba a abajo, a lo largo de toda la erección, dedicando una atención especial a la punta en cada viaje y disfrutando de los jadeos entrecortados que se le escapan a Blas cada vez que lo hago.

Joder.

¿Cuánto tiempo llevo queriendo hacer esto?

Sin soltarlo, sin dejar de presionar, me inclino hacia su rostro para besarle los labios. Muerdo con suavidad, usando solo carne y no dientes. Él clava con cuidado las paletas en los míos y siento que estoy a punto de estallar. ¿Ha sido casualidad o se ha dado cuenta de que moriría por ellas? Su mano izquierda se enrosca en mi cuello, igual que una maldita serpiente. Solo que esta es la serpiente más sexi que ha pisado la tierra en mucho tiempo.

O sea, las serpientes no pueden pisar nada, no tienen piernas, pero…

Édgar, céntrate.

¿Qué coño estoy haciendo?

Presiono con fuerza la punta de su erección, todavía negándome a usar mi mano al completo. El jadeo de Blas me llega directo al

paladar. Lo saboreo. Atrapo sus labios con los míos y deslizo los dedos sobre su pecho. Está caliente. Y a punto de estallar. Sus caderas se estremecen, se encogen. Las piernas se abren. Ahora sí, le doy el placer de aferrarme a su miembro con firmeza para masturbarlo como se merece. Soy capaz de sentir de primera mano el temblor de sus labios. Los repaso con la lengua. Bajo hasta el cuello y clavo los colmillos con cuidado. Después, los labios.

Y entonces el corazón se me pone del revés.

Alguien está dando golpes en la persiana del taller.

Blas y yo nos miramos como si tuviésemos mil preguntas y ni una sola respuesta. Ambos jadeamos. Él, más que yo. Al fin, me levanto de una sacudida y me pongo la camiseta.

—Espera aquí —le pido.

Me acerco descalzo a la persiana.

—¿Quién está ahí? —pregunta la voz de una mujer, antes de dar otro par de golpes bruscos. No es mi tía—. Esto es propiedad privada, voy a llamar a la policía.

—Soy familia de los dueños —aseguro, con la voz más temblorosa de la cuenta.

—A ver. Que yo lo vea o llamo a la policía. Que ya va más de una noche que viene gente por aquí y esto lleva cerrado una pechada de años.

Hay miedo cuando al fin levanto la persiana. Ni se me pasa por la cabeza pensar que sea una trampa o alguna chalada que quiera entrar por la fuerza. Por suerte, no es nada de eso. Cuando me ve la mujer, que tendrá unos cincuenta años y el pelo muy rizado, sus ojos se abren de golpe.

—Ay, pero si yo a ti te conozco —dice. Yo no puedo decir lo mismo, aunque no voy a negar que su cara tiene algo de familiar.

—Trabajé aquí —explico, al tiempo que lanzo una mirada furtiva a Blas, al que veo asomado a la cristalera del despacho—. La dueña es mi tía. Últimamente he venido a ordenar unas cosas. Siempre por la noche, que es cuando estoy libre.

—Perdona, hijo —se disculpa ella, la mano en la mejilla—. Es que como oía por aquí jaleo con la persiana, y a estas horas, pues, claro, una se piensa lo peor. ¿Necesitas algo?

—No, no —respondo, sobándome el cuello con la mano—. Gracias.

—Vale. Pues…, pues me voy. Perdona otra vez, hijo.

—Nada.

Una vez que se pira y vuelvo a bajar la persiana, suelto un suspiro del tamaño de un huracán. Joder. Menuda mierda. Y menudo susto, también. Espero que esta mujer no tenga forma de contactar con mi tía, porque sería bastante curioso que la llamara para contarle que me ha visto por aquí.

Vuelvo al despacho cansado y derrotado. Blas me mira con los ojillos bien abiertos. Me dejo caer a su lado en el sofá, resoplando todo lo que puedo.

—Me voy a cagar en todo —recito.

—Habla —comenta Blas. Y no me queda más remedio que reír.

—¿La mujer, dices? ¿En eso te fijas? Pero, bueno, casi mejor que sea de las que hablan, sí. Si no, igual coge y manda directamente un mensaje a la poli para que venga y se las apañe. Joder. —Suspiro de nuevo y me froto la cara con las manos, inclinado hacia delante—. Me ha cortado todo el rollo.

Un simple vistazo a la entrepierna de Blas me confirma que a él también. Ya ni hay erección ni hay nada. Pero el bulto que le asoma por los calzoncillos sigue siendo adorable, eso sí.

—¿Te llevo a casa para que puedas estudiar? —le ofrezco.

Él me mira durante varios segundos antes de sacar el teléfono. Imagino que va a regalarme algún mensaje de los suyos, pero resulta que lo que planta frente a mi cara es un tocho redactado con un lenguaje tan técnico que no alcanzo a entender nada.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Ahora sí, se toma un momento para escribir.

«Apuntes».

Sigo sin pillarlo.

—¿Qué me intentas decir?

«Que tengo los apuntes en el móvil, así que, no sé, podríamos pedir la cena al chino del otro día, acurrucarnos mientras yo estudio y tú ves uno de tus vídeos de drones, y después dormir en este sofá

tan escandalosamente amplio. Lo de acurrucarnos es importante, porque es lo que hacen las parejas, y ahora somos una pareja».

El final de su mensaje hace que me estalle la risa en la boca.

Es imbécil.

Por eso lo odio tanto.

—Vale, si te pones así, habrá que acurrucarse —accedo.

Blas sonríe. Cuando creo que va a abrocharse los vaqueros de nuevo, redacta un último mensaje.

«Antes de eso, ¿puedes acabar lo que has empezado? Porfa».

Ahí está de nuevo: la erección.

Sonrío y me muerdo los labios.

¿Cómo voy a negarme cuando me lo pide como si fuera un cachorro abandonado?

Esta vez nos quedamos sentados, el uno junto al otro, los muslos rozándose. Blas no se corta y va directo a desabrocharme los pantalones. Se lo pongo fácil: me levanto y los dejo en el suelo. Se me queda mirando la polla tanto tiempo que no sé si sentirme halagado o avergonzado. Luego me siento otra vez y nuestras manos se cruzan por encima del regazo, cada uno empuñando el arma que no le pertenece, pero que nos entregamos por igual. Nuestros labios se juntan y la saliva se derrama por entre las fauces abiertas en hilos delgados, como si fuesen de seda. Blas muerde con las paletas y siento un espasmo en los dedos. Y en otro sitio, también. Las manos se aceleran, al igual que nuestras respiraciones. Ya no sé ni de quién es cada una. Los jadeos se mezclan, hasta que los suyos, graves y pesados, empiezan a mostrar adorables agudezas. Entonces le suelto la mano y lo guío hasta dejarlo sentado sobre mis piernas, frente a mí, las suyas abiertas. Recorro su cuerpo con las manos: los brazos, los hombros, el torso y el abdomen. Devoraría cada pedazo de este imbécil. Y verle la expresión que tiene ahora mismo en la cara…

No puedo más.

Agarro de nuevo su erección y empiezo a masturbarlo otra vez. Él hace lo propio con la mía. Nos besamos y él se aferra a mi cuello, a la desesperada. Me meto uno de sus pezones en la boca y lo meneo con la lengua, hasta morder con cuidado. Su piel está

caliente; o quizá sea mi boca la que arde. Yo qué sé. Siento que los dedos se me quedan adheridos a su piel, como si las yemas se me derritieran sobre sus músculos. Soy capaz de saborear un cosquilleo en la entrepierna. Una advertencia. Sin embargo, antes de que eso llegue, estalla un gemido agudo que me repetiría en bucle como si fuese una canción. Noto la calidez que Blas acaba de escupirme.

Con la polla.

Se me derrama entre los dedos, calentándolos y humedeciéndolos. El muy idiota me observa con el rostro enrojecido y los ojos entrecerrados, la expresión culpable, como si me hubiese destrozado la casa entera. Y yo me pregunto a quién hay que sobornar para que me dedique esa mirada todos los putos días de mi vida. Me abalanzo sobre él para besarlo, para morderle los labios y apretárselos con los míos; ahora que no tengo que menearle la erección, lo abrazo y atraigo hacia mí para poder sentir todo su cuerpo contra la mía. Él aún sigue, no se detiene. El cosquilleo se hace más y más fuerte, hasta que ya no es solo una advertencia, hasta que jadeo sin parar y exhalo un gemido directamente en su boca.

Nos mantenemos así un poco más, la calidez de dentro de nuestros cuerpos conectándonos de múltiples formas, susurrándonos verdades que no tienen forma, pero sí voz. Al final, unos cuantos pañuelos de papel después (siempre son los puñeteros pañuelos, ¿no?), Blas se da la vuelta y se cobija entre mis piernas, la cabeza pegada a mi pecho. Yo le beso el cuello, de abajo arriba, hasta llegar a la cabeza y regalarle el más intenso de todos.

Entonces el tiempo se detiene.

No hay nada más.

Solo nosotros.

Aquí y ahora.

En este momento.

32
BLAS

El día…

El día ha sido largo.

Y eso que no ha hecho más que empezar.

Apenas he pegado ojo esta noche, y no porque dormir dos personas en un sofá de esas dimensiones entrañe movimientos y posiciones del calibre del Twister, si es que ese juego se sigue fabricando aún; sino porque, cómo no, Édgar y yo nos quedamos despiertos más de la cuenta, charlando sobre boxeo, revisando vídeos de gatos y masturbándonos el uno al otro hasta que los ojos se nos cerraban. Por suerte, el examen de la mañana ha ido bien; se ve que mi cuerpo ha concentrado las pocas fuerzas que le quedaban para el momento más importante del día. En cuanto entrego la hoja con las respuestas y salgo del aula, me siento exhausto de repente. Decido saltarme las dos últimas clases porque estoy seguro de que voy a quedarme dormido de manera bastante literal. Y odio que todo esto esté afectando a mi rendimiento.

Pero no voy a negar que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Vuelvo a casa dispuesto a meterme en la cama y no salir hasta pasada la hora de comer, antes de partir hacia el hospital para la rehabilitación de mi padre. Y que conste que de milagro me he acordado de la cita. Justo estoy esperando el ascensor cuando oigo el característico timbre de los combates de boxeo. Sí, le he puesto una notificación personalizada a Édgar.

Y puede que no haya sido buena idea, teniendo en cuenta lo que pasó anoche. Demasiados recuerdos. Demasiados pensamientos. Demasiado apretado.

Eddie
Cómo ha ido el examen?

Blas
Mejor de lo que esperaba
No dormirme en la mesa ya ha sido
toda una hazaña

Eddie
Tendríamos que habernos acostado antes

Blas
Eso no lo decías ayer, eh?
Joder
Hasta me escuece

Eddie
Bro, cómo te va a escocer?
Que tampoco nos la meneamos tanto
Yo qué sé

Blas
Qué?
Eddie
El ojo
Me escuece el ojo
Del sueño que tengo

Eddie
AJSJAJSAJS
ME PUTOMEO

Pues ya somos dos. Yo también «me putomeo», como él dice. Pero tengo que poner en pausa esta charla, al menos temporalmente, para sacar la llave y abrir la puerta de casa. Dejo el llavero en el mueblecito de la entrada y recorro el pasillo hasta el salón, donde el enorme reloj de pie está tocando las doce en punto. De hecho, veo a mi padre justo al son de la última campanada. Está de pie. Sin la ayuda de su muleta. Parece sorprendido al verme, supongo que porque es más temprano de lo habitual; aun así, sonríe con una ilusión que hacía tiempo que no hallaba en él.

—¿Has visto? —dice, abriendo los brazos. Hasta la voz le suena distinta—. Llevo así por lo menos media hora, Blas. —Me lo cuenta con tanto orgullo que a mí se me empañan los ojos.

Dejo la mochila en el suelo, junto al reloj, y lo abrazo con cuidado de no poner fin a su estabilidad.

—Ahora podré ir contigo a las Jornadas sin que tengas que estar todo el tiempo pendiente de mí —añade, abrazándome también.

Y eso hace que se me ponga un nudo en el estómago.

Cuando nos separamos, pienso que quizá haya llegado el momento de decirle a mi padre que no solo iremos los dos, sino también cierto chico del que jamás le he hablado y que da la casualidad de que justo ayer me masturbó como nadie ha hecho en toda mi vida.

—Yo duermo por mi cuenta, eso sí, por si tú quieres llevarte a tu amigo —prosigue.

La revelación me termina de dejar KO.

—¿Qué? —farfullo—. ¿Cómo lo sabes?

Mi padre sonríe.

—Te lo veo en los ojos, Blas. Y en la sonrisa —añade, colocando un nudillo bajo mi barbilla—. Cuando coges el móvil y te pones a mandarle mensajes a alguien. Hace mucho que no sonreías así. Ni siquiera con… —se detiene un momento. Sé lo que va a decir y preferiría que no lo hiciera—. Ni siquiera con Bea lo hacías de esa manera.

Agacho la mirada, no sé si por ella, por mi padre o por todo. Es posible que sea por todo. Pero el hecho de que Bea vaya a estar en las Jornadas, y de que sea más que probable que me la encuentre en lo que sin duda será un momento incómodo donde los haya, no ayuda lo más mínimo.

Mi padre se sienta en el sofá alargando un suspiro.

—¿Cómo se llama? —pregunta, con un tono entre conspirador y entrañable.

—Édgar.

—¿Lo has invitado?

Asiento con la cabeza.

Y saco el móvil.

«Reservé una segunda habitación la semana pasada», escribo, y se lo enseño. «Siento no haberte dicho nada antes».

Mi padre sonríe de nuevo.

—Qué ganas tengo de conocerlo.

Ahora soy yo el que sonríe. Me pregunto si será esta la sonrisa que mi padre afirma haber visto, la que ha revelado mis secretos antes de que yo mismo decidiera hacerlo. Me pregunto cómo se verá frente al espejo.

Me pregunto, también, si es esta la sonrisa que mi madre blandió antes de desvanecerse.

Le cuento a mi padre que voy a dormir hasta que el cuerpo aguante y me encierro en mi habitación. Aún flota en el ambiente todo el asunto de la confesión y de la noche que pasé ayer con Édgar, igual que si fueran mariposas acariciándome el estómago. Sin embargo, en el mismo momento en que me tumbo en la cama, a estos pensamientos les suceden otros más amargos. Menos felices. Vuelvo a pensar en Bea, en el distanciamiento, pero también en sus sueños, en la palabra sin sentido que empieza por la letra *p* y en esas otras que están relacionadas con el miedo.

Pienso en la palabra que tengo anotada en mi cajón.

«Aterrador».

Pienso en los gusanos y en los emisarios y en el nido.

Pienso en tantas cosas que, cuando al fin me quedo dormido, lo hago entre sudores y pesadillas.

33
ÉDGAR

Cuando al fin llega el viernes de las jornadas, estoy que no me lo creo. Ojalá pudiera decir que no me he tirado toda la noche sin dormir por los nervios, pero es que resulta que me he tirado toda la noche sin dormir por los nervios. Ni siquiera sé por qué. Por todo, supongo. En parte, digo yo que tendrá que ver con conocer a mi futuro suegro.

No, borra, borra.

Conocer al padre de Blas.

Mucho mejor.

Aunque eso de «futuro suegro» tenía su punto…

El caso es que mi novio, mi *crush*, mi pareja, mi estimado o como queramos llamarlo viene a recogerme en su coche pasada la hora de la comida, a eso de las tres. Hay que salir pronto, pues nos espera un buen trecho hasta Salamanca. Y me da por reír mientras me cuelgo la mochila y agarro la maleta. Quién me iba a decir a mí hace un par de meses que iba a estar yo camino de Castilla y León con el chaval en el que pienso todas las noches. Que no se entere de esto, por cierto. Se le subiría a la cabeza.

Nada más salir del portal, me los encuentro a los dos ahí, frente al Peugeot que han dejado en doble fila. Blas me observa con un gesto que parece mitad nerviosismo y mitad sonrisa. Su padre sonríe también, pero no deja de frotarse las manos. No lleva las muletas, aunque se mantiene a una distancia prudencial del coche, por si tuviera que recurrir a él, supongo. Y, de pronto, la revelación me asalta como un rayo.

Soy la hostia de estúpido.

Resulta que solo al darme cuenta de lo familiar que se me hace su cara, he recordado... ¡que yo ya conozco a este hombre! O sea, estuvimos semanas, si no meses, coincidiendo en la puñetera

rehabilitación. Vale que hace ya tiempo que no nos vemos por allí, desde que a Irene le dio por cambiarse de horario, pero, *bro*, me he tirado toda la noche pensando en qué aspecto tendría.

¡Toda la noche pensando en qué aspecto tendría un tío al que ya conocía!

Dios.

Pues empieza bien la cosa.

Pero, oye, lo que sí es cierto es que no he intercambiado una sola palabra con él. Estas serán las primeras, sean cuales sean.

Blas se ofrece a guardar mi equipaje en el maletero y yo aprovecho para presentarme ante el señor progenitor.

—¿Édgar? —pregunta.

—Eso dicen —respondo, inclinando la cabeza a un lado.

—¿Quién lo dice? —añade el hombre, sonriente.

Me encojo de hombros.

—No sé. La gente, supongo. Tu hijo me llama Eddie, en realidad. Para el resto soy Ed.

—Imagino que yo soy «el resto» —apunta, tras soltar una leve carcajada que me hace sonreír.

—Puede ser.

—Yo soy Emilio.

—Encantado.

Estrechamos las manos. Su agarre es poco firme; su piel, áspera. Imagino que lo segundo tiene lógica, teniendo en cuenta que se trata de un hombre que probablemente haya trabajado toda su vida con las manos.

El padre de Blas, al que llamaré Emilio a partir de ahora (porque se llama así, o sea, no es que me lo esté inventando), insiste en dejarme el asiento del copiloto, pero yo soy aún más cabezón y me empeño en ir detrás. Que no es mala idea lo de compartir coordenada horizontal con Blas, pero me sabe mal por el hombre y, además, me pone nervioso la idea de estar intercambiando miradas con *mi pareja* y que Emilio esté detrás coscándose de todo.

Quita, quita.

Pues nada, Blas al volante, todo el mundo en su sitio y el coche arranca. Nos paramos en una de las gasolineras que hay en las

afueras, cuando la ciudad se va ya transformando en nada y luego en pueblo y luego en nada otra vez. Emilio me da conversación durante casi todo el trayecto, cosa que me sorprende, a juzgar por los recuerdos que yo guardo de la época en que coincidíamos en el hospital. Me pregunta por los estudios (no tengo ni el bachillerato), por el trabajo (estoy en paro) y por mis hermanos (los aguanto solo a medias, aunque con Irene ha mejorado la cosa desde la charla que tuvimos el otro día). Yo le adorno un poco la verdad, claro, no quiero que se piense que el tío que juega con los genitales de su hijo es todo lo contrario a un partidazo. Aunque este simple pensamiento bastaría para horrorizar al pobre hombre, creo yo.

—Me ha dicho Blas que vas a participar en un torneo de boxeo —dice.

Me rasco el cuello nada más oírlo.

—Sí —gruño—. Tu hijo me ha convencido. Me ha obligado, más bien.

El padre ríe en un timbre tirando a grave. Como su voz. Como la voz de mi chaval. Estoy probando cómo suenan distintas combinaciones, dejadme. Eso de «mi chaval» suena bastante como el culo.

—También dice que te vas a apuntar a su polideportivo —añade.

Qué cabrón. Eso ya se lo ha inventado. Hasta lo veo sonreír en plan travieso por el retrovisor. Vale, ¿quieres jugar, Blasito? Pues vamos a jugar.

—Igual lo hago —respondo—. O sea, me mola mucho el boxeo y me gustaría empezar a practicarlo otra vez. Me flipa la adrenalina. Es como si estuviera, yo qué sé, luchando por mi vida, ¿sabes? Como si perder el combate tuviera consecuencias o algo. Por eso cada golpe que das y recibes se siente con tanta fuerza.

Espero que Blas se haya empalmado.

Vale, se ha empalmado. La tos incómoda me lo confirma.

Uno a cero.

Igual Emilio piensa que estoy un poco mal de la olla por haber entrado en una descripción tan innecesariamente gráfica cuando él solo intentaba ser amable, pero, oye, ha merecido la pena.

—¿Cuándo es tu combate? —pregunta el hombre, pasando por alto mi explicación.

—Mañana a la una.

Al oírme, se vuelve hacia Blas.

—¿Tú no tienes la primera carrera mañana a la una menos cuarto? —El hijo asiente con la cabeza sin apartar la vista de la carretera—. ¿Te dará tiempo a llegar?

—Si se lo pierde, mejor. Así se ahorra ver cómo me dan la paliza de mi vida.

Eso es lo que digo, sí, pero yo sé que en cuanto mi nene termine con los cuatrocientos metros va a correr más que en la propia carrera para no perderse la pelea. Aunque solo sea para tener una imagen mental que llevarse al cuarto de baño.

Eso de «mi nene» suena bien. Seguiremos informando.

Emilio continúa haciéndome preguntas como de dónde soy o en qué trabaja mi hermano. Yo respondo y de vez en cuando intento verme a mí mismo en el retrovisor, porque no termino de acostumbrarme a mi cara con el pelo corto. O sea, más corto. Me he dejado el flequillo casi intacto y sigo teniendo algunas greñas, pero ni de coña daría para recogérmelo como antes. De vez en cuando, aún me paso la mano por la cabeza y espero encontrarme ahí la coleta. No voy a mentir: me lo he cortado por el combate. Supuse que me molestaría a la hora de darme de hostias con quien sea. De todas formas, creo que puedo acostumbrarme a llevarlo así. Es cómodo. Y, por raro que me resulte aún, no sé, ¿creo que tengo un punto interesante?

Blas no abre casi la boca en todo el viaje. Y sin el casi. Me digo a mí mismo que se debe a que va conduciendo, pues no tiene a mano el móvil que le sirve de mensajero. Aunque, *bro*, ¿ni siquiera una de las palabras de su lista? Un monosílabo, tampoco pido más. ¿Dónde se ha metido el Blas que se atrevía a formar frases a la aventura? Igual está un poco cortado porque tiene a su padre delante.

Yo qué sé.

Entre paradas y no paradas, pasan las ocho de la tarde cuando llegamos al hotel. Es un sitio agradable muy cerca de la sierra. Se

respira aire puro y todas esas gilipolleces que se dicen. Por lo visto, las instalaciones donde se celebran las Jornadas se encuentran muy cerca de aquí. Como aún es un poco pronto para cenar, acordamos instalarnos en nuestras respectivas habitaciones para hacer tiempo. Por suerte, al haber reservado cada una de ellas en momentos distintos, ocurre que la nuestra y la de Emilio no están pegadas la una a la otra. O sea, esto suena un poco mal, vale, pero es que se me caería la cara de vergüenza si supiera que mi suegro (otra vez he pronunciado la palabra que empieza por *s*) está pared con pared y puede oírme gemir o hacer gemir a su hijo.

Asumiendo, claro está, que alguno de los dos gima durante estos dos días.

Dios, cómo me gustaría que alguno de los dos gimiera durante estos dos días.

Nada más entrar en la habitación, el niño que llevo dentro flipa un poco, la verdad. Hace décadas que no piso un hotel. Los recuerdos que guardo son los de un verano en Almería, hace ya tanto tiempo que hasta se empiezan a emborronar. Hay arena, sal, quemaduras por el sol y picaduras de medusa. En el muslo y en la palma, porque quise apartarla con la mano, que soy yo muy inteligente. Al año siguiente alquilamos un apartamento. Eso del hotel era demasiado lujo para una familia de clase obrera como la nuestra. A ver, el sueldo de mi padre estaba bien, aunque no como para tirar cohetes, y tampoco es que mi madre sacara mucho limpiando tres casas a la semana. Luego súmale la hipoteca, tres hijos a los que vestir, dar de comer y un largo etc. y tendrás el cóctel perfecto para querer tirarte por una ventana o por dos o por las que se te pongan por delante.

Lo más importante, sin embargo, no es eso, sino el hecho de que, tanto hoy como mañana, este será nuestro refugio. De Blas y mío. Un lugar donde encontrar intimidad sin tener que recurrir a un viejo taller o al interior de un coche. Por eso espero que estos días pasen muy muy despacio.

Lo primero que hago, después de dejar la maleta en el suelo y la mochila sobre la cama, es salir a la terraza. Las vistas son todo árboles. Ya ha anochecido casi por completo y oigo cantar a un

pájaro de los raros, de esos que te pondrían en una película de miedo cuando quieren que te acojones vivo. El viento sopla muy poco y me acaricia el flequillo con suavidad. Cuando entro de nuevo en la habitación, lo hago haciendo vibrar los labios por el escalofrío. Enseguida me veo a Blas con un par de perchas en la mano.

—¿Qué haces? —pregunto.

Él me mira un instante y busca el móvil después. No tardo en oír la notificación de mensaje en mi propio teléfono.

«Colgar la ropa que he traído», me ha escrito.

—¿Por qué?

De nuevo, me observa antes de recurrir a su amada tecnología.

«Para que no se arrugue».

Después de estudiar la parte trasera de su cabeza durante unos cuantos segundos, me siento en la cama.

—¿Estás bien? —me atrevo a decir al fin.

Juraría que sus dedos sufren un ligero espasmo antes de colgar la percha con la camiseta de vuelta en el armario. Se gira hacia mí para asentir con la cabeza.

—¿Se te ha olvidado la palabra «sí»? —No sé si lo que suelto es una broma o una crítica—. Está en tu lista. A menos que haya cambiado por arte de magia.

Él aprieta los labios. Frunce el ceño.

—¿Estás nervioso por la carrera o qué? —prosigo.

Niega con la cabeza. Luego se encoge de hombros. Y asiente. ¿En qué quedamos, tío?

—¿Qué te pasa? —insisto—. No has dicho una sola palabra en todo el viaje. Si te molesta haber venido conmigo o que tengamos que dormir juntos…

—No —me interrumpe, y veo angustia en sus ojos. No por mí, sino por haber alzado la voz. Eso creo, al menos.

Conteniendo un suspiro, acaba sentándose en la cama, a mi lado, aunque no se acerca lo suficiente como para que nuestras piernas se rocen, cosa que me toca bastante la moral. Paranoias mías, quizá.

«No sé si quiero seguir hablando», escribe. Me enseña la pantalla de su teléfono, en lugar de mandarlo directamente al mío.

—¿Te refieres a esta conversación?

Blas niega con la cabeza.

«Me refiero a seguir con eso de hablar en voz alta».

¿La verdad? No me sorprende.

Contengo un suspiro de todas formas.

—¿Por qué? —pregunto, quizá más seco de lo que debería—. Ibas bien. Joder, ibas muy bien.

«Por eso mismo», añade. «Porque voy muy bien. Todo va genial últimamente. Contigo. Con mi padre. Y me da miedo cagarla solo por hacer algo tan innecesario como hablar».

«Algo tan innecesario como hablar». Esas palabras me llevan de vuelta a la tarde en que debutó en una reunión de Más Que Voces, arrasando con todo y con todos.

—¿No has pensado que quizá uno de los motivos por los que te sientes así de bien es que te has librado de la prohibición autoimpuesta de no abrir la boca? —Blas se limita a agachar la mirada y yo chasqueo la lengua sin cuidado—. Mira, Blasito, no eres el único. A esto lo llamamos la etapa de choque. Mucha gente empieza a hablar y llega un momento en que le da demasiadas vueltas a las cosas y acaba queriendo rajarse. Vas muy bien y sería una pena que lo mandases todo a la mierda. Joder, tienes una lista —le recuerdo—. Al menos, usa las palabras de esa lista. Son seguras. Y lo sabes.

Blas duda.

Veo sus dedos estremecerse antes de abalanzarse al fin sobre la pantalla.

«¿Y si no es eso? ¿Y si no se trata de pronunciar una palabra en concreto?».

Otro argumento típico de la etapa de choque. Me guardo el suspiro.

—*Bro*, se han hecho muchas comprobaciones. Se han hecho estudios. Todo el mundo está de acuerdo en que son palabras concretas y no solo el hecho de hablar en sí. Es… algo que se nota. Cuando alguien se desvanece en tu cara, *sabes* que ha sido por culpa de una palabra en concreto. Y s*abes* cuál ha sido esa palabra. Aunque no sepamos explicar por qué.

Ahora no son solo los dedos, sino el brazo de Blas al completo el que tiembla. Esta vez, me permito soltar un suspiro y coloco mi mano sobre la de mi niño. Con cuidado. Y, ¿sabéis qué? Me gusta eso de «mi niño».

Me gusta más que cualquiera de las otras opciones.

—¿Cuál fue la palabra de tu madre? —me atrevo a preguntar.

Silencio.

Me acojona haberlo roto.

Primero llega el temblor de los labios.

Luego aparecen las lágrimas, antes de que abra siquiera la boca. Cuando lo hace, no emerge sonido alguno. Recurre al teléfono en su lugar.

«Totalitario», escribe.

—¿Totalitario?

Aprieta con fuerza los párpados al oírme.

Me pregunto si espera una repetición de lo que ocurrió con su madre.

El llanto mordisquea su respiración.

Me sorprende oír su voz:

—Mi padre y yo nos pusimos de acuerdo para abordar a mi madre. Le dijimos que vivíamos con la angustia de que nos pudiese abandonar en cualquier momento. Le dijimos… que nos gustaría que volviera a relacionarse por escrito, que dejara el trabajo si su jefa no consentía que se comunicara de esa manera. Mi madre nos explicó por enésima vez la liberación que había supuesto hablar para ella. Dijo que éramos nosotros los que teníamos que seguir sus pasos y no al revés. Decía que… nos sentiríamos mucho mejor. Lo peor… —Tiene que tragar y soltar el aire antes de continuar—. Lo peor es que tenía razón. Pero nosotros, mi padre y yo, no quisimos verlo. Le dejamos claro que no íbamos a hacer como ella. Y que nos gustaría que parara. Entonces… —El llanto pisotea su voz sin piedad—. Entonces ella dijo que vivir así, como nosotros lo hacíamos, era como estar bajo una dictadura. Bajo un régimen…

No es capaz de pronunciar la palabra.

Su voz, su respiración y su todo se deshacen en una bomba de llanto y lágrimas.

—Bajo un régimen totalitario —concluyo en su lugar. Él sorbe por la nariz y afirma con un movimiento de la cabeza.

—Si mi padre y yo no la hubiésemos abordado, si no le hubiésemos pedido que parara…, entonces ella seguiría aún con nosotros. Es irónico, ¿no? —añade, observándome, sorbiendo y con la cara empapada en lágrimas—. Que justo ocurriera lo que queríamos evitar. Como si el destino quisiera… reírse de nosotros en nuestra propia cara.

Muy despacio, tomo aire. Lo suelto al mismo ritmo.

Supongo que ahora entiendo muchas cosas.

Como la culpa que debe de haber sentido.

Con cuidado, me levanto y me coloco justo a su lado, dejando que nuestros cuerpos, ahora sí, hagan algo más que rozarse. Extiendo el brazo y lo rodeo con suavidad. Lo atraigo hacia mí. Intento acariciarlo, pero, incluso hoy, consolar a la gente sigue sin ser lo mío. Mis movimientos se vuelven estúpidos y lo único que se me ocurre decir es:

—La palabra de mi padre era «chinchilla».

Blas deja de llorar para mirarme.

—¿Chinchilla? —cuestiona, secándose las lágrimas.

—Le dije: «Papá, ¿puedo tener una chinchilla?». Él respondió: «¿Una chinchilla?». Y se fue. Sin más —añado, encogiéndome de hombros. Aún puedo verlo ahora. A mi padre, no a Blas, a quien acabo de rehuir la mirada—. Pero yo no podía saberlo. Yo solo quería mi puta chinchilla. —No me doy cuenta de que tengo los puños demasiado apretados hasta que siento el cosquilleo de la sangre que no llega. Los agito con cuidado, la mano abierta de nuevo. La imagen de mi padre no termina de desaparecer. Lo veo ahí, sentado en el sofá y observándome por encima de su libro de sudokus—. Lo que quiero decir es que tú tampoco sabías lo que iba a pasar. E incluso si vosotros no la hubieseis abordado ese día, ella podría haber sacado el tema de la dictadura con cualquiera que no pensara como ella. Si eso del régimen totalitario era algo que tenía metido en la cabeza, tarde o temprano lo iba a soltar.

En el silencio de nuestras voces, los sollozos resurgen. Despacio, me acerco y planto un beso en su mejilla. Me sabe a sal, pero

también a algo más. A algo bueno. A algo bonito.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me dijiste que sentías una conexión siempre que estabas conmigo? —pronuncio—. Que te sentías a salvo. Y te preocupaba ser el único. Que yo no lo sintiera igual. Que no quisiera nada y buscara follarte y ya está.

Blas se seca de nuevo las lágrimas. Respira y responde con un asentimiento.

—Cuando te vi llorar aquel día en la sala de espera —continúo—, cuando hice aquella estupidez de esconderme un paquete de pañuelos en la mano y darte a elegir una de las dos, tú te reíste. Y justo en ese momento, pensé: quiero ser yo. Quiero ser yo el que le borre la tristeza de la cara.

Ya está. Ya lo he dicho.

Sus ojos se abren tanto que la vergüenza que siento es aún mayor.

Se queda paralizado. Veo caer dos lágrimas más, pero no sé si también son de pena o han pasado a componer algo mejor. Yo aprovecho para quitarme las deportivas y me coloco justo detrás de él. Lo atrapo con las piernas y con los brazos. Siento su corazón justo en la muñeca. Como para no sentirlo. Va a tope. Mi cuerpo sube y baja junto con su respiración. Y hay algo en todo esto que me llena de una paz que no puedo ni describir.

—¿Te sientes culpable? —pregunta Blas—. Por lo de tu padre.

—¿Tú qué crees? —replico, ahorrándome el suspiro.

—Que sí.

—Todos los días de mi vida. Y cada vez que miro a mis hermanos a la cara. Pero no fue culpa mía. Lo sé. Porque yo no podía saber cuál era la palabra de mi padre. Rocío me ayudó a entenderlo. Y me esfuerzo por sentirme cada vez menos responsable de aquello.

—¿Funciona?

—Más o menos —respondo, apretando el cuerpo de mi niño un poco más—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Blas asiente con un gesto y su cabeza me acaricia el cuello en el proceso. Ventajas de que mi novio mida menos que yo.

—¿Quién fue la otra? —revelo.

—¿Qué?

—Una vez me dijiste que tu madre, tu padre y tú conocíais de primera mano las consecuencias de hablar. ¿Quién fue la otra persona que se desvaneció?

Su cuerpo se estremece una pizca bajo mis manos.

Suspira y puedo sentir en mi piel cómo se infla su abdomen.

—Teresa —confiesa, a lo que sucede una larga pausa—. Prácticamente nos criamos juntos. Nuestros padres eran amigos y vecinos. Íbamos al colegio de la mano y yo no dejaba de decir que cuando fuéramos mayores nos casaríamos y nos iríamos a vivir a la playa, a Málaga, solo porque ella tenía familia allí. —Aunque no puedo verla, puedo oír cómo la sonrisa modula su voz—. Alguien tendría que haberle dicho al Blas pequeñito que igual la mujer de su vida era más bien Manolo.

Me sale una carcajada. Exhalo el aire en su pelo castaño y me encanta la forma en que baila gracias a mi efecto. Se lo acaricio con los dedos; también los laterales, donde sigue llevándolo corto, muy corto.

—Eso no es verdad —apunto.

—¿Qué?

—La mujer de tu vida no es Manolo.

—Ah, no. La mujer de mi vida se llama Eddie.

Vale, eso no me lo esperaba. Esa frase, esa puta frase me provoca un escalofrío tan fuerte que hasta me corta la respiración. Bueno, toca hacer de tío duro y guay:

—Eso está mejor. —Yo creo que se me ha notado en la voz.

Con cuidado, sus brazos envuelven el mío. El que aún sigue rodeando su cuerpo, pues no he apartado la otra mano de su pelo desde mi excursión a su cabeza.

—En el instituto, quería que todo el mundo la llamara Tere —prosigue, y algo me dice que lleva mucho pero que mucho tiempo ansiando hablar de su amiga—, porque era «más guay» que su nombre completo. A mí me prohibió llamarla así; me dijo que la siguiera llamando Teresa, que le recordaba a cuando éramos pequeños. A los dos nos gustaba escribir e imaginar cosas, así que,

cuando estábamos en tercero de la ESO, acordamos escribir un libro juntos.

—¿Por eso estudias filología? —lo interrumpo—. ¿Quieres ser escritor?

La respuesta se hace de rogar.

—No —dice—. Estudio filología para luego saltar al mundo de la publicación. Pensé que podría estar bien ser editor o corrector o algo así. Ya sabes que hubo un *boom* de la lectura gracias a los desvanecimientos. —Ah, sí, cómo olvidar ese *boom* de la lectura que a mí no llegó ni a rozarme—. Supuse que podría tener bastantes salidas hoy en día y, bueno, me gustan las letras, así que…

—Pero te gusta escribir.

De nuevo, su voz tarda en regresar.

—Lo de escribir ya no lo hago.

Su confesión, no sé si por el tono o por yo qué sé, me genera una presión extraña en el estómago.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Te va a parecer estúpido.

—Deja que lo juzgue yo, ¿no?

—Se supone que íbamos a escribir un libro juntos. Teresa y yo. Si yo fuera y publicara algo por mi cuenta, ¿no sería como traicionarla?

—No. —Ni siquiera tengo que pararme a pensar.

Blas suelta una risita.

—Eso dijeron mis padres.

—Y tenían razón.

La respiración de mi niño se ha vuelto más tranquila, más suave. Ahora es como un riachuelo o como el mar en un día de poco viento. Nada comparado con nuestros veranos en Almería, donde el aire te llenaba la cara de arena y hacía volar las sombrillas de la gente.

—¿Sobre qué ibais a escribir? —pregunto.

Se encoge de hombros. Me flipa sentir su gesto en mi cuerpo.

—No sé. Nunca lo decidimos. Se desvaneció ese mismo curso, poco después de que tuviéramos la idea.

—Vale, pues hazlo ahora. La próxima vez que nos veamos, quiero que me traigas el primer capítulo de una novela.

Blas se echa a reír.

—La próxima vez que nos veamos será mañana por la mañana —me recuerda.

—No seas capullo. Me has entendido. Quiero ver ese capítulo, ¿eh? Y siéntete privilegiado, que la tuya va a ser la única novela que lea desde que terminé la ESO.

Y vuelta a reír.

—Pero ¿te leíste algún libro en el instituto? —dice, en plan pícaro.

—La verdad es que no. Copiaba todos los trabajos de internet.

—No puedo hacerlo, Eddie.

—¿El qué?

—Escribir un libro.

—¿Crees que Teresa querría que dejaras atrás un sueño solo porque ella ya no puede cumplirlo?

—Da igual lo que Teresa quiera. Porque ella ya no está. —Hay dureza en esas palabras.

—Exacto. Ella ya no está. Pero tú, sí. Así que haz el favor de escribir la novela.

Con una sonrisa en la cara, Blas abandona el refugio entre mis piernas y se sienta a mi lado en la cama. Busca mis labios para besarlos en un intercambio fugaz.

—Eres idiota —dice.

—Tú también. Por eso te odio tanto.

—Yo te odio más que a nadie en todo el mundo.

Sonreímos como dos imbéciles. Como lo que somos, supongo.

Y mi corazón no ha pasado por alto esa frase suya, de eso no hay duda. Pero, eh, solo Blas sabe cuál es el sentido real de lo que acaba de soltarme. Habrá que quedarse con la intriga, porque no pienso preguntarle si eso significa lo que yo creo que significa.

Ya estoy entrando en modo paranoia otra vez.

—A veces, como ahora, hablas sin que te importen las palabras que usas —señalo—. Cuando estás triste o en tensión o yo qué sé.

—Porque no pienso —dice, sin alterarse ni sorprenderse.

—¿Por qué no lo haces siempre así?

—No puedo. No creo que pueda —matiza.

—Yo creo que sí puedes. O sea, sé que da miedo, Blasito, pero el mundo es más bonito cuando hablas.

Él sonríe en plan malvado.

—¿Tanto te gusta mi voz?

—No me refería a ti, sino a… Joder, ya sabes lo que he querido decir —gruño. Pero, para tu información, sí, me encanta tu voz y me la comería con cuchillo y tenedor si me la sirvieran en un plato—. Imagina que tu palabra es, yo qué sé, electroacústica o cualquier otro tecnicismo que no pronunciarás en toda tu puñetera vida a menos que lo hagas a propósito.

—¿Y si la mía no es tan rebuscada? ¿Y si la encuentro por error y todo se acaba?

Veo el miedo en sus ojos. Y, de alguna forma, me da miedo que ese miedo me encuentre a mí, valga la redundancia. Porque hacía tiempo que no pensaba en lo que ocurriría si alguien cercano a mí se desvaneciera.

Pero, joder, ¿cuántas veces lo he hecho con Blas?

—Si se acaba —respondo—, bueno, al menos habrás hecho que todo lo que vino antes merezca la pena. Al menos habrás probado la libertad, en lugar de vivir en la jaula.

Lo que no digo es que espero que no se acabe.

Lo que no digo es que, por favor, se quede conmigo para siempre.

34
BLAS

Apenas he pegado ojo esta noche.

Y no lo digo porque Édgar y yo nos hayamos pasado la madrugada haciendo cosas innombrables. Al contrario. Le dejé claro que no podía permitirme gastar energías o quedarme despierto hasta tarde. Visto con perspectiva, casi preferiría que hubiera sido él quien me mantuviera con los ojos abiertos durante horas.

Salimos del hotel a eso de las doce y tardamos apenas diez o quince minutos en llegar al recinto. Es allí donde toca separarse: mi padre y yo, a la pista exterior de atletismo; Édgar, al interior del polideportivo, donde se supone que han instalado un *ring* de quita y pon. Nos deseamos suerte y nos despedimos con un fugaz beso en los labios.

Creo que mi cerebro no es capaz de procesar todo lo que está ocurriendo. Me siento hasta mareado. Llevo meses preparándome para esto. Es el segundo año que vengo y quiero que merezca la pena. No puedo ni describir los nervios que acuso cuando al fin me planto en la pista, a la espera de que nos llamen a nuestras posiciones. Lo bueno de que las competiciones se dividan por géneros es que no tendré que cruzarme con Bea en la pista. Durante varios segundos, me dedico a buscarla por las gradas. No alcanzo a verla. Ni a ella ni a sus padres. Tiene lógica. Es decir, ¿por qué vendría a verme? Se acabó. Lo nuestro se acabó.

En cuanto suena el silbato, corro como si me fuese la vida en ello. Todo queda atrás y el mundo se transforma en un borrón. Visión túnel, supongo. El universo desaparece y solo quedamos la pista y yo; ni siquiera veo a los otros corredores pasados los primeros segundos. El único contacto que tengo con la realidad es el roce del viento en mi rostro y en mi oído. Antes de que pueda darme

cuenta, he cruzado la meta y, al poco, la pantalla anuncia los tiempos y las posiciones de cada uno.

No paso a la final.

Supongo que eso da igual, porque he superado mi mejor marca por dos centésimas. En las gradas, mi padre se ha puesto de pie. Me aplaude mientras yo hago lo posible por sonreír.

Vale, tenía esperanzas de sacarme una medalla este año.

Yo qué sé.

¿Yo qué sé? Esa frase es de Édgar. Veo que ya me ha pegado su expresión estrella.

***

A eso de la una y media, pongo un pie en los vestuarios dispuesto a algo más que a darme una ducha.

—En serio, tío —oigo decir a alguien.

Al entrar, me encuentro a un chico de pelo muy claro y muy corto, con una toalla colgada al cuello, charlando con Édgar, que está sentado en una de las bancas de madera. Los dos boxeadores juntos. Parece que se le vaya a salir el corazón por la boca. Al mío, no al otro. Nada más verme, esboza una sonrisita y agacha de nuevo la mirada.

—Menos mal que no te ha dado tiempo a venir —dice—. Te has ahorrado un caso agudo de vergüenza ajena.

Me siento a su lado antes de responder. Lo hago tan cerca de él que nuestros brazos se tocan, por no hablar de los muslos. Igual suena raro que diga esto, pero adoro su olor ahora mismo.

—No tienes tú muy buena vista, ¿no? —le recrimino—. Me he perdido, literalmente, diez segundos del primer asalto. —Y su rostro se ilumina de repente. Supongo que no le importa tanto que haya presenciado la paliza. Al contrario—. Aguantar seis asaltos está muy bien, teniendo en cuenta que te has pasado un año peleándote con un saco de arena y solo a ratos.

—Eso le estaba diciendo yo —aporta el chico del pelo corto. Tiene una botella de agua en la mano y diría que es algo más bajito que Édgar. Los ojos, como su pelo, también son claros—. Tiene un

montón de potencial, solo que se le notaba oxidado. Apunta mi número, si quieres, en serio. Te puedo pasar rutinas de entrenamiento y tal. ¿De dónde eres? Igual podemos hasta quedar, si nos pilla cerca. Yo soy de Madrid. Si no, seguro que coincidimos en algún evento.

Parece que le hayan dado cuerda. Siempre es curioso encontrar a alguien que hable. Que hable tanto, además. No sé si es por la forma en que Édgar y yo nos quedamos mirándolo o por la cercanía de nuestros cuerpos, pero el caso es que el chico acaba señalándonos con el dedo, primero a uno, después al otro.

—Espera, ¿sois…? —No acaba la frase.

—¿Novios? —espeta Édgar—. Sí, ¿por?

—Vale, no he dicho nada —concluye. Y, sin más dilación, suelta la botella de agua en una banca de madera y se dirige a la zona de duchas—. Perdón.

A mí me da por reír, suave, y por pensar en cómo adoro que haya respondido a lo de ser novios sin pararse siquiera a dudar.

—Joder —gruñe el boxeador. El mío—. Es que soy irresistible, *bro*.

—Sí que lo eres.

Eso es todo lo que sale de mi boca. Lo siguiente que hago es colocarme frente a él, sobre su regazo. Estoy seguro de que nota mi erección, que se me marca por encima de las mallas. Ya se ha quitado los guantes de boxeo; los tiene a un lado, en el mismo asiento. Una pena que no los lleve para completar el atuendo mágico.

—*Bro*, contrólate un poco —me advierte.

—No hay nadie —respondo.

Y es cierto: no hay nadie. Solo estamos nosotros y el otro boxeador, que, a juzgar por el ruido que sale de dentro, está metido en la ducha. Es muy probable que los de atletismo hayan pasado ya todos por aquí; al fin y al cabo, ellos no tenían que esperar a presenciar el mejor combate de la historia. La mayoría de las actividades cesaban a la una y se retomarán a las cuatro; es normal que este sitio esté vacío.

Édgar mira a un lado y a otro.

—Qué coño —suelta, antes de apretarme contra su cuerpo.

Sentir su abdomen en la entrepierna me genera un calambre importante. Yo me lanzo enseguida a por su cuello, al tiempo que le aprieto un pectoral. Sin precauciones ni decoro, meto la mano bajo su chándal. Está enorme. Y caliente. Se la agarro mientras le beso los labios con un ansia en la que ni siquiera soy capaz de reconocerme.

—Hostia —oigo decir, y me separo de Édgar como un resorte. Es el chico del pelo corto. Acaba de salir de la ducha con una toalla atada a la cintura—. Cortaos un poco, ¿no?

Aprovecho para cruzar una pierna sobre la otra. No quiero que se me marque mi amigo bajo la ropa. El otro boxeador se viste mientras suelta algún que otro comentario sobre lo ridícula que le resulta la situación. Cuando ya parece presto a marcharse, se vuelve hacia Édgar.

—En serio, tío, si quieres mi móvil, te lo paso —insiste—. Te puedo echar una mano. O sea, no así —puntualiza, señalándonos a los dos—. Te puedo dar pautas y comentarte alguna cosilla que puedes corregir fácilmente. No me cuesta nada.

Édgar se rasca la frente durante un par de segundos.

—Quiero tomarme esto con calma —alega—. A mi ritmo. Ni siquiera sé si voy a retomarlo de verdad.

El joven alza las cejas y levanta los dos pulgares al mismo tiempo.

—Rechazado dos veces seguidas —comenta, antes de marcharse de forma definitiva sin soltar siquiera un sencillo adiós.

—¿No vas a retomar el boxeo? —pregunto en cuanto lo perdemos de vista.

—Muy interesado te veo, ¿eh? —dice, con palpable retintín, al tiempo que me sacude el pelo con cuidado—. Claro que voy a retomarlo. Después del combate de hoy, ya es una necesidad. Aceptaré tu oferta de pagarme el primer mes de clases y, después, ya veremos. Pero paso de ese tío —añade, señalando con la cabeza hacia la puerta—. Es un capullo condescendiente. Tiene un año más que yo y se cree que puede darme lecciones de vida. O de esto. De lo que sea. Me recuerda a Fran.

—¿Fran?

—El tío al que me follaba. Insoportable. Pero insoportable de verdad, no como tú.

Sonrío. Casi se me escapa una risita suave.

—¿Yo no soy insoportable de verdad? —cuestiono. Édgar inclina la cabeza a un lado y a otro.

—Sí y no. Tú eres inaguantable y te odio. Pero en plan bien. En plan me gusta.

—¿Cuál es la diferencia? —insisto un poco más, a la par que dejo caer la cabeza sobre su hombro. Él aprovecha para besarme los labios.

—La diferencia es que a ti no quiero mandarte a la mierda. O sea, sí que quiero, pero en plan bien.

Ahora sí que no puedo contener la risa.

—Voy a explotar —confieso, frotando mi entrepierna con el antebrazo.

—Y yo. Vamos a tener que pasar por el hotel antes de bajar al pueblo a comer.

—Eso parece —secundo.

—Se nos ha olvidado, ya sabes, pillar eso que necesitamos de manera muy urgente. Así que tendremos que volver al hotel y hacer una parada de, no sé, ¿veinte minutos? Emilio lo entenderá.

Vuelvo a reír sin poder evitarlo.

—Me hace gracia que llames Emilio a mi padre.

—Lo sé. Por eso lo hago.

Ducharnos juntos es una tortura que podíamos habernos ahorrado, la verdad. Quizá por si se nos ocurría sobrepasarnos una segunda vez, el destino nos manda a un trío de chavales de nuestra edad que se meten bajo el agua también. Juraría que un par de ellos se nos queda mirando con cierta repugnancia al pasar.

No podría darme más igual.

Al salir, ya vestidos como si fuésemos personas decentes de las que jamás se han extralimitado en un lugar público, me quedo paralizado en el sitio.

Bea está justo a la salida, de pie, el pelo recogido en una coleta y ropa informal por atuendo. Si no recuerdo mal, ella no tiene su

carrera hasta esta tarde. Lo comprobé a propósito para asegurarme de que no coincidiríamos y para torturarme una y dos y tres veces, preguntándome si debía (o podía siquiera) ir a verla correr. Antes de que pueda reaccionar, me muestra la pantalla de su móvil, en la que ya hay algo escrito, quién sabe desde hace cuánto.

«Tu padre me ha dicho que estabas aquí. ¿Qué tal ha ido?». Al poco de enseñarme estas líneas, vuelve el teléfono hacia sí misma y añade un par más. «Puedes hablar, si quieres. Sé que no tienes aquí el móvil».

—Voy a buscar a tu padre —se ofrece Édgar, y desaparece de la escena antes de que yo pueda impedirlo.

—Quinta posición —explico—, pero he mejorado mi marca. Dos centésimas.

Ella sonríe.

«Eso está genial».

—Sí —afirmo, tratando de sonreír y consiguiéndolo solo a medias.

«Me hubiera gustado verlo», escribe. «El plan era llegar a tiempo, pero hemos pillado atasco viniendo para acá».

—No te preocupes —repongo, aunque una parte de mí, no sé si profunda o superficial, siente la decepción mordisqueándole el pecho—. No ha sido para tanto.

Bea intenta sonreír y su éxito es más o menos comparable al mío. Encuentro cómico el hecho de que compartamos esa ineptitud, incluso si solo es algo temporal. Justo cuando creo que va a despedirse y a marcharse por donde ha venido, sus dedos vuelven al trabajo:

«Llevo unos días pensando en lo que dijiste. Bueno, qué tontería, no han sido solo unos días. No he dejado de hacerlo en todo este tiempo».

—¿A qué te refieres? —cuestiono, el corazón apretando en el pecho.

«Aquello sobre decidir perderte voluntariamente, solo por el miedo a que pudiese perderte en el futuro».

—Ah.

«Y he decidido que no quiero».

La observo con atención. Necesito una aclaración, por eso pregunto:

—¿Qué es lo que no quieres?

«Perderte».

Le tiemblan los labios. A mí se me empañan los ojos.

Nos abrazamos con fuerza y ni siquiera pienso en que estoy sudado por la carrera y que mi olor distará mucho de ser agradable. Solo puedo pensar en que vuelvo a tener a Bea conmigo. Aunque solo sea en este instante. Aunque solo sea durante el tiempo que nos mantengamos el uno en los brazos del otro.

—Mi padre, Édgar y yo vamos a bajar al pueblo a comer algo y a dar un paseo. ¿Quieres venir? El restaurante del hotel es un atraco.

«¿Dónde os alojáis?».

—En el de ahí arriba. ¿Paradise River? Creo que se llama así.

Su rostro se ilumina al instante.

«¡Yo también! Me apunto a lo de bajar a comer, pero vendrían mis padres también».

Asiento con la cabeza.

Y, sin decir más, nos abrazamos de nuevo.

35
ÉDGAR

Al final ni hay sexo ni hay nada.

Igual es por la aparición repentina de Bea o porque cuando Blas y yo volvemos a reunirnos, poco queda ya del calentón. Ni siquiera pasamos por el hotel antes de conducir camino al pueblo.

Y, ¿sabéis qué?

Me da igual.

Me la suda haber tenido que sacrificar una escena erótica que sin duda habría sido la hostia. Porque solo con ver la sonrisa que trae el chaval después de encontrarse y hacer las paces con Bea, me basta y me sobra para darme por satisfecho. Yo qué sé. Igual es esto a lo que llaman…

Odio auténtico.

Joder.

Cómo odio a mi niño.

La comida está bien. Al fin y al cabo, todo entra mejor cuando has quemado unas cuantas calorías antes de llenarte el estómago. Acabamos en un restaurante típico de los que ya escasean, de esos donde cubren las mesas con los manteles de papel que yo me dedicaba a arrancar cuando era pequeño. Hacía bolitas con ellos y se las lanzaba a Irene y a Enzo cuando no miraban, con o sin saliva de aderezo. Solía transformarse en una guerra que nadie, excepto nuestros padres, eran capaces de parar. Y eso hace que me sienta un poco triste. Solo un poco. Por pensar en momentos que se han ido y que no van a volver.

Lo bueno es que tengo otros momentos. Momentos buenos. Como este de ahora, donde dos familias un tanto dispares se han reunido en torno a una misma mesa. Y digo «dos familias» porque parece que seamos literalmente dos. De algún modo, y que nadie

me pregunte por qué, yo siento que pertenezco ya a la de Blas, que tanto Emilio como él me han aceptado como un…

¿Cómo coño se apellida el tío este?

La familia de Bea no habla. Ninguno de ellos. El matrimonio trae consigo una pizarra magnética portátil que utiliza para comunicarse con Emilio. Bea se conforma con su móvil y ya está. En realidad, aunque al principio comentamos un poco las actividades deportivas del día (es decir, el éxito de Blas y el tremendo fracaso de un servidor), luego acabamos hablando los niños con los niños y los adultos con los adultos. Y tiene gracia que hable de nosotros como «niños», pero es así como me siento hoy, supongo que por toda esa movida del mantel de papel y el tren al pasado en el que me he subido sin saberlo.

A la hora de pagar, dividen la cuenta en dos partes: Bea y sus padres, por un lado; Blas, Emilio y yo, por otro. No me dan ni opción. Yo saco mi cartera para poner lo que me corresponde, pero no hay forma de que esta gente lo acepte.

—Mientras vengas conmigo, no vas a pagar —me suelta el Emilio—. Mentalízate, Ed. Igual dinero no tengo mucho, pero a cabezonería no me gana nadie.

—No te va a dejar —corrobora Blas, con una sonrisa en los labios. Y es una sonrisa de capullo engreído que me encantaría borrarle de un mordisco. Un motivo más para odiarlo, te lo juro. Demasiadas razones me está dando.

Por la tarde, asistimos a la carrera de Bea. Tampoco ella entra en el podio, aunque sí que mejora su marca. No me entero de cuánto tiempo recorta y luego me da palo preguntar, pero, eh, tiene que ser bastante bueno, porque está todo el mundo muy contento y deciden celebrarlo cenando en el hotel, al llegar la hora.

Para cuando Blas y yo volvemos a la habitación, a pesar de que son poco más de las diez, los dos estamos literalmente muertos. Bueno, supongo que «literalmente» no significa lo que yo quiero que signifique. Pues *figuradamente* muertos. Así mejor. Hacemos poco más que derramarnos sobre la cama. Él me pilla el brazo con el hombro y estoy tan agotado que ni siquiera me molesto en

quitármelo de encima. Igual sobra decir que tampoco ahora hay sexo de ningún tipo.

Y, ¿sabéis qué?

Me da igual.

36
BLAS

Al día siguiente, todo es diferente.

Sigue habiendo nervios por la carrera, mas ahora sé que todo va bien, que Édgar, mi padre, Bea y toda su familia están pendientes de mí, animándome. Y me da fuerzas. Me pregunto si eso tendrá algo que ver con que acabe sacando una medalla de plata en los cuatrocientos metros vallas. Bea me da uno de los mayores abrazos de la historia; mi padre me abraza también y luego me aprieta el hombro con cariño; Édgar, para variar, lo celebra «comiéndome la boca», en terminología nuestra. La entrega de premios es a la una, así que esperamos hasta que llega la hora, dan el discurso inicial y van llamando a los ganadores de cada categoría.

—Qué bien te queda —comenta Édgar cuando vuelvo con los demás, medalla al cuello—. Deberías llevarla siempre.

Suelto el aire como en una carcajada.

Para ponerle el broche final al evento, comemos en el pueblo con los padres de Bea y luego ponemos rumbo a casa sin tener que pisar siquiera el hotel. Édgar se ofrece a llevar el coche y yo acepto la propuesta, contando, eso sí, con la aprobación de mi padre. No es la primera vez que Édgar conduce nuestro Peugeot, pero sí es la primera que decide hacerlo con el hombre que me dio la vida delante.

Estoy tan cansado que, en algún momento, debo de quedarme dormido, pues cuando abro los ojos de nuevo, el cielo está en llamas, prendido en un naranja que cuenta miles de historias y revela decenas de secretos. Busco a Édgar en el retrovisor y me sonríe con levedad. Mi padre duerme en el asiento del copiloto.

Creo que vuelvo a cerrar los ojos. Solo los abro cuando el motor se para y me doy cuenta de que estoy en una calle conocida bajo un sol que ha terminado de morir.

—Esta es mi parada —comenta Édgar, mientras juguetea con la anilla de la llave del Peugeot.

Me froto la cara con las manos y echo un vistazo a través de la ventana.

—¿Quieres venirte a dormir a casa? —le ofrezco, sin pararme a pensar.

—No, no.

—Ven, hombre —se suma mi padre; y no puedo ni describir la satisfacción que me produce que él esté conmigo en esto.

Édgar suspira.

—Ojalá —dice—. Pero llevo todo el finde fuera de casa y prefiero hacer acto de presencia antes de que mis hermanos me linchen.

—Bueno —expreso, la decepción palpable en mi voz.

—Mañana.

—¿Qué?

—Mañana me quedo, a menos que la oferta caduque hoy.

Sonrío.

Sonrío tanto que estoy seguro de que enseño los dientes. Las paletas, en concreto. No voy a fingir que no me he percatado de su particular fijación. Aunque, ¿quién soy yo para quejarme, si creo que sufro microinfartos cada vez que me lo imagino con el uniforme de boxeo?

Bajo del coche para ayudar a Édgar a sacar su equipaje del maletero, aunque solo sea una excusa para extender los segundos que el reloj me concede a su lado. Está oscuro y hace frío, a pesar de que ya estamos en primavera y las temperaturas se han suavizado, en general. Nos besamos una última vez bajo la lumbre de una farola. Le dibujo la cara y el pelo con los dedos. Siempre dudé entre si prefería a Édgar con el pelo suelto o con la coleta; lo que nunca imaginé es que había una tercera opción aún mejor: Édgar con el pelo *un poco* más corto.

—Mañana —le recuerdo, antes de que se marche.

—Mañana —confirma él, sonriendo.

No entro en el coche hasta que lo veo marcharse y perderse tras el portal, hasta que siento un vacío en mi interior que no soy capaz de explicar con palabras o con el uso más común de la razón.

El silencio en el interior del Peugeot es extraño. Tan solo los intermitentes se encargan de romperlo, iluminando a ratos una calle que no lo necesita. El asiento aún está caliente. Puedo sentirlo a él y su olor: la colonia barata que se pone a veces cuando quiere impresionar a alguien que no soy yo. Porque a mí no necesita impresionarme.

—¿Qué te ha parecido? —me atrevo a preguntar.

Mi padre asiente con la cabeza.

—Bien. Dice muchos tacos —añade, sonriendo—, pero tú también los decías antes de dejar de hablar, cuando eras un crío. Me ha parecido un chaval muy simpático.

Me hace gracia que lo describa de esa forma. Se me ocurren muchos adjetivos que adjudicarle, la gran mayoría positivos, pero «simpático» no estaría entre ellos.

—Tú lo quieres mucho, ¿verdad? —dice.

Y con esa sencilla pregunta, sin saber cómo ni por qué, rompo a llorar frente al volante.

37
ÉDGAR

—En serio, tía, no he sentido esto con nadie.

Rocío ríe con suavidad mientras coloca galletas en un plato, siguiendo las órdenes de Jacinta.

—¿Ni siquiera con Dani? —dice.

—Ni siquiera con Dani. O sea, con Dani estuvo bien. Estuvo muy bien, qué coño, hasta que me puso los cuernos. Pero no era igual. Desde que volvimos de las Jornadas, hace unas semanas, me paso las noches en vela pensando en Blas, en estar con él, en…

—El tema de hoy te va a servir, sin duda —me corta, sin perder la sonrisa—. Y hablando de Blas, ¿dónde te lo has dejado?

—Tenía rehabilitación con su padre y no podía cambiarla.

—Hija, has puesto muy pocas galletas —interviene Jacinta, que aparece como Pedro por su casa. Aunque, a ver, está en su casa, así que tiene sentido que lo haga—. Cuantas más pongas, más come la gente. Trae aquí.

—¿Cómo sigues, Jacinta? —pregunto, mientras ella llena un plato de galletas con *chips* de chocolate hasta que más que un plato parece el pico más alto de toda la península ibérica, que a saber cuál es—. Que no me entere yo de que nos das otro susto como el del otro día, ¿eh?

—Yo estoy hecha una jabata —se jacta ella, orgullosísima—. Me tomo seis pastillas al día, pero estoy estupenda.

Suelto una carcajada.

—Bueno, yo me tomo una, para la alergia —aporto—. Ya mismo te alcanzo.

—Dios quiera que no, hijo, Dios quiera que no —reacciona ella, negando con la cabeza y juntando las manos sobre el pecho.

El timbre suena antes de que la conversación vaya a más y yo me ofrezco a abrir la puerta en lo que Jacinta y mi amiga terminan

de atiborrar la mesa de comida. Cualquier día nos trae el putísimo museo de chocolate de Rute, yo ya lo adelanto. Al otro lado del umbral, espero ver a Antonio, a Rafa, a Natalia o a cualquiera de los muchos incondicionales de Más Que Voces. Lo que me encuentro, sin embargo, es completamente diferente. Hasta me quedo anclado al sitio como un puñetero témpano de hielo.

—¿Es aquí el grupo de apoyo?

No puede ser.

Se trata de un chico de veintitantos años. Lleva un *piercing* de aro en la oreja izquierda y unos vaqueros rasgados en las piernas. Su voz es seria y distante. Apesta a tabaco.

—¿Hola? —insiste, consciente de que no reacciono.

—Ah, sí, es aquí, pero…

—Pero ¿qué?

Joder, pues que tiene el pelo blanco. Y los ojos también. Sus pupilas son como una maldita anémona mecida por el agua.

—Bienvenido, pasa.

La voz de Rocío me sorprende y horroriza por igual. El chico me lanza una mirada de hastío antes de adentrarse en el piso y yo no tardo ni dos segundos en susurrarle a mi amiga.

—¿Qué coño haces?

—¿Qué haces tú, Poe? —contraataca ella.

—¡Es un emisario, Ro!

—¿Y qué?

—¡Que ya has visto lo que está pasando últimamente con los emisarios! Joder, no hay que salir de nuestro círculo para encontrar dos casos. Y eso sin contar todos los que se ven en redes sociales.

Rocío respira hondo.

—Si le negáramos a alguien la entrada solo por ser un emisario, lo que hacemos aquí dejaría de tener sentido. Se volvería hipócrita. A mí también me da miedo, pero no podemos darle de lado. Lo vigilaremos de cerca.

Para bien o para mal, no soy el único que se queda pillado al ver al tío este. Jacinta, nada más verlo, agranda los ojos como si hubiese visto un fantasma. Luego nos mira a Rocío y a mí,

pidiéndonos explicaciones. Pues que se las pida a mi amiga, aquí presente.

La tensión se va palpando conforme va llegando gente y empapándose de la situación. Una parte de mí odia a Rocío por haber manchado el grupo que tanto adoro con su decisión de mierda. La otra parte, que supongo que es la que intenta imponerse, comprende a mi amiga. O busca comprenderla, al menos. Al cabo de un rato, ya estamos todos y la reunión puede comenzar. Falta Natalia, eso sí, que hace mil años que no se salta una sesión. Pero, eh, todos tenemos obligaciones, supongo.

Hoy toca hablar del desapego, de vivir nuestra vida por nosotros mismos, sin anclarnos a nada material ni personal. Rocío nos recuerda que el mundo que habitamos, más que nunca, es temporal y efímero. Nada permanece. Todo va y viene. Justo cuando nos está recordando la importancia de vivir el momento presente, el chico del pelo blanco levanta la mano. Toma la palabra antes de que nadie se la ofrezca.

—¿Puedo decir algo?

Mi amiga le da paso con un gesto.

—Claro —lo anima, y ocupa de nuevo su silla para brindarle protagonismo al recién llegado.

El emisario toma aire, mira en todas direcciones y se pone de pie.

—¿Qué haces cuando no tienes razones para estar aquí? Cuando no tienes propósito. ¿Qué sentido tiene?

Rocío paladea sus palabras muy despacio. Sé que siempre intenta dar la mejor respuesta en cualquier situación.

—¿Has perdido a alguien? —arranca, al fin. Él niega con la cabeza.

—No. No he perdido a nadie. Solo me falta un propósito.

—Supongo que esto depende de la persona. Mi teoría es que venimos al mundo por una razón, para aprender algo concreto o para experimentar un momento determinado. Todo lo que viene antes es el camino que nos lleva hasta ese aprendizaje o hasta esa experiencia. Por eso nuestra vida al completo está llena de sentido:

porque es un sendero constante hacia ese destino, como un puzle que se va alineando hasta formar una imagen completa.

—No. —La respuesta del emisario es rotunda. Y a mí me dan ganas de levantarme y arrojarle alguna que otra barbaridad a la cara. Me contengo. Voy a jugar con las normas de Rocío. No volveré a saltármelas como ya hice una vez, porque la respeto a ella y todo lo que ha creado.

—¿No? —pronuncia mi amiga, despacio.

—No me refiero a eso. Yo tenía un propósito. Se suponía —matiza— que debía tenerlo. Pero no está. —Tiene los puños apretados y la piel empieza a emblanquecer—. *Él* no está. Nunca estuvo. Entonces, ¿para qué nos trajo ella aquí? ¿Quiso que nos sintiéramos vacíos?

El silencio se puede cortar con un puñetero cuchillo. Estoy seguro de que nadie tiene ni la más remota idea de lo que está diciendo. Pero está llorando. El chico está llorando. Las lágrimas le resbalan como un riachuelo por la mejilla. Y los ojos. Sus ojos dan más miedo que nunca.

—¿Cómo te llamas? —pregunta mi amiga, con la voz entera y todo suavidad.

—Darek.

Rocío asiente.

—A veces, Darek, vivimos tanto tiempo aferrados a una idea o a un propósito que, cuando se va (porque todo en esta vida se va), sentimos que nada tiene sentido, que estamos vacíos y que no existe cosa en el mundo que pueda completarnos de nuevo. El caso, Darek, es que no necesitamos nada para estar completos. Porque ya lo estamos. Todo lo que necesitas lo tienes aquí —añade, presionándose el pecho con la palma de la mano—, dentro de ti. Si aquello que antes te motivaba ya no está, tienes las herramientas necesarias para buscar un nuevo aliciente.

—Pero él ya no está —balbucea el chico, los labios temblorosos.

—¿Quién es él? ¿Es alguien a quien perdiste?

Darek niega con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo? —interviene Antonio, pero mi amiga enseguida lo detiene alzando la palma de la mano.

—Nosotros podemos ayudarte a buscar un nuevo propósito, Darek —añade Rocío—, en la medida de lo posible. ¿Qué te gusta?

—No sé. Dibujar.

—¿Y por qué no dibujas?

—Ya lo hago. Pero casi siempre lo dibujo a él.

Escuchar esas palabras hace que sienta un escalofrío. No puedo evitar pensar en Bibiana. En la amiga de mi padre. En los dibujos; no solo en los de su cuaderno, sino también en los que colgaban de las paredes.

—¿Por qué no pintas otra cosa? —prosigue Rocío—. Puedes plasmar un paisaje, a nosotros o… ¿Qué más te gusta?

—No sé. Los lémures.

Mi amiga sonríe.

—Puedes dibujar lémures. Estás aquí por algún motivo, Darek. Créeme. Algún día lo encontrarás y todo cobrará sentido. Hasta entonces, tienes que dejar que la vida te lleve por el sendero que ha dispuesto para ti. Y quizá nosotros seamos parte de ese sendero.

Tras oír estas palabras, el tal Darek se calma un poco. Joder. Casi me da por emocionarme a mí. O sea, es obvio que Rocío ha nacido para esto. Y, si no, que venga alguien a verla dar discursos motivacionales. El mundo se ha perdido a una gran psicóloga. Pero, eh, la mujer decidió prepararse unas oposiciones para ser funcionaria del Estado. Hay que respetarlo.

Al final, la cosa se anima y casi nos olvidamos de que tenemos a un emisario con nosotros. A ver, que el chico no está tan mal. Tipo, tiene sus rarezas, vale, como cuando ha hablado de «él» y «ella» sin saber a quiénes se refería; por lo demás, es un tío normal que está en paro y vive en un barrio tirando a chungo. Como es habitual, nos quedamos hasta pasadas las diez y nos despedimos más llenos de lo que deberíamos. Antes de subirme al coche y perderme en dirección a casa de Blas, aprovecho para hacerle a Rocío la pregunta que llevo guardándome toda la reunión.

—¿Por qué has dicho que el tema de hoy me iba a servir? —No hay violencia en mi voz. Y, si la hay, es accidental. Mi amiga ahoga

un suspiro—. ¿Insinúas que voy a perder a Blas y tengo que hacerme a la idea? ¿Es eso?

—No insinúo nada, Poe. Solo intento que recuerdes cómo es el mundo en el que vivimos. Joder, voy a casarme con Diego. Y lo quiero más que a nadie en el mundo. Pero todos los días me recuerdo a mí misma que esto puede ser temporal. Que hoy estamos aquí y mañana, o él o yo… —No culmina la frase. Tan solo hace un gesto, cerrando y abriendo la mano de golpe.

—No necesito oír eso ahora, Ro. Necesito que te alegres por mí y…

—No, claro que lo necesitas —me interrumpe—. Lo que pasa es que no *quieres* oírlo. Ojalá esto dure y ninguno de los dos ascendáis en lo que os queda de vida. Aun así, hay muchos otros motivos por los que una relación puede acabar. No dejes que sea tu único motor. No construyas una casa usándolo a él como único pilar.

Me jode lo que dice. Mucho. A pesar de que sé más que de sobra que lo hace por mi bien, para evitarme una hostia en la cara. Porque no sería la primera. Ni la segunda.

—Vale. Te haré caso —admito—. Pero hay una cosa que tú no sabes.

—¿El qué? —pregunta ella, con una sonrisa curiosa coloreándole los labios.

—Tú misma lo has dicho —le recuerdo, encogiéndome de hombros—. Todo en esta vida pasa por una razón. Para llevarnos a un sitio concreto. Blas es ese sitio para mí. Todo… Todo encaja demasiado bien como para ser simple casualidad o parte de ese sendero del que has hablado antes. Blas es el destino. Por eso sé que ni él ni yo nos iremos a ninguna parte. Y algún día, cuando seamos viejos (tú más vieja que yo), te lo voy a demostrar.

Nos sonreímos el uno al otro durante justo tres segundos antes de abrazarnos con fuerza. Después, yo me meto en el coche y ella camina hacia el suyo.

¿Alguna vez habéis pronunciado algo en voz alta solo para intentar que se hiciera realidad?

Yo acabo de hacerlo.

38
BLAS

El timbre del telefonillo me sorprende tecleando en mi portátil, añadiendo las últimas líneas al párrafo que estoy componiendo en un documento de texto. Mi padre no deja de ir y venir de la cocina. Ya va por el postre, mas tengo la sensación de que se olvida las cosas a propósito solo para tener excusas para caminar y hacer gala de su recién estrenada independencia. No ha pasado ni un mes desde que se atrevió a andar sin ayuda de las muletas y no lo he visto servirse de ellas ni una sola vez desde entonces. Según lo que nos ha dicho el médico esta tarde, se podría decir que mi padre está recuperado al noventa y nueve por ciento. Van a darle seguimiento durante un par de semanas más; un mes, como mucho. Después, será el médico de cabecera el que se encargue de revisarlo y de darle el alta cuando lo estime oportuno. Me va a resultar raro no tenerlo por casa a todas horas o sacarme de encima la obligación de llevarlo a las sesiones de rehabilitación. Empezó siendo una carga, no voy a mentir, pero ha acabado por integrarse en mi organismo como si fuera parte de mi ADN, hasta el punto de sentir cierta nostalgia, o hasta pena, con solo imaginar el momento de decir adiós a todo esto. Supongo que, en parte, influye que mi relación con Édgar empezara justo ahí, en la sala de espera de un hospital.

Hablando de él, no puedo contener las ganas de besarlo cuando aparece al otro lado de la puerta blandiendo esa sonrisa de tío malo o de capullo o de persona a la que odio con todas mis fuerzas, que se ve que es algo que nos gusta decir. Trae puesta una sudadera negra con el estampado de unos dientes y el pelo más desordenado que de costumbre. Imagino que ha sido el viento.

Mi padre nos encuentra en pleno viaje hacia el salón.

—Me ha dicho tu hijo que se acaba lo bueno, ¿no, Emilio? —comenta Édgar, con tono de broma—. Ya mismo hay que volver al

curro.

Mi padre ríe con suavidad.

—Eso parece, sí.

Yo sonrío. No porque mi padre tenga que «volver al curro», sino por el hecho de que sus intercambios sean tan naturales, como si se conocieran de toda la vida y Édgar no fuese sino una extensión más de nuestra familia.

Llegamos hasta el dormitorio y yo me apresuro a minimizar el documento de texto en el que estaba trabajando.

—Eh, eh —canturrea Édgar—, ¿qué me estás escondiendo?

—Nada —repongo, sin poder contener la sonrisa.

—Ya, claro.

—No es nada, en serio.

—Cuenta. Tienes tres segundos o empezaré a comerte la boca.

Suelto una carcajada.

—¿Tú sabes que, para amenazar, lo suyo es hacerlo con algo malo?

—Ah, ¿no es malo que te bese una persona a la que odias?

Inclino la cabeza a un lado, cavilando, no su pregunta, en realidad, sino el hecho de si quiero o no revelar el secreto tan pronto.

—Te he hecho caso —confieso, a la par que tomo asiento en el borde de la cama. Édgar hace lo propio.

—¿En qué me has hecho caso?

—He empezado a escribir una novela. Bueno, «novela», entre comillas. No creo que tenga mucho futuro, pero…

—A ver —me interrumpe.

Me pongo en pie de inmediato.

—No —me niego—. Por ahora solo es un borrador. Ideas sueltas.

—Dime de qué va, al menos.

Sonrío igual que un crío de once años.

—Es pronto —alego.

—No es pronto.

Respiro hondo. Tiene gracia que mi nerviosismo actual sea comparable al de la carrera de hace unas semanas.

—Va de un joven que ha pasado toda su vida en una jaula. El problema es que él no sabe que está en una jaula, porque ha llevado una venda en los ojos desde que tiene memoria. Entonces, un día, otro chico lo encuentra y lo libera. Le quita la venda, también. Ese día… todo cambia. Aún no sé cómo voy a encajar todos los puntos, pero…

—Va sobre nosotros —me interrumpe Édgar. Y yo sonrío de nuevo.

—Puede.

—Me gusta que vaya sobre nosotros. Espero que acabe bien.

Ahora suelto una carcajada.

—Acabará bien. ¿Cómo ha ido la reunión? —me intereso, más por abandonar el tema de la novela y la vergüenza que eso conlleva que por curiosidad real.

—Ha sido… rara —admite.

—¿Por? —pregunto mientras me acomodo de vuelta en la cama.

—Ha venido un emisario.

Todo mi cuerpo se tensa de inmediato.

—¿Cómo? —murmuro.

—O sea, todo ha ido guay, no te rayes. Aunque ha sido un *shock* para todos. Luego el tío era majo, pero al principio ha sido una locura. Ha mencionado a un «él» y a una «ella». Algo sobre por qué «ella» los había traído aquí si «él» ya no estaba. ¿Te suena?

—Me suena —admito, el ceño fruncido y la voz más ronca de lo que debiera.

—¿No tienes la sensación de que los emisarios están, yo qué sé, al límite? ¿Como si estuviesen a punto de…?

—¿Romperse?

Édgar y yo intercambiamos una mirada y siento una punzada inexplicable en el estómago. En el pecho, quizá. Es fría y se extiende por el cuerpo sin que pueda remediarlo.

—Pero no son máquinas —afirma él.

—Justo hoy, mientras esperábamos en el hospital, he leído una noticia sobre un montón de emisarios que se han reunido en no sé qué ciudad de Alemania. Por lo visto, se han pasado horas hablándole al cielo.

—Joder.

—En los comentarios, había un chico que decía que tiene de vecino a un emisario y se pasa las tardes chillando. Luego he leído a otra que está convencida de que un emisario ha intentado secuestrar a su perro varias veces.

—Lo dicho —insiste Édgar—: están al límite. Como si ya no pudieran más. Como si se hubiesen puesto todos de acuerdo para que se les termine de ir la olla.

Sin darme cuenta, acabo posando la mirada en el portátil, cuya pantalla ha entrado ya en modo ahorro energético. Y me da por sentirme estúpido. Estúpido por dedicarme a escribir una historia mientras el mundo se desmorona a mi alrededor.

—He pensado que, si sigue viniendo a las reuniones, me gustaría hablar con él.

—¿Qué? —murmuro, incapaz de comprender a qué se refiere.

—Yo qué sé —responde Édgar, rascándose el lateral del cuello—. Igual sabe algo que nos pueda ayudar a juntar el puzle. También hace dibujos. Solo espero que no sean como los de Bibiana.

—Si vas, voy contigo. —Rotundo. No hay lugar para la objeción.

Édgar sonríe en plan socarrón.

—¿Quieres hacer de guardaespaldas otra vez? —insinúa.

—Si tú quieres hacer de inconsciente…

Lo oigo chasquear la lengua. Se revuelve en la cama.

—*Bro*, ¿tú no quieres saber lo que está pasando?

Sin que pueda responder, el teléfono de Édgar suena en su bolsillo. Emite un corto suspiro con la boca abierta antes de hacerse con él y ponerse de pie.

—Dime —saluda—. No me asustes. ¿Qué? —No puede evitar observarme de reojo al oír lo que sea que acaben de transmitirle desde el otro lado de la línea—. No me jodas. —Otro suspiro. De los gordos—. ¿Y qué vas a hacer? Ya. O sea, no es culpa nuestra. —Vuelve a suspirar. Esta vez, lo hace mientras se pasa la mano por la nuca, arqueando el brazo entero por encima de la cabeza—. Joder. Sí, vale. Vale. Sí, estoy con Blas. Hablamos mañana. Avísame con lo que sea.

—¿Qué pasa? —pregunto, nada más cortar Édgar la llamada.

La forma lenta y cautelosa que tiene de acomodar de nuevo el trasero sobre el colchón me aterra sobremanera. Tengo el estómago hecho jirones y el corazón a punto de estallar.

—Natalia —pronuncia—. La chica de diecinueve años que come muchas galletas y…

—Sé quién es Natalia.

—Hoy no ha venido a la reunión, y me ha extrañado, porque…

—Eddie, al grano.

Édgar chasquea la lengua. Tarda unos segundos en armarse del coraje o el lo que sea necesarios para dar voz a la realidad.

—Se ha desvanecido.

Ni siquiera soy capaz de responder. O de reaccionar. En el fondo, creo que una parte de mí ya lo sabía. Supongo que, en el mundo en que vivimos, todos nos preparamos siempre para lo peor.

—Por lo visto —prosigue Édgar—, el hermano de Natalia ha llamado a Ro hecho una furia, acusándola de ser la culpable de que se haya desvanecido. Joder. Qué asco.

El puño de Édgar se cierra sobre el móvil, tan fuerte que temo que se esté clavando las aristas del dispositivo en los dedos. Por eso acerco mi mano y la coloco sobre la suya. Con cuidado.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No. Es… una puta mierda —añade. Aunque sus ojos luchan por dejar salir las lágrimas, algo en su interior se resiste a hacerlo. Permanecen secos. Enrojecidos, pero secos. No deja de morderse el labio inferior—. Yo fui el que le explicó toda la movida de las listas de palabras. Fue solo unos meses antes de hacerlo contigo. Y ahora…

—No fue culpa tuya —le aseguro, apretando su mano con cuidado.

—Ya lo sé. Pero sigue siendo una mierda.

Sin decir nada, me aferro a su brazo izquierdo y acoplo la mejilla sobre su hombro. Lo hago bajo el pretexto de servirle de apoyo, aunque lo que de verdad quiera, aunque lo que de verdad necesite, sea sentir su calor para recordar que existe, que está vivo, que está conmigo. Para recordar que aún hay algo a lo que agarrarse en este mundo que se rompe y desgarra a nuestro alrededor.

—¿Cómo estás tú? —suelta de repente.

—¿Yo? —La pregunta me sorprende—. Me da pena, pero no la conocía tanto.

—No lo digo por eso.

Me separo de él para poder verle los ojos. Su mirada es férrea como el acero.

—Natalia era como tú —me recuerda—. Acababa de empezar a hablar. Y me da miedo que esto te frene. Llevas sin usar el móvil para relacionarte conmigo desde, yo qué sé, desde el finde de las Jornadas, como mínimo.

Sonrío.

Sonrío y le tomo la mano.

—Hablar es adictivo —admito—. Me quitaste la venda, Eddie. Ya no puedo volver a ponérmela. Cuando me toque irme, por un motivo o por otro, quiero ser igual de feliz que mi madre. Igual de feliz que soy ahora.

Édgar sonríe. Primero lo hace con ternura; luego, en plan travieso.

—Con eso de «cuando te toque irte» —dice— te refieres a cuando te mueras de viejo en una cama con ciento diecisiete años, ¿no? Yo ya me habré ido. O sea, soy mayor que tú por un año, tengo derecho a morirme antes. Así serás tú el que tenga que despedirse de mí y no al revés.

Su ocurrencia me hace soltar una carcajada.

—Pelín egoísta —subrayo.

—¿Obvio? Tengo derecho a ser egoísta, ya te lo he dicho, soy un año mayor.

Podría seguirle el juego, soltar alguna estupidez o recordarle cuánto lo odio. En su lugar, decido lanzarme a sus brazos y apretarlo contra mi pecho, hacerle sentir en la piel el latido de mi desbocado corazón. Él me aprieta de igual forma; se acerca a mi oído y me muerde el lóbulo de la oreja para besarlo después.

Y entonces llega el susurro:

—Todo pasa por algo, Blasito. Y nosotros somos ese algo.

39
ÉDGAR

Los primeros días son raros.

Nos tomamos una sesión de luto en Más Que Voces y retomamos un día después con una charla dedicada a Natalia, a recordarla a ella y a tantos otros que nos han abandonado, ya sea por hablar o porque se los ha llevado el tiempo o la enfermedad. Es un día tirando a triste en el que todos o casi todos soltamos alguna lagrimilla. Pero sirve de terapia. De duelo. Y con el paso de los días, todo mejora. Todo se normaliza. Es lo que tienen la vida y el cerebro, ¿no? Al final, uno acaba tirando para adelante, aunque te hayas encontrado a tu propia madre atiborrada de pastillas en su habitación.

Cierto viernes, después de pasar el día con Blas (la mañana en el dormitorio y la tarde en el polideportivo), vuelvo a casa reventado y con ganas de tirarme en la cama y no levantarme hasta septiembre. Incluso la mochila del gimnasio me pesa, y eso que no llevo más que el chándal y los guantes de boxeo.

Mi plan es ir directo a mi cuarto y, si acaso, prepararme una cena ligera después. Ya veremos. El caso es que mis planes se van a tomar por culo en cuanto veo a Enzo asomado a la pequeña terraza del salón. Dejo la mochila en el suelo y corro hacia él.

—¿Qué cojones…?

—Es de chocolate —me interrumpe, alzando el cigarro que tiene en la mano.

—Joder. ¿Por qué coño te has comprado cigarros de chocolate?

—Porque si son de verdad, corro el riesgo de fumármelos —explica él, la vista fija en el recinto de la urbanización.

—Ya, ¿y no has pensado, no sé, igual estoy yo loco, en no comprar ningún tipo de cigarro y punto?

Mi hermano respira despacio.

—Otra vez estoy con el mono —admite.

—Eso te pasa por no dejarlo del todo.

—El cubo de basura está lleno. Anoche no la bajó nadie.

No sé qué tiene que ver esto con nada, pero me toca los cojones que lo saque a *coalición* o como coño se diga.

—¿Y a mí qué me cuentas? —replico—. Yo ni siquiera estuve en casa ayer por la noche.

—Ya. Cada vez pasas menos por casa —apunta, con su tono neutral, pero no falto de connotaciones, mientras da un mordisco a uno de sus cigarros de chocolate—. Hasta te has apuntado al gimnasio, que costará lo suyo.

—Eh, eh —le advierto, alzando las manos—. Primero: el gimnasio me lo está pagando mi novio. Segundo: ¿Yo no puedo darme un capricho con el gimnasio y tú puedes dejarte la pasta en lo que te salga de los huevos?

—Te das otros caprichos.

—¿Cómo? —Me quedo boquiabierto. Tengo que aferrarme al marco de la ventana porque lo que de verdad me gustaría es agarrar a mi hermano por el cuello—. Salgo literalmente dos días a la semana, lunes y jueves, para las reuniones de Más Que Voces. Lo único que gasto es la gasolina del coche, porque Jacinta nos infla a comida de todo tipo y no nos deja que colaboremos en nada. El resto del tiempo lo paso con Blas o con Ro, y no gasto mucho, teniendo en cuenta que alguno de los dos me acaba invitando más de una…

—Que sí, Ed, que sí —me corta Enzo, sin dignarse siquiera a mirarme.

—¿Me estás vacilando? En serio, ¿me estás vacilando? Raro es el día que tú estés aquí por la noche, porque te las pasas bebiendo por ahí con tus amigos o con alguna de tus novias del momento. Y no son precisamente cervezas, no, es alcohol del caro. Eso cuando no te da por fumar y te fundes el sueldo en tabaco.

—Yo trabajo —responde, sereno como un puñetero pantano de mugre—. Lo que haga con mi sueldo es cosa mía.

—No, perdona, tú trabajas seis putas horas al día en una oficina de lunes a viernes. Yo, mientras tanto, limpio toda la porquería que

generáis, voy a comprar, intento que haya algo de cena preparado y me paso el día llevando a Irene a rehabilitación y a donde haga falta. Si hacemos el cómputo, yo creo que echo más horas que tú. Así que, teniendo en cuenta que te estoy haciendo básicamente de esclavo, ese dinero es tan tuyo como…

Una fuerte palmada me saca del trance de ira en el que estoy metido. Al volver la vista, me encuentro a Irene con el ceño fruncido y una cara de mala hostia que asustaría al mismísimo Drácula si se la encontrara en su castillo a las tres de la madrugada. Tanto Enzo como yo nos quedamos mirándola hasta que se digna a dedicarnos un mensaje con su móvil.

«Ya está bien de discutir. A partir de ahora, yo también voy a colaborar en casa. No hace falta que os peléis por eso. Ya estoy mejor. Dentro de poco, seré independiente y Ed no tendrá que llevarme a ningún sitio».

—Él nos debe más —pronuncia mi hermano.

Y es aquí cuando yo exploto.

—¿Qué? —pregunto, incrédulo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Se me escapa el aire como si fuera una carcajada.

Una vez.

Dos veces.

Hasta tres.

No termino de arrancar.

Esto no puede estar pasando.

—¿En serio, Enzo? ¿En serio? Vale, en el fondo no tendría que sorprenderme —añado, luchando por mantener las lágrimas a raya.

—Si no fuera por ti, nuestros problemas económicos serían inexistentes —dice, tan exánime como cuando habla del tiempo o de un gato que ha visto en la calle—. Por no mencionar que aún tendríamos a mamá y a papá.

Me muerdo el labio inferior.

¿Qué puedo decir?

¿Qué coño puedo decir?

—Que te follen, Enzo.

Es la típica frase que suelto yo en una situación así.

Por eso me sorprende tanto que no haya salido de mi boca.

Esto sí que es increíble. Que Irene haya pronunciado una palabra en quién sabe cuántos años.

—Fuiste tú, Enzo —prosigue ella, señalando a mi hermano—, el que le metió a Ed en la cabeza la idea de tener una chinchilla en casa. Eras tú el que la quería. Siempre lo manipulabas a él, que era el pequeño, para que te hiciera todo el trabajo sucio. Así que, si alguien tiene la culpa de que papá se fuera, ese eres tú. Y me parece asqueroso que ahora vengas a cargarle el muerto a él.

Mi hermano nos observa sin pestañear. Sus ojos, a pesar de seguir inmutables, muestran unos trazos de rojez. Mi pulso es un puñetero avión de combate ahora mismo. Han pasado tantas cosas en cuestión de unos pocos segundos que no me sorprendería que todo estallara por alguno de mis múltiples orificios.

Al final, Enzo tira el cigarro de chocolate al macetero vacío de la terraza y pasa a nuestro lado sin dirigirnos la palabra. Así se mantiene hasta que sale de casa y cierra la puerta. Sin dar un portazo. Sin hacer apenas ruido.

Y es ahí cuando me derrumbo.

Cuando me tiembla la garganta.

Cuando me lloran los ojos.

Irene me observa un momento y me abraza después. Con fuerza. La que puede con un brazo que, supongo, todavía no le responde como debería. Me acaricia la espalda. Y ella lo hace bien, no como yo, que parece que esté amasando un pedazo de pan cuando me da por consolar a alguien. Le empapo el jersey con las lágrimas.

Al separarnos, le dedico una sonrisa medio rota y ella a mí, un mensaje de texto:

«No pienso volver a hablar en lo que me queda de vida».

Rompo a reír como si eso fuera lo más gracioso que he leído en toda mi puñetera existencia. La abrazo de nuevo, con más fuerza, si es que eso es posible.

—Te quiero, hermanita, te adoro.

Ella no responde con palabras, aunque, por la forma que tiene de apretarme, me da por pensar que me está devolviendo el

cumplido.

Una vez que la sesión de abrazos termina de verdad, me espera otro mensaje:

«¿Deberíamos ir a buscarlo?».

—Nah —respondo—. Es Enzo. Hay que dejarlo a su aire.

40
BLAS

Las reuniones de Más Que Voces se vuelven extrañas. Al cabo de un par de semanas, la situación se «normaliza», entre comillas, pero la ausencia de Natalia nos recuerda que nadie está a salvo, que el camino que transitamos es un polvorín que puede estallar en el instante menos pensado. Hay un par de bajas en el grupo tras lo sucedido, personas a las que no conocía demasiado y cuyos nombres se me escapan en días alternos. Ninguno de los incondicionales, como los llama Édgar. Me da un poco de pena, porque tengo la sensación de que este lugar ha dejado de ser el santuario que alguna vez sentí que era. Ahora, más bien, parece una atalaya perdida en mitad del mar, donde los barcos atracan solo a veces y uno pasa días enteros sin avistar tierra firme.

Supongo que, en realidad, este siempre fue el santuario de Édgar, no el mío.

Mi santuario no es otro que él.

El discurso que hoy nos trae Rocío habla de la valentía y la esperanza en un mundo donde todo parecen tinieblas. Nos recuerda que no hay sombras sin luz que las proyecte, lo que quiere decir que siempre habrá una forma de caminar hacia delante.

El emisario, el tal Darek, ha acudido a todas las sesiones desde su primera vez. Y, por mucho que hubiese preferido que esto no ocurriera, Édgar acaba cumpliendo aquello que ya vaticinó hace semanas. Lo hace justo al bajar de nuevo a la calle, a una noche primaveral que acaricia la piel en lugar de astillarla. Édgar se acerca al joven y yo lo sigo por instinto.

—Oye, Darek.

El chico estaba a punto de encenderse un cigarro cuando mi novio se aproxima. Guarda el mechero mientras blande una

expresión que no brilla precisamente por su afabilidad. El cigarro lo mantiene entre los dedos, apagado.

—¿Qué? —dice.

—Dijiste que hacías dibujos, ¿verdad?

El chico asiente con la cabeza, cauteloso, como si fuese un animal salvaje que sabe de una emboscada.

—¿Podríamos verlos y charlar un poco?

—¿Charlar? —recalca Darek, pasándose el cigarro de una mano a la otra—. ¿No hemos charlado ya durante tres horas?

—Esto es distinto.

El emisario estrecha los ojos y ahoga un largo y hastiado suspiro.

—¿Qué quieres, Édgar? —pregunta, sin más.

—Respuestas.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo dártelas?

—La desesperación.

Me sorprende su capacidad para ir al grano sin que le tiemble la voz ni le dé por rascarse el cuello. Puede que Darek sea un miembro oficial de Más Que Voces, pero sigue siendo un chaval al que apenas llevamos unas semanas conociendo. Y, sobre todo, un emisario.

Sin decir nada, se guarda el cigarro en el bolsillo y se arremanga la sudadera para comprobar la hora en su reloj digital. Se encoge de hombros para luego decir:

—Venid a casa.

—¿A tu casa? —se me escapa.

Darek suelta el aire en plan sarcástico.

—Queréis ver mis dibujos, ¿no? No pretenderéis que los materialice aquí mismo por arte de magia.

Édgar y yo intercambiamos una mirada. Es él quien decide. Al fin y al cabo, yo le aseguré que lo acompañaría en esta aventura, por absurda e innecesaria que me pueda parecer. Por eso, un par de minutos después, estamos los tres subidos en el coche: Édgar, al volante; yo, de copiloto; Darek, en el asiento de atrás y acompañados todos de un GPS que nos guía hacia la casa de este, que, por cierto, no habita el mejor barrio de la ciudad. Justo cuando me planto frente a su puerta cerrada, me da por acusar una intensa

sensación de *déjà vu*, un recuerdo de nuestra visita a la casa de Bibiana, que fue uno de los momentos más inquietantes de mi vida; también uno de los mejores, teniendo en cuenta lo que sucedió justo después, en cuanto Édgar y yo nos metimos en el coche.

En el instante en que Darek abre por fin la puerta, esa sensación me pone el estómago del revés y luego se diluye como si fuese un puñado de sal en el agua que hierve. La imagen es deprimente. Muchos tacharían su apartamento de un simple zulo, pues no es más que una habitación diminuta con una cocina, un sofá cama y un baño incrustado a un lado. Si las dimensiones ya dejan bastante que desear de por sí, el desorden que reina por doquier pinta la estancia aún más estrecha de lo que es. Hay ropa repartida por todas partes, quién sabe si limpia o sucia, platos sin fregar, un sinfín de envoltorios de plástico y un par de bolsas de basura que juraría que empiezan a oler. Por suerte o por desgracia, la posible putrefacción ahí contenida palidece en comparación con la peste a tabaco que parece adherida al propio aire que se respira entre estas cuatro paredes.

—*Bro*, ¿cómo puedes vivir aquí? —pregunta Édgar, y no me sorprende que se atreva a pronunciarlo en voz alta.

—¿Cómo puedo vivir en otro sitio?

Al principio, tengo la sensación de que Darek suena borde y cortante; al verle los ojos, sin embargo, me doy cuenta de que solo está cansado. Tal vez demasiado. Sus pupilas ondean como si fuesen pulpos en plena danza de apareamiento. Y, al igual que ese baile, también este suceso tiene algo de cautivador.

—Pensaba que a los emisarios…

—No vuelvas a llamarme así —me interrumpe.

—Perdón.

Darek suspira y me hace un gesto con la mano.

—¿Qué ibas a decir?

—Pensaba que el Gobierno os daba ayudas —alego.

—Sí, de cuatrocientos euros mensuales —detalla, sin inmutarse—. Me gasto más de la mitad en alquilar esto. Todo sería mejor si alguien, quien sea, quisiera contratarnos, pero está difícil conseguir trabajo cuando tienes el pelo blanco y parece que tus ojos

tengan vida propia. Aunque supongo que justo por eso nos dan las ayudas. Qué generosos.

Su sarcasmo es tan afilado que corta el aire que respiramos; el que a duras penas puede contenerse en los pulmones, teniendo en cuenta el olor.

—Los dibujos, ¿no? —dice, caminando hacia el fondo del apartamento—. Habéis venido por los dibujos.

Primero busca debajo de un montón de ropa. Luego, sobre una especie de estufa que hace las veces de mueble, a juzgar por la cantidad de cosas que tiene encima.

—De normal, esto no está así —se justifica, sin dejar de mirar—. He descuidado un poco el orden últimamente. Y esa basura —señala las bolsas que hay junto a la entrada— es de ayer. No estuve en casa para tirarla y soy de los que respetan el horario. Por eso no la he tirado durante el día. —Al final, como si se diera cuenta de que su discurso no tiene razón de ser, suspira y añade—: Qué más da. Aquí están.

Los dibujos aparecen detrás del sofá, que para mí es una zona muerta. Se trata de un manojo de folios llenos de arrugas y dobleces; un material que sin duda no ha recibido el cariño de las obras de arte amadas por el autor. Con la misma falta de tacto con la que se ve que ha tratado esos folios, los deja sobre una diminuta mesa rectangular que hay frente al sofá. Después, nos invita a sentarnos. Es un biplaza, por lo que entiendo que Darek se queda de pie. Antes de plantar el culo en el sofá, tengo que apartar un par de libros de ciencias naturales y dejarlos a un lado de la mesa. Me pregunto si el dueño de la casa estará estudiando para ser biólogo.

A priori, no encontramos en los dibujos de Darek nada que no hayamos visto ya. Mientras que los de Bibiana eran de un corte más realista, el joven emisario abraza por completo la estética *anime* y *manga*. Todo más exagerado, rostros expresivos y de ojos grandes, pelos donde cabría un color rosa o un rojo chillón, a pesar de ser todos bocetos en blanco y negro. La mayoría de los dibujos nada tienen que ver con lo que Édgar y yo venimos buscando. Hay personas que no conocemos, muchas de ellas emisarios (a juzgar por sus pupilas), y bestias de todo tipo, más monstruo que animal.

No falta, sin embargo, el ocasional retrato del nido, a veces pendiendo sobre una ciudad de edificios altos, como si nos encontráramos ante una versión personalizada de Godzilla. La pose de sus patas negras y el detalle de su cuerpo compuesto de hilo de seda goza de tal dinamismo que uno puede imaginárselo en movimiento con suma facilidad, a pesar de que esa cosa, la de verdad, lleva casi una década sin cambiar de sitio.

—¿Ese es «él»? —pregunta Édgar, ante uno de los dibujos del nido.

—¿Quién? —pregunta Darek, aún de pie, componiendo una mueca.

—El que dijiste que ya no está. O que nunca estuvo.

Darek niega con la cabeza; me da por pensar que hay cierto aire melancólico en su mirada.

—No —responde—. Eso es una coraza vacía.

—¿Cómo? —intervengo—. ¿Está muerto?

—¿El qué?

—Esa cosa.

—No. Pero está vacía.

—Dijiste que casi siempre lo dibujabas a él —le recuerda Édgar.

Darek chasquea la lengua y se cruza de brazos.

—No sé quién es él, ¿vale? —admite—. Eso —señala el dibujo del nido con la cabeza— es lo que más se le parece.

—¿Cómo lo sabes?

—Deja de hacer preguntas a las que no sé responder.

—Vale —acepta Édgar, encogiéndose de hombros—. Pues, ¿quién es ella? La que supuestamente os trajo aquí.

—¿Supuestamente? —replica Darek, alzando las cejas—. No hay nada de supuesto en esa afirmación. Es la realidad. Ella nos trajo aquí.

—¿Y quién es? Tampoco lo sabes.

Al reparar en el retintín de Édgar, temo que Darek vaya a echarnos de su casa a la primera de cambio. No lo hace. Se limita a apartar la mirada, como si diera la situación por imposible. Édgar sigue pasando dibujos y, justo cuando va a darle la vuelta a uno de ellos, lo detengo agarrándole el antebrazo con la mano.

—Espera.

Vuelve a dejarlo como estaba.

Se trata de un boceto de un brazo. Solo un brazo, desde la punta de los dedos hasta unos centímetros por encima del codo. Tiene la palma de la mano hacia arriba y, justo pasada la muñeca, puede verse una vena inflamada bajo la piel. Solo que, al fijarse bien, uno se da cuenta de que no es una vena inflamada.

—¿Qué es eso? —apunto.

Darek se asoma al dibujo para verlo con claridad, cosa difícil, teniendo en cuenta que la luz que aquí reina tampoco es que destaque por su intensidad.

—Ah —murmura. Luego se arremanga la sudadera y deja su propio brazo al descubierto—. Es lo que tengo dentro.

La revelación me produce un escalofrío. Observo el brazo con atención, pero soy incapaz de ver algo en esa piel ligeramente bronceada.

—No hay nada —señala Édgar.

—No —admite él—. Ahora no.

—¿Qué es? —cuestiono, más interesado de lo que me gustaría.

El aludido compone un mohín con los labios.

—No lo sé. Creo que lleva conmigo desde que nací.

—¿Es posible que él tenga uno también? —pregunta Édgar, señalándome a mí, lo que hace que me invada un calor extremo. Uno de esos calores que también es frío y gélido y doloroso.

—¿Tú? —pronuncia el joven, observándome casi con altivez—. ¿Por qué ibas a tenerlo? No eres uno de los nuestros.

—¿Todos los emi…? Perdón —se retracta mi novio con un chasquido de lengua—. ¿Todos los que son como tú tenéis uno dentro?

—¿Supongo? Yo qué sé.

—¿No te da miedo que salga? —pregunto—. Que se haga grande y te atraviese y…

—¿Qué? No —me interrumpe, como si la mera concepción de esa idea fuese absurda—. No va a salir hasta que yo la palme.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

No queda otra que aceptar la respuesta.

Terminamos de ojear los dibujos en silencio.

Nada de interés.

Édgar repasa los tres o cuatro últimos como si fuera a encontrar ahí la pista definitiva que se le escapa, la que da sentido a todo este entramado en que se ha convertido nuestro mundo. La verdad, sin embargo, es que, si nadie ha podido hacerlo aún, no seremos nosotros quienes resuelvan el misterio.

—¿Puedes contarnos algo más? —pregunta Édgar. Y, al conocerlo como lo conozco, soy capaz de percibir la desesperación que araña su voz.

—No, que yo sepa. ¿Y vosotros?

Y entonces lo comprendo. El brillo en sus ojos. El interés. Por fin alcanzo a vislumbrar la auténtica razón de que nos haya traído a su casa. No buscaba ofrecernos respuestas; tenía la esperanza de que nosotros se las brindáramos a él.

Una pena que ninguno de los dos bandos podamos cumplir con esa expectativa.

Le damos las gracias y nos marchamos sin celebraciones. Una vez en el coche, Édgar conduce en silencio. Tampoco yo abro la boca. Tengo la cabeza llena de ideas inconexas que corretean como si fuesen insectos y lo eclipsan todo, sin que pueda distinguir con facilidad lo real de lo imaginado. Cierro los ojos e intento que todo se vaya. Sé que Édgar me observa. Puedo sentir la presión de sus ojos al detenerse en un semáforo.

Aunque mi casa no queda demasiado cerca, sí que lo parece cuando Édgar aparca en mi calle. Me acompaña hasta el portal, algo que ya se ha convertido en tradición.

—¿Hacemos un recuento rápido de lo que tenemos? —dice.

Me da por reír.

—¿Tenemos algo?

—Poco, pero sí —apunta.

—A ver, deléitame —le pido, la sonrisa ladina en los labios y la espalda apoyada contra el muro de ladrillo.

Édgar toma aire.

—Vale. Una vez cada mil años, pasa algo —comienza.

—Algo relacionado con los emisarios —añado—, si tenemos en cuenta el dibujo del gusano gigante que vimos en las ruinas de aquella foto.

—Sí. Puede que, yo qué sé, ¿una vez cada mil años, «ella» los traiga aquí? Al mundo. Para que hagan algo relacionado con «él».

—Pero «él» no está aquí —le recuerdo.

—Puede que esta vez no —responde, pensativo—. ¿Quizá las anteriores veces sí?

El viento sopla y me revuelve los mechones del flequillo. Ya no es frío. Ya no puede hacernos daño. Arrastra un envoltorio de helado por la acera.

—¿Y si esta vez ha salido algo mal? —aventuro.

—¿Por eso ocurren los desvanecimientos?

—Puede. Aun así, ¿quién es ella? ¿Quién es él? ¿Y dónde están ahora?

—¿En otro sitio?

—¿Dentro del nido? —propongo.

Édgar niega con la cabeza y apoya un pie en la pared.

—No. Darek ha dicho que está vacío.

—¿Entonces?

—Yo qué sé. Esto es absurdo —concluye, resoplando con desesperación—. Lo que no entiendo es por qué no hay cientos de canales especulando sobre todo esto.

—Seguro que los hubo en su momento y se terminaron cansando.

—Sí, pero está claro que cada vez tienen los nervios más a flor de piel, ¿no? Los emisarios, digo. Esto de los gusanos no lo habíamos oído hasta hace poco.

—Puede que el gobierno presione para que no se hable de ellos, en la línea de lo que nos contó el agente Delgado cuando fuimos a poner la denuncia. O puede que solo sea cuestión de tiempo antes de que todo reviente y salga a la luz.

—Yo qué sé. Aun así, me alegro de haber ido. Por lo que nos ha dicho de los gusanos. O lo que sean. Parece que solo los emisarios tienen uno. Llevo meses teniendo pesadillas con toda esta movida,

pensando que lo pudieras tener dentro o… En fin. Supongo que a ti te ha pasado igual.

—Sí —confirmo, asintiendo con la cabeza y mostrando una leve sonrisa.

No voy a negar que también me he quitado un peso de encima. Tiene gracia. Hasta hace unos meses, habría tachado de enajenación cualquier idea que brotara de los labios de un emisario. Ahora, las tornas parecen haberse dado la vuelta. Hay algo en los emisarios que los alza como poseedores auténticos de la verdad. Me figuro que hemos visto y oído cosas que ya no se pueden guardar en el cajón de la locura y esperar que no hagan ruido.

Édgar sonríe y me abraza con fuerza. Me susurra al oído.

—Te quiero, Blasito.

—Anda, ¿ya no me odias? —bromeo.

Édgar exhala la risa sobre mi cuello.

—Te odio, pero también te quiero —puntualiza.

Lo aprieto entre mis brazos.

—Yo también te quiero, Eddie.

—¿Sabes que aún no me acostumbro a que me llames así?

—¿Cómo quieres que te llame entonces? ¿Édgar? ¿Édgarcito? ¿Poe?

Sea lo que sea que mi novio responda, ya no alcanzo a escucharlo. Todo se vuelve borroso y una sensación intensa y desagradable se apodera de mi cabeza. Cuando quiero darme cuenta, no hay cuerpo alguno entre mis brazos.

No hay nada.

Édgar no está.

No está.

No.

No, no, no, no.

No puede estar pasando.

Esto no puede estar pasando.

¿Por qué? ¿Cuál ha sido su palabra?

El dolor que siento es tan intenso que acabo vomitando en la acera. El cerebro no me funciona bien. El corazón, tampoco. Intento

forzar una segunda arcada, mas no sirve de nada. Las lágrimas son tan densas que no soy capaz de ver más que fantasmas de color.

Duele.

Todo duele.

Intento buscar a Édgar entre el mar de lágrimas en que se han convertido mis ojos. Todo lo que alcanzo a ver, cuando me las seco una y otra vez sin lograr que dejen de emanar, es una acera vacía. No queda nada de él. Ni su ropa. Ni su móvil. Tampoco su risa. Tampoco su forma brusca de hablar y ese «yo qué sé» que lo hace ser quien es. Tampoco su pelo, ahora más corto, o esos ojos que llegaban a parecer rojos según como les diera la luz. Ya no recibe luz. Ni sus ojos ni ninguna otra parte de él.

Porque se ha ido.

¿Por qué?

¿Por qué ahora?

¿Por qué ha querido el destino llevárselo justo después de regalarnos nuestro primer «te quiero»?

Ni siquiera el azar sería tan cruel como para hacer algo así.

Su voz aún resuena por mis entrañas. Y me asusta. Me aterra pensar que será la última vez que la oiga; me aterra pensar que todo lo que conservo de ese sonido forma ahora parte de mi sangre. Cuando se disipe, no quedará nada.

No quedará nada.

Quiero vomitar.

Necesito hacerlo.

Pero ya no sale.

Quiero morir.

Es lo que deseo de verdad.

¿Por qué tuvo que irse Édgar y no yo?

¿Por qué tuvo que irse?

Las piernas me fallan y me derrumbo en la acera. No duele. Todo lo que duele está dentro. Muy dentro. Las lágrimas me desgarran la piel y se llevan pedazos de mi ser a un lugar que no conozco y que prefiero no conocer. No hay gritos. No hay sollozos. Solo silencio y agonía. Sin nadie que lo presencie. La calle está vacía, pero también oscura. Y es que ya nunca recuperará su luz.

Porque acaban de arrancármela de las manos.

Desconozco cuánto tiempo permanezco hecho un ovillo en el suelo, ansiando que la divina intervención provenga y me arrebate este dolor. En mi cabeza bullen cientos de imágenes, no todas provistas de sentido. Édgar aparece en ellas. En algunas. Mi vida entera se reproduce como si estuviesen juzgando los actos de veintiún años completos, desde que aprendí a caminar hasta que abandoné hoy mi hogar.

Mi hogar.

Aunque estoy frente a mi portal, esta ya no parece mi casa.

Me pregunto qué es, si no un hogar.

Muy despacio, habiendo olvidado cómo respirar, cómo caminar y cómo decirle al corazón que no deje de latir, me pongo de pie. Me apoyo en la pared. Busco a tientas la llave y hago uno y dos y tres intentos antes de abrir la puerta. Una vez dentro del ascensor, el llanto se hace oír, entrechocando con las paredes y los espejos de la cabina, que me los devuelve como si tampoco ellos anhelaran sostenerlos entre los dedos.

Del mismo modo en que yo sostuve a Édgar.

Del mismo modo en que yo…

Édgar no está.

No está.

Y no puedo creer que no esté.

Debería haberme preparado.

Mas no lo hice.

Es evidente que no.

Las puertas se abren y la luz del pasillo se me antoja distinta. Más clara o más oscura. Más blanca o más amarilla.

Yo qué sé.

¿Acaso su frase es lo único que me queda de él?

Se me ocurre llamarlo al móvil antes de entrar en casa. Sé que no va a funcionar. Sé que no va a responder, por mucho que su teléfono se haya desvanecido con él. Cuando la voz aparece al otro lado de la línea, siento que me colma la esperanza, antes de descubrir que solo es el mensaje pregrabado que suena cuando un número no está disponible.

Roto.

Estoy roto.

Meto la llave en la cerradura y entro en casa despacio, arrastrando los pies.

Sé que mi padre no tiene la fórmula mágica. Lo sé de sobra. Pero necesito que me acoja entre sus brazos como si yo mismo hubiese nacido ayer. Lo necesito más que nada en este mundo. Porque la vuelta de Édgar no es algo que esté al alcance del universo.

Oigo unos pasos en el salón.

Muy rápidos.

Acelerados.

Y entonces ocurre algo.

Algo que no soy capaz de explicar.

Esa fue la decisión:
una para cada uno.
Que fuera el azar o el destino,
el universo a lo sumo,
el que obrara su magia
en el momento oportuno.

41
ÉDGAR

Estoy cansado.

Hecho mierda, más bien.

No hago ni el esfuerzo de levantarme cuando Rocío entra en mi dormitorio. Tiene que estar todo hecho una mierda.

Otra vez la misma expresión.

«Hecho una mierda».

Pero, joder, ¿no es así como está todo?

Hecho una mierda.

Ni siquiera abro los ojos. ¿Para qué? Sé que mi amiga está ahí. Sé que se sienta en la silla de escritorio como ha hecho tantas otras veces.

—¿Cómo estás?

Su voz es como clavarme un tridente en el oído.

—Mal —respondo, sin moverme un centímetro de mi posición.

—Te he traído chocolate del que te gusta.

Chocolate.

Blas nunca comía chocolate.

Por el tema del deporte.

Solo se saltaba la dieta una vez al mes. Una vez. Menuda gilipollez. ¿Cómo se puede vivir así?

¿Cuándo voy a poder sacármelo de la cabeza? Pelín absurdo pensar en ello ahora, teniendo en cuenta que no han pasado ni tres días desde que se desvaneció. ¿Cuánto tiene que pasar?

¿Cuánto?

De pronto, siento los dedos de una mano acariciándome el brazo. La camiseta vieja que llevo como pijama, más bien. ¿Cuánto hace que no me cambio de ropa? ¿Cuánto hace que no me doy una ducha?

Son los dedos de Rocío.

Ojalá fueran los de Blas.

Adoro a mi amiga.

Muchísimo.

Pero ojalá fueran los de Blas.

—¿Por qué hacemos esto? —pregunto.

Sus dedos se detienen.

Abro los ojos, pero no enfocan. No veo nada. No la veo a ella. Ni la silla. Todo es un borrón. Y me la suda que sea un borrón. No necesito que tenga sentido.

—¿Por qué hacemos el qué? —cuestiona.

—Hablar. ¿Por qué?

Rocío respira hondo.

—Porque, citando a alguien que conozco muy bien, preferimos vivir dos años en libertad antes que veinte en una jaula.

—Pues la libertad es un asco.

—A veces lo es —admite—. La diferencia es que la jaula siempre es un asco.

Acabo de ver el chocolate. Está en el escritorio. En una bolsa. Demasiado lejos. Como Blas. Demasiado lejos como para poder alcanzarlo con la mano o con los pies o con todo mi puñetero cuerpo. Demasiado lejos, en general. Ni siquiera mis brazos pudieron retenerlo conmigo.

Ni siquiera mis brazos.

Lloraría, si me quedasen lágrimas.

Las he gastado todas ya.

—Es culpa mía —confieso.

—No lo es —niega Rocío, rotunda—. Tú no sabías que empezar a hablar le iba a…

—Su palabra era Poe.

Rocío no responde.

Eso sí que no se lo esperaba.

¿Verdad?

—¿Vas a decirme que esto también ha ocurrido por un motivo? —comento, sarcástico—. Es irónico, ¿no? Que su palabra sea yo. Una puta broma, más bien.

—Lo siento, Po… —se retracta antes de pronunciar ese nombre. No quiero volver a oírlo en lo que me queda de vida—. Lo siento, Ed.

—¿Esto es lo que nos espera? Se han ido Blas, Natalia, mi padre y mi madre. Aunque lo de mi madre fuera distinto. ¿Quién será el siguiente? ¿Tú? ¿Enzo?

—Piensa, Édgar, que solo puedes sentir la oscuridad porque has sentido la luz. Mucha gente no ha tenido esa suerte; muchos han vivido siempre en las sombras.

Me incorporo de golpe en la cama, tan brusco que acabo pegándome con la litera en la cabeza. Para variar. Hoy me da igual. Si acaso, el dolor me enciende y me llena de ira. Ayuda a sostener lo que soy. Lo que necesito ser, si quiero seguir adelante.

—Me la sudan la luz y la oscuridad y toda su putísima madre. Estoy harto, Ro. Harto. Igual debería hacer lo que hizo Emilio, pillar un diccionario y leer hasta que me vaya a tomar por culo.

—No vas a hacer eso —afirma ella, llena de calma. Y me jode que esté tan tranquila. Me jode que me conozca como si fuese ella la que me parió, en lugar de aquella mujer de la que me alivió desprenderme.

Niego con la cabeza.

—No. No voy a hacer eso —admito.

—Vas a levantarte y a seguir con tu puta vida, como dirías tú —me suelta—. Porque me tienes a mí. Porque tienes a Irene y tienes a Enzo, por mucho que ahora hayáis discutido. Y tienes a Diego, a Jacinta y a todo el grupo de Más Que Voces. Y si algún día falto yo o cualquiera de ellos, seguirás teniendo a los demás. Y si algún día los astros se alinean y faltan todos a la vez, habrás conocido a otra gente igual o más importante para ti. Porque todo es efímero, Édgar. Hoy estamos aquí; mañana, no lo sabemos. Es verdad que todo se va; pero también es cierto que todo viene. Y aunque Blas y muchos se hayan ido, otros vendrán en su lugar.

Suspiro. Lo intento, más bien.

Y me tomo unos segundos antes de decir:

—Estaba seguro, Ro.

—¿De qué?

—De que nuestro destino era estar juntos.

42
BLAS

No lo entiendo.

¿Cómo puede ser?

¿Cómo puede ser que la persona que está delante de mí sea…?

Ni siquiera es capaz de hablar. Apenas puede contener el llanto, la respiración haciendo malabares con su pecho, los ojos llenándose de lágrimas. Se cubre la nariz y la boca con las manos; luego me abraza con fuerza.

Su olor sigue siendo el mismo.

Después de todos estos años, sigue siendo el mismo.

Sus dedos me buscan, me acarician la nuca y la cabeza por detrás; se aferran a todo lo que soy como si yo no fuera más que un sueño a punto de desvanecerse.

—Qué grande y qué guapo te has puesto, Blas. —Apenas puedo entenderla, la voz todo llanto y jadeos.

Yo también estoy llorando.

Quizá desde que la vi.

Quizá desde que me abrazó.

Quizá no he dejado de hacerlo desde que Édgar desapareció.

—¿Mamá? —pronuncio. La voz se me deshace. Me aterra haber pronunciado esa palabra. Me aterra haber deshecho el hechizo que las brujas del tiempo conjuraron para mí. Me aterra que esto sea un sueño o una pesadilla que solo es tal cuando despiertas, en el instante en que descubres que lo que tomabas por vida era una broma del subconsciente, un recuerdo en el que te movías a placer.

Mi madre se separa de mí, pero mantiene las manos sobre mis hombros. Casi no puedo verla por culpa de las lágrimas. No puedo ver lo mucho o lo poco que ha envejecido. Lo mucho o lo poco que

se ha dejado crecer el pelo. Lo mucho o lo poco que se alegra de verme de nuevo.

Aunque para eso no necesito los ojos.

—No entiendo nada, mamá —confieso, la respiración y la garganta confabuladas en un manojo de llanto y desolación—. Tengo miedo. Mucho.

Mi madre me chista a callar. Con suavidad. Como cuando era niño. Cuando me protegía de las lágrimas y los sollozos más desconsolados. Cuando la oscuridad era un monstruo y ella, guardián de la luz. Con cuidado, me abraza de nuevo y me acaricia la espalda. La cabeza. Todo.

—Te has desvanecido, cariño —me susurra.

Sus palabras se me atoran en la garganta.

—¿Qué? No. O sea, no puede… —Me detengo. La voz no sale—. Yo estaba con… No puede ser, mamá.

Ella se separa un ápice de mí y me acaricia la cara con cuidado. Me aparta el cabello de la frente. Aún no soy capaz de verla como se merece.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando a que alguno de vosotros aparezca —dice, muy bajito, como si la voz se le hubiera apagado hace ya siglos, si no eones—. Por eso he seguido viviendo aquí. Para que pudierais localizarme con facilidad. Tenía miedo de que nunca hablarais y no volviera a…

No es capaz de terminar la frase. Me abraza de nuevo.

—No lo entiendo. ¿Dónde estamos? —pregunto.

—En el otro lado.

—¿Cómo?

—Siéntate —me indica, después de separarse de mí con cuidado—. Voy a traerte algo de beber. O de comer. Creo que has vomitado —añade, media sonrisa surcando sus labios.

—Perdón —me disculpo, pensando que lo habrá notado en el olor. Ella no deja de sonreír.

—No te preocupes, cariño. No te preocupes por nada.

Mi madre desaparece pasillo arriba y yo temo que ya jamás vuelva conmigo, que esto de verdad sea un sueño que se alarga más de lo debido y que se palpa como si fuera realidad. La visión no

termina de colaborar, no solo por las lágrimas, sino por algo más. Quizá el cerebro. Quizá la cabeza. Todo se muestra borroso y no soy capaz de enfocar. Cuando lo intento, siento vértigo y náuseas. El enorme reloj de pie da la hora en punto (la que sea) y me provoca un vuelco en el corazón.

«Una para cada uno».

¿Qué es eso?

¿Qué es esa frase?

¿Por qué está ahí?

«Una para cada uno».

No entiendo nada.

Poco a poco, me voy dejando caer en el sofá. Cierro los ojos y una parte de mí insiste en creer que esto va a terminar. Para bien o para mal. Que cambiaré a mi madre por Édgar. Que volveré a verlo a él, mientras a ella la extraño sobremanera, mientras maldigo los trucos más sucios y retorcidos que la mente humana alberga en sus entrañas. En cualquier momento, abriré los ojos y estaré en mi cama.

En cualquier momento.

«Una para cada uno».

Otra vez esa frase.

Me despierta el sonido de un plato aterrizando suave sobre la mesa. Sigo aquí. En el sofá. El reloj marca los segundos con la cadencia de siempre. Mi madre sonríe, melancólica. Un vistazo rápido a la mesa revela que me ha preparado una tortilla francesa, dos rebanadas de pan tostado y un pedazo de queso sin cortar. No me atrevo a contarle que mi dieta se ha vuelto mucho más estricta, que ya no hay lugar para el pan ni para el queso. Que la tortilla está bien, por aquello de ser pura proteína. Cuando mi madre se desvaneció durante mi último año de bachillerato, a un par de meses de graduarme, yo aún no me tomaba el deporte tan en serio. De hecho, su marcha fue justo lo que hizo que convirtiera el correr en refugio. Pensé que, si el mundo se desgranaba a mi alrededor, necesitaba un pilar al que aferrarme cuando todo se hundiera. El atletismo fue ese pilar. Se convirtió en pedestal. Se convirtió en el todo y en lo único.

—Una para cada uno —susurro.

Mi madre me observa con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —murmura.

—Tengo esa frase metida en la cabeza.

Ella sonríe, como si se hubiese quitado un enorme peso de encima.

—Es normal —explica, acomodándose en el sofá, a mi lado, y colocando una mano sobre mi muslo apenas despierto—. Todos los que vienen aquí lo hacen sabiendo cosas que no deberían saber. Es posible que, pasados unos días, sepas más de lo que sabes ahora. No tenemos ni idea de cómo acaba esa información en nuestras cabezas, pero hemos podido juntar trozos y averiguar más o menos qué es lo que ocurre.

Siento un escalofrío.

Estaba a punto de agarrar el tenedor para partir la tortilla. La idea se me borra de la cabeza.

—Cuéntamelo —le pido—. Todo.

Mi madre señala el plato.

—Come, anda.

Suspiro y acato la orden. Me meto un pedazo de tortilla en la boca, a pesar de que apenas me cabe, culpa de los pensamientos y horrores que me atiborran el estómago. Al tragar, soy capaz de sentir el trozo de comida descender con dificultad a través de los conductos que me componen por dentro.

—Todo empezó hace veinte años —comienza mi madre—. Tú eras muy pequeño, así que no recordarás aquella noticia sobre un bebé que desapareció en pleno parto. Todo el mundo pensaba que era un bulo.

—Me suena —expreso, antes de darle un mordisco al pan. Ahora mismo, saltarme la dieta es el menor de mis problemas.

—Alguien lo habrá mencionado alguna vez delante de ti. Ese día, el mundo se desdobló en dos.

—¿Qué? —La rebanada de pan queda en el aire, mi mano inmóvil en mitad de la nada.

—Ese niño, el que desapareció, es el hijo de un ser que no puedo ni describir, Blas. Hay gente que lo llama Dios, hay gente que

lo llama la Gran Madre. Todo el mundo se refiere a esa entidad en femenino.

—Ella —pronuncio, como si todo cobrara sentido de repente.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Desde hace quién sabe cuánto, esa… cosa ha engendrado un hijo cada mil años. Lo hace a través de nosotros. Su hijo es humano. O… como si lo fuera. Crece a nuestro lado hasta que su madurez se completa y, al morir como lo haríamos cualquiera de nosotros, se transforma en nuevos mundos.

—¿Cómo que en nuevos mundos?

—Estrellas, galaxias… Así es como se crean. Aquí. Y quizá en algún otro sitio, antes de que ella decidiera que este sería su jardín.

—No lo entiendo, mamá.

—Tranquilo. Mucha información.

—Pero, entonces…

Aprovecho para beber un poco del agua que mi madre ha traído. El tic tac del reloj me taladra la sien.

Ella continúa antes de que pueda decir nada más:

—Los emisarios también son obra de ella. Durante los años previos al nacimiento de su hijo, la Gran Madre (así la llamo yo) introduce una parte de sí misma en los fetos concebidos por los humanos. Los hijos nacidos de esa forma lo hacen con el pelo blanco y los ojos peculiares. En teoría, los emisarios están ahí para cuidar de él. Del hijo de la Gran Madre. Para asegurar que su madurez se completa correctamente.

—Pero, esta vez… —comienzo.

—Esta vez no hubo a quien cuidar.

Mi madre y yo nos miramos fijamente.

Desconozco el motivo, mas el miedo que acuso crece por momentos.

—Ella es… un ser muy poderoso, Blas. Muchos están convencidos de que no es de este mundo, que vino aquí, no sé, saltando entre realidades. Por ende, sus hijos también son poderosos. Después de presenciar el nacimiento de quién sabe cuántos de esos seres, la realidad no pudo soportarlo más y, justo hace veinte años, al nacer su nuevo hijo, quebró. Puede que fuese

un mecanismo de defensa del mundo, no lo sé, el caso es que ese niño acabó aquí, junto con una copia de nuestra realidad. Todo lo material se duplicó. Las plantas, la mayoría. Los animales, algunos. Seres humanos no hubo. Al menos, al principio. Hasta que…

—«Esa fue la decisión» —recito—. «Una para cada uno. Que fuera el azar o el destino, el universo a lo sumo, el que obrara su magia en el momento oportuno».

Mi madre sonríe. Alcanzo a ver una lágrima resbalando por su mejilla.

—Es él quien nos trae aquí —pronuncio, sin saber de dónde viene esa información.

—Nadie sabe por qué lo hace. Unos dicen que está enfadado, que quiere vengarse. Otros afirman que se sentía solo y trajo a gente que le hiciera compañía. Hay quien dice que fue su madre. No lo sé.

—¿Dónde está él? ¿Lo conoces? ¿Lo conoce alguien? O sea, se supone que es humano, ¿no?

Mi madre se muerde el labio de abajo.

—Tendría que haber sido humano, sí —explica.

—¿Qué quiere decir eso?

—Al acabar aquí solo, en una realidad alterna, sin nadie a quien acudir y sin los emisarios que se encargaran de velar por él, su… madurez no siguió el cauce normal.

—Me estás asustando, mamá.

Ella suspira y se levanta del sofá.

—Voy a enseñarte una foto.

43
ÉDGAR

No corre el aire.

No corre ni una puta gota de aire.

Ni siquiera aquí, en la terraza. Los árboles de la urbanización ni se mueven.

Qué tontería. ¿Qué más da lo que hagan? ¿Qué más da todo, en general?

Al menos, hoy he conseguido levantarme de la cama. Rocío dice que es un logro tremendo. Eso sí que es una gilipollez. Hasta me toca los cojones que lo celebre de esa manera. En lugar de eso, ya podía traer de vuelta a Blas. Si es una amiga de verdad, debería ser capaz de hacerlo.

Suspiro y me dejo caer en la baranda.

Menuda mierda.

Los coches van y vienen al otro lado de los muros. Como si no pasara nada. Como si sus mundos no se hubiesen ido a tomar por culo. Y tal vez no lo hayan hecho. Supongo que yo soy el único al borde del precipicio. La pena es no haber acabado estampándome contra el suelo.

En un giro de cabeza, descubro el paquete de cigarros de chocolate de Enzo. Está ahí, en el macetero. Tiene gracia que esconda los falsos justo en el mismo sitio que los de verdad. Pillo uno y lo desenvuelvo con cuidado. Le doy un mordisco.

Qué asco.

No sé cómo puede estar Enzo enganchado a esto. ¿Qué clase de chocolate es? Parece plástico, más que cacao.

—¿Me das uno?

La voz me deja fuera de combate.

Con solo girarme una pizca, me encuentro a Enzo detrás de mí.

Hablando del rey de Roma.

Sin decir nada, atrapo la cajetilla de cigarros y se la paso. Después, vuelvo a mi baranda y a mi chocolate. Es un asco, sí, pero pienso terminármelo. Es mejor pensar en la repugnancia que me produce antes que en cualquier otra cosa.

Mi hermano parte un cigarro con la boca y luego se apoya justo a mi lado. Ahora los dos miramos al horizonte, a la noche negra y enmarañada, al extinto cartel luminoso que se ve a lo lejos, anunciando un banco en la cumbre de un edificio que no alberga ninguno ya.

—¿Cómo estás? —dice.

—¿Tú qué crees?

—Mal, ¿no?

—Te suena el teléfono, Enzo, son los del comité, que te van a dar un premio a la deducción.

Mi hermano se vuelve para mirarme. Su rostro apenas muta, igual que su voz, pero sí que llego a verle una mueca en la boca.

—¿Qué? —murmura.

—Es una broma.

Él me mira durante unos segundos antes de volver la vista al frente.

—¿Puedo hacer algo por ti? —dice.

—Depende. ¿Puedes traer de vuelta a la gente que se ha ido?

—No.

—Entonces no puedes hacer nada. —Pensaba que no me quedaban lágrimas ya, pero supongo que no es verdad, porque justo en este instante siento una resbalarme por la mejilla. Me muerdo los labios, como si eso pudiera evitar que la siguiera otra y quién sabe cuántas más—. Tiene gracia, ¿no? Porque hace no mucho estábamos aquí tú y yo, cuando me dijiste que creías que Alba y tú ibais a dejarlo.

—Y lo dejamos.

—Sí, aunque no me refiero a eso. Te pregunté cómo estabas y me respondiste que no lo sabías. Entonces, yo dije: «Solo llevabais seis meses». Como si fuera poco. Como si no tuvieras derecho a estar triste o yo qué sé. —Se me escapa la risa sarcástica al recordar

ese momento—. Blas y yo ni siquiera llevábamos seis meses y ya siento que nada tiene sentido sin él.

Mi hermano no reacciona. Claro que no. Tampoco es que yo esperase consuelo viniendo de él. Apenas te responde cuando le hablas, ¿qué clase de apoyo va a ser capaz de ofrecerte?

—¿Me pasas otro cigarro? —dice.

—Tienes tú el paquete —le recuerdo.

—Ah, sí —murmura, antes de sacárselo del bolsillo del pantalón.

—Cuidado, que en la caja pone que fumar mata —bromeo, serio como una piedra.

—Igual este no es el mejor momento, pero quiero pedirte perdón por lo del otro día.

—Eso ya da igual, Enzo.

—A mí no me da igual. No quiero que pienses que llevo toda la vida culpándote por lo de papá. Sé que, si alguien tuvo la culpa, ese fui yo. —Hace una pausa para morder uno de los cigarros, que cruje dentro de su boca—. Fui yo el que te manipuló para que quisieras tener una chinchilla. Solo te dije aquello porque, no sé, estaba enfadado. Y supongo que es más fácil culpar a otro que a uno mismo.

Ahora sí, me vuelvo para mirarlo fijamente a los ojos.

—Papá se fue, Enzo. Punto. Da igual quién tuviera la culpa. Es algo que no podemos cambiar. Joder, somos hermanos. Deberíamos estar en este barco juntos, en lugar de complicarnos la vida los unos a los otros. Y yo mismo me incluyo en el saco.

Enzo ahoga un profundo suspiro y entierra la mirada en el suelo de la terraza. Está sucio y lleno de polvo. Llevo casi una semana sin coger una escoba.

—Entonces, ¿todo bien? —dice, más gruñendo que hablando, aunque sin perder su absoluta neutralidad.

—No, no está todo bien —respondo, apartando la mirada y regalándosela a un horizonte que no la merece—. Pero si te refieres a entre nosotros, sí, todo está bien.

Es curioso.

Cuando una pieza importante de ti se rompe sin posibilidad de arreglo, da igual que otras fallen o se enmienden. Porque, cuando el

engranaje fundamental ha dejado de existir, poco importa todo aquello que giraba a su alrededor.

Y ojalá pudiera importarme más mi hermano en este momento.

Ojalá pudiera alegrarme o sentir el alivio que él merece que sienta.

Ojalá pudiera sentir, en general.

Sentir algo que no sea esté vacío que me está carcomiendo por dentro.

44
BLAS

Mi madre no solo me enseña una foto, sino también un vídeo.

Lo que veo en la pantalla de su teléfono me deja sin palabras.

Cuando la enorme mole de seda con patas a la que bautizamos como «el nido» se materializó un día en nuestro mundo como por arte de magia, yo apenas contaba cinco o seis años. Por eso no llegué a comprender su verdadera naturaleza, las auténticas implicaciones, hasta varios años después, cuando descubrí que un ser de esas características y dimensiones no tenía cabida en la realidad que conocemos. Aprendí a temer y a respetar a esa cosa *a posteriori*, a sentir verdadero pavor por su mera existencia, por la posibilidad de que un día le diera por emprender la marcha en busca de otros lugares, como hizo al principio, antes de instalarse de manera definitiva en algún punto de los Alpes Suizos, por encima de un pueblo que quedó desierto a la fuerza.

Lo que contemplo ahora, sin embargo, va más allá de todo eso. No se trata de una suerte de araña que se sostiene con sus cuatro patas negras, como lo era el nido. Esto es…

Es una invasión absoluta.

Las imágenes han debido de grabarse con un dron, cosa que no deja de antojárseme irónica, por cierto. Mire a donde mire, todo lo que veo es blanco. Todo lo que veo es seda. Apenas queda rastro de la ciudad que ha de existir ahí abajo. A juzgar por la altura y la distancia de la cámara, deben de ser kilómetros y kilómetros, como si un gusano del tamaño de varias ballenas entremezcladas hubiese formado su capullo en mitad de un casco urbano. Incluso el aire que capta la cámara luce denso, teñido entero de fibras blancas como en una constante ventisca.

—¿Qué es esto? —pregunto, a pesar de que puedo imaginar la respuesta.

—Berlín —explica mi madre—. Era Berlín, al menos. No creo que allí viva nadie ahora.

—¿Ese es él? —cuestiono, observando a mi madre con fijeza—. ¿El hijo de…?

Mi madre aprieta los labios.

—No sabemos si es él —dice— o si, en realidad, él está ahí dentro.

—Pero ¿qué relación tiene con el nido? Tienen que estar conectados de alguna forma.

—La teoría principal es que el nido es un fragmento del hijo de la Gran Madre que llegó a nuestro mundo.

La cabeza me va a estallar y no creo que sea solo culpa del exceso de información. El cambio de realidad o de dimensión o de lo que sea esto ha debido de afectarme de algún modo, aunque solo sea de forma temporal.

Intento conectar las piezas en mi cabeza, hacerme un breve resumen.

Hace veinte años, más o menos, una madre está dando a luz en un hospital y el niño desaparece. Ese niño es el hijo de la Gran Madre, que provoca un desdoblamiento de la realidad y acaba confinado en el otro lado. En *este* lado. Durante cinco años, más o menos, no ocurre nada, hasta que una criatura desconocida para todos se materializa en nuestro mundo. El nido. A partir de ahí, comienza a desaparecer gente sin motivo aparente, y nos llevará casi un año confirmar que el habla es la causa de ello. Si nos referimos al momento en que la humanidad entera coincidió en que se trata de una palabra concreta, distinta para cada uno, la que te lleva a desvanecerte, tendrán que pasar, al menos, seis meses más.

Me vuelven ahora todos los recuerdos. Las imágenes en televisión que yo por entonces no acababa de entender, los aviones y los tanques, los ejércitos que buscaban enfrentarse al nido y acababan destruidos en su lugar, como si algo superior a todo aquello que conocemos intercediera por él. A día de hoy, aún contamos con una representación de gran parte de los ejércitos del mundo apostados junto al pueblo suizo que ha tomado por hogar, aguardando un posible movimiento.

—Hay una cosa que no entiendo —pronuncio en voz alta.

—Dime, cariño.

—Si la Gran Madre o como queramos llamarla es tan poderosa, ¿por qué no trasladó a su hijo de un plano al otro? Sé que es más bien una teoría, pero si esa cosa ha viajado entre realidades para llegar aquí, tiene que contar con el poder necesario para lograr algo así.

—O puede que no —objeta mi madre, con tranquilidad—. Puede que lo intentara, o su madre o él mismo, y solo consiguieran que una parte de él pasara al otro lado.

Los ojos se me abren de golpe.

—El nido —espeto, al comprender.

—El nido —confirma ella. Y me asusta por lo bien que encaja todo.

Me da por pensar en la Gran Madre, en esa criatura que existe quién sabe dónde; me da por pensar en qué sentiría una madre al ver que su retoño está completamente solo en una realidad vacía. Y pienso, también, en que no debe de ser tan distinto a lo que ha podido sentir la mujer que tengo a mi lado durante estos años.

Tengo tantas preguntas que ni siquiera sé por dónde empezar.

Sin querer, acabo posando la vista en el teléfono móvil, el mismo que dejé hace un rato sobre la mesa.

—¿Y ahora qué? —pregunto, apenas conteniendo las lágrimas en los ojos.

Mi madre me regala una sonrisa que es de todo menos esperanzadora.

—Ahora nada, Blas. Seguir adelante. Igual que hemos hecho siempre.

Sin poder contenerme más, agarro el móvil y tanteo en busca de cualquier opción posible. Mensajes, llamadas, lo que sea. Nada surte efecto. Claro que no. Las llamadas no se completan y la aplicación de mensajes me manda un error cada vez que intento abrirla. «No se ha podido establecer la conexión».

—¿No podemos… de alguna manera… hacerles saber que estamos aquí? —pregunto, la respiración mordisqueando mi voz y entrecortando las palabras.

—Ojalá pudiéramos, cariño.

—¿Y si no saben…? ¿Y si no saben que estamos aquí? ¿Y si no saben que hay otro lado? Otra realidad. Puede que nunca vengan. Puede que nunca… ¡Estamos aquí! —grito, desgarrándome la garganta en el proceso—. ¡Mamá y yo estamos aquí! ¡Necesito que vengáis! ¡Por favor! Por favor…

Todo lo que consigo es que mi madre me abrace con fuerza. Con mucha fuerza. En mitad de este caos que no es más que oscuridad, sin duda es reconfortante haber recuperado sus abrazos. Haberla recuperado a ella.

—Necesito volver a verlo —balbuceo.

—Conociendo a tu padre como lo conozco…

—No hablo de papá —la interrumpo, no sin sentirme culpable—. O sea, quiero volver a verlo. Es evidente que quiero. Pero no solo a él. Conocí a alguien, mamá. Conocí a un chico que me quitó la venda. La misma que no me quise quitar contigo. Y por eso tú…, por eso tú acabaste aquí, sola, todo este tiempo.

Mi madre sisea con suavidad. Es como estar entre algodones. Me acaricia la cabeza con cuidado, mientras su blusa va poco a poco empapándose de lágrimas.

—Tranquilo, mi pequeño. No tuviste la culpa de nada. Ni papá ni tú. Ya estás aquí y eso es lo que importa. Estamos juntos de nuevo.

Estamos juntos de nuevo.

Pero no estamos todos.

No.

No estamos todos.

45
ÉDGAR

Cuando vuelvo a pisar una de las reuniones de Más Que Voces, es raro. Siento que ya no es mi sitio, y eso que solo han pasado dos semanas. Ni siquiera sé qué hago aquí. Es obvio que no estoy bien. O sea, igual no llego a estarlo nunca. Lo que intento decir es que no estoy *lo suficientemente bien* como para incorporarme otra vez a esta movida.

Jacinta es la primera en recibirme. Es imposible que la alegría que expresa al verme sea fingida. El abrazo que me da es tan fuerte que más parece que sea su hijo o su nieto que un simple desconocido al que aprendió a querer a base de reuniones en un grupo de apoyo. Y yo me aferro a ella con la misma intensidad, conteniendo como puedo las ganas de llorar. Rocío es la siguiente en acercarse. Me dedica esa sonrisa que se reserva a los condenados a muerte, a los que no tienen esperanza. Es lo que pienso yo, al menos. El caso es que también me abraza; ahí cae la primera lágrima. La intercepto con los dedos. Todo el mundo me da el pésame, como si se me hubiera muerto alguien. Y supongo que, en cierto modo, así ha sido. A mí me gustaría que se lo dieran a él. A Blas. Que lamentaran el hecho de que no haya podido vivir su vida durante un poco más de tiempo. Imagino que lo mismo podría decirse de los muertos.

Todo en casa de Jacinta está justo como lo recuerdo. Falta Natalia, eso sí. Y puede que alguno más. Por lo demás, todo igual. Eso es lo que más duele: que todo siga igual, excepto yo. Que sea la única pieza que no encaja en el rompecabezas. Que quizá ya nunca vuelva a encajar.

Estaba seguro de que la vida no guardaba un tercer golpe para mí. El primero fue mi padre. El segundo, mi madre. Pero dicen que no hay dos sin tres. Y que a la tercera va la vencida.

Se dicen tantas cosas…

—¿Me dejas que hable antes de que empieces? —le pido a mi amiga, en un momento en el que todo el mundo anda a lo suyo.

Mi propuesta la sorprende. No sé si eso me gusta.

—Claro —responde—. Me alegra que quieras hacerlo, de hecho.

Tiene gracia pensar que hace apenas unos meses me comían los nervios al tener que plantarme frente a todo este público para dedicarles un discurso. Hoy ardo en deseos de hacerlo. Una parte de mí piensa que puede cambiar algo.

La parte más ingenua de mí, claro está.

Cuando llega el momento, Rocío me da paso con un movimiento de la barbilla. Yo me pongo de pie y tomo aire una y dos y tres veces. Sé que no van a ser suficientes. Sé que ya nada será jamás suficiente.

—Supongo que todos os habéis enterado de que Blas —señalo el lugar que solía ocupar en el sofá— se ha desvanecido. O ha «ascendido», como dice Ro. Hace unas semanas, meses, yo qué sé, di mi primer discurso en estas reuniones, hablando de la permanencia. Ese día, en resumen, os dije que más vale vivir dos años en libertad que pasar veinte en una jaula. —Suelto el aire como si fuese el propio sarcasmo. Suelto las lágrimas, también, que no dejan de caer—. Tendré que aplicarme el cuento, ¿no? Aunque Blas no haya tenido dos años, sino meses. Dos o tres o cuatro o yo qué sé cuántos. Pero decidimos hablar a pesar de conocer las consecuencias. Por eso no puedo quedarme hundido en la mierda toda la vida. Me levanté después de lo de mi padre. Me levanté después de lo de mi madre. Y voy a levantarme después de esto. Porque os tengo a vosotros. —La frase que sigue se entrecorta y araña en la garganta—. Aunque ya no los tenga a ellos.

Durante lo que queda de reunión, apenas digo nada. Cuando cerramos el chiringuito de manera oficial, yo intento pirarme a casa, pero Rocío y Jacinta me convencen (me obligan, más bien) de que me quede al festín de después. Tortilla de patatas, jamón serrano, queso y hasta una empanada que ha preparado la propia anfitriona. No sé de dónde saca el tiempo o el dinero para alimentarnos dos días en semana.

Bueno, el tiempo sí que lo sé, a juzgar por lo que me contó Rocío.

Debe de ser duro pasarse el día solo.

Y aburrido.

Para cuando nos despedimos de verdad, he llegado a sonreír al menos tres veces y a casi reír en una ocasión. El cielo sigue igual de oscuro que cuando llegué, pero ahora logro ver estrellas entre las nubes. Una pequeña parte de mí acaba de ver la luz. Por pequeña que sea.

Aunque ahora mismo no lo parezca, siento que un mundo sin Blas es posible.

46
BLAS

Antes incluso de bajar del coche, me invade una sensación de vértigo que, estoy convencido, alberga la capacidad de acabar conmigo. Me opongo a ella y me apoyo en la puerta para vencer la sensación de mareo. Respiro hondo. No hace frío. Cada vez nos adentramos más en el verano, separándonos de ese invierno que me arrojó a los brazos de Édgar. Parece que el propio mundo, con su clima, me advierta que esta es una nueva etapa de la vida; una en la que no encontraré las mismas cosas, ni tampoco a las mismas personas.

Despacio, camino hasta la baranda del mirador, esquivando el banco de madera en el proceso. Me apoyo en ella y contemplo el paisaje. Es curioso. Desde aquí, diría que la ciudad es la misma de siempre. Menos luces, claro. Por lo demás, es casi una copia de la que yo guardo en la memoria, la que pertenece a un plano de la realidad del que ya me he desprendido. Aquí arriba, Édgar, mi padre y Bea parecen al alcance de la mano. Aquí arriba, imaginar el rostro de mi madre se me antoja una utopía sin realizar. Una parte de mí está convencida de que al recorrer de nuevo esa carretera que serpentea entre las montañas, no la encontraré a ella y sí a todos los demás.

No es cierto.

Es evidente que no.

No tengo más que darme la vuelta y contemplar el coche que me ha traído hasta aquí. No es el Peugeot que teníamos en el otro lado. Tiene sentido. Al fin y al cabo, cuando el mundo se desdobló hace veinte años, ese Peugeot, ese modelo y ese ejemplar en concreto ni siquiera existían. Ahora tenemos un Ford Fiesta que, según me ha contado mi madre, el Ayuntamiento le ofreció a cambio de un empleo como repartidora de suministros. Supongo que hemos

tenido suerte de vivir los últimos veinte años en el mismo piso viejo, construido quién sabe cuánto tiempo atrás; de lo contrario, y si mi madre no se hubiese desvanecido llevando su bolso consigo, y por tanto las llaves de casa…

¿Habría podido reunirme con ella entonces?

El mundo de este lado está hecho un asco. Es un caos. Pero supongo que es normal. Hace apenas quince años que la gente empezó a desvanecerse. Con todo, ni siquiera una tercera parte de la población total ha acabado en este lado del mundo. Según lo que me ha contado mi madre, la gente se organiza como puede. Hay delincuencia; claro que la hay. Pero, en general, prima la buena voluntad. Porque todos están juntos en esto, enmarañados en la misma oscuridad. Poco a poco, se van abasteciendo los puestos básicos que permiten los servicios esenciales, como la luz, el agua y el alimento. Los gobiernos, como tal, ya no existen. La ciudad está llena de voluntarios que hacen lo posible por ponerse de acuerdo en los Ayuntamientos. ¿Lo bueno? Al haber tan poca población, hay viviendas y hasta transporte para todos. Tan solo hace falta gente que se encargue de llenar las neveras y los estómagos, de curar las enfermedades, de arreglar los desperfectos, de mantener los sistemas de comunicación. Mi madre ha llevado mi móvil a un conocido suyo. Por lo visto, hay que cambiarle la tarjeta SIM. Las antiguas no permiten contactar con nadie ni pillar las redes de aquí. Le he quitado la vieja antes de que se lleve el teléfono. Supongo que es lo único que aún me conecta con el otro mundo.

Con Édgar.

Creo que una parte de mí está empezando a asumirlo. A aceptar que jamás volveré a verlo. Que tal vez llegue algún día a este lado de la realidad, pasado tanto tiempo que quizá no lleguemos a encontrarnos, que quizá no haya una razón real para que lo hagamos. Tal vez, alcanzado ese punto, no seamos más que desconocidos que creen conocerse, fantasmas en la vida del otro, recuerdos que quizá se hayan diluido ya en la amalgama de experiencias que compone nuestras vidas. Y no dejo de sentir lástima. Porque no quiero que Édgar se convierta en eso para mí. En

un recuerdo. En algo que ocurrió y que tan solo evocas como una anécdota agridulce.

Pero ¿qué más puedo hacer?

Gritar.

Eso es lo que hago.

Grito aferrado a la baranda, como lo hacía cuando era pequeño y mi padre me traía aquí arriba. Mi voz, que ni siquiera es tal cosa, suena distinta a lo habitual. Y me pregunto si aquí, donde el sonido es diferente a la fuerza, llegará mi voz a ese otro lugar que alguna vez habité, si arañará los corazones de quienes aún se aferran a esa otra tierra.

Es absurdo pensar que lo hará.

Muy despacio, cierro los ojos y apoyo la mejilla sobre la baranda, por encima de mis brazos cruzados. Incluso entonces, las lágrimas encuentran la forma de escapar de la prisión de los párpados.

El teléfono me suena en el bolsillo y me da un vuelco el corazón. Por un instante, me digo a mí mismo que es Édgar, que ha logrado escuchar mis ruegos al otro lado de la existencia. Luego recuerdo que tal cosa no es posible. No solo porque esa historia huele a sueño sin fundamento, sino porque el que llevo encima ni siquiera es mi teléfono. Al mío tienen que cambiarle la tarjeta. El que tengo es el de mi madre. Uno de ellos, en realidad, porque tiene dos. Una antigualla que usa para el trabajo, de esos que aún tienen teclas con números y se les abre la pantalla. Lo saco del bolsillo y reconozco su número nuevo en el identificador de llamada.

—Dime, mamá.

—¿Estás bien? —Suena aterrada. Como si estuviese al borde del pánico. Como si estuviese llorando.

—¿Qué? Claro.

—Es que te he mandado mensajes y no has respondido y…

—Ah, perdona. Aquí no hay mucha cobertura, igual no me los ha notificado.

La oigo sorber por la nariz.

—No quiero perderte otra vez, Blas.

El corazón se me hace un nudo en el pecho.

—No vas a perderme, mamá.

—¿De verdad?

—De verdad.

Ella sorbe de nuevo.

—Ya mismo estoy en casa —le aseguro—. No sabía que era tan tarde.

—¿Te espero para la cena?

—Sí. Tardo media hora, como mucho.

Al colgar, suelto un suspiro que me vacía por dentro, me descongestiona las entrañas y me deja respirar de nuevo. La ciudad ya no parece la misma. Ahora sé que no lo es. Estoy preparado para subir al coche y volver hasta ella. Antes de eso, sin embargo, quiero dedicarle unas palabras a la noche. A la nada. A él.

—Existe la posibilidad de que ya nunca volvamos a vernos —recito en voz alta, acompañado por los grillos y por el escaso viento que mece las copas de los árboles—. Y es algo que tengo que aceptar. —Aprieto el puño y caen las lágrimas—. Lo más probable es que mi vida, de aquí en adelante, ya no te incluya a ti. Para cuando tú vengas a este lado, si es que vienes, quizá yo haya pasado página. Quizá tú también. Al fin y al cabo, como tú mismo dijiste una vez, tu palabra puede ser algo como «electroacústica», un término que no pronunciarás jamás a menos que lo busques a propósito. Por eso… —la garganta se me hace un nudo— esta va a ser mi despedida. Quiero darte las gracias por todo. Puede que no hayamos durado mucho —se me escapa una sonrisa que es todo llanto y tristeza—, pero no lo cambiaría por nada. Me hiciste ver de nuevo luz en el mundo. Como cuando era pequeño. Por eso, si me dieran la opción de revivirlo todo exactamente como fue o de no volver a hacerlo jamás, elegiría la primera opción sin dudarlo, aun conociendo el final que tendría nuestra historia. Porque más vale vivir dos años en libertad que veinte en una jaula. Y lo mío no han sido dos años, pero ha merecido la pena. Gracias, Eddie. Y adiós.

Incluso después de subir al coche, necesito aguardar cinco y diez minutos antes de que las lágrimas dejen de brotar. No *puedo* conducir así.

Cuando vuelvo a casa, pasados quince o veinte minutos de la media hora que le anticipé a mi madre, me siento exhausto y derrotado. Me digo a mí mismo que tengo que imponer cuanto antes una nueva rutina de ejercicio. Tan solo he salido un par de veces a correr en las dos semanas que llevo aquí; cosa lógica, por otra parte, teniendo en cuenta, no solo mi estado emocional, sino la cantidad de preparativos y experiencias que me ha tocado vivir en el nuevo mundo. Mi madre dice que no hace falta que empiece a trabajar hasta que me sienta preparado. No creo estarlo. Mas me figuro que puede venirme bien como distracción.

Saco mi propio manojo de llaves, el mismo que llevaba conmigo al desvanecerme, y entro en casa. Enseguida me asalta una voz que no es la de mi madre.

—Joder, Susana, es que llevábamos sin vernos…

—Ya lo sé, Jose —lo interrumpe mi madre—, ya lo… Espera. ¿Blas?

Aparezco en el salón apenas unos segundos después, aún con el manojo de llaves entre los dedos, por alguna razón que no alcanzo a comprender. Junto a mi madre hay un hombre de barba tupida y un poco más alto que ella. Apenas le queda pelo ya en la cabeza y, lo que hay, lo lleva rapado casi al cero.

—Hola, cariño —me saluda mi madre.

Yo no saludo. No abro la boca. Tan solo los miro a ambos por turnos, tratando de asimilar lo que ocurre frente a mis ojos.

—Este es tu niño, ¿no? —dice él, y extiende el brazo hacia mí, sonriente—. Soy Jose, encantado.

Retiro la mano. Es un acto reflejo. No puedo evitarlo.

Mi madre suspira.

—Jose, vete a casa —le pide—. Mañana por la mañana, sin falta, te llamo. De verdad.

El hombre nos mira a ambos por turnos. Poco puede ver ya de mí, pues he enterrado la vista en el suelo de mármol. El sonido de la puerta al cerrarse se alza tan solo unos segundos después. Por fin, levanto la mirada y me pregunto qué encontrará mi madre en mis ojos cuando los vea.

—¿Quién es? —formulo, a pesar de que la respuesta ha germinado ya en mi cabeza.

Mi madre suspira de nuevo y ocupa una plaza en el sofá.

—Ven, siéntate.

Le hago caso. De pronto, tengo frío. El tic tac del reloj me saca y mete en la realidad en intervalos periódicos.

—No quería que te enteraras así —dice—. Estaba esperando el momento oportuno, pero… —Otro suspiro—. Jose es, bueno, se podría decir que es mi pareja.

No me sorprende. Por eso no siento nada. Por eso tan solo acuso una ligera punzada en el pecho que se diluye con todo lo demás.

—Entiéndelo, cariño, llevo aquí casi cuatro años. Necesitaba a alguien. Estaba sola. Tenía que rehacer mi vida. Tu padre y tú no hablabais. Yo asumí…, asumí que nunca más volvería a veros.

Me molesta. No puedo evitarlo.

Pero la comprendo. Por eso soy incapaz de reprocharle nada.

—Lo conocí trabajando para el Ayuntamiento —continúa—. Es repartidor, como yo.

—¿Y si viene papá?

Mi madre se toma unos segundos para estrujarse las manos, una dentro de la otra.

—Cuando empezamos, Jose y yo hicimos un trato: si papá o su mujer venían a este lado, lo nuestro se terminaría.

Contemplo a mi madre de reojo.

Y me pregunto si sigue ahora tan segura de ese pacto como en el momento en que lo concibió.

47
ÉDGAR

Lo primero que pienso al verlo es que se trata de un hombre que lo ha perdido todo. Y no me falta razón. Tiene ojeras, juraría que arrugas nuevas y parece que haya envejecido diez años de golpe. Para colmo, ha vuelto a coger una muleta, a pesar de que llevaba ya más de un mes sin hacerlo.

—Gracias por dejarme entrar, Emilio.

—No hay de qué. Ahora mismo, tú eres lo más parecido que tengo a una familia.

Joder.

Se me empañan los ojos al oírlo.

—No sé si me lo merezco —me apresuro a decir.

—¿Por qué? ¿Porque la palabra de mi hijo fuiste tú? —Incluso la voz le suena rota, ronca y muerta—. En ese caso, todos seríamos culpables de algo. Yo, el primero. Si quisiera culparte, tendría que ignorar todo lo bueno. Y yo creo que, durante el tiempo que estuvisteis juntos, él fue más feliz que nunca. Se lo veía en la sonrisa cada vez que leía uno de tus mensajes.

Intenta sonreír, pero no puede.

Yo intento no llorar; tampoco lo consigo. Solo son un par de lágrimas, eso sí. Me las seco con los dedos y respiro hondo para evitar que salgan más.

—¿Cuándo va a ser el funeral? —pregunto, ya enfilando el pasillo hacia el salón.

—No va a haber funeral.

—Ah.

Emilio se detiene junto al reloj de pie. Ojalá hubiese venido a esta casa lo suficiente como para acostumbrarme a su sonido. Me faltaron días. Me faltaron semanas. Me faltó una puta vida entera.

—¿Para qué celebrarlo? —añade—. ¿Sabes la cantidad de papeleo que hay que hacer para…? Para nada. Ya ha pasado casi un mes.

—Sí. Yo no me acuerdo, pero mi hermano siempre se queja del coñazo que fue conseguir que a mi padre lo registraran como desvanecido. Tardamos meses en poder celebrar el funeral. Y eso que, cuando él se fue, ya ni siquiera daban las ayudas esas de los primeros años. Es todo una…

Me detengo al reparar en lo que hay sobre la mesa del sofá. Supongo que Emilio se da cuenta también, pues no tarda en buscar aclarar la situación:

—No es… —farfulla—. No es lo que tú crees.

Un diccionario.

Eso es lo que hay sobre la mesa.

—No hagas ninguna tontería, Emilio —le advierto, presa de una ternura y una nostalgia que no sé muy bien de dónde salen.

—No, no. Qué va.

Pero no me convence. Ni a mí ni a sí mismo. Aun así, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir? No creo que yo ostente ningún derecho. Lo único que se me ocurre es sacar la cartera y entregarle una de las tarjetas de Más Que Voces.

—Ven un día, si puedes —le pido—. Lunes y jueves. La dirección que aparece es antigua, ya no nos reunimos allí. Si vas a venir, escríbeme al móvil o llámame. Vengo a recogerte si hace falta, Emilio.

Él asiente con la cabeza.

—Sí, vale. Lo pensaré.

Y yo sé que no lo hará, que este padre ya ha decidido, no una, sino tal vez muchas cosas. ¿Y sabéis lo peor? Que prefiero que no acuda a las reuniones. Esto sonará egoísta, pero verlo por allí será un constante recuerdo de que Blas ya no está. Si es así, lo que he venido a hacer a esta casa no tendría ningún sentido.

Seguimos hasta la habitación de Blas y, nada más verla, los ojos se me cubren de lágrimas. Aún puedo sentir parte de su olor aquí dentro. Todo está como él lo dejó: las sábanas, desechas; el portátil, enchufado a la corriente y con la pantalla levantada. Veo sus

deportivas junto a la cama y el libro que estaba leyendo sobre la mesita de noche. La Nintendo DS sigue sobre la cómoda. Recuerdo la competición que tuvimos para ver quién terminaba antes el Pokémon Blanco. Gané yo, pero la cosa acabó extendiéndose a quién conseguía capturar antes a todos los bichos que dan nombre al juego. Esa parte de la disputa quedó inconclusa. Ahora ya nunca se resolverá.

—Pues aquí está —anuncia Emilio, con una carga emocional que no le cabe en el cuerpo—. No he tocado nada desde que…, eso. ¿Qué querías ver?

—No lo sé —admito—. Nada en particular. Quería venir una última vez antes de…

—¿Antes de qué? —dice él, mirándome con ojillos de animal curioso—. ¿Antes de pasar página?

Siento una punzada en el pecho.

—Lo siento, Emilio.

—No lo sientas, hijo. Tienes veintidós años, es normal que quieras rehacer tu vida.

—Veintitrés.

—¿Cómo?

—Tengo veintitrés. Los cumplí el quince de junio.

—Ah. Felicidades con retraso.

—¿Te importa que mire en los armarios y eso?

El hombre niega con la cabeza.

—Lo que quieras, Ed. A él ya no le va a importar.

Haciendo acopio de valor, me acerco al escritorio y abro el primer cajón. El movimiento despierta el portátil, que no estaba apagado, solo suspendido. No hay pantalla de bloqueo. Por eso salta directamente un documento de texto encabezado por las palabras «Capítulo tercero». No me hace falta ver más para saber lo que es. La novela que había empezado a escribir, animado por mí. La del chico que vivía en una jaula y con una venda en los ojos, antes de ser rescatado por otro y ver la luz por primera vez. La que estaba basada en nosotros. La que tenía que acabar bien. Me tienta leerlo, claro que sí, pero sé que eso hará la herida aún más grande. Demasiado grande. Puede que la infecte y ya nunca llegue a

curarse. Por eso, con cuidado, bajo la pantalla del ordenador y lo pongo de vuelta a dormir.

Me centro entonces en el primer cajón, lleno de bolígrafos, cuadernos y hasta una grapadora. También hay un cronómetro, un metro y una serie de fotos tamaño carné metidas en una pequeña funda negra. Deben de tener al menos dos o tres años. Sale guapísimo, pero también más aniñado. Puede que sean de cuando entró a la universidad.

Empiezo a sentirme mal por estar rebuscando entre sus cosas. No sé si esto tiene algún sentido. No sé si esto me ayudará de verdad a hacer borrón y cuenta nueva. Aun así, cierro el primer cajón y abro el segundo. Este está lleno de cables. También se ve un ratón de ordenador que parece tirando a viejo. Por encima de todo, sin embargo, asoma un pedazo de papel con una palabra escrita.

«Aterrador».

—¿Qué es esto? —le pregunto a Emilio, mostrándole mi hallazgo.

Él estrecha los ojos y se acerca a mí para verlo mejor.

—No lo sé —responde—. No, espera, sí que lo sé. Madre mía, tiene que ser antiquísimo.

—¿Qué es? —insisto.

—Hace ya muchos muchos años, Blas soñó con esa palabra. Soñó que era su palabra. La escribió en un papel para recordarla. Por si acaso.

Con el trozo de papel en la mano, me da por sonreír. En plan sarcástico. En plan qué puta es la vida. Que escribas la que podría ser tu palabra en la hoja de un cuaderno y la guardes ahí durante años, solo para que la auténtica termine siendo el mote de tu novio.

No me digáis que no es absurdo.

Acaricio los trazos del papel con cuidado, como si fuera lo único que aún me conecta con su dueño.

—Aterrador…

48
BLAS

Aún hay luz cuando vuelvo a casa del entrenamiento.

El parque en el que solía correr sigue justo como yo lo recuerdo. Nadie se ha preocupado de podar los arbustos y el conjunto entero parece más una selva que una atracción para los hombres, pero todo sigue en su sitio. Los viejos aparatos de gimnasia, los árboles, los senderos de tierra. Su imagen es algo más espeluznante. Desoladora, tal vez. Acaso porque apenas me encuentro a gente allí o en las inmediaciones, mientras voy o mientras vengo. Las calles ya no bullen como antes. Y nunca pensé que llegaría a echar de menos algo así.

A pesar de que han sido solo cuatro semanas, siento que ya he perdido parte de la forma. Y me fastidia. Supongo que eso es bueno. Sentir algo. Preocuparme de nuevo por mi estado físico, cuando todo lo que tenía en la cabeza eran sombras y tinieblas y las perspectivas de un futuro carente de sentido.

Nada más llegar a casa y enfilar el pasillo, mi madre sale a recibirme al salón. La noto tensa. Eso me preocupa. Intenta componer una sonrisa, mas lo que queda es extraño.

No me gusta.

—¿Pasa algo? —quiero saber, manteniendo a duras penas la entereza.

—¿Podemos hablar un momento?

La pregunta me produce náuseas. Hace alrededor de una semana que descubrí que mi madre se veía con un hombre que no es mi padre y, por más que le recuerde a la razón que la mujer que me dio la vida hizo lo correcto, una parte de mí no termina de aceptarlo. Me figuro que es algo que solo el tiempo logrará limar. Sin embargo, me preocupa que la revelación que ahora me aguarda sea

aún peor que esa, que transforme esta realidad en una suerte de pesadilla irrenunciable.

—¿Qué? —pregunto, buscando la suavidad y hallando aspereza en el camino.

—Sé que últimamente las cosas han estado raras. Por lo de Jose. Y sé que va a llevarte tiempo asimilarlo o ponerte en mi lugar.

—Ya me he puesto en tu lugar, mamá —le aseguro—. Yo habría hecho lo mismo. Lo que pasa es que, no sé, tardaré en verlo como algo normal.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Lo entiendo —dice—. Para compensarte, te he preparado una sorpresa. Muy pequeñita, no te hagas ilusiones. Pero creo que te gustará. Necesito que te quedes ahí de pie, justo donde estás, y cierres los ojos hasta que yo te avise.

—¿Por qué? —pregunto, el corazón acelerándose por su cuenta y riesgo.

—Hazlo. Va a ser solo un momento. Es algo que me enseñaron cuando yo vine aquí y me ha funcionado muchas veces.

Aunque un tanto a regañadientes, acabo cerrando los ojos. De pronto, todo lo que percibo es el sonido de mi respiración, jadeante por el ejercicio, y el olor a sudor que me envuelve de los pies a la cabeza.

Y espero.

Solo espero.

Aquí, en la oscuridad de los párpados.

Al cabo de unos segundos, siento el abrazo de mi madre por la espalda. Es distinto a las otras veces; no emplea la misma fuerza ni aprieta en los mismos sitios. Pero supongo que esto es justo lo que necesitaba, porque mis ojos estallan en lágrimas nada más sentirla a ella.

—¿Qué te parece? —pregunta mi madre.

Y eso hace que todo mi cuerpo se tense. No por lo que ha dicho, sino por cómo lo ha dicho. Por la distancia desde la cual lo ha dicho. Porque su voz no ha sonado detrás de mí, sino enfrente, a varios metros de distancia.

Pero si no es mi madre la que me está abrazando, entonces…

Entonces…

Todos mis músculos se ponen a temblar. Me deshago del abrazo con un giro más brusco de lo que me gustaría y, cuando al fin veo a la persona que tengo detrás, el corazón me da un vuelco y se derrama a lo largo y ancho de mi cuerpo.

49
ÉDGAR

Está llorando.

Claro que está llorando.

Joder, estoy llorando hasta yo.

Me da que no se cree lo que ven sus ojos. ¿Puedo culparlo? No dejo de repetirme que esto es un sueño. El problema es que sé distinguir bastante bien los sueños de la realidad. Aunque, más que un problema, eso es una bendición.

Porque sé que no voy a despertar.

—¿No me vas a saludar? —suelto, después de aclararme la garganta. Y no sé cómo lo hago para que la voz no se me vaya a la mierda en el proceso.

Él se ríe.

O sonríe.

Yo qué sé.

El caso es que no me saluda, no. Al menos, no con palabras. Lo que hace es abalanzarse sobre mí y yo lo atrapo entre mis brazos. Tiene gracia. Vale que yo siempre he sido más alto que él, pero hoy me parece más pequeño que de costumbre. Apesta a sudor y la verdad es que me la suda. Anda, ¡nunca mejor dicho! Necesito sentir su cuerpo contra el mío, deslizar mis dedos sobre su camiseta, sobre su espalda y sobre la nuca. Es probable que le esté dejando todos los mocos en el cuello de tanto llorar, pero ¿qué se le va a hacer? Tendrá que aguantarse. Estoy seguro de que yo también me estoy comiendo los suyos ahora mismo, aunque no sea de manera literal.

Al separarnos al fin, lo mismo dos o cinco minutos después, parece que sus labios intenten decir algo. Como no lo consiguen, los pongo a trabajar apretando los míos contra los suyos. No hay lengua. No hay nada. No es un beso de «quiero follarte contra la

pared»; es un beso de «no voy a dejarte escapar en todos los días que me quedan de vida», que espero que sean muchos.

—*Bro*, deja de llorar —le pido al separarnos. Y se me escapa la risa. Por la ternura. Por lo entrañable. Le seco los dedos con las lágrimas. O sea, al revés. ¡Yo qué sé! Estoy nervioso.

—¿Qué haces aquí? —dice.

—¿Ahora mismo? Secarte las lágrimas.

Él suelta una carcajada.

—Idiota —pronuncia, y atrapa mis manos con las suyas.

—Resulta que estaba en tu casa —comienzo—. En la del otro lado, claro. —Señalo con la cabeza como si esa otra realidad estuviese en algún sitio concreto. Aún estoy intentando que esa información no me folle la mente, ¿vale?—. Fui allí a, yo qué sé, a intentar pasar página. Y esto va a sonar un poco feo, pero miré en tus cajones.

—¿Qué? —cuestiona Blas. Se le vuelve a escapar la risa que adoro y, joder, cómo la he echado de menos.

—Tu padre me dio permiso, ¿eh? —me defiendo—. La cosa es que encontré un trozo de papel con la palabra «aterrador» escrita en él y, al leerla en voz alta, bum. A tomar por culo.

Su rostro emblanquece de repente. Retira las manos y hasta retrocede un par de pasos.

—¿Tu palabra era «aterrador»? —pregunta.

—Sip. Soñaste con mi palabra hace años, Blasito. Si eso no es el destino, no sé qué es.

Los labios le tiemblan.

Niega con la cabeza, no una, sino varias veces.

—Lo siento, Eddie. Lo siento mucho. Si no hubiese apuntado la palabra, tú…

—Yo no estaría aquí ahora —termino por él—. Así que gracias. —Lo siguiente se lo digo al oído, después de abrazarlo con fuerza otra vez—. Porque necesitaba verte de nuevo.

—Pero no puedes volver allí —explica él, la voz rota.

—Ya. Me lo ha explicado tu madre. —Podría separarme de él, pero me gusta sentirlo cerca y esto de susurrarle al oído tiene su punto—. De repente, al leer la palabra, todo se ha vuelto borroso y,

después, ya no estaba con Emilio. Era la misma casa, pero tu padre había desaparecido. Me he encontrado a esta mujer (que es tu madre, por cierto, por si no lo sabías) y después de decirle quién era yo, me lo ha contado todo.

—¿Qué pasa con Rocío, con tus hermanos y…? —El corazón le late tan fuerte que puedo sentirlo como si fuese el mío.

—Me da pena. Mucha. Y supongo que todavía no lo he asimilado del todo. Sé que me va a tocar superar el duelo. Pero estarán bien. Rocío tiene a Diego y a todos los del grupo. Mis hermanos se tienen el uno al otro. Les… —Carraspeo un par de veces—. Les costará, al principio, pero seguro que lo superan. Sé que lo harán.

—¿Y tú? ¿Estarás bien sin ellos?

Sonrío.

Lo atraparía de nuevo entre mis brazos, si no lo tuviera ya como rehén. No pienso dejarlo escapar.

—Claro que estaré bien, aunque me cueste. Tengo lo que más quiero.

Él me aprieta la camiseta por detrás.

—¿Lo qué más quieres? —dice—. ¿O lo que más odias?

Hago como que me lo pienso.

—¿No pueden ser las dos?

50
BLAS

Aún no me puedo creer que esté aquí. Dedico el resto del día a perseguirlo por la casa, a abrazarlo por la espalda y a robarle besos en los labios o en el cuello. Igual hasta se acaba hartando de mí, pero no me importa. Él también me busca. Tira de mis piernas cuando estoy tumbado en el sofá, me pide que sonría para verme las paletas, ya sin ningún pudor, y me atrapa entre sus brazos cada vez que puede. Nos pasamos la tarde entera metidos en casa: Édgar, mi madre y yo. Aunque mi madre es una mera espectadora de nuestro amor. Casi siento lástima por ella, por tener que soportarnos tantas horas seguidas.

Cuando se acerca el momento, nos atrincheramos los tres en la cocina para preparar una cena que sería un festín aunque se compusiera de piedras y asfalto. Porque la compañía no podría ser más perfecta.

—¿Vamos a hacer pasta? ¿Con tomate frito? —pregunta Édgar, al ver a mi madre sacar la lata de la nevera. No tarda en lanzarme una mirada tan inquisitiva como ladina—. ¿Vas a saltarte la dieta para celebrar mi llegada?

Sonrío con palpable incomodidad.

También siento un escalofrío por dentro.

—¿Qué dieta? —pregunta mi madre, sonriendo de ese modo que también es preocupación.

—¿No lo sabe? —suelta Édgar, señalándola con el dedo.

Mi madre nos mira a ambos por turnos.

—A ver, mamá —comienzo—, técnicamente, hace ya varios años que sigo una dieta bastante estricta, por lo que te conté del atletismo y tal. Por lo general, no como nada que sea frito. Y tampoco abuso de la pasta.

Mi madre pone cara de horror al escucharme.

—¿Por qué no me lo has dicho? —exhala.

—No sé, ya teníamos bastantes cosas en las que pensar y me estabas haciendo la cena y la comida. Me parecía de ser desagradecido quejarme, así que pensaba: «Ya se lo diré, ya se lo diré». Y cada vez era más difícil hacerlo.

Ella suspira y empuja la lata de tomate contra la encimera.

—Por Dios, Blas, habérmelo dicho. Llevo casi un mes perjudicándote.

—Perjudicarme es lo último que has hecho, mamá. En serio, está bien.

—Claro que está bien —añade Édgar, posando la mano sobre mi hombro, supongo que para aliviar un poco la tensión del ambiente—. Un par de semanas a dieta estricta de chupar astillas y se le pasa.

Mi madre acaba cediendo; al menos, es lo que me cuenta su sonrisa.

—¿Te hago otra cosa? —se ofrece.

—No hace falta. Ya empiezo la dieta mañana.

—Dejaré preparadas las astillas, entonces.

Y todos rompemos a reír.

Apenas media hora más tarde, estamos los tres reunidos en la salita: la habitación pequeña que conecta con el salón y que lleva haciendo las veces de comedor desde que tengo memoria. Nos acompañan sendos platos de espaguetis con tomate y queso rallado por encima, humeando como si fuesen volcanes en plena erupción. La bombilla titila. Fuera está oscuro y la ciudad duerme porque apenas hay quienes la mantengan despierta. Aun así, no existe otro lugar en el mundo en que quisiera estar en estos momentos.

Édgar es el primero que se lanza y debe de tener unas papilas gustativas de acero, pues la cena tiene que estar ardiendo.

—Dios, qué buenos están los espaguetis de Susan. O sea, los hemos hecho entre todos, vale, pero siguiendo *su* receta.

No puedo evitar reír al oírlo.

—¿Qué? —dice, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—Me hace gracia que la llames Susan. Nadie la llama así.

—Pues ella me ha dicho que puedo hacerlo.

—Es verdad —confirma la afectada, mientras sopla a los espaguetis que ha pinchado con el tenedor.

—A mi madre la llamas Susan; a mi padre, Emilio…

—*Bro*, ¿cómo quieres que los llame? ¿La llamo «suegra»? Suena como el culo.

—Uy, ni se te ocurra —le advierte mi madre, ya no tan animada como antes. Sospecho que evocar el nombre de mi padre ha logrado que, por un instante, él vuelva con nosotros; aunque no de la manera en que querríamos tenerlo a nuestro lado.

—Hablando de padres —comenta Édgar, mientras remueve su plato con el tenedor—. Me… gustaría buscar al mío. ¿Eso es posible? O sea, si no se hubiera quedado a vivir en nuestra casa, como has hecho tú, ¿habría alguna forma de encontrarlo?

Mi madre mastica con cuidado antes de responder:

—A lo mejor sí. En el Ayuntamiento crearon un registro justo para estos casos. Para que la gente se encuentre al venir aquí.

—¿En serio? —pregunta Édgar, los ojos llenos de esperanza.

—Sí. No todo el mundo se inscribe, pero la gente que tiene familia y amigos suele hacerlo, así que hay posibilidades.

—Espero que no la haya palmado.

—Joder, Eddie —reacciono, a punto de atragantarme con la salsa.

—¿Qué? ¡Intento ponerme en lo peor! Por cierto, ¿tú has podido encontrar a tu amiga? Se llamaba Teresa, ¿no? La que se desvaneció en el instituto.

Niego con la cabeza.

—No —pronuncio en voz alta—. No aparece en el registro. Ya hemos mirado.

—Yo también indagué al llegar —añade mi madre—, aunque reconozco que no muy a fondo.

—Pero eso no significa que no esté —apunta Édgar.

—No —confirma ella—. De hecho, tiene que estar. La única razón por la que no, sería que hubiera, bueno, lo que tú has dicho antes.

—Que la hubiera palmado —concluye él, el tenedor a punto de entrar en su boca.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Y no es habitual que una persona joven muera —añade.

—Seguro que está en algún sitio —afirma Édgar, mirándome a mí. Supongo que intenta darme esperanzas.

—Mañana mismo buscamos a tu padre —conviene mi madre—. Es domingo, pero seguro que habrá alguien en el ayuntamiento que pueda consultar los registros.

51
ÉDGAR

Al día siguiente, el desayuno viene acompañado de una buena noticia. Susan se planta frente a mí en la mesa diminuta de la cocina con una sonrisa que no le cabe ni en la cara.

—He localizado a tu padre.

Casi doy un bote al escucharla.

—No jodas.

—Sí jodo. No vive en tu casa. Ya he pasado la dirección al móvil de Blas. Me tienes que dar el tuyo, por cierto. Hace falta cambiarle la SIM y un reinicio de fábrica para que funcione.

Acabo suspirando y llevándome las manos a la cabeza.

—Demasiada información —protesto—. Vamos por partes.

Y la primera de esas partes es ir al baño. Porque la noticia me descompone el estómago y tengo que sentarme en el váter antes siquiera de probar mi tostada. Dios santo, yo creo que hacía años que no me pasaba esta mierda. ¡Y nunca mejor dicho!

En menos de media hora estamos Blas y yo vestidos, duchados (juntos) y preparados para salir. Por lo visto, las aplicaciones de GPS funcionan solo a medias (no sé qué de mapas o versiones poco actualizadas), así que no nos podemos fiar del todo de sus indicaciones. Pero, eh, igual tenemos suerte y no nos llevan a lanzarnos contra un tabique de ladrillo. Blas se encarga de conducir, cosa que agradezco, porque estoy un poco (bastante) nervioso. Acostumbrado al Peugeot de siempre, me cuesta hacerme al Ford Fiesta, aunque resulta que no está tan mal pasado un rato. Por el camino, no dejo de mirar por la ventana.

En general, me lo imaginaba peor. Este lado del mundo, me refiero. Vale que me encuentro algún escaparate roto, pero son los menos. Pensaba que la delincuencia estaría a la orden del día. La mayor parte de la ciudad luce limpia e intacta. Solitaria, eso sí. No se

ve a mucha gente y, cuando te encuentras a alguien, la peña te saluda aunque vayas subido a un coche. No es como en el otro lado, que casi parece que hayamos hecho un pacto todos con todos para no interferir en la vida del resto a menos que sea estrictamente necesario.

Casi no hay tráfico, por cierto, y, aun así, los semáforos funcionan.

—Eh, Blasito, ¿sabes por qué esta realidad es mil veces mejor que la otra?

Blas me observa un momento de reojo antes de centrarse de nuevo en la carretera.

—¿Porque yo estoy en ella? —dice, con una sonrisa de pícaro en los labios.

—No. O sea, eso también. Pero ¿sabes cuál es la segunda mejor razón?

—¿Que yo sigo estando en ella?

Me descojono.

—Para —le advierto.

—¿Cuál es la *tercera* mejor razón?

Tengo que sonreír a la fuerza. Aprovechando que se ha parado en un semáforo, le hago cosquillas en la zona de la cintura y él se dobla a la mínima. Ya sé que lleva las de perder cuando se trata de esto. Al detenerme, aún sonríe y le veo las putas paletas de nuevo. Total, ya no es un secreto que me gustan. ¿Qué más da?

—Venga, ¿cuál es la razón? —pregunta, antes de pisar de nuevo el acelerador.

—Que seguro que aquí no existe el TopeBurger.

La carcajada de Blas es tan intensa y tan larga que me hace la persona más feliz del universo. Me da igual que alguien venga a rebatirme; el más feliz de todos soy yo. ¡Y punto! Que se jodan los demás. Tendrán que conformarse con la plata.

—¿Cómo sabes que no existe? —dice.

—Joder, no creo que ese sitio estuviera ya construido hace veinte años, cuando lo del desdoblamiento ese.

—¿Y si ya estaba ahí entonces?

—¿Vamos a mirar? —se me ocurre.

—¿Qué? —cuestiona él, componiendo una mueca.

—Nos pilla de camino.

—No nos pilla de camino.

—Casi de camino. En serio, vamos a ver.

Blas se me queda mirando con el ceño fruncido.

No está convencido.

Yo qué sé.

El caso es que accede.

Y tardamos menos de diez minutos en llegar.

—Dios, no me lo puedo creer —expreso.

—Te lo he dicho —me recuerda Blas.

—¿Cómo es posible?

—¿Ya no es esta la mejor realidad? —recalca, con un retintín que me enciende en el mejor de los sentidos. Si es que mira cómo agarra el volante con una mano, el muy cabrón. Está pidiendo a gritos que me tire encima de él.

—Lo sigue siendo porque tú vives en ella. Pero por poco.

Joder, ¿cómo puede estar ahí el TopeBurger? Vale que el letrero es distinto, mucho más sobrio, y por dentro es muy diferente a como lo era cuando fuimos Blas y yo (supongo que, en nuestra realidad, lo reformarían en algún momento), pero es el mismo puto sitio. Abandonado, eso sí. No dejo de mirar por la ventana, pensando en cómo un lugar tan repugnante ha podido sustentarse durante veinte años en el otro lado del mundo.

—Eddie. —Su voz suena seria.

—¿Qué? —pregunto, apartando la vista de la ventana para mirarlo a él.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque en lugar de estar en casa de tu padre, estamos aquí comprobando si el TopeBurger existe en esta realidad. Sin duda era una de las cuestiones que me quitaban el sueño por las noches —añade, sarcástico—, pero creo que no era una prioridad.

Araño la ventana con el dedo, perdido de nuevo en ella.

Respiro hondo antes de abrir la boca.

—Me da miedo, ¿vale?

—¿El qué?

—Pues, yo qué sé, llegar y descubrir que ha rehecho su vida, que ahora tiene otra mujer y nuevos hijos. O que me ha olvidado y ya no quiere saber nada de mí. Joder, Blasito, han pasado ocho años desde que se piró. Eso es mucho tiempo. Y ni siquiera se ha quedado a vivir en nuestra casa, como hizo tu madre. Igual eso significa algo.

—Sigues siendo su hijo.

—¿Y qué? —exhalo, concentrado en el cristal y en la absurda imagen de un TopeBurger que ya no sirve a nadie—. Puede que hasta me odie por lo que pasó. Porque fui yo el que hizo que pronunciara su palabra.

—No te odia.

—¿Cómo lo sabes? —Al fin, me vuelvo para mirarlo a la cara.

—Yo no te odio a ti y tú fuiste mi palabra.

—Ya, pero tú eres muy de sucumbir a mis encantos.

Suelta una carcajada.

Coloca su mano sobre la mía.

—Todo va a ir bien, Eddie.

—¿De verdad?

—De verdad.

Suspiro.

Me inflo el pecho de aire.

—Tira para casa de mi padre, anda.

Blas sonríe y no tarda en poner el coche en marcha.

El GPS nos guía con bastante acierto por la ciudad, exceptuando un par de sentidos de las calles, aunque todo está tan vacío que da un poco igual que nos hayamos metido dos veces en dirección prohibida. Cuando Blas aparca por fin frente al portal, tengo la barriga que podría meterme otra vez en el baño.

—¿Preparado? —me pregunta. Por Dios, que alguien le diga que suelte ya el volante y que deje de mirarme como un chulo de playa. Funciona, sí, pero que deje de hacerlo.

—No, pero habrá que ir de todas formas.

—¿Quieres que espere en el coche o…?

—¿Estás de coña? —lo interrumpo—. Tú te vienes conmigo.

Sonríe.

Salimos del Ford Fiesta y atravesamos la verja metálica, abierta de par en par. La entrada al edificio se encuentra al otro lado de un corto sendero de ladrillo. Nuestro destino es el segundo B, y es justo ahí donde nos plantamos tras una rápida carrera por las escaleras.

—Llama tú —le pido.

Y llama él.

El timbre suena como si algo se rompiera en mil millones de pedazos, pero supongo que cumple con su función de advertir de las visitas. Como para que no te des cuenta de que suena, vamos. Primero se oyen pasos. Dios, me voy a cagar encima. Luego se abre la puerta. Frente a mí aparece un hombre al que supero por poco en estatura, ojos de un castaño muy claro y abundante pelo negro. Apenas tiene barba, aunque debe de llevar un par de días sin afeitarse. Los dos nos miramos fijamente durante diez largos segundos antes de que él se eche a reír.

—Lo sabía —dice, con su voz grave de siempre—. Sabía que tú ibas a ser el primero. Cago en Dios, si no te callas ni debajo del agua.

—Yo también me alegro de verte, ¿eh, papá?

—Ven aquí.

Con solo uno de sus corpulentos brazos, me atrae hacia él y me aprieta contra su cuerpo. Creo que ha ganado algo de peso desde que se desvaneció. Me alegra que me haya reconocido después de ocho años. Que no me haya confundido con Enzo. O con Irene.

Vale, eso último es una gilipollez, pero estoy nervioso.

—Pasad, anda, pasad. ¿Habéis visto mi pisito de soltero?

—Mola. —Lo digo por decir. Tampoco es que haya mucho que ver. Es un estudio tirando a pequeño en el que se adivina un dormitorio y un baño al final.

—Me lo dieron porque sí. Bueno, por trabajar. Me lo ofrecieron porque aquí vive más gente. Y, joder, se agradece que este sitio no esté muerto.

—En el nuestro solo vive un señor en el primero, pero no lo vemos mucho —interviene Blas—. Es bastante deprimente.

—¿Verdad? —confirma mi padre—. Aquí tenemos uno libre en el tercero y otro en el cuarto, por si os hace.

—Este es Blas, por cierto —lo presento. Ambos se dan la mano.

—Encantado, Blas. Yo soy Eduardo. Y te advierto que lo de Edu no va mucho conmigo.

Mi niño me observa de reojo y me pregunto si se habrá dado cuenta del detalle.

—En mi familia, todos los hombres tenemos nombres que empiezan por la letra E —aclaro—. Cosas de mi abuelo.

Mi padre suelta una carcajada grave de las suyas.

—Cosas de tu abuelo, sí —confirma—. Sentaos. ¿Queréis beber algo?

—No —rechaza Blas.

Sin llegar a sentarme, y como quiero sacarme esto de encima cuanto antes, me fuerzo a mí mismo a escupir unas palabras que sé que van a doler.

—Primero que nada, papá, lo siento.

El hombre parece confundido.

—¿Por qué lo sientes?

—Pues, por, ya sabes, la palabra.

—¿La palabra?

—Chinchilla —revelo, de mala gana—. La pronunciaste por mi culpa.

Mi padre se me queda mirando y yo siento que estoy jugando a la lotería, esperando a que salga la bola que me condene o me salve.

—Tú eres tonto, Édgar.

—¿Qué?

—Que eres tonto. Con todas las letras. ¿De verdad crees que yo te culpo a ti por eso? Cago en Dios, si yo sé que el que de verdad quería la chinchilla era tu hermano, a ver si te crees que los padres somos idiotas. Y ni siquiera lo culpo a él. Pasó lo que pasó, y punto. Ya está. Si nos ponemos así, todos tendríamos la culpa del desvanecimiento de alguien.

—Ya, pero…

Mi padre exhala un profundo suspiro y me abraza de nuevo. Yo me aferro a su camiseta y hago lo posible por ocultar las lágrimas.

—En serio, sentaos, venga.

Mi padre toma asiento en un sillón de orejas que hay junto a una lámpara de pie; Blas y yo ocupamos el sofá.

—Y hablando de Enzo, ¿cómo están? Todos. Tu madre y tus hermanos.

Este era uno de los momentos en los que pensaba al venir aquí.

Trago saliva antes de responder.

—Mamá murió.

Su mirada se ensombrece. Juraría que la posición de sus hombros decae una pizca. Parece que esté masticando algo entre los dientes; lo único que habrá ahí dentro, sin embargo, será la pena y la melancolía.

—¿Qué pasó? —dice.

—No superó que te fueras. Se volvió…, yo qué sé, paranoica. No estaba bien. Se tomó un bote de pastillas.

Mi padre juguetea con el reposabrazos del sillón, como si no me estuviera prestando atención. Aunque yo sé que sí lo hace.

—La verdad es que no me sorprende. Tu madre no estaba bien, incluso antes de desaparecer yo. Fui con ella un par de veces al psiquiatra. A vosotros no os dijimos nada para no preocuparos. —Respira fuerte y juraría que se le empañan los ojos. Juraría, incluso, que le cuesta sacarse la voz del cuerpo—. En fin, espero que Enzo e Irene estén bien. Al desvanecerme, intenté quedarme en nuestra casa. De verdad que sí. Pero eran demasiados recuerdos. No aguanté mucho.

—Ellos están bien —respondo, tratando de ignorar todo lo demás.

—Me alegro. Temía por Irene.

—Todos —admito—. Pero resulta que es mucho más fuerte de lo que creíamos. El otro día le montó una bronca a Enzo por, bueno, por cosas.

Prefiero no entrar en más detalles, teniendo en cuenta que ya hemos zanjado el asunto de la chinchilla.

De paso, descubro que estoy llorando.

Porque supongo que los echo de menos más de lo que quiero admitir. A mis hermanos. Son lágrimas silenciosas. De las que no dejan llanto ni se te comen la voz. Supongo que puedo aceptarlo. Aun así, me las seco con la manga de la camiseta.

—Esa es mi Irene —se jacta mi padre, orgulloso.

—Ella seguro que no se deja ver por aquí. No habla.

Él sonríe.

—La vida da muchas vueltas, Édgar. Tantas…

—… que te mareas —culminamos a la vez.

—Echaba de menos tu frase —reconozco.

—Y yo te he echado de menos a ti. —Me sorprende que lo exprese sin tapujos ni movidas de ese palo, teniendo en cuenta que mi padre nunca ha sido de abrirse a los sentimientos—. Han pasado ocho años, espero que ya estés titulado y casado.

Suelto el aire en plan sarcástico.

—Titulado, sí, si te refieres a la ESO. Casado espero estarlo algún día, con este señor de aquí —señalo a Blas con la cabeza.

Mi padre asiente.

—Se le ve un buen señor, sin duda —admite.

—En realidad, es más bien un chico.

—Sí, se le ve más pinta de chico que de señor.

Los tres reímos casi al mismo tiempo.

Y a mí se me saltan otra vez las lágrimas, no porque eche de menos a Enzo o a Irene o a Rocío o a Jacinta, sino por lo mucho que he extrañado a mi padre. No recordaba la falta que me hacía. Me encanta que, años después, su sentido del humor siga intacto.

—¿Y tú, papá? ¿Tienes a alguien?

—Qué va. Es mi pisito de soltero, ya te lo he dicho. He tenido mis cosillas, no lo voy a negar; bueno, una cosilla, pero no llegó muy lejos. Ahora me doy por satisfecho con pasarme las tardes jugando al dominó con los del bloque. Siempre llevo de pareja al vecino de abajo, que no veas cómo se parece al Arguiñano. Es que son clavados.

—El dominó es de viejos, papá.

—Tú sí que eres viejo. Veintidós años ya, madre mía.

—Veintitrés.

—Eso. Que no le dejas a tu anciano padre ni cometer un error.

—Me debes ocho regalos de cumpleaños.

—Ocho hostias te voy a dar.

Blas y yo soltamos la carcajada a la vez.

—¿Y tú, qué? ¿Te vienes a vivir a mi pisito de soltero? ¿O ya has dejado el nido para siempre?

Blas y yo nos miramos. La verdad, no es algo de lo que hayamos hablado. Aun así, me atrevo a tomar la iniciativa y a cogerlo de la mano.

—No. Ya me separé de él una vez y no pienso repetirlo.

Cuando contemplo el rostro de mi niño, la sonrisa que veo me confirma que he tomado la decisión correcta. Que está de acuerdo. Que él desea lo mismo que yo.

—Ay, el amor —canturrea mi padre, con tono exagerado—. Espero que al menos vengas a comer a casa los domingos.

—¿Solo los domingos? Pienso venir todos los días a por los táperes.

—¿Qué táperes ni qué niño muerto?

—Los táperes, papá. Tendrás que alimentar a tu hijo. Y que sean de cristal, ¿eh? Los de plástico tienen sustancias tóxicas que pasan a los alimentos y luego a nuestros cuerpos, o algo así —añado, buscando un aporte de Blas con la mirada.

—Es verdad —confirma él, sin dejar de sonreír.

—Acabas de llegar y ya me estoy arrepintiendo —bromea mi padre. O sea, ¡espero que sea broma!

En contra de todo pronóstico, pasamos la mañana jugando al dominó con mi padre y con su vecino, el que se parece al Arguiñano. No se parecen en nada, ya que estamos. Y no sé si tendría que sentirme orgulloso o avergonzado de que Blas y yo ganemos la primera partida por paliza. Gracias a él, claro. Joder. Mi novio es un hacha en un juego de viejos. ¿Cómo debería sentirme?

Al llegar la hora de comer, mi padre prepara el almuerzo. Seguro que ni adiviná is lo que es. Espaguetis con tomate. Genial. Se ve que, en este lado de la realidad, la pasta está de moda. Blas se niega a engullir tomate frito dos días seguidos, así que se come los suyos sin salsa. En serio, solos. Mi padre lo mira raro. Joder, hasta yo lo miro

raro. Pero es mi niño y lo quiero tal y como es, con sus rarezas y sus paletas separadas y sus dos pecas en una mitad de la cara y su cuerpazo de corredor y su…

En fin, se capta la idea.

Por la tarde, jugamos un puñado de partidas más en las que nuestro equipo y el de mi padre nos turnamos la victoria y, después, nos marchamos con la promesa de vernos pronto, a la que accedo siempre y cuando no haya más dominó de por medio.

Vuelvo al coche con una sensación de… ¿satisfacción? ¿Plenitud? Como si estuviese flotando en una nube. Como si todo fuera bien, incluso habiendo cosas que no van tan bien.

—Eddie.

La voz de Blas suena seria otra vez.

Lo cual me toca las narices.

Joder, las cosas van de puta madre, Blasito, ¿no puedes estarte quieto un rato?

—Dime.

Toma aire antes de hablar.

—Hay algo que quiero hacer y no te va a gustar.

—¿El qué? —pregunto, no sin antes chasquear la lengua—. Espero que no tenga que ver con el dominó.

Blas niega con la cabeza. La broma no le ha hecho gracia. Un motivo más para preocuparme.

—Quiero ir a Berlín —confiesa, sin mirarme a la cara ni dejar de tocar el volante.

—¿A Berlín? ¿Donde está el bicho ese? ¿Se te ha ido la olla o qué?

—Creo que nos trajo aquí para no estar solo. A todos. He visto ese sitio en vídeos, Eddie. Siento que está atrapado. Y yo sé lo que es estar ahí, hundido y creyendo que nada ni nadie puede ayudarte. Así estaba yo antes de conocerte. Antes de que me quitaras la venda.

—Blas.

—Mi palabra era Poe.

Su afirmación anula cualquier respuesta que yo pueda dar. Al fin se ha dignado a mirarme a los ojos y hay algo en los suyos que

huele a fuego y a determinación, a emociones que no se pueden apagar.

—Mi palabra eras tú —insiste—. Y tu palabra fue una con la que yo soñé hace años. Rocío ha dicho muchas veces que todo ocurre por una razón. Tú mismo lo has comentado alguna vez. Puede que nuestra razón de venir a este mundo sea sacar a ese chico de su agujero. Tal vez todo haya sido conectado para que este instante se produzca. Para que tú y yo podamos salvarlo.

Sus ojos no se apagan. Claro que no.

Joder.

Me voy a cagar en todo.

—Vale. Nos vamos a Berlín —acepto. Blas no reacciona—. ¿Qué pasa?

—Es que no esperaba que dijeras que sí.

—Ya, porque es una puta locura. Pero tienes razón, ¿no? No puede ser casualidad. Ro lleva media vida diciéndome que todo pasa por algo y si nosotros no somos la viva prueba de ello, no sé quién lo es. Solo te pido que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Que volveremos a casa tú y yo juntos.

Blas sonríe como si lo que le pido fuese pan comido.

—Te lo prometo.

—Dilo —insisto.

—¿Qué quieres que diga?

—Eso. Que volveremos a casa tú y yo juntos.

—Volveremos a casa tú y yo juntos.

Escucharlo me aporta cierta paz.

Aunque ahora viene la parte jodida.

Toca llevarlo a cabo.

52
BLAS

Al poco de tomar la decisión, comienzan los preparativos.

Porque resulta que, en un mundo postapocalíptico como el nuestro, uno no puede simplemente decir «voy a ir a Berlín», pillar su avión de confianza y plantarse en su destino antes de que se haga un nuevo día. No. Hay que hacer preparativos. Muchos preparativos. Para empezar, apenas vuelan aviones y, cuando lo hacen, se ven motivados por la necesidad, más que por el ocio o el placer. Sin duda, no despegará ninguno con destino a una ciudad que se ha visto asediada por una criatura de otro mundo. Los trenes abundan algo más, pero las comunicaciones entre países son un completo desastre. Todo eso sin llegar siquiera a mencionar la compra del billete, teniendo en cuenta que este lado de la realidad funciona a base de trueques, favores y buenas voluntades, y el dinero, aunque existente, ha caído en picado y sin frenos.

Al final, convenimos que la mejor opción es el coche. Se tardan más de veinte horas en llegar a Berlín, pero contaremos con la autonomía que ofrece un vehículo propio y con el hecho de que las carreteras estarán más o menos vacías. Tenemos que trazar una ruta concreta, eso sí, porque no todas las gasolineras funcionan y no es cuestión de quedarse tirado en mitad de la nada. Llevaremos combustible en el maletero, por si acaso. Antes de todo esto, sin embargo, hay que convencer a mi madre, que se opone de pleno. Al principio. Luego se va haciendo a la idea, quizá porque sabe que no voy a aceptar un no por respuesta, algo que tal vez, y solo tal vez, he heredado de mi padre. Y hablando de padres, también hay que convencer al de Édgar; tiene que prestarnos su coche. Después de todo, mi madre necesita el suyo para repartir. Eduardo,

que se encarga de mantener el circuito eléctrico de la zona, así como de otras tareas relacionadas, puede ir y venir andando.

Incluso entonces, los preparativos no acaban ahí.

Me paso días y noches enteras empapándome de vídeos sobre Berlín en internet. Porque resulta que no somos ni los primeros ni seremos los últimos que se adentran en esa monstruosidad. Al no haber fuerzas oficiales de seguridad, nadie tiene potestad para impedir la entrada a la zona cero, por lo que han sido ya varios los que se han aventurado en el interior, la mayoría con fines informativos y científicos. Aún hay alguno que lo hace en busca de fama y visualizaciones, como si fuesen residuos del otro lado de la realidad, personas que aún no han terminado de adaptarse a la forma de vida que impera en este lado. Todo internet es mucho más rudimentario. Se retrotrae, más o menos, a la época en la que el mundo se duplicó, hace veinte años, y, como es obvio, no ha evolucionado aquí a la misma velocidad que allí, dados los escasos efectivos con los que contamos.

Aunque ese es otro tema.

El riesgo principal de adentrarse en «el nuevo nido», como lo llaman por estos lares, reside en la calidad del aire. Recomiendan llevar mascarillas para evitar inhalar toda la seda en suspensión, que promueve la asfixia a corto plazo. Y eso requiere equiparse bien.

A pesar de todo, al cabo de tres semanas, Édgar y yo estamos listos para partir.

—No me convence —insiste mi madre, por enésima vez, mientras yo cargo maletas en el coche.

—No va a pasar nada, mamá —le repito.

—Yo voy a estar ahí para evitar que haga gilipolleces —le asegura Édgar, mientras coloca una mano sobre mi hombro.

Mi madre lo señala con el dedo, en plan amenazante.

—O me lo traes de vuelta o no dejaré que me llames Susan nunca más, ¿me oyes?

—Dios, ¡cualquier cosa menos eso! —protesta Édgar, echándole cuento.

Los tres sonreímos. Lo intentamos, quiero decir.

Es una despedida dura.

Era evidente que lo sería.

Incluso si nos turnamos para conducir, nos llevará dos días, como mínimo, alcanzar la capital alemana. Más bien tres. Sumando a eso el tiempo que estemos allí y el viaje de vuelta, nos deja una ausencia de una semana, por lo menos. Y lo peor de todo es que no sabemos si las comunicaciones funcionarán una vez fuera del país. Mi madre ha contactado con un conocido suyo que trabaja en el servicio de telefonía de la ciudad (el *único* servicio de telefonía de la ciudad) y este le ha asegurado que no habrá problema.

La realidad, no obstante, sigue siendo incierta a los ojos.

Hay momentos en los que dudo, no lo voy a negar. Instantes en los que me pregunto a mí mismo qué estoy haciendo y me asalta el instinto de volver por donde he venido, cubrirme con las mantas de casa y vivir una vida confortable y extraña en este nuevo hogar que se nos ha brindado solo a unos cuantos. Sin embargo, hay algo más fuerte, algo que habita dentro de mí, en rincones a los que jamás sabría llegar, que me incita a continuar, a brindar sentido a una serie de casualidades que no pueden ser tal cosa. Cada vez que veo a Édgar, me reafirmo en mis ideas. En mis decisiones.

Comemos a base de bocadillos, latas de conserva y lo que nos ofrecen en restaurantes y en los pueblos que no han quedado desiertos, bien a cambio del poco dinero que llevamos encima, como favor por mover un par de muebles o incluso de manera gratuita y desinteresada. Porque el mundo ya no funciona como antes y hay quien solo busca ayudar o un poco de compañía. Por lo general, dormimos en el coche, aparcados en mitad de la nada y bajo cielos perlados de estrellas. Al verlos, pienso en Bibiana, la amiga del padre de Édgar, que afirmaba tenerle pánico a la noche estrellada. Sabiendo que hay algo allí arriba que ha engendrado lo que aguarda en Berlín, he de reconocer que yo mismo me siento, cuando menos, inquieto. Aun así, no dejamos de pasar tiempo al raso, aprovechando que la calidez del verano lo permite.

—Una vez dijiste que todo pasa por algo —le recuerdo a Édgar, aparcados a un lado de la carretera y devorando los bocadillos que nos dieron hace un par de horas en un pueblo, lo que implica saltarme de nuevo la dieta. Estamos cerca del Pirineo. La primera

gran barrera—. Y dijiste que nosotros éramos ese algo. —Le ofrezco unos segundos de tregua—. ¿Sigues pensando así?

Édgar se rasca el cuello con la mano que tiene libre. Termina de masticar antes de pronunciar su respuesta.

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí, yo qué sé.

—¿Crees que vamos a estar juntos durante mucho mucho tiempo? —pregunto, con una pinza en el estómago.

—Hasta que seamos viejos, ya te lo dije. Yo me moriré antes, porque soy mayor.

Sonrío.

—¿No podemos hacer un pacto? —le pido.

—¿De suicidio?

—No, joder, de muerte por vejez.

—Te voy a lavar la boca con jabón —me reprende. Y me echo a reír.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Se te están pegando mis malas costumbres.

—Yo ya decía esas cosas antes de conocerte —le aseguro—. ¿Se te ha olvidado que «coño» fue una de las primeras palabras que te dediqué?

—No me convences. De todas formas, no sé yo si eso del pacto de muerte por vejez funcionaría, ¿eh?

—Haremos que funcione. Nosotros somos ese algo, tú mismo lo dijiste.

—Para. —Se rasca el cuello de nuevo y yo disfruto con ello—. Deja de repetirlo.

—Es bonito.

—Es un poco patético —reconoce.

—No lo es —afirmo. Sin darme cuenta, acabo apretando más de la cuenta el bocadillo que tengo entre los dedos—. Después de que Natalia se desvaneciera, cada vez que dudaba de si seguir o no hablando, esas palabras me daban fuerzas.

Édgar no responde. No reacciona. Aunque lo oigo gruñir por lo bajo.

—Por cierto —recuerdo—, nunca me contaste lo que te dijo cuando fuiste a verla el otro día.

—¿Natalia? Bueno, fue más bien deprimente. Aquí solo tiene a su abuela.

—Deberíamos fundar un Más Que Voces en este lado.

Édgar suelta una carcajada breve y se estira en el asiento del coche.

—Lo digo en serio —apunto.

—¿Tendría sentido? Ya podemos hablar sin miedo.

—Claro que lo tendría. No deja de ser un grupo de apoyo, ¿no? Y después de llegar aquí y separarte de un montón de gente a la que quieres, necesitas más apoyo que nunca. Podemos ir recomponiéndolo conforme vayan llegando los demás.

—Asumiendo que lleguen —pronuncia él, más serio de lo que ha estado en varios días.

—El grupo se llama Más Que Voces, Eddie. Íbamos allí para *hablar*. Alguno acabará viniendo.

Édgar suelta un suspiro de los grandes. Deja el bocadillo en el salpicadero para luego abrir y cerrar las manos con cuidado.

—Es… una mierda, ¿sabes? —dice, rehuyendo mi mirada.

—¿El qué?

—Cuando pienso en que ojalá Ro venga aquí, me acuerdo de que entonces también tendría que venir Diego. Y, si viene Diego, también tendrá que hacerlo su madre. Porque, si no, sufrirán las ausencias de unos y de otros. Es una cadena, *bro*. Es imposible que todo salga perfecto.

Abro y cierro los dedos de la mano que tengo libre. Me pregunto si Édgar me habrá contagiado sus movimientos.

Medito si decir lo que se me pasa por la cabeza.

Lo que me lleva pasando por la cabeza mucho tiempo, en realidad.

—Tengo una teoría —afirmo—. ¿Quieres oírla?

53
ÉDGAR

Tardamos algo más de dos días en alcanzar Berlín. Llegamos a las afueras a eso de las siete, demasiado tarde ya para hacer una incursión a lo loco. Y no hace falta decir lo mucho que impresiona el capullo de seda que se ha comido media ciudad. Verlo en los vídeos es una cosa; verlo en directo es otra muy distinta. Parece que el puto fin del mundo haya llegado y esta cosa esté aquí para juzgarnos a todos, que una flota de extraterrestres haya decidido aterrizar justo en este planeta, que la cordura se haya ido a tomar por culo y la imaginación haya tomado las riendas del mundo.

¿Cómo le digo a Blas que quiero volverme a casa?

Que esto no me gusta.

Que no tiene sentido meterse dentro de esa cosa

Decidimos pasar la noche donde la ciudad aún es campo, tirando de los víveres que traemos. Aquí el aire parece limpio. Aun así, no bajamos las ventanillas, excepto para airear, una vez cada hora y media, más o menos.

—¿De verdad vas a meterte ahí? —pregunto sin tapujos.

Él duda un instante. Solo uno.

—Sí.

Chasqueo la lengua.

—Mucha gente ha entrado y ninguno ha arreglado el mundo —le recuerdo.

Blas suspira y deja caer la cabeza sobre el asiento.

—Estoy seguro de que ninguno de los que ha entrado ahí tenía, a la vez, los medios y el motivo que tengo yo —afirma, tan seguro de sí mismo que hasta me cuesta preguntar.

—¿Cuáles son?

—¿Los medios? Soy deportista —dice, con un leve encogimiento de hombros que, por algún motivo, me pone a

cien—. Corredor, de hecho. Podré llegar hasta el epicentro de esa cosa antes que muchos otros. Y con más energía.

—¿Y el motivo?

—Salvarlo.

Dudo un instante.

—¿Y si te ataca? No sería la primera vez que ese nido o lo que coño sea ataca a la gente que se cuela dentro. Ya viste el vídeo del otro día.

—Sí, el de los idiotas que hicieron agujeros en la seda —replica Blas, sereno, mientras contempla las estrellas que se dejan ver tras el parabrisas—. Esa cosa no ha atacado a nadie que se acercara en son de paz. No sé, siento que lo entiendo. Que comprendo mejor que nadie cómo se siente.

Procurando que el gruñido se oiga lo menos posible, me recoloco en el asiento.

—Igual estás llevando el «todo pasa por algo» demasiado lejos —le dejo caer.

Él se gira para mirarme y me dedica una sonrisa en la que apenas me fijo. Extiende el brazo para que nuestras manos se encuentren a medio camino.

—Todo va a ir bien, Eddie. Estoy seguro.

—Ya —refunfuño.

—Como dicen en las pelis, si no vuelvo, recuerda que…

—Recuerda tú que, si no vuelves, voy a ir a buscarte, resucitarte, cortarte lo que vienen siendo los huevos y dárselos de comer a las gaviotas —recito, más violento de lo que me gustaría. Pero me toca los cojones que haya dicho lo que ha dicho—. En serio, no bromees con eso. No me escupas una *death flag* a la cara.

—Perdona —dice, visiblemente arrepentido. Intenta apartar la mano, pero yo se la atrapo de vuelta—. Solo quería relajar un poco la tensión.

—Para relajar la tensión, me comes la boca o me metes la mano en los pantalones.

—¿Tengo que elegir una? —dice él, sonriendo.

—No. De hecho, hasta puedes hacer las dos a la vez.

—Qué lujazo, ¿no?

Y me creo que la cosa va a quedar ahí, en una coña y poco más, cuando Blas traspasa el abismo entre los asientos e hinca las rodillas entre mis piernas. Yo lo sujeto por los costados, porque me da a mí que su posición no es ni muy estable ni muy cómoda. Antes de que pueda decir o hacer nada más, siento su mano en mi entrepierna y tengo que pararlo todo antes de que estalle la bomba.

—Estate quieto.

—¿Qué?

Con cuidado, le doy la vuelta en el asiento y lo acomodo entre mis piernas. Lo abrazo contra mi cuerpo, le beso la oreja izquierda varias veces antes de dedicarle unas palabras al oído:

—Hoy no quiero hacer esto. O sea, sí quiero. Pero no vamos a hacerlo. Prefiero que descanses bien para mañana.

—¿Prefieres que descanse… aquí? ¿En tus brazos? —pregunta, dócil como un corderillo.

—No, idiota. En el asiento de atrás. Pero antes quiero disfrutarte un poco.

Casi sin ser consciente, lo aprieto con algo más de fuerza. Cierro los dedos sobre sus hombros, sobre sus brazos, sobre su pecho. Acerco la cara a su pelo castaño y me empapo de su aroma. Hace ya varios días que no nos lavamos en condiciones y, aun así, ¿sabéis qué?

Adoro su olor.

Lo respiro como si fuera éxtasis y lo aprieto con más intensidad porque amo cada parte de él y, joder, tengo que dejar de pensar así porque se me están empañando los ojos de repente.

—Vas a tener toda la vida para disfrutarme —me recuerda—. Lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé.

—No voy a hacer ninguna estupidez. A la mínima que me sienta en peligro o si creo que no voy a llegar a donde tengo que llegar, volveré.

—Más te vale. ¿Sigues sin querer que te acompañe?

—Sí. Fue mi idea y soy yo el que corre. Y no vuelvas a hacer el chiste de que tú eres *el que se corre* —añade, girando la cabeza para lograr verme una pizca.

Tengo que contener la risa.

Aprovecho su nueva postura para pegar mi mejilla a la suya.

—Me lo prometiste —le recuerdo, antes de plantar un beso sobre su piel—. Me prometiste que volveríamos a casa tú y yo juntos.

Él sonríe. Se acurruca contra mi cuerpo.

—Te lo prometí.

Al oír su voz, siento que vuelve a sonar como en uno de los primeros días. Cuando estábamos en mi coche. Cuando lo llevé a la comisaría a poner una denuncia que nunca pusimos y acabamos cenando en el peor antro de toda la historia de mi vida.

Por eso sé que todo va a ir bien.

Porque tiene que ir bien.

¿Verdad?

54
BLAS

Supongo que ya es un poco tarde para echarme atrás.

Porque es ahora cuando tengo miedo.

Cuando pagaría unos millones que no tengo por volverme a casa, por hacer que todo volviera a ser normal, si es que alguna vez hemos tenido el placer de vivir una época semejante. Y estoy seguro de que Édgar aceptaría de buena gana una renuncia por mi parte, que celebraría un «nos volvemos a casa» más que cualquier otra cosa en el mundo.

Soy yo el que no puede.

El que no se conformaría, el que no podría descansar un solo día hasta haber entrado ahí.

El coche no nos lleva mucho más lejos. El resto del camino lo recorremos a pie. Es Édgar el que lleva las mochilas; no quiere que me canse antes de tiempo, dice. Los dos vamos equipados con una doble mascarilla quirúrgica para evitar respirar las partículas de seda que flotan en el ambiente. No son tóxicas, pero dificultan la respiración. Para los ojos, gafas protectoras.

Muy despacio, el paisaje va cambiando. La seda cuelga de los edificios como si todo formara parte de una gigantesca telaraña, un enorme rincón de la casa al que la escoba no llega y donde el polvo teje su reino. Lo que queda debajo de la masa blanca no son más que efigies, pedazos de un mundo que hace mucho que no es tal cosa: ventanas, vehículos, árboles. Contemplar el cielo y el sol es como verlo todo bajo el agua, pues la luz parece lejana e inalcanzable, por más que alumbre el sendero que transitamos. Conforme avanzamos, sin embargo, la claridad va desvaneciéndose poco a poco, hasta que la realidad se tiñe del color del atardecer y de los bosques más espesos. La seda cada vez cubre más espacio sobre nuestras cabezas, alzándose como si fuesen banderas de un

reino tomado por extraños. El viento no sopla. Y eso también da miedo.

Decido detenerme en una avenida que luce amplia, pero que ha ido perdiendo con los años. Los coches y la furgoneta que hay abandonados a los lados han sido asimilados en una amalgama blanca que podría pasar por un nido de insectos colosales.

—Quédate aquí —le indico a Édgar—. A partir de ahora, sigo yo.

Él se me queda mirando y, de nuevo, capto la vacilación en sus ojos. Aun así, no dice nada. Tan solo se descuelga las mochilas que lleva y las deja al pie de una farola que se ha duplicado o triplicado en grosor gracias a la seda que la recubre.

—Una hora —anuncio.

—¿Qué?

—Si al cabo de media hora no he encontrado nada, volveré. Entre la ida y la vuelta, una hora. Es el tiempo que quiero que me des.

—Dijiste media hora en total —replica Édgar, visiblemente contrariado.

—No, me refería a media hora de ida y media de vuelta.

Édgar resopla. Alcanzo a ver sus mascarillas vibrando con el aire que se le escapa.

—¡Cómo iba yo a pensar que pretendías meterte ahí dentro una hora!

—Vale —concedo, juntando las manos a la altura del pecho—. Cuarenta minutos. Veinte de ida, veinte de vuelta. ¿Te parece?

Él duda. Mucho. Se rasca el cuello con tanta fuerza que temo que vaya a arañarse la piel.

—¿Qué quieres que haga si no vuelves?

Trago saliva.

Sin duda, la respuesta a esa pregunta no es fácil de componer.

—Lo dejo a tu elección —repongo—. Si no me ves aparecer en cuarenta minutos, puedes volverte al coche o…

—¡Los cojones! —se queja.

Sonrío.

Porque es la reacción que yo anhelaba obtener.

—Según los mapas, avanzando en línea recta, llegaré al centro de todo esto —explico—. Iré marcando los desvíos, pero, de todas formas, intentaré apartarme lo menos posible, por si tuvieras que venir a buscarme.

—Procura que no tenga que ir a buscarte.

Sus palabras cortan como cuchillos. Hay tensión. Porque está preocupado. Yo también lo estoy. Echo un último vistazo al cielo y el sol se me aparece como una criatura de los avernos, cubierto por una niebla y distorsionado en sus contornos. El silencio que se respira es tan espeso que se torna audible, como una ausencia que te taladra los oídos por el mero hecho de existir.

Empiezo a calentar. De algún modo, parece que me encuentre ante cualquier otra carrera, solo que, esta vez, me juego mucho más que marcas y medallas. Los nervios, sin embargo, son similares. Una parte de mí viaja de vuelta al fin de semana de las Jornadas; al momento previo a la carrera del sábado, la primera de ambas, justo antes de presenciar el mejor combate de boxeo de mi vida. Y dedico unos minutos a respirar hondo, a susurrarme a mí mismo que aquellas solo serán otras tantas experiencias de las muchas que vendrán. Porque la vida, aunque distinta en esencia, no acaba aquí y ahora. Porque antes de que el minutero alcance a dar una vuelta completa al reloj, habré regresado justo a este lugar, con o sin las respuestas que busco.

Hablando de reloj, aprovecho para comprobar que funciona. El cronómetro está parado en el cero.

Una vez acabo, llega el momento de la despedida. Como yo no quiero que sea tal cosa, nos limitamos a intercambiar una mirada tras nuestras gafas protectoras y un cálido abrazo después, de esos que escasean en fuerza, pero ganan en todo lo demás. El corazón se me va a salir del pecho; también el suyo. Lo noto en el contacto de nuestros cuerpos. Al separarnos, nuestros ojos conectan de nuevo y se cuentan miles de historias, cientos de escenarios y universos en los que ambos nos encontramos en circunstancias más favorables, en mundos que no han sucumbido a insólitos y retorcidos cataclismos. Édgar me aprieta la mano con cuidado y sé que ha llegado el momento de correr.

Me cuelgo la mochila a la espalda.

Pongo en marcha el cronómetro.

Y, por fin, también mis pies.

Ajusto el ritmo a lo que sería una media maratón, como aquella que corrí en el pueblo, acompañado de mi padre. Tantos recuerdos hacen que se me empañen los ojos. O quizá es la seda que flota en el ambiente y se desliza por entre las gafas protectoras. Sea como sea, avanzo inexorable hacia delante, hacia esa ciudad que cada vez se parece más a un túnel vestido de blanco. Al volver la vista, compruebo que Édgar se desvanece lentamente en la distancia, hasta que todo lo que queda de él son los trazos de un pincel en la memoria.

Es extraño.

Correr aquí, quiero decir.

Y no lo digo solo porque la respiración falte antes de lo previsto o la visibilidad se vuelva cada vez más escasa. Todo a mi alrededor, excepto la seda que flota en el ambiente, cae presa de un estatismo extraño. Malsano. Como si el mundo se hubiese congelado en su totalidad y me encontrara a la deriva, navegando a través de un lienzo que no es más que una fotografía, un pedazo de un instante y un lugar. A pesar de que el silencio es absoluto, mis oídos captan una ligera y continua vibración, y me pregunto si existirá siquiera o si será mi cerebro, incapaz de soportar la mudez que reina en estas tierras y supliéndolo con lo que puede.

Procuro avanzar siempre en línea recta, siguiendo las mismas calles y avenidas. Sin embargo, no falta el ocasional edificio o camión o árbol caído en mitad de la vía. Cuando toca apartarse, marco el suelo con un poco de tomate frito del que llevo en la botella que cuelga de la mochila. Destaca bien sobre el blanco. Llevo un par de botes más guardados, por si acaso, junto con el agua, la comida y el resto de las provisiones.

Cuando el cronómetro marca los diez minutos, siento que apenas he avanzado. Todo sigue igual. Más oscuro, más claustrofóbico. Pero igual, al fin y al cabo.

A los quince, empiezo a ponerme nervioso. Faltan cinco para volver y aún no alcanzo a vislumbrar siquiera un atisbo de lo que voy

buscando. Un minuto después, sin embargo, me detengo en seco, el corazón hecho un ovillo en el pecho. Miro en todas direcciones y todo lo que hallo es calma y silencio.

No obstante, juraría que algo se ha movido en la visión periférica.

Respiro todo lo hondo que me permiten la seda y la doble mascarilla y reanudo la marcha. Pasan dos y tres minutos sin que ocurra nada. Sin que nada se mueva. Sin que nada cambie de manera sustancial. El cronómetro marca ya los diecinueve y, si quiero cumplir la promesa que le he hecho a Édgar, tendría que volverme ya.

Es entonces cuando lo veo.

Un poco más adelante.

Se mueve.

La seda se mueve.

Es ligero, pero visible. Palpable.

Echo un vistazo al reloj. Faltan treinta segundos para los veinte.

Llevo la vista atrás. Ya ni siquiera alcanzo a ver los últimos restos de tomate que esparcí por el suelo.

Vuelta al reloj.

Veinte.

Debería volver.

Debería hacerlo.

Pero no puedo.

Solo diez minutos más, me concedo. Cumpliré con mi idea original y volveré lo más rápido posible para que Édgar no se preocupe.

Solo van a ser diez minutos.

Reanudo la marcha. El corazón late más deprisa. Poco a poco, la seda comienza a trazar enormes espirales, como si fuesen raíces o tentáculos que se retuercen entre sí y por entre los edificios, a veces derribándolos como si fuesen de juguete. Cada una de esas hebras pulsa como si formara parte de un enorme organismo. Tengo que avanzar con más cautela; no dejo de temer el momento en que uno de esos tentáculos se abalance sobre mí. Por suerte, por más que aguardo y aguardo, ese momento no llega.

El reloj marca ya los veintiséis minutos y cada vez estoy más cansado. No solo me faltan ya las fuerzas, sino también el aire. Y no creo que se deba solo al esfuerzo. Hay algo en este lugar. Algo que se cuela por entre las mascarillas o por los ojos o por el oído; algo que se mete dentro y juega contigo y con tus percepciones. Me cuesta enfocar la vista. Cada vez más.

Veintiocho minutos.

Solo faltan dos para volver.

Pinto el suelo con un poco de tomate al esquivar un edificio. Vuelvo a marcar una vez retomo el rumbo por el otro lado.

Un minuto.

Y entonces aparece.

Inconfundible.

Ineludible.

No sería capaz de describirlo con palabras sin cometer errores u omitir detalles; porque lo que encuentro ante mis ojos poco se parece a cualquier otra visión que guarde en la memoria.

Todas las hebras convergen en el mismo lugar, conformando un enorme huevo que se sostiene en el aire. Y no hay duda de que late como si fuese un corazón. El silencio cada vez es menos silencio y algo en mi interior vibra sin cesar, junto con un sonido pulsátil que me taladra más y más y que se entrelaza con mi propio corazón hasta el punto de no poder distinguir uno del otro.

El huevo se mueve. La imagen se duplica. Creo que no es el huevo, sino mi cerebro, jugando conmigo y con las percepciones que habito.

Siempre pensé que tenía que llegar hasta aquí, mas nunca en lo que haría una vez que lo consiguiera. Tal vez sospechara que el camino se me revelaría al hacerlo.

No es cierto.

Y eso me aterra. Porque no sé si sería capaz de volver ahora que he alcanzado el corazón. Él está ahí dentro. Puedo sentirlo.

Muy despacio, me acerco y poso la mano sobre el huevo. La seda se hunde ligeramente al tacto. Hay miedo. Miedo a que las hebras o las raíces o como queramos llamarlas me embistan como

quizá hayan hecho con otros, miedo a que quienquiera que se oculte ahí dentro me tome por villano y no por amigo.

—¿Estás ahí? —pregunto, la voz baja y temblorosa.

No hay respuesta.

El mundo vibra a mi alrededor, late en mi cabeza y en cada uno de mis músculos.

—No quiero hacerte daño —añado.

Silencio.

Espero y aguardo sin que exista reacción alguna, sin que mi voz alcance, a mi entender, a lo que sea que se oculte ahí dentro. Los tentáculos se retuercen y el crujido de sus movimientos lo impregna todo a mi alrededor. Empiezo a sentirme mareado. Más mareado, quiero decir. Estoy cansado y me falta el aire. Decido sentarme unos segundos. Recuperar el aliento. Una parte de él, al menos. No se hace fácil. El ambiente aquí es denso e impenetrable.

—Yo estuve donde tú, ¿sabes? —comento en voz alta, los jadeos embistiendo de tanto en tanto—. Solo. Atrapado. Creía que nadie podría ayudarme; que nadie podría oírme si gritaba. Me convencí de que vivir dentro de una jaula era lo mejor. Me era familiar. Me conocía todos sus rincones, sus imperfecciones, los barrotes que hacían daño y los que no. Pensé que no merecía la pena salir a buscar otra cosa. —Me detengo un momento para toser—. Un día, sin embargo, vi a alguien fuera de esa jaula. Me gustó tanto que empezamos a hablar; él fuera y yo dentro. Pero llegó un punto en el que ya no me conformaba con eso: quería estar ahí fuera con él. Y descubrí que todo es mejor cuando dejas de estar ence…

Un movimiento me detiene. Deslizo mis piernas sobre el suelo y apunto al huevo con la mirada. De la amalgama de seda que conforma el capullo asoma…

¿Qué asoma?

Un brazo.

Un brazo humano.

Me pongo de pie, el corazón en un puño y las piernas prestas a correr si fuese necesario, por más que el agotamiento me pese como una cortina de agua sobre los hombros.

Todo cruje y aparece otro.

Otro brazo, quiero decir.

Lo siguiente es un rostro.

Y no es un rostro normal.

El pelo es blanco como la cal y los ojos, grandes y negros como pozos sin fondo. Aun así, se mueven como si de un salvapantallas se tratase, como una nebulosa en pleno cambio, como un burbujeante manglar. La nariz apenas se perfila y la boca carece de labios, repleta de dientes afilados y con una sustancia líquida y blanquecina goteando por entre los colmillos. La piel es de un gris claro desconocido para los humanos; la del rostro, mas también la de los brazos. Las uñas son largas. Demasiado largas. Se aferran a las hebras de seda y las rasgan sin quererlo.

Mi primer instinto es el de la supervivencia: retroceder y escapar de este lugar sin mirar atrás.

No es eso lo que hago.

Me mantengo aquí, inmóvil, aguardando una respuesta. Una reacción. La criatura permanece a la espera, expectante, quizá. Me observa y desconozco si es curiosidad lo que veo en esos ojos que parpadean a destiempo. Juraría que ganan y pierden tamaño de un modo que no soy capaz de explicar.

—¿Quieres…?

Tan pronto como se alza mi voz, la criatura hace lo propio con la suya.

Su grito es como una amalgama de voces inconexas, como un ejército donde nada tienen que ver los unos con los otros, timbres que se encuentran por casualidad, sin seguir patrones ni el más mínimo atisbo de lógica. Hace eco en el lugar como si llegara desde todas direcciones, como si cada pedazo de seda fuera un altavoz que emitiera su propia iteración del sonido. De sus fauces abiertas emerge una lengua que se asemeja a la de una mariposa, enrollada en espiral. Las hebras del huevo y las de alrededor pulsan todas al mismo tiempo, como si el organismo entero hubiese querido obrar a la vez.

Vuelvo a intentarlo.

—¿Estás atrapado? ¿Quieres salir?

La criatura me observa. Inclina la cabeza.

Decido tenderle la mano.

Él la estudia con mucha atención. Sus ojos se agrandan y su rostro se aproxima unos centímetros. La lengua escapa de su garganta, se desenrolla y se pasea por mis dedos mientras yo hago un esfuerzo encomiable por mantenerlos justo donde están. A los pocos segundos, la lengua vuelve a su boca. Da la sensación de que saborea. Sus ojos enfocan sobre mi rostro.

Un vistazo al reloj me revela que llevo treinta y siete minutos aquí dentro.

Al fijarme en el monstruo de nuevo, me doy cuenta de que ahora es él quien me tiende la mano.

—¿Quieres salir? —pregunto.

Con cautela, con miedo, me aferro a sus dedos. Me clavo sus uñas, pero no importa. Sostengo sus dos manos y tiro, con cuidado primero, con fuerza después. No tarda en asomar un torso desnudo. La criatura grita y sus chillidos se me cuelan en el cerebro y siembran el caos a su paso, engendrando percepciones que no sé si alguna vez llegarán a salir del todo. No me rindo. Tiro y tiro sin cesar. Tiro hasta que el cuerpo de la criatura se desliza hacia fuera.

Entonces…

Entonces lo veo.

Más allá del tórax, su cuerpo es el de un enorme gusano que se retuerce y late como si fuese un órgano a punto de estallar. La sensación de pavor es tan grande que retiro una de las manos. La criatura me observa con atención, sin apartar la mirada, sin moverse un solo centímetro.

No.

No puedo dejarlo.

Me aferro de nuevo a su mano. Tiro con ambas. Tiro y tiro mientras las hebras y las raíces y los tentáculos se retuercen a nuestro alrededor, mientras el chico grita y chilla con una voz que no es ni será jamás de este mundo o de otros cercanos.

Y, al fin, lo conseguimos. Sale disparado y su cuerpo se enrosca una vez en el suelo, se retuerce hasta que se estabiliza. Tiene las dos manos apoyadas en el asfalto, como si fuese más bestia que humano. Y supongo que lo es. Me observa mientras saca la lengua y

la desliza a lo largo y ancho de su rostro. El miedo regresa, pero hace ya mucho que opté por ignorar la voz que esgrime en mi cabeza.

—¿Vienes? —pregunto, tendiendo la mano de nuevo.

Tomo su falta de respuesta por un sí.

Empiezo trotando suave y termino corriendo, al ver que él me sigue, empleando sus brazos como si fuesen patas y contoneando su enorme cola de gusano, que contará más de tres y cuatro y puede que cinco metros de longitud. Una parte de mí ansía sonreír. Porque he logrado mi propósito. Solo falta escapar, utilizando las manchas de tomate como guía, reunirme con Édgar y volver juntos a casa. Con mi madre. Con su padre.

Pero estoy cansado.

Tan cansado y mareado que no sé si puedo seguir.

Exhalo una tos y noto que me fallan las piernas.

No tardo en desplomarme en el suelo.

Todo da vueltas a mi alrededor.

También él lo hace. La criatura, quiero decir.

¿Qué hora es?

El cronómetro marca cincuenta y tres minutos.

Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

No soy capaz de mantener los ojos abiertos.

55
ÉDGAR

Esperar me pone de mala hostia.

Siempre ha sido así y no es algo que vaya a cambiar ahora.

No dejo de mirar el maldito reloj de mi muñeca, donde hacía años que no llevaba nada.

Me he sentado a hacer tiempo en lo alto de un coche enterrado bajo la seda. Está hecho un desastre. El coche y todo. Hasta yo estoy hecho mierda. No dejo de suspirar y de evocar la imagen de Blas adentrándose en esa cosa. Hoy hasta lleva esa ridícula cinta en la frente; la que le veía en la sala de espera del hospital y me cabreaba a más no poder. Y ahora, no sé por qué, me arrepiento de no haberle dicho que me putoencanta que se la ponga, que adoro la forma en que le cae el flequillo por encima.

¿Y si ya no puedo decírselo?

No.

Eso es una gilipollez.

Blas estará de vuelta de un momento a otro y nos largaremos de aquí a toda hostia. Y que ni se le ocurra volver a pedirme que vengamos, porque pienso negarme en rotundo.

Pero el tiempo pasa y no aparece.

Treinta y seis minutos.

¿Qué haré cuando llegue a los cuarenta?

¿Por qué siento que no volveré a verlo jamás?

No.

Tengo que parar.

En serio, tengo que parar.

Trato de respirar hondo, en honor a Rocío, aunque sé que no va a funcionar, como no lo ha hecho durante mis veintitrés años de vida. Aún me suena raro pensar que tengo veintitrés. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo…

Cuarenta minutos.

¿Qué hago ahora?

¿Qué cojones hago ahora?

No dejo de mirar hacia delante, estrechando los ojos y esperando ver a Blas aparecer de ahí dentro.

No lo hace.

Pienso en darle un margen. Pero ¿cuánto? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Diez?

Miro en todas direcciones, como si la respuesta estuviera ahí, en algún sitio, vete tú a saber dónde. Solo veo seda y un mundo inmóvil.

Joder.

Pasados cinco minutos, me bajo del coche y me cuelgo la mochila a la espalda. Espero otros cinco. Tengo fe, ¿vale? Sigue sin aparecer. Han pasado cincuenta minutos desde que se fue. Le di cuarenta. Le di cuarenta minutos y ha mandado el pacto a tomar por culo.

Ha llegado el momento.

A diferencia de Blas, yo no caliento. Ya estoy bastante caliente de por sí. El estómago me aprieta y el corazón me va a estallar. Corro con todas mis fuerzas, algo que quizá no debería. Me la suda. No voy a contenerme. No voy a detenerme.

—¡Blas! —grito.

Avanzo recto casi todo el tiempo, excepto cuando me encuentro una mancha roja en el suelo. Cada vez que lo hago, la respiración se me corta. No ayuda que el oxígeno llegue con más y más dificultad a medida que me adentro en lo que sea esta cosa. Ni siquiera me molesto en mirar el reloj; creo que me quitará más de lo que me dará. Al cabo de un rato, pienso que no voy a encontrarlo, que se habrá perdido entre la seda blanca, apartado del camino en algún punto recóndito de este nuevo nido.

Yo qué sé.

El tiempo sigue pasando. Las piernas se cansan. La vista, también.

Putas mascarillas.

Me arranco una y me dejo la otra.

Sigo corriendo.

—¡Blas! —grito, tal vez por enésima vez.

Entonces, como si alguien o algo hubiesen atendido mis plegarias, encuentro una figura tendida en el suelo un poco más adelante. El problema no es la figura en sí, sino aquella que la acompaña. Los primeros segundos, la visión me paraliza. Es un monstruo. Un puñetero monstruo. Como si mezclaras un emisario con un gusano gigante, añadiendo retoques aquí y allá para hacerlo más demoníaco. Los ojos negros me observan y juraría que brillan con el poco sol que entra por arriba.

—Apártate de Blas —le ordeno, como si pudiera entenderme.

La criatura no se achanta. Al contrario. Se apoya sobre sus dos manos y curva el enorme cuerpo de gusano como si fuera el aguijón de un alacrán.

Joder.

No creo que tenga oportunidad si me enfrento a una cosa así, pero ¿qué coño voy a hacer? No puedo dejar a Blas tirado.

Por eso aprieto los puños y avanzo hacia delante. El monstruo grita y el chillido me entra y me sale de los oídos en un sinfín de ocasiones, como una puta lista de reproducción que se presenta en bucle una y otra vez. No me intimida. O sea, sí que lo hace, pero no dejo que eso me afecte. Sigo avanzando.

Avanzando.

El monstruo retrocede y se interpone entre Blas y yo.

Chilla de nuevo.

Un momento.

Me detengo en seco.

—Espera, ¿lo estás protegiendo?

El ser parpadea; primero con un ojo y luego con el otro. Su cuerpo de gusano se retuerce y cruje como un saco de insectos entre los colmillos de un depredador.

—Vengo a por él —añado, señalando a Blas con el dedo—. A ayudarlo. ¿Me dejas que me acerque?

No parece entenderme.

Claro que no.

Estoy intentando razonar con una parálisis del sueño.

Muy despacio, alzando las manos en símbolo de paz, me voy acercando. El monstruo grita y gruñe al principio; después, sin embargo, retrocede. Cuando alcanzo a Blas, me arrodillo a su lado y lo zarandeo con cuidado. Intento verle la cara. Tiene los ojos cerrados.

—Blas, Blas. —La bestia chilla a mi lado, a escasos metros de distancia—. Despierta, Blas.

El corazón se me acelera más y más.

—Blas. En serio, Blas, no tiene gracia.

Trato de ponerlo boca arriba. Le reviso el pulso.

Aún lo tiene.

Entonces, ¿por qué no reacciona?

—Blas. ¡Joder, Blas!

El monstruo chilla a mi lado y el eco de sus voces (sí, voces, en plural, porque ni siquiera parece que sea solo una) empieza a volverme loco, a jugar con mi cordura como si fuera un balón de fútbol.

—¡Cállate un momento! —le grito, aunque solo consigo que la bestia gruña de vuelta—. Blas, si no reaccionas en…, yo qué sé, diez segundos, me voy a cabrear y mucho.

No lo hace.

Ni en diez, ni en veinte, ni en treinta.

No sé hacer maniobras de reanimación.

No sé hacer el boca a boca.

¿Qué coño me invento?

¿Acaso hay alguna solución?

Las lágrimas han empezado a caerme de los ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Mientras tanto, el monstruo se pasea a mi alrededor, sin dejar de mirarme, rozándome con su enorme cuerpo de gusano en más de una ocasión. El tacto es húmedo y pegajoso.

Y yo solo quiero llorar en paz.

—Blas, por favor. —Odio que el llanto me devore la respiración. Odio el sonido de mi voz cuando hay sollozos de por medio. Aun así, aquí me tenéis, susurrando sin que apenas se me entienda porque suplicar es la única carta que aún no he jugado. No lo suficiente, al

menos—. Por favor, reacciona. Vamos —insisto, al tiempo que lo zarandeo con cuidado.

No puede acabar así.

No puede.

Después de todo lo que hemos pasado. El destino quiso que estuviéramos juntos. Fui su palabra y él soñó con la mía. Nuestra historia estuvo entrelazada desde el principio y me niego a creer que este sea el final.

Las palabras de Rocío me vienen a la cabeza:

«Mi teoría es que venimos al mundo por una razón, para aprender algo concreto o para experimentar un momento determinado. Todo lo que viene antes es el camino que nos lleva hasta ese aprendizaje o hasta esa experiencia».

No puede ser.

¿Verdad que no?

No puede ser que nuestra razón de venir al mundo sea esta, que nuestro encuentro no fuera más que el preludio de este momento, en el que Blas se topa con una cosa sin nombre y acaba muerto con ella a su alrededor.

¿Qué sentido tendría eso?

¿Acaso Blas lo ha liberado?

¿Ha cambiado su vida por la de él?

No.

Me niego a aceptarlo.

Y, a pesar de todo, las lágrimas han decidido ya.

Muy despacio, sujeto la mano de Blas, aún caliente. La levanto para llevarla hasta mi pecho, empapándola de lágrimas en el proceso.

—Blas…

Se mueven.

¡Sus ojos se mueven!

—¡Blas! —exclamo.

Los abre apenas una pizca, como si no pudiera levantar más los párpados. Me basta eso para sujetarlo y abrazarlo como puedo contra mi cuerpo.

—¿Édgar? —susurra, con un hilo de voz—. Tengo mucho sueño…

—Vale, no te duermas —le ordeno, tan atropellado que parezco un peatón en plena autovía—. Súbete a mi espalda. Vamos.

Me descuelgo la mochila y la dejo en el suelo. La mochila no es esencial. No llevo en ella nada de valor, además de provisiones. Y, si lo hay, me la suda. Lo que quiero cargar a cuestas es mucho más importante que cualquier cosa que guarde en ese trozo de tela. Después de liberar también a Blas de su mochila, me coloco en posición, lo ayudo a encaramarse a mi espalda y, entonces sí, le agarro las piernas y me pongo de pie.

El monstruo chilla.

—¿Qué te pasa? —protesto.

—Se…

El susurro de Blas se me hace ininteligible.

—¿Qué? —exhalo.

—Se viene… con nosotros…

Estupendo.

Maravilloso.

Estoy siendo sarcástico, por cierto.

Aferrando bien las piernas de mi niño para que no se me caiga por el camino, me dirijo al monstruo.

—¿Te vienes o qué? —pregunto, acompañando las palabras con un gesto de la cabeza. La criatura también hace un gesto con ella, inclinándola a un lado. Sus ojos parpadean en momentos distintos y la lengua le asoma por unos instantes.

El hecho de que busque acercarse a mí me hace pensar en un sí.

Por eso emprendo la marcha, caminando lo más rápido que puedo, sintiendo el corazón de Blas en la espalda. Mientras pulse contra mi cuerpo, sabré que está a salvo. Sabré que aún hay esperanza.

«Volveremos a casa tú y yo juntos».

La promesa que me hizo el día en que habló de su idea de venir aquí.

Una promesa que, pronto descubro, no podrá cumplir.

56
BLAS

¿Dónde estoy?

En un lugar que se mueve, eso es evidente.

Trato de abrir los ojos, mas no puedo hacerlo. Como si los párpados me pesaran. Como si el sueño anhelara recluirme entre sus fauces, entre los barrotes que ha construido para mí y para nadie más. Morfeo me tiende la mano e insiste en que yo la tome, en que la aferre y no la suelte. Todo está oscuro. Sin embargo, no es un negro hostil o aterrador, sino uno apacible, como una nana que alguien canta sin usar la voz, como una danza que no puede verse con los ojos.

Oigo el rugido de un motor.

Estoy en un coche, ¿verdad?

—¿Blas?

La voz suena como en otro mundo. Tan lejano que no puede alcanzarse con los dedos. Intento mover los labios, pero no salen palabras de mi garganta. Ni siquiera sonidos. Solo quiero dormir un poco más.

—¿Estás despierto?

¿De quién es esa voz?

Me pesa demasiado el cuerpo.

El sonido ha implantado formas en la oscuridad. Veo estrellas y destellos que no comprendo. Veo letras que se dibujan en el negro para luego marchar. Veo rostros que no existen y otros que tal vez sí.

—¿Blasito?

Édgar.

Es la voz de Édgar.

Diría que el descubrimiento me hace sonreír, mas no sé si he recuperado ya la capacidad de mover los labios; la capacidad de

mover nada que forme parte de mí.

Escucho una carcajada.

No, no es eso.

Algo más leve. Como el aire cuando se escapa.

—Bueno, si puedes sonreír, me quedo más tranquilo.

Así que lo he hecho.

Sonreír.

Si soy capaz de algo así, ¿no podré lograr aún más?

Cuento hasta diez antes de forzarme a abrir los ojos. Muy despacio. La visión es extraña al principio. El mundo es blanco, pero cada vez lo es menos. Imagino que Édgar conduce hacia las afueras.

—Has incumplido tu promesa.

Apenas puedo comprender lo que dice.

—¿Qué? —murmuro, un hilo de voz actuando por todo mi ser.

—Me prometiste que volveríamos a casa tú y yo juntos.

No lo entiendo.

—¿No es… eso lo que estamos haciendo? —farfullo, tan cansado que parece que el sueño quiera arrastrarme de vuelta.

—No —se opone él, rotundo—. O sea, sí. Pero el trato era «volver a casa tú y yo juntos», en lugar de «tú, yo y una bestia de vete tú a saber cuántos metros de longitud».

Al hablar, hace un gesto hacia atrás con el pulgar, manteniendo la otra mano en el volante. Cuando vuelvo la vista hacia los asientos traseros, me encuentro algo que me hace sonreír. Él está ahí. Atrás. Su enorme cola está retorcida entre los asientos y su cuerpo un poco más allá, las manos apoyadas en la balda que hay tras los cabeceros. Tiene la mirada perdida en los cristales traseros. Me pregunto si algo de lo que vamos dejando atrás llama su atención.

—Lo has traído —comento, tan aliviado que los ojos se me empañan.

—Me habrías matado si no.

—Puede —respondo, divertido y sonriente a partes iguales.

—¿Qué vas a hacer con él? —dice, al tiempo que me mira de reojo. Tampoco es que haya nadie en la carretera que se abre ante nosotros.

—No se trata de qué voy a hacer yo, sino de qué quiere hacer él.

—¿Tú crees que esa… —tarda un poco en dar con la palabra— cosa quiere algo? Bueno, te quiere a ti, al parecer. Cuando te encontré, te rondaba como el patito a mamá pata.

Se me escapa una risita.

—¿Estás celoso? —me burlo, siempre con cariño.

—¿Yo? ¿Celoso de un híbrido de humano y gusano que me triplica en longitud? Pues sí, estoy celoso.

Ya no es solo una risita, sino una carcajada. Se me escapa una tos en el proceso. Creo que es entonces cuando me doy cuenta de que ya no llevo la mascarilla. Tampoco las gafas protectoras.

—¿Estás bien? —se preocupa Édgar.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Cien por cien?

Vuelvo a reír.

—Estoy bien, Eddie. Y estaré aún mejor cuando respire aire puro. Del de verdad. No te ofendas, amigo —añado, volviendo la cabeza hacia el gusano que llevamos de pasajero. Él me observa durante solo un instante para después seguir concentrado en el cristal trasero.

—Te llevaré al hospital en cuanto lleguemos —anuncia mi novio—. Por si acaso.

—Iré, iré —accedo—. Pero estoy bien. Me siento bien. Ese lugar juega contigo.

De pronto, el coche se detiene. Temo que se haya averiado o que nos hayamos quedado sin gasolina; sin embargo, me doy cuenta de que no es así en el momento en que veo las lágrimas caer desde los ojos de Édgar. Su mano, temblorosa hasta lo incalculable, busca la mía y la aprieta. Su temblor pasa a ser mi temblor. Contemplo sus ojos y una parte de mí se rompe.

—Creía que te había perdido.

Qué distinta suena su voz cuando llora.

Nunca quiso hablar mientras el llanto obraba su magia.

Parece que hoy no le importa.

La saliva desciende a duras penas por su garganta, mientras su nuez bailotea en movimientos torpes y afligidos.

Sin decir nada, poso la mano que tengo libre sobre la de Édgar, que a su vez descansa sobre la mía. Una suerte de emparedado de manos. Y la idea me hace sonreír para mis adentros, que no para fuera.

—Estoy aquí, ¿vale? —le recuerdo—. No volveré a irme. No volveré a hacer ninguna estupidez. A partir de ahora, todo será normal y tranquilo.

—Más te vale.

No tarda ni un segundo en quitarse el cinturón y volverse hacia mí. Sé lo que busca, por eso yo hago lo propio y me inclino hacia él. Nos besamos en los labios y nos abrazamos como podemos, luchando por salvar la distancia que separa los asientos. Su cuerpo arde y me imagino perdiéndome cada día de mi vida en esta calidez, embriagándome con su olor, su sabor y su textura. Igual que ese confortable colchón que te da la bienvenida tras un arduo día de trabajo.

Al separarnos, un fino y adorable hilo de saliva entrelaza las dos mitades de sus labios. Sonrío, aunque el gesto poco me dura, cuando un chillido que no es de este mundo nos asalta desde el espacio que separa los asientos delanteros de los de detrás. El chico gusano tiene las manos aferradas a los cabeceros de los asientos y el rostro muy cerca de los nuestros.

—¿Tú también quieres un beso? —pregunto.

La criatura gruñe en voz baja.

—Eh, a mí no me gruñas —protesta Édgar—. Es mi novio, no el tuyo.

A mí me da por soltar una carcajada.

Con cuidado, acerco la cabeza hacia la criatura y planto un delicado beso en su mejilla. No ha sido buena idea. La piel es pegajosa y húmeda al tacto.

—Vale, hoy te has llevado beso —le advierte Édgar—, pero recuerda lo que te he dicho. Es mi novio, no el tuyo.

No puedo dejar de reír. Me parece entrañable. El propio Édgar sonríe también, antes de ponerse el cinturón y arrancar el coche para seguir recorriendo la carretera que nos llevará de vuelta a casa.

Entretanto, la criatura deja caer la cabeza en el espacio entre los asientos, a escasos centímetros de Édgar y de mí. Aprovecho para acariciarle el pelo con la mano izquierda. Es extraño al principio; agradable después. No tarda ni dos segundos en cerrar los ojos y emitir lo que parece un ligero ronroneo, si bien con tintes de mundos y universos que jamás se hallarán a nuestro alcance.

Es curioso.

Al final, humanos o no, todos buscamos lo mismo.

Querer y ser queridos.

Que nos arranquen la venda de los ojos.

Que nos saquen de la jaula y nos muestren el camino hacia la luz.

57

Pasan las diez cuando Enzo aparece por casa. Lo primero que hace es dejar las llaves en el mueble de la entrada, como siempre. También el móvil, que lleva un buen rato petando a notificaciones sobre no sé qué cosa del cielo o de las estrellas; quiere sacárselo de encima cuanto antes. Está todo el mundo como loco mandando fotos por los grupos de chat. Por desgracia, él está demasiado ebrio como para preocuparse por eso; aunque no lo bastante como para olvidar las cosas malas. Cosas como que su hermano pequeño ya no está. Tampoco su padre y su madre. Se toma unos segundos para respirar. No quiere que Irene lo vea así. Siempre lo hace. Ese tiempo es necesario.

Por ella.

Al fin, enfila el pasillo y se detiene junto a la puerta de su hermana. Nada más abrirla, la descubre a ella dentro, de pie, ajustándose unos pendientes con las dos manos. Enzo no puede contener la sorpresa al encontrársela ahí, vestida con una camiseta, unos vaqueros y sus mejores deportivas; las que hacía meses, si no años, que no se calzaba.

—¿Qué haces? —pregunta, ateniéndose a su tono neutral de siempre.

—He quedado con Marisa —pronuncia ella en voz alta, mientras se peina guiada por el reflejo en la pantalla de su móvil—. La he llamado y está tomándose algo con todas. Me ha dicho que me acerque.

A diferencia de Irene, Enzo se queda sin palabras.

Después de todo, su hermana no ha alzado la voz una sola vez desde que lo hizo para salir en defensa de Édgar, hace ya quién sabe cuánto.

Titubea en un par de ocasiones antes de conseguir esbozar algo con sentido. Parece que lo poco de embriaguez que había en él se haya ido por el desagüe.

—¿Hablas? —alcanza a decir.

Irene deposita el móvil en el escritorio y se vuelve hacia él, presa de una sonrisa entre dulce, amarga y extraña.

—¿No has visto el cielo? —le pregunta su hermana, y prosigue antes de que él pueda responder—. Estaba asomada a la ventana cuando ha ocurrido. —Enzo se acuerda del móvil; el que ha dejado en el mueble de la entrada. Se acuerda de todas esas fotos y mensajes que llegaban desde todas direcciones—. Creo que ya no tengo miedo, Enzo.

—¿Por qué? —pregunta su hermano, sin poder hacer más que sacudir los hombros con levedad.

Irene respira hondo.

—No puedo explicarlo —confiesa—. Lo entenderás cuando veas el cielo. Seguro que hay vídeos en internet.

Sin decir más, Irene agarra el bolso que yacía tendido sobre la cama y se dirige a la salida. No se detiene hasta haber atravesado el umbral, ya en el pasillo. Es entonces cuando se vuelve hacia su hermano.

—Creo que volveremos a ver a Édgar —añade, sonriendo de nuevo—. Puede que pronto. Y también a papá. No me esperes despierto, ¿vale? Aun así, no creo que tarde mucho.

El sonido de la puerta anuncia su marcha sin que Enzo sea capaz de detenerla.

Él se mantiene unos segundos ahí, en la habitación, tratando de asimilar lo que acaba de ocurrir.

Entonces, y solo entonces, va en busca de su teléfono móvil.

Una vez cada mil años
el hijo del cielo tocará tierra
y será su estirpe de plata
la que le sirva de hiedra.

EPÍLOGO
ÉDGAR

El despertador me despierta justo a las ocho y media.

Valga la redundancia.

O sea, podría ser peor.

Podría haberme despertado, yo qué sé, a las ocho y veintinueve minutos.

Tengo sueño, ¿vale?

Siempre me alivia saber que no me levanto solo. Hoy, cuando Blas se incorpora en la cama, el lado derecho del flequillo, todo desordenado, le tapa un ojo casi al completo. Y yo me lo comería vivo, y de hecho me lo como vivo, porque me lanzo sobre él antes de darle tiempo a que reaccione. Me sonríe y luego cierra los ojos. No, si el muy cabrón irá a dormirse otra vez.

—Blas.

No responde.

—Blasito.

Ni de coña.

—No me hagas sacar el paquete de pañuelos, que tardo cero coma en metértelo en la boca.

Sonríe.

Ya lo sabía yo.

Sin decir más, me inclino sobre él y le muerdo los labios. Él me besa y mete la lengua. Pronto empezamos esta mañana. Como si fuera una novedad.

La primera parada del día es el baño, para ducharnos. Juntos, normalmente. Salvo que no nos apetezca, pero siempre nos apetece, así que lo de «normalmente» es, más bien, «sin excepción». Una vez que nos vestimos, cruzamos el salón tratando de no despertar a Sylk, que duerme en una esquina de la habitación, enrollado como si

fuera una serpiente y con la cabeza metida dentro de la espiral. Vamos, una maravilla del arte moderno.

Sí, lo hemos llamado Sylk porque «silk» significa «seda» en inglés. Nos hemos limitado a cambiar la *i* latina por la griega. Somos superoriginales, lo sé. Cualquier queja, a Blasito, que fue el promotor del nombre.

Promotor.

¿Qué clase de palabra es esa?

Por cierto, Sylk va dejando pedazos de seda por la casa y, teniendo en cuenta que salen de lo que viene siendo el culo de un gusano, la idea de tener ese tipo de sustancias rondando es, sin duda, peculiar. Por no decir algo peor. Pero, eh, al menos no parece que se alimente de nada. Imagino que eso quiere decir que lo que le sale del culo no es mierda.

Yo qué sé.

La madre de mi niño ya está sentada a la mesa de la cocina, devorando una tostada con mantequilla y con el atuendo propio de quien sale a la calle y esas cosas. Vamos, que está vestida. Tengo tanto sueño que mi cerebro apenas rige. Igual se debe a que ayer Blas y yo nos quedamos despiertos hasta tarde encomendándonos a una serie de actos tirando a innombrables. Mereció la pena, por mucho que ahora me pase factura.

—Buenos días, tortolitos —canturrea la mujer, justo antes de dar un sorbo a su café.

—Buenos días, Susan —saludo, al tiempo que me rasco el estómago por debajo de la camiseta.

—Buenos días, mamá.

Nada más responder, Blas se lía con sus huevos. O sea, esto suena como el culo, vale; quiero decir que se lía a *prepararse* sus huevos, porque siempre desayuna huevos revueltos y una taza de café solo. Yo me acerco a la encimera para cortarme un poco de pan.

—Se os ve frescos como lechugas —comenta la mujer.

—Como lechugas que llevan un mes en el frigorífico —puntualizo.

—Quiero volverme a la cama —coincide Blas, aplastando la frente contra uno de los armarios altos que hay sobre la encimera.

Apenas abrimos la boca más que para gruñir durante el tiempo que dedicamos a hacernos el desayuno.

—¿Cuánto le queda al gimnasio? —pregunta Susan, una vez que ocupamos sillas contiguas en la mesa de la cocina, frente a ella—. Ya estará casi, ¿no?

—Se supone que abrimos la semana que viene —explica mi niño—. La luz ya funciona bien. Solo falta comprobar un par de máquinas y arreglar un problema con el agua de los vestuarios. También falta que Eddie acepte ser monitor de boxeo.

Chasqueo la lengua nada más oírlo. Estaba a punto de llevarme la taza a la boca, pero la dejo de nuevo en la mesa.

—Por enésima vez, Blasito, ¿qué coño quieres tú que enseñe? Si al que le tienen que enseñar es a mí. Mira que es cansino el tío, ¿eh? —comento, buscando la complicidad de Susan.

—¿Blas? Como su padre. No hay quien los aguante —añade, con tono divertido.

—Hablando de papá, hoy cena aquí, ¿no? —interviene Blas, con los huevos en la boca. Vale, me he dado cuenta de lo mal que suena esto.

—Le toca quedarse a dormir, sí —responde Susan, con un tono que huele a colegiala ilusionada.

A veces, cuando hablamos del padre de Blas, me acuerdo de la vez que fui a su casa el día en que me desvanecí y me encontré un diccionario sobre la mesa. Cuando llegó a este lado del mundo, hace algo menos de un mes, nos contó que su palabra había sido «sabueso». Que la había pronunciado al encontrarse al perro de su vecina. Me pregunto si Blas y Susan se tragaron esa historia; yo, obviamente, no. Siempre sabré que la verdad es que Emilio cumplió con aquella amenaza silenciosa que vislumbré yo sobre la mesa. Al menos, la jugada le salió bien. Tiene gracia que su palabra fuera «sabueso», eso sí. Una palabra bastante normal para que sea la tuya, pero supongo que no es de esas que pronuncias a menudo. Chucho, perro, cachorro… todas esas están bien, vale. Pero

¿sabueso? Nah. Igual no la he utilizado en toda mi vida. Lo mismo pasa con «aterrador». Palabras de listos.

El problema es que no es fácil reencontrarte con una pareja a la que hace cuatro años que no ves. Sobre todo si, en el caso de Susan, ya habías intentado rehacer tu vida con uno de los vecinos de la localidad. No ocurre lo mismo con un hijo, supongo, que, a fin de cuentas, es sangre de tu sangre, como suele decirse. Ha nacido de ti. No es un señor al que te encuentras un día y decides compartir una vida con él. Por eso se lo están tomando con calma. Es evidente que se quieren, sí, pero tienen que volver a acostumbrarse el uno al otro. Por lo pronto, Emilio está viviendo en un edificio cercano, aunque come y cena en esta casa más veces de las que no. Imagino que pronto tocará mudarse a una casa más grande, donde quepamos Susan, Emilio, Sylk, Blas y yo. O igual es a nosotros a los que nos toca pirarnos para dejar sitio a la reencontrada parejita. Tendremos que llevarnos a Sylk, claro. No consentiría separarse de Blas.

Aún me siento extraño cuando lo miro.

A Sylk.

Me hace pensar en los desvanecimientos, en la gente que ya no está, en si fue él quien orquestó todo esto. Puede que ya nunca lo sepamos. Y ya le he cogido mucho cariño, la verdad, no lo puedo negar. Sea como fuere, aún nos falta gente. A Blas le falta Bea; a mí me faltan Rocío, Enzo, Irene, Jacinta y todos los de Más Que Voces. Pero ¿sabéis qué? Me la suda. Porque creo en Blas. Creo en la teoría que me reveló de camino a Berlín, bajo un cielo estrellado y a las puertas del Pirineo. Aún puedo recitar sus palabras como si hubiese sido ayer.

—Puede que esto sea más grande que todos nosotros —dijo—. Más grande que él y que ella. Más grande que todo lo que conocemos.

Recuerdo sentir un escalofrío al escucharlo.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—Mi teoría es que este «todo pasa por algo» no se reduce simplemente a nosotros, a estar juntos aquí y ahora, a ser el uno la palabra del otro. El mundo se estaba rompiendo, Eddie. Se había

vuelto cruel, material y egoísta. Era un mundo en el que se discriminaba a la gente por su tono de piel, por su orientación sexual o hasta por su color de pelo, en el caso de los emisarios. Un mundo en el que tu simple posición económica limitaba lo que podías o no podías hacer, si podías o no entregarte a tu afición o tenías que limitarte a atizar un saco de arena en un sótano. Un mundo en el que una persona como Jacinta estaba tan tan sola que tuvo que recurrir a un grupo de apoyo para sentirse acompañada. Puede que todos esos ejemplos sean del mundo tras el desdoblamiento de la realidad, pero todas esas cosas pasaban antes también. Exactamente igual. El mundo iba camino de perder toda su humanidad. Aquí, las cosas son distintas. Nos movemos por ayudar. Por subsistir. Todos a una. El dinero apenas tiene valor, casi nadie lo acepta. Creo que el universo nos está dando una segunda oportunidad. Por eso, estoy convencido de que, tarde o temprano, todos o casi todos acabarán viniendo a este lado. No sé qué pasará con los emisarios, que no parece que se desvanezcan, pero, por lo demás…

Me aferré a esa teoría como se aferra un cristiano a la Biblia. Al fin y al cabo, sigue llegando gente a este lado de la realidad, lo que implica que los desvanecimientos no se han detenido, ni siquiera ahora que Sylk está aquí, con nosotros, fuera de su cascarón; a pesar de que internet está lleno de vídeos del nido de Berlín desmoronándose como un pedazo de nieve bajo el sol. Tal vez el conjuro de las palabras sea algo que no se puede detener. Tal vez ni siquiera Sylk sepa cómo hacerlo. O quizá, simple y llanamente, el universo o algo más grande que todos nosotros juntos no quiere que se detenga. De lo único que estoy seguro es de lo que Blas y yo vimos de camino a casa, la noche del día que sacamos a Sylk de su cascarón. Formas extrañas en el cielo, estrellas que centelleaban sin tener que hacerlo, luces que parpadeaban como si fuesen ojos, componiendo una melodía que no tenía voz, pero sí color. Blas está convencido de que era ella, la Gran Madre, dándonos las gracias por haber sacado a su hijo de la jaula. Y me gusta pensar que así fue.

—¿Eddie?

La voz me trae de vuelta al presente.

—¿Qué? —farfullo.

—¿Estás bien? —pregunta Blas, sujetando el tenedor contra sus huevos. Los huevos del plato, joder—. Te has quedado pillado.

—Sí, sí. Oye, acuérdate de que mañana comemos con mi padre.

—Tenéis la agenda más apretada que un ministro —se mofa su madre.

—A ver, Susan, somos populares. Con estas caras que tenemos, ¿cómo no íbamos a serlo?

Aprovecho para comerle la boca a Blas. O sea, ¿por qué no? El aliento le apesta a café solo, pero puedo soportarlo.

—Y a pesar de mi cara preciosa, no quiere trabajar conmigo en el gimnasio —suelta él, nada más separarnos. Ya estamos otra vez.

—Hay un dicho, Blasito, que dice que «donde pongas la olla, no metas la…».

—Vas a traumatizar a mi madre —protesta, conteniendo a duras penas una carcajada.

—¡Cómo la voy a traumatizar! —protesto.

—¿Y qué tiene que ver la olla con nosotros?

—En serio, Blas, es mejor así. El amor y el trabajo no congenian.

—Eso es verdad —apunta su madre, gracias a Dios.

—¿Ves? Hasta la Susan lo sabe.

—¿Cómo he pasado de «Susan» a «la Susan»?

—Yo qué sé —replico, tratando de no distraerme—. El caso, Blas, es que es mejor que yo siga currando con mi padre, aprendiendo de circuitos y todo ese rollo, pero tú ponme un saco de boxeo y estaré allí día sí, día también. Me pondré guapo para ti, con mis guantes, mis *shorts* y mi todo, y dejaré que mires todo el rato. Y no te empalmes, que está tu madre delante.

La silla de Susan chirría cuando la arrastra para levantarse.

—Cualquier día me echáis de mi propia casa, ¿eh? —comenta, quiero pensar que bromeando—. Bueno, yo me voy a trabajar.

Al salir al pasillo, y antes de que pueda alcanzar la puerta, oímos un correteo a través del suelo de mármol. En cuestión de segundos, Sylk aparece para darle los buenos días chillando con sus múltiples voces solapadas. Susan le acaricia la cabeza y lo saluda con mucha efusividad. Cuando ya ha recibido su ración de mimos matutina, el

enorme gusano entra en la cocina para recibir lo mismo de nosotros. De Blas, sobre todo. Porque salta a la vista que tiene un claro favorito. Se han montado una especie de ritual: Sylk gira en torno a la silla de Blas y acaba componiendo un círculo con su enorme cuerpo de gusano (destruyendo, por suerte, cada vez menos enseres en el proceso). Luego Blas lo acaricia desde la espalda hasta el pelo, momento en que la criatura le chupa la mano con su lengua de mariposa.

—Buenos días, Sylk —lo saludo.

Y me gruñe, el muy… eso.

Pero, eh, le he cogido cariño. A veces me deja que lo acaricie y todo. A veces. El otro día hasta vino a buscarme para que viera el pegote de seda que había cagado en un rincón del dormitorio. ¿Fue porque estaba yo solo en casa? Puede. ¿Fue traumático? También. Pero eso es lo de menos.

Justo voy a levantarme de la silla cuando oigo la puerta de casa de nuevo. Imagino que Susan se habrá dejado algo. Llevo la taza del café y el plato de la tostada al fregadero.

—Acaba de escribirme mi amigo, el del Ayuntamiento —anuncia Susan, apoyada en el marco de la puerta. Blas y yo nos giramos para mirarla—. Por lo visto, haciendo preguntas por ahí, ha conseguido localizar a Teresa.

Me lleva unos segundos ubicar ese nombre.

Teresa.

La amiga de la infancia de Blas; la que se desvaneció cuando iban al instituto. Aquella con la que se propuso escribir una novela. Hablando de novelas, por cierto, Blas ha retomado la que tenía empezada en el otro lado, cosa que me encanta, teniendo en cuenta que iba sobre nosotros dos.

—¿Dónde está? —pregunta Blas, las cejas arqueadas y los ojos bien abiertos.

—En Málaga.

—Claro —contesta mi niño, como si la respuesta fuese obvia—. Tenía familia allí.

No tardo en acercarme a Blas para plantar una mano en su hombro.

Entonces, propongo:
—Bueno, ¿cuándo nos vamos de vacaciones a Málaga?

AGRADECIMIENTOS

Aunque esta es ya mi sexta novela, creo que nunca me acostumbraré al momento de que una de mis creaciones vea la luz. La decisión de volver a autopublicar no ha sido fácil y ha resultado hasta un poco abrumadora para mí. Por suerte, tengo a mi lado a gente que ha hecho que este proceso sea más fácil de lo que parecía a simple vista; gente a la que no me cansaré de dar las gracias. Así que… ¡allá voy!

Gracias a mi tía Pili por ser, una vez más, un salvavidas, por echarme una mano de las grandes con la maquetación y por estar siempre ahí para ayudarme cuando surge la necesidad.

A Fati, por todos los consejos, por todo el apoyo y toda la ayuda que me ha prestado en esta vuelta a la autoedición.

A Adela, por el magnífico trabajo de portada, por toda la paciencia y por reflejar a mis niños de tal forma que, al verlos, no me queda otra que pensar: «¡Son ellos!».

A mis padres, por pasarse un fin de semana entero leyendo el primer borrador de esta novela, ¡sin levantarse del sofá casi ni para ir al baño! ¡Menos mal que el libro no era más largo!

A ene (en minúscula), mi aniki, por dar vida al primer dibujo de Édgar y Blas, y por inspirar la aparición de la palabra «electroacústica» en la historia.

A mi tía Isa y, en general, a todos los que leyeron la novela antes de que se publicara, que con sus comentarios y su entusiasmo ayudaron, no solo a que puliera el borrador, sino a que tuviera aún más ganas de mostrarlo al mundo.

A Félix, por descubrirme cosas igual de bonitas que las que sienten los protagonistas de esta historia.

A Álvaro, por esas largas conversaciones sobre literatura y esos comentarios que me animan a no tirar nunca la toalla, a confiar y a

valorar aún más las historias que imagino.

A todos los que apoyáis esta aventura de alguna forma, a los que compartís mis historias en redes sociales, a los que dejáis una reseña, a los que me contáis en privado lo que os han parecido mis novelas. Al final, sois vosotros los que me llenáis de ganas e ilusión por seguir avanzando.

Y, por supuesto, gracias a ti, lector, por dar vida con tu lectura a Édgar y a Blas.

A todos, ¡muchas gracias y nos vemos en la próxima!

SOBRE EL AUTOR

Nacido en Córdoba, Miguel Muñoz estudió el Grado de Traducción e Interpretación y trabaja como funcionario en la Administración del Estado. Empezó a escribir antes de cumplir los dieciocho, como forma de evasión. Desde entonces, son muchos los géneros a los que ha dado vida con los años: fantasía, terror, misterio… Publicó su primera novela en agosto de 2021, *Siempre estaré contigo*, con la que inició una serie de historias autoconclusivas titulada *Lo que sientes*, a la que luego siguió *Nosotros somos dos*, en 2022. Estas novelas fueron su primera inmersión en el terreno intimista o psicológico, un universo que, junto al romance chico-chico, ahora lo tiene cautivado.

Sus aventuras no quedaron ahí y en 2023 publicó *Rompiendo esquemas* de la mano de la editorial Harlequin, con quienes también publicó, un año más tarde, *Oculto en tus ojos*, donde el romance LGTB+ se unía también a ciertos tintes fantásticos y al misterio de un pueblo perdido en las montañas.

En 2025 ganó el III Premio Internacional eLit LGTBI, convocado por la editorial Harlequin, con la novela *El chico tras la ventana*, que mezcla romance, humor y el enigma de una sombra que se aparece tras las cortinas.

A día de hoy, como podéis comprobar, ¡sigue escribiendo! Y espera poder sacar muchas novelas más.

¡Puedes seguirlo en Instagram y TikTok para enterarte de todas las novedades! (@miguel_munoz_autor)